UNIV. OF
TORONTO
LIBRARY

Span Lit C

AÑO II NÚM. XII

CERVANTES

Madrid, Junio 1917

REVISTA MENSUAL

147871
28/12/18

VILLAESPESA EN AMÉRICA

En el número anterior de esta Revista dimos a conocer la llegada a América de nuestro Director. Hoy ofrecemos a nuestros lectores las exquisitas poesías con que le han rendido homenaje los poetas mexicanos en un banquete íntimo que organizaron en su honor. Comenzaremos antes por reimprimir la salutación con que fué recibido en Veracruz.

Salutación.

EL ALMOCRÍ

El almocrí severo de la mezquita
Sentado en su alcatifa de tafetán.
En la nave mudejar de malaquita
Sin Alah ni profeta, llora y medita
Sobre cada versículo del Alcorán:
Ya no tiene muezín el minarete,
¿Quién reunirá el aljama en oración?
¿Dónde la gloria está del Guadalete?
Al campo, del Omniada gallardete
¿Quién la luna en menguante arrebató?
Y resbalan las horas en llanto
Por el alma del viejo almocrí,
Y sollozan lejanos, en tanto,
Añafiles que mienten un canto
De profunda nostalgia zegrí:
La vida canta su rapsodia
De la mezquita en derredor,
Y un gerifalte da custodia
Al coro alado que salmodia
Su viejo cántico de amor.
Mas, de pronto, por la vega
Hierve música el clarín,

AP
60[illegible]
C4
1917
Jul-Set.

Y en el dombo el eco juega.
¿Es un príncipe que llega
O es el que llega, Selím?
Por la nave desierta
El eco al escuchar,
El almocrí despierta
Y, en su pasmo, no acierta
A reir, ni a llorar...
Pero alza violento
Con aire triunfal
Y corre sediento
De luz al momento
La torre a escalar:
Cruza la sala
De la oración,
Coge la escala
Deshecha y mala
Del torreón.
Y seguros
Alma y pie,
Por los muros
Sube, oscuros,
Sin temer:
Vacila...
No ve...
Tranquila
Vigila
Su fe.

Llegó
Ya,
Saltó,
Vió...
¡Ah!
A lo lejos
Pinta el sol
Oros viejos
Con reflejos
De arrebol:
¿Dónde está el noble
Conquistador,
Brazo de roble
Hecho al mandoble
Que no al azor?
Sendero adelante,
Sin apresurar,
Viene un caminante
De noble talante
Y ardiente mirar:
Se acerca a la mezquita,
Y al son de su rabel,
Un cántico recita
Loando la infinita
Grandeza de Israel.
El almocrí, en voz inquieta,
Grita al viajero:—¿Quién sois?
Respuesta:—¡Soy un poeta!

—¿Vivís?—¡En todo el planeta!
—Y ¿a dónde vais?—¡Voy al sol...!
Sobre los cielos descubiertos,
Dos haces fúlgidos de luz
Llenan los ámbitos desiertos
Y, con los brazos muy abiertos,
Forman solemnes una cruz...
Y cual Pablo el soberbio en camino
De Damasco, cayó el almocrí
Deslumbrado del fuego divino;
Y cantaba el gentil peregrino:
—¡Coge el báculo y ven tras de mí!
Y, mezclada con fuego, el asceta
Nueva sangre en las venas sintió,
Y olvidando el Corán y al profeta,
Convertido en cristiano y poeta,
Al poeta cristiano siguió...

ENVIO A VILLAESPESA

Cantor, para mirarte llegar por el camino,
Creyéndote un Alcides, a mi torre subí:
Te hallé humilde.. cantaste... y seguí tu destino;
Porque tú eres el noble poeta peregrino,
Y yo, de la mezquita... soy el viejo almocrí..:

ANTONIO GUZMAN AGUILERA

Homenaje poético.

Y pienso que la vida...

A Francisco Villaespesa.

Y pienso que la vida se me va con huída
inevitable y rápida, y me conturbo, y pienso
en mis horas lejanas, y me asalta un inmenso
afán de ser el de antes y desandar la vida.

¡Oh, los pasos sin rumbo por la senda perdida,
los anhelos inútiles, el batallar intenso!
¡Cómo flotáis ahora, blancas nubes de incienso
quemado en los altares de una deidad mentida!

Páginas tersas, páginas de los libros, lecturas
de espejismos enfermos, de cuestiones obscuras...
¡Ay, lo que yo he leído! ¡Ay, lo que yo he soñado!

Tristes noches de estéril meditación, quimera
que ofuscaste mi espíritu sin dejarme siquiera
mirar que iba la vida sonriendo a mi lado...
¡Ay, lo que yo he leído! ¡Ay, lo que yo he soñado!

ENRIQUE GONZALEZ MARTINEZ.

Saludo.

A Villaespesa.

Al del verso oriental, musical fuente fresca
que canta entre azucenas de corola enlunada,

Al que lleva en los ojos la miliunanochesca
—más bella por difunta—visión de Scherazada.
A la guzla amorosa y a la dulzaina de oro
soplada en el Sarmiento de una exúbera vid.
Al ruiseñor nostálgico del claro jardín moro,
que fué tal vez un príncipe bajo Harun al Raschid.
Al que arrayán y mirto delatan en las zambras
donde Fátimas sueñan. Al que entre las Alhambras
del arte erige esbeltos surtidores de luz.
Al árabe sonámbulo, inactual y moderno,
que hoy alegra la fronda del ahuéhuetl paterno
con la rosa escarlata de su canto andaluz.

RAFAEL LOPEZ.

La caja de música.

A Francisco Villaespesa.

El alma escucha en silencio
los cantares de la arquilla,
de la arquilla musical;
es el agua de Juvencio
que, como una maravilla,
se escapa en luz ideal.
Y la canción encantada
es como un atardecer
o como larga mirada
de ojos tristes de mujer.

Entrecerrando los ojos,
me paso las horas muertas
que fingen en mis antojos
anhelos de alas abiertas.
Y es todo un soñar en este
momento fugaz, cuando,
bajo el misterio celeste
la arquilla sigue cantando.

MANUEL DE LA PARRA.

La princesa del lago.

A Paco Villaespesa.

¡Dice la tradición que una joven princesa
—gema digna del mágico joyero de Estambul,—
vino junto a este lago a llorar su tristeza
y entonces se hizo el lago más triste y más azul!
¡Sahumaron las «chinampas» su indígena belleza
de un moreno dorado como el trigo garzul,
y fué el lago una enorme lágrima de turquesa
llena de otra turquesa: la del célico tul!
¡Tal vez en los crepúsculos flota el encantamiento
de aquel lloro divino y el agudo lamento
se confunde del aurea de Estío a los murmullos,
mientras que por la noche, subiendo de las olas,

sobre el ensangrentado chal de las amapolas
corusca en el errante fulgor de los cocuyos!

JOSÉ DE J. NUÑEZ Y DOMINGUEZ.

En loor de la provincia.

A Villaespesa.

En juvenil saludo «¡oh, Cortesana!»
Llamo con entusiasmo a la Ciudad,
Y a la fértil Provincia, dulce y lejana,
La bendigo
Y le digo:
—«¡Piadoso relicario de santidad!»
La provincia tiene una suave melancolía:
Es como esas miradas tristes de las mujeres
Que van viendo alejarse la barca de los días,
Cargadas con los dones, del amor, a Citeres.
Con la quietud arcádica de su placidez.
Con su paz interior, invita a descansar.
Todo pulcra es y llena de clara sencillez
Cual los manteles blancos del yantar familiar.
La Provincia es la eterna renovadora
Del lento desgaste de la Capital,
Y cuando consumimos, hora tras hora,
El aceite

Del deleite,
Está recuperando nuestro caudal.
Ella guarda en un cofre perfumado de sándalo
El sagrado depósito de nuestra tradición.
Su oído está cerrado a la voz del escándalo,
Y habla sólo en el bronce del toque de oración.
Ubérrimo granero, fecunda cornucopia,
Vierte sobre nosotros sus munificos dones.
Y siempre inagotable, nos suministra copia
De grano, flor y fruto, en todas estaciones.
Por sus ojos de dulce mirar bovino
Han pasado los hombres a las batallas,
Y en ellos se ha encendido ese divino
resplandor
Del amor.
A los campos barridos por las metrallas.
Con el alejamiento de las cosas vividas
Se la ve como una melancolía oculta
Tras el velo de monja de las oscuras vidas
Y en sombras de convento para siempre sepulta.
Imaginaciones ingenuas por la costumbre
De pensar siempre los mismos pensamientos,
Y de ser, sobre el fuego oculto de la lumbre,
La pálida ceniza de los remordimientos.
Vírgenes prudentes de los pueblos coloniales,
Que están a la ventana esperando al esposo,
Quemándose en el pábilo de las culpas veniales
En esas largas noches de ensueño sin reposo.

Hombres de buena fe, modestos ciudadanos,
Siempre oscilando entre el chisme y la verdad,
Que marchan por la vida cogidos de las manos
Y dándose mordiscos de tosca ingenuidad.
Casas, cosas, aspectos de toda esa mexicana
Provincia melancólica, presta a desaparecer,
En el cielo nietzcheano de la nueva mañana
Que en estas nuevas tierras empieza a renacer.
En literario trazo loo cantando
Eso que viera antaño mi juventud
Por los dormidos pueblos, sueños hilando,
Para gloria
Y memoria
De los años vividos en su quietud.

JESÚS VILLALPANDO.

La india cobarde.

Para Villaespesa.

Son vasos de sombra sus ojos letales
llenos de la esencia de morbosa flor;
sus brazos son lianas que anillan, sensuales,
el cuello sanguíneo del Conquistador.
¡Bajo de la fronda de augustos ceibales
donde hasta los pumas rugen su dolor,

la india de ámbar olvida ancestrales
orgullos de raza..., y ulula de amor!
Va, cobardemente, cuando el día expira;
—y entre los juncales rutilan de ira
los ojos de azufre de un gato montés.—
Va soliviantada por una ansia histérica,
para que, mañana, el sol de la América,
se nuble al hallarla junto a Hernán Cortés.

XAVIER SORONDO

Y parecía una muerta...

Con el cariño máximo a don Francisco Villaespesa.

Duérmete, estás cansada; la tarde está muy fría
y te hace mucha falta la suavidad del lecho.
Es hora de que duermas, pequeña hermana mía,
las neblinas de Octubre te lastiman el pecho.

Y la obediente niña de palidez de santa,
aquella miniatura de tan poquita vida,
se acurrucó temblando bajo la vieja manta,
cerró sus grandes ojos y se quedó dormida.

.....

Después, un fugitivo rayo de luz nevada
se desmayó en la frente de la escultura yerta,
y aquel copo de espuma, de nieve o de alborada,
le dió tanta blancura, que parecía una muerta.

FRANCISCO BORJA BOLADO

Idilio eglógico.

A Francisco Villaespesa.

Con los blondos cabellos destrenzados
ibas por el sendero amarillento,
claudicando las flautas de tu acento
en el verde mutismo de los prados.

El ocaso fingió desmayamiento
de nácares dispersos en los vados,
y los revuelos que llevaba el viento
evocaban tus senos intocados.

Al sentir insinuante la querella
del amor, que temblaba en una estrella,
regresaste hacia mí con tus rubores...
Los remansos callaron sus demencias
y las brisas nos dieron somnolencias
para la comunión de los amores.

GILBERTO RUVALCABA

Sonata.

LARGO MALINCÓNICO

Para Francisco Villaespesa.

En las solemnes vísperas de algún magno suceso
no sé cuál es más grande: mi audacia o mi temor.
He vivido tan libremente que—lo confieso—
mi voluntad es víctima de un infantil pavor.

Y no soy pusilánime. He retado al Destino
con un gesto heredado de algún conquistador.
Afronté la obstinada hosquedad de la senda
por ambiciones dulces, lejanas del amor.

Sin vanidad he dicho Misereres y Salves
en cuyas resonancias YO SOLO es mi clamor:
como en el claro escudo de aquel conde de Galves
que demora en mi vida su desdeñoso ardor.

ADAGIO LUCENTE

El remoto relámpago tiende tras de los montes
una ilusoria lámina de leve acero azul,
y media Luna riega los negros horizontes
con alucinaciones doradas de Estambul.

En el firmamento una, dos estrellas errantes
se desploman. Los labios dicen ¡Felicidad...!
y mis contemplaciones constela de diamantes
la Noche que es un mágico joyero de Bagdad.

ALLEGRO TRIONFALE

Largas renunciaciones a todo afán decrépito
aceleran la savia del familiar laurel,
y a través de sus ramas oigo el triunfal estrépito
de un tropel de centauros ebrios de luz y miel.

Las tempestades dóciles de un órgano litúrgico
dan su música al verso terrible de Ezequiel,
y difunde en mis venas vasto poder teúrgico
el ritmo victorioso de un errante bajel.

Oro, mármoles, bronces y cedro salomónico
son a mi vida; ¡como a las manos de Aquel
cuyas glorias en arte son un clamor sinfónico
que San Pedro de Roma guarda, cual libro fiel!

JOSÉ D. FRÍAS

De la vida humilde.

A Francisco Villaespesa.

Colonia de Guerrero. Calle nombre de flor.
Amplia y hospitalaria casa de vecindad.
Esperanza recita versos de actualidad
y Abuela en un suspiro recuerda a Campoamor.

Una rapaza mustia, de anémico color,
chupa un limón que llora por la abierta mitad.
Por fin hace su entrada, que es toda vaguedad,
uno que la «corriera» en la noche anterior.

La portera regaña. Una Ofelia en la muda
contemplación fantástica de un adorado ingrato
deshoja la corola de una inquietante duda...
Y en la hora imprecisa de mi común relato,
en la ambigua casona la vida es una viuda
de pupilas insomnes y de chal de burato.

MARTÍN GÓMEZ PALACIO

VILLAESPESA CONTESTA A LOS POETAS

BRINDIS

A los poetas mexicanos.

Hermanos: con el alma deslumbrada
contemplo esta ciudad de maravilla
que reclinada entre jardines brilla,
de soberbios volcanes coronada.
Nada encontró tan bello la mirada,
pues junta a la nobleza de Castilla,
la gracia melodiosa de Sevilla
y el encanto oriental de mi Granada.
Para loar sus parques soberanos,
el porte señoril de sus hermosas,
sus claros cielos y sus largos tersos;
dejar quisiera como ofrenda, hermanos,
todo mi corazón, trocado en rosas,
y el alma entera transformada en versos.

F. VILLAESPESA

UN POETA DE LA HORA PRESENTE

VERHAEREN

Cuando sucumbió a un vulgar percance ferroviario este escritor belga, díjose en letras de molde, insistentemente, que era el único capaz de cantar la epopeya de una guerra como la que estamos presenciando, de una guerra verdaderamente *tentacular*, que abarca, con sus prolongaciones interminables, a manera de pulpo gigantesco, a Europa y Asia, y ya amenaza comunicarse a la América del Norte y al Brasil. No sabemos lo que hubiese hecho Verhaeren; pero lo que tuvo tiempo de hacer demuestra que siendo Verhaeren, en efecto, un gran poeta, el tema sobrepuja a sus alientos, y le viene grande, lo mismo que vendría grande, seguramente, a todo vate de nuestros días. Para fundar un poco esta aserción, diré lo que en-

tiendo acerca de la poesía épica y su posibilidad en nuestros días.

Que toda poesía inspirada en la guerra tiene que ser épica, si ha de responder esencialmente a su objeto, parece que no sea necesario demostrarlo, porque lo prueban los hechos. No ha de entenderse por épico solamente lo que reviste forma de epopeya, genéricamente hablando. Apenas hay epopeya, entre las primitivas, basadas justamente en las guerras, no sólo de pueblos, sino de razas—como el Ramayana, el Mahabarata, y más tarde la Iliada y la Odisea—, que no tenga sus fuentes mucho más allá de la obra del poeta, ya culto, ya en cierto sentido erudito, que les ha dado la forma en que las conocemos. Ha sido el pueblo en sus cantos espontáneos, en la creación continua de poesía que, al través de los siglos, viene realizando, quien suministra la materia épica, y de esta formación lenta, natural, tenemos en nuestra literatura nacional un ejemplo claro y demostrativo. Los elementos que en Grecia y en la India han sido, por decirlo así, reabsorbidos por la raza, aquí todavía podemos reconocerlos y los descubre la investigación cuando busca los orígenes del Romancero y hasta los de los poemas del Cid. Hay más: tenemos en gran copia esos componentes, esa materia épica difusa, y nos falta la epopeya propiamente dicha. Es en nuestro teatro y en Zo-

rrilla donde fueron a perderse, como riachuelos en el mar.

Desde los mismos orígenes de la epopeya ha latido en su seno el fermento lírico. Sobre la magna e inconsciente obra de las colectividades surge la del individuo, que reclama sus derechos. Los reclama primero tímidamente, sin atreverse a luchar con tradiciones, religiones, instituciones seculares; todo ello pesa sobre el sentimiento individual, y lo hace como pudoroso, secreto, y, más que nada, ajeno a toda reivindicación de derecho alguno. Sin embargo, un día tras otro día, el individualismo acaba por imponerse, y se puede afirmar que, así como la edad primitiva y sus derivaciones hasta entrado el Renacimiento pertenecen a la epopeya, la Edad moderna pertenecerá enteramente al lirismo y el elemento épico irá desapareciendo, secándose como un árbol al cual se le han cortado las raíces.

He aquí, a mi entender, la razón por la cual las epopeyas antiguas no reflorecieran, y la última sapiencial y magnífica fué *La divina comedia*. Ya sabemos que España no tuvo epopeya *oficial*, y con haber hecho nosotros las cosas más épicas de cuantas sucedieron en el mundo, lo único realmente inspirado, a trechos, que en el género produjo nuestra musa fué *La Araucana*, de Ercilla. La riqueza épica atesorada en nuestras entrañas

fueron las redacciones más o menos tardías del *Romancero*, y la bullente expansión del teatro, en el cual lo épico culmina sobre lo lírico, aunque el lirismo individualista haya puesto su sello más hondo en personajes como el Segismundo de *La vida es sueño*, y Casandra, la heroína de *El castigo sin venganza.*

Parecerá que estoy yéndome a enorme distancia de Verhaeren... No por cierto. Para decir que no pudo Verhaeren ser el poeta de la guerra, el cantor épico de una patria y una nación oprimida, pisoteada, lacerada; para afirmar que no cabía en lo lógico el que lo fuese, había que empezar reconociendo que la epopeya *organizada* es un género desaparecido. La evolución de los géneros es un estudio de historia natural literaria que ha sido hecho detenidamente casi como pudiera hacerse en un laboratorio, y se ha visto que la epopeya no nació jamás de la inspiración de un solo hombre, sino que es resultado de la creación legendaria colectiva, creación que dura bastante tiempo, siglos, antes de que la concentre y recoja el poeta que ha de fijar su forma duradera. Y esto que voy escribiendo no va contra el talento, contra las cualidades muy altas de Verhaeren: no pudiera él realizar un milagro, alterando todas las leyes de la morfología literaria.

Ante todo, hay que tener en cuenta que Verhae-

ren no es tampoco otra cosa que un poeta lírico, como lo son todos los de su generación, Metterlinck en el teatro, y en la rima Verlaine, Mallarmé, y tantos y tantos como pudieran citarse. Verhaeren ha sido caracterizado como poeta de la alucinación, que es cosa muy lírica, una hiperestesia de la visión poética, en que adquieren alma todas las cosas, hasta las inanimadas, y hablan al espíritu.

Y este don de la alucinación constante, de sentir la vida intensa y visionaria, es ya un don poético, no cabe negarlo. Hay algo de profeta y de vidente en todo artista. Algunos, sin embargo, no prestan tal vivir misterioso a las cosas: las miran, al contrario, desde una altura serena, aunque en su fondo, trágica; y el mejor ejemplo de esta manera de ver es un poeta francés, Leconte de Lisle, jefe de la escuela parnasiana y maestro de los impasibles y olímpicos, que tiene la calma augusta de un mármol griego.

Busco en las historias de la literatura contemporánea francesas el nombre de Verhaeren, y debo declarar que encuentro en ellas y en los estudios críticos en general escasas referencias al poeta belga. Dijérase que le niegan, tácitamente, la alternativa. Puede esto achacarse a la nacionalidad de Verhaeren; pero, dado el espíritu hospitalario de Francia, y la aceptación que otorgó a los no-

velistas rusos y, en su día, a poetas como Heine, parece extraño que, en el campo de la crítica seria y metódica, hallen tan escaso ambiente Verhaeren y también Metterlinck. La guerra tal vez traiga, en este particular, una revisión de valores; entre tanto, transcribo el juicio de Rémy de Gourmont, heraldo de tantas reputaciones nuevas, y cuya manga más bien se puede calificar de anchísima, en bastantes casos.

Dice así el crítico del *Mercure:* «Verhaeren no ha dominado el idioma; sus más bellas páginas las doblega el peso de epítetos importunos; sus mejores poemas se encuentran atollados en lo que antes se llamaba el prosaísmo». Antes y ahora, porque el prosaísmo no ha dejado de existir, y de ser una condición, o, mejor dicho, un defecto de bastantes poetas; las causas serían largas de recontar.

Reconoce, sin embargo, Gourmont que la impresión producida por Verhaeren es de grandeza y vigor; y, como no podía menos de suceder, encuentra en el poeta belga a un descendiente directo de Victor Hugo. Igual convicción sentí al leer algunos de sus versos, entre los cuales hay no pocos que Víctor Hugo pudiera firmar. Y esto, que en parte es un elogio, por otro lado indica en Verhaeren la filiación romántica. No he sentido hacia los imitadores de Hugo gran simpatía, y,

después de inclinarme ante las dotes realmente asombrosas del maestro, ante el prodigio de su verbalismo, ante su autoridad imperial sobre el idioma, me he atrevido siempre, desde hace bastantes años, cuando todavía quedaban en España hugólatras fanáticos, sobresaltados al decir yo, en mis lecciones en la cátedra de Estudios superiores del Ateneo de Madrid, que Víctor Hugo, con ser un poeta tan inconmensurable, no era *mi poeta*. Y es que yo prefiero, a lo desmesurado, lo proporcionado, y, en poesía, hasta lo breve, y sobre todo, lo humano, lo profundamente saturado de humanidad y embebido de sentimiento. Así, en el siglo XIX, *mis poetas* han sido Enrique Heine, Musset, Verlaine, algunos otros que no hincharon la voz en la trompa.

Por lo que respecta a Verhaeren, no fué para él, tal vez, muy beneficiosa la escuela de Hugo. Los derroteros de su musa hubiesen sido más seguros quizás si caminara libre en los comienzos de su carrera poética, porque es un don precioso la independencia en la juventud, aun cuando nadie la haya ostentado completa y siempre se puedan observar influencias en los más grandes.

Verhaeren ha producido mucho; tengo a la vista más de una docena de libros suyos, abundando las colecciones de versos: a ellos hay que añadir algunos tomos en prosa y los dramas, entre los cua-

les figura aquel *Felipe II* que ha venido a dejar tamañitos a Alfieri y Schiller, en cuanto a pintorescas invenciones acerca de la figura del príncipe don Carlos. No insistiremos mucho sobre este aspecto de la obra de Verhaeren, y nos limitaremos a hablar de su poesía, antes y después de la guerra.

Los tres tomos de *Poemas*—series las titula el autor—dan ya completa idea de su personalidad. La primera serie comprende el ciclo de las impresiones familiares, de la Flandes castiza. Así el poema con que se abre el volumen—en la edición que leo—produce el efecto de un lienzo o tabla de los clásicos pintores de la escuela más sometida a las influencias ambientes que se ha conocido en el mundo: la de Teniers, Steen y Brauwer. Cuelgan en el lar jamones y morcillas y, del techo, racimos de perdices y ocas rellenas y resplandece la panza de los calderos y las mujeres ríen, cantan, beben, igual que sus compañeros de material orgía: explosión, dice el poeta, de instintos y de apetitos, de furores de estómago y vientre, de libertinaje y de glotonería desatada... A lo vivo está la pintura, como las restantes de la coleccioncita que el autor titula *Las flamencas*. La lira se hace pincel, cediendo así a la fuerza tradicional; el arte plástico se impone a la poesía y la hace descriptiva; Gourmont diría prosaica, amiga del detalle crudo

y de la pincelada crasa y jugosa. Así exclama, dirigiéndose a los artistas de aquella época: «Vuestras mujeres sudaban salud y estaban rojas de sangre y blancas de grasa...»

Ya en estos poemas asoma el peligro del elemento descriptivo, que si pone al poeta en contacto directo con la realidad externa, le quita mucho de aquella llama interior por medio de la cual la realidad se transforma. Ved el poema titulado *Las llanuras;* es pura descripción. De las restantes «flamencas» hay que alabar, por el mismo carácter pictórico, la vaquera que ordeña; la «manchita» de la leche en la cueva estrecha y baja, dentro de las jarras profundas; la enérgica agua fuerte de *Los cerdos;* la crudísima kermesa contenida en *Los labriegos*. Estos poemas, que pueden calificarse de regionales, me han hecho pensar en la diferencia que va de región a región, en las manifestaciones de su poesía natural. Imagino los mismos temas tratados por un poeta regional de Galicia. También por allá hay romerías que equivalen a las kermesas, con todos los incidentes grotescos y sensuales que en éstas pueden producirse. También allá hay la «matanza», y los despojos del puerco se convierten en golosinas y no faltan rústicos *oaristis*, ni vaqueras, ni gañanes. Pero aunque según dicen los etnólogos, sangre céltica corre por las venas de los flamen-

cos y de los gallegos, sin duda la de los flamencos es más gruesa y espesa y la materia, como en su pintura, se muestra en ella más. En lo gallego hay melancolía doliente y aguda ironía riente y más espiritualidad, no cabe duda. Tal vez ni los labriegos sean en Flandes tan sensuales y tan negros, groseros y bestiales como Verhaeren los describe en estos poemas, que considero, por otra parte, de lo mejor que ha hecho y de lo más sincero y fuerte. El mismo, cantando a las mujeres de otro tiempo, dice que «concentran nuestro ideal carnal». El ideal gallego, que hasta poco ha no tuvo pintores, no es un ideal carnal, o lo es sólo en ciertos aspectos.

Pero no olvidemos que el país de esos pintores que han inspirado los versos de Verhaeren, los pintores de las cínicas kermesas, de las mujeres regordetas y sin pudor, es también el país donde el arte concibió la visión célica, sublime, del *Cordero místico*. Y de tal cuadro, único entre las obras del humano arte, hay un reflejo en la colección titulada *Los monjes*, donde vemos la inspiración católica del ascetismo:

Et, parvenus au temple, ouvrant pour eux son chœur,
Sous un recourbement d'ogives colossales,
Ils tombent a genoux sur la froideur des dalles.
Et jettent vers leur Dieu tout le sang de leurs cœurs.

Le sang frappe l'autel et sur terre s'épanche;
Il rougit la splendeur des murs éblouissants,
Mais quoi qu'ils aient souffert depuis dix-huit cents ans,
L'hostie est demeurée implacablement blanche.

Sin duda no conocía Verhaeren un cuadro de uno de nuestros primitivos españoles, en el cual, sobre la hostia que el sacerdote alza, cae un chorro de sangre del costado de Cristo.

También esta colección de *Los monjes*—que me recuerda, en esta hora amarga para Bélgica, mi visita a la interesante abadía de Maredsus—es de lo mejor, de lo más sentido que ha cantado Verhaeren. Los poemitas titulados *Meditación*, *Agonía de monje*, *Muerte cristiana*, bastan para consagrarle como gran poeta.

Quisiera que me agradasen tanto como *Los monjes* y *Las flamencas* las otras colecciones, muy numerosas, que Verhaeren ha publicado, y entre los cuales citaré otras dos series de *Poemas* y los titulados *Las fuerzas tumultuosas*, *El múltiple esplendor*, *Las horas claras* y *Los semblantes de la vida*. No pudiera negarse que, entre tanto verso, falten bastantes muy inspirados y muy impregnados de ese ardor sombrío y triste que caracteriza a Verhaeren; pero tampoco sería injusto afirmar que, para la gloria de este poeta, serían suficientes uno o dos volúmenes de versos, y

en lo demás ha incurrido en los amaneramientos de la escuela decadentista.

No es fácil evitar la sorpresa leyendo versos como estos:

La lune est un bloc de folie;
La lune est une bouche de gel,
Qui mord mon cœur essentiel.

Cuando Verhaeren cae en estos laberintos, desciende su inspiración. Porque Verhaeren gana siempre que, olvidándose de las alucinaciones, se acerca a la realidad y ahonda en ella. No en balde es flamenco, no en balde empezó por beber en las fuentes de ese arte nacional de la pintura, que tantas enseñanzas de verdad contiene. Le sucede a Verhaeren algo de lo que a su paisano Wiertz, el pintor, cuyos extraños cuadros se enseñan en Bruselas. Cuando se sale de la realidad, va llegando, gradualmente, hasta lo cómico y caricaturesco del horror. No todos los pueblos producen artistas *naturales* del horror como nuestro Valdés Leal. Y el horror mismo necesita estar inspirado por la naturaleza, si ha de causarnos el escalofrío de lo bello.

En cambio, la nota sencilla es en Verhaeren muy penetrante. Se puede dar un volumen entero de alucinaciocnes por un poemita como el encan-

tador titulado *Los pobres* y que, sin fraseo, dice tanto:

Il est aussi de pauvres cœurs,
Avec, en eux, des lacs de pleurs;
Qui sont pâles, comme les pierres
D'un cimetière.
Il est aussi de pauvres mains,
Comme feuilles sur les chemins,
Comme feuilles jaunes et mortes,
Devant la porte...
Il est aussi des pauvres gens,
Aux gestes las et indulgents,
Sur qui s'acharne la misère.
Au long des plaines de la terre.

La fina sobriedad de estos versos, su patética dulzura, los hacen semejantes a música de clavicordio antiguo. Y ni he citado el poema entero, ni podría, en un estudio sucinto, recontar las bellezas que a veces se descubren en Verhaeren, ni tampoco entretenerme en recoger pasajes en que el amaneramiento de la escuela le sugiere estrofas como la que sigue:

Et doux soleil que baise un œil éteint d'aveugle,
Et fleur venué au tare décembral de l'hiver.
Et plume d'oiselet soufflée au vent de fer?
Et neutre et vide écho vers taure qui meugle?

Tengo que pasar rápidamente por estos aspectos de la retórica de Verhaeren, para volver a lo que dije en los primeros párrafos: para examinar si, en efecto, Verhaeren hubiese podido ser el cantor de la guerra, el que recogiese, en su alma vibrante de poeta y de patriota, los ecos sonoros de esta horrenda lucha. Los que Verhaeren ha dejado y que se inspira en estos acontecimientos ultra trágicos es, amén de dos tomos de prosa, titulados *La Bélgica sangrienta* y *Las ciudades magulladas de Bélgica*, una colección de poemas, *Las alas rojas de la guerra*, que no falta quien considere obra maestra, en su terreno. Y por tal motivo, y por la confirmación que pudiese dar a las esperanzas cifradas en Verhaeren como Homero posible de esta Iliada, si no hubiese tenido la desgracia de morir antes de ver redimida a su patria, me detrendré un poco en el examen del libro.

Su génesis, la encontramos en uno de los libros en prosa, donde el mismo autor (en *La Bélgica sangrienta)* nos refiere como, de apasionado admirador de Alemania, se convirtió en su enemigo mortal ante los hechos de la invasión.

Y esto es tan natural, que lo asombroso sería lo contrario. Y la fuerza de este sentimiento poderoso y hondo, el amor y la defensa de la patria maltratada y sometida por la violencia es tal, que

en un poeta verdadero bien pudiera hacer brotar la llama épica, si los tiempos en que vivimos lo consintiesen. Veamos lo que ha hecho Verhaeren bajo la presión de tales móviles psicológicos.

Ha hecho, sin duda, un cuadro lleno de verdad, descriptivo, demasiado descriptivo tal vez. La descripción, fiel y ahincada, no es, sin embargo, ni el grito vehemente del lírico, ni el cántico viril de la epopeya. En la Ilíada hay largas descripciones y campea en ellas la exactitud sorprendente, la fidelidad que en todo lo dependiente de lo real se nota en el sublime texto homérico, y que le da tal carácter de precioso documento para conocer el período heróico de la historia; pero, por cima de esa exactitud de descripción, están los elementos psicológicos, los caracteres, las razas, en que culmina la epopeya. En el libro de Verhaeren, no diré que la descripción no sea profundamente artística. Es hasta como un cuadro en que la vista y los demás sentidos, como el oído, son afectados por la lucidez y viviente claridad con que el poeta recoge las impresiones.

Disséminant la guerre,
Par régiments entiers à travers monts et terres,
Au long du sombre Oder et del'Elbe et du Rhin,
Claquent
Partout les plaques

Des ponts d'airain,
Au passage volant et trépidant des trains.

Hay en el ritmo, en el modo de manejar el metro, en la elección de las palabras, un acierto singularísimo de armonía imitativa, como hay la más grandiosa imagen en esta otra estrofa admirable:

Et tout à coup se dirigeant vers la Vistule,
Du fond des Ourals blancs et des Caucases bleus
L'innombrable Russie en bataillons houleux
Se précipite et s'accumule;
L'ordre s'y fait et les chevaux et les soldats
Frappent si fort le sol des marteaux de leurs pas,
Qu'on dirait q'avec eux marche en avant la terre.

Seguramente que Verhaeren no habría leído un renglón de Verdaguer; y sin embargo, esta estrofa me recuerda, por la sublimidad de la figura, aquella otra de *L'Atlántida:*

Van per muntar-se les fallantes proes.
Com al sol del desert enceses boes,
Per morir una o altra a revolcons;
I roda com un carro el tro de guerra,
Fent en sos pòls sotraquejar la terra,
Temerosa com ells d'anar a fons.

El resto de la colección titulada *Las alas rojas de la guerra*, no raya a tanta altura como el hermoso poemita que cité y que lleva por epígrafe *El mundo se arma*.

No faltan en ella trozos de sentimiento, muy patéticamente expresado, y está narrado con emoción el estrago de la catedral de Reims, los sufrimientos de los hospitales de sangre, el destripamiento de la tierra que sostenía a los humildes labradores, el éxodo doloroso de los que ven arrasados sus hogares y tienen que huir de ellos por los ásperos caminos. Y aunque pinta cuadros tan animados y típicos como el que se titula *Un soldado viejo*, lo cierto es que, en el conjunto, se queda a gran distancia de lo que pudiera llamarse inspiración épica. Es el volumen una fila de impresiones, una glosa de temas que, sin poderlo remediar, nos recuerdan artículos de prensa, porque esto del olor a periódico es el gran escollo que la poesía moderna tiene que evitar, y no siempre lo evita, y a veces hasta lo busca; tal sucedió a Copée, por ejemplo.

Los versos que Verhaeren pudiese escribir si la muerte no le hubiese sorprendido ¿serían superiores en intensidad, en alcance, en energía, a los que esta colección contiene? ¿Llegarían siquiera al vigor de algunos de Víctor Hugo, cuya fuerza épica no puede negarse? La respuesta parece

aventurada. Yo, por mí, diría que no, y hasta diría que el poeta de *Las campiñas alucinadas* y de *Las villas tentaculares*, de *Las flamencas* y de *Los monjes*, es mayor que el de *Las alas rojas*. Acaso, para abarcar y reflejar un tema tan desmedido, se necesite remansarlo, por el transcurso del tiempo, en los senos de la memoria.

CONDESA DE PARDO BAZAN
Catedrático de la Universidad Central.

NUESTRO DESAMPARO

A lo que parece, los horrores de esta guerra demuestran perentoriamente que Dios no gobierna el planeta y que si posó en él su planta divina, debió ser hace mucho tiempo, hace muchos milenarios... allá en la edad de oro o antes, cuando, según Novalis, la naturaleza se petrificó de sorpresa, de amor y de miedo ante su presencia, formándose entonces las rocas, los abismos, las montañas, que son como las huellas del pasmo del mundo al mirar lo inefable...

¿Cómo es posible, se preguntan todos los días los escritores que comentan la guerra, cómo es posible conciliar tales horrores con la idea de la Providencia, «que tiene contados los cabellos de nuestra cabeza y sin cuya voluntad no se mueve la hoja del árbol?»

El noble e inquieto espíritu de Manuel Bueno, que revela siempre en sus escritos una preocupa-

ción honda y poderosa ante los problemas filosóficos modernos, decía en días pasados que el mundo, «se hallaba en un divino desamparo» y que nada podía esperar sino de sí mismo.

Se comprende perfectamente tal actitud mental ante el espanto de determinadas catástrofes, sobre todo, de la presente, cuando se ve que una camarilla militar de Berlín tiene el poder de lanzar al planeta en un abismo tal de horrores. No parece concebible que un Dios que guía el universo hacia fines seguramente buenos, pueda permitir tales cosas, y hay filósofos que prefieren afirmar como Schopenhauer que la Voluntad, única cosa en sí, no tiene fin ninguno, o como Nietszche, que Dios ha muerto hace mucho tiempo.

En cuanto a los poetas, ¿cuál de ellos no se ha preguntado alguna vez como Espronceda?:

¿Quién es Dios? ¿Dónde está? ¿Sobre la cumbre
de eterna luz que altísima se ostenta,
tal vez en trono de celeste lumbre
su incomprensible majestad se asienta...?
¿Es Dios tal vez el Dios de la venganza,
y hierve el rayo en su irritada mano,
y la angustia, el dolor, la muerte lanza
al inocente que le implora en vano...?
¿Embebido en su inmenso poderío,
es Dios el Dios que goza en su hermosura,

que arrojó el universo en el vacío
leyes le dió y abandonó su hechura...?
A esclavitud eterna condenada,
a fiera lucha, a guerra interminable
tal vez estás divinidad sublime
que otra divinidad de inercia oprime.

*

Recuerdo que a propósito de una catástrofe, la de Mesina, y de las guerras balcánicas, el ardiente y piadoso Wilfred Monod, fingía un diálogo entre un sacerdote y un abogado, del cual entresaco y traduzco lo siguiente:

El abogado.—¿Ha contemplado usted espectáculo semejante y cree en Dios?

El sacerdote.—Los males de la guerra deben imputarse a la necedad y a la ferocidad humanas.

El abogado.—De acuerdo. Pero si la humanidad, como usted lo enseña, ha sido creada, el responsable autor de los crímenes del hombre es el Creador.

El sacerdote.—No, puesto que el hombre fué dotado del solemne poder de elegir entre el bien y el mal; pues que fué dotado del libre arbitrio.

El abogado.—No tengo humor para filosofar sobre este montón de cadáveres... ¿Y la marejada que hizo unas doscientas mil víctimas, estaba dotada también de libre arbitrio?

El sacerdote (serio).—La naturaleza es el órgano del Todopoderoso. «El Eterno reina», escribía el salmista. Nada acontece sin su orden.

El abogado.—Allí le quería ver a usted... Pues bien, una vez más: yo no comprendo que un hombre honrado pueda creer en Dios. Ustedes tienen más corazón que su divinidad. ¡Cómo! ¿Ella ha querido esta mortandad espantosa? ¡Se ha encarnizado con las mujeres y con los niños, a traición, sin que nadie la provocase, sin prevenir a nadie! Siquiera los militares antes de matarse, se declaran la guerra.

El sacerdote.—Me he explicado mal. Dios no ha «querido expresamente» la catástrofe: la ha «permitido».

. . . . . .

El abogado (pálido).—Dios no la ha querido, ¿no es esto? Pero la «permite». ¿Y la permite después de haberla previsto sin duda?

El sacerdote.—Yo estoy tan comovido como usted. Yo, hace un momento, lloraba, titubeando, en las tinieblas, entre los cadáveres enlazados de una familia. Pero me repito con sumisión: «Los caminos de Dios no son nuestros caminos».

La enfermera.—Permítanme, señores, una simple advertencia: yo, que estoy consagrada al cuidado de los enfermos y de los agonizantes, me hago todos los días las preguntas que ustedes se

hacen. Un terremoto de algunos instantes formula estas preguntas con estruendo: ¿pero y un cáncer de algunos años...? Comenzar a nacer es comenzar a morir; la muerte llamada natural es un suplicio que consiste en ser quemado a fuego lento.

El abogado.—¡Justo! ¡Justo! El destino humano entero es el que permanece incompresible con la hipótesis de un Dios bueno y omnipotente. Yo concluyo, pues, que el mundo rueda al azar, en la noche glacial del espacio.

La enfermera.—Puede uno no adorar la intervención perpetua de un Dios en los asuntos de la tierra y escapar, sin embargo, a las lúgubres conclusiones de usted. He aquí un librito, el Nuevo Testamento, que me acompaña por todas partes. Pues bien, encuentro en los Evangelios estas palabras de Cristo, palabras ¡ay! de circunstancias, de ocasión, incidentales: «Esas diez y ocho personas sobre las cuales se derrumbó la torre de Siloé, matándoles, ¿creéis que eran más culpables que todos los otros habitantes de Jerusalén? No, yo os lo declaro».

Así, pues, Jesús mismo admite que las piedras cayeron indiferentemente sobre los justos y sobre los pecadores. ¿Y por ventura se volvió ateo por eso?

*

Aquí está la clave de la cuestión; el mundo, medido con nuestra lógica, resulta absurdo. Los filósofos materialistas nos dicen que marcha al acaso, que no existe más que la armonía de las fuerzas. En cambio, los más altos espíritus de la humanidad, y el más alto de todos, Jesús, a pesar de que veían este ilogismo desconcertante, tuvieron «unánimemente» una actitud de amor hacia lo «absoluto». El absurdo aparente del mundo ni los desconcertó ni los volvió ateos. Nada era suficiente para hacerles negar a un Dios a quien «sentían» dentro de su alma.

Ahora bien; pues que hemos de seguir a alguien en nuestra orientación metafísica; pues que una actitud inédita ya no es posible en el mundo (sino para los imbéciles que según Goethe son los únicos que pretenden pensar y hacer cosas absolutamente nuevas) ¿por qué no seguir a estos guías divinos, a estos maestros, a estos espíritus maravillosos, imitando su sabia sumisión ante lo invisible y ensayando su afirmación sobrehumana?

El «divino desamparo» de que habla el insigne Manuel Bueno, lo sintió como nadie Jesús, en un momento infinitamente angustioso y trágico cuando exclamó: «¡Dios mío, Dios mío! ¿por qué me has desamparado?» y sin embargo, murió suspirando: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu», lo cual significa dos afirmaciones supremas:

la existencia de un Dios, bueno a pesar de todo a quien llama padre, y la inmortal existencia del alma.

Platón, por su parte, antes que negar a Dios, prefirió creer que ese Dios luchaba con una necesidad ciega, de origen incomprensible para nosotros (el Ahriman de los persas), a la cual acabaría por vencer. Para él, que con razón ha sido llamado «divino», el triunfo del bien era lento, lejano; pero seguro.

Renán mismo, cree que «el progreso científico» es «l'Univers prenant conscience de lui méme», es decir, un Dios «in fieri», un «Dios que se está formando» y al cual aun no debemos acusar de nada, ya que no tiene todavía una total conciencia de sí mismo.

Dios piensa en nosotros (con un pensamiento subconsciente cuyas llamaradas visibles son los genios); se perfecciona, sufriendo, en nosotros. Nosotros, con nuestra ruda y dolorosa experiencia psicológica, con nuestro penosísimo aprendizaje mental, con la afinación de nuestro espíritu y de nuestros sentidos, estamos «fabricando a Dios» y formando para El (merced a actos de altruismo repetidos, que en las generaciones futuras se habrán convertido en instintos), un instrumento y un templo digno de su divinidad.

«Qui de nous va devenir un Dieu?» se pregun-

taba ya el gran poeta, y podría contestársele: Todos, la humanidad entera, la especie. («Eritis sicut Dii»...)

¿Por qué, pues, en vez de acusar a un Dios «exterior», que no sabríamos dónde colocar, para el cual no tendríamos bastante espacio en el mullido cojín de todas nuestras nubes, no nos acusamos a nosotros mismos de las calamidades originadas por los hombres?

¿Sería digno de ese Dios el bajar de su cielo para decir al kaiser y a sus docenas de generales de monóculo: «Os prohibo hacer la guerra, mutilar hombres y catedrales, ultrajar mujeres, arrasar campos»? ¿No resultaría ultrarridícula una divinidad que, como las de «Iliada», se pusiese de un lado o del otro, apoyase a los rusos o a los prusianos?

Un día llegará en que la Especie, fuerte y consciente, no tolerará la existencia de esos seres troglodíticos cuya sola razón de ser es el exterminio.

Pero si tenemos impaciencia y queremos precipitar los albores de ese día, empecemos por perfeccionarnos individualmente todo lo posible.

¿Queremos que reine la justicia? Pues comencemos cada uno por hacerla imperar en nuestro espíritu, en nuestro rededor, en nuestra grande o pequeña zona de influencia.

¿Queremos que reine la piedad? Pues levantémosle un santuario como los antiguos romanos y seamos piadosos con nuestros semejantes. ¿Queremos que reine el amor? ¡Pues amemos! ¡Amemos siempre! ¡Amémoslo todo!

... Claro que es mucho más cómodo hacer reproches a Dios, a semejanza de los pueblos inferiores que acusan de sus defectos personales al estado.

Mucho más fácil es, no lo niego, que el mundo se perfeccione para que «velle nolis» acabemos por perfeccionarnos nosotros, avanzando contra nuestra voluntad, como los perros que van atados a los carros...

Pero esta actitud de esperar a que nos toque fatalmente el ser mejores, se parece a la del borracho del cuento, a quien, en vista de que el mundo le daba vueltas, le pareció más cómodo que ir a su casa aguardar a que pasase frente de él para meterse en ella...

Más práctico, más viril, más bello, es empezar el perfeccionamiento de la sociedad, no de la periferia al centro, sino del centro a la periferia (ya que, en realidad, cada uno de nosotros es el centro del mundo, no de otra suerte que el centro del espacio, según la definición spenceriana está en todas partes, no estando en ninguna su circunferencia).

¿Quién de nosotros no ha cometido con un débil una de esas injusticias que después reprochará a la sociedad?

O como dice Gutiérrez Nájera en su «Pax animae»:

«¿Quién está cierto de no haber matado?
¿Quién puede ser el justiciero, el justo?»

*

Tenemos, por otra parte, una errónea manera de dolernos de las cosas. Nos espantan las catástrofes porque creemos que son innumerables los seres inocentes que sufren en ellas. ¿Pero, por ventura, la vida no es una catástrofe perpetua, en la que superabundan las víctimas inocentes? ¿Os imagináis que el hombre que padece de una enfermedad crónica que no le deja un punto de reposo, de una neurastenia aguda, por ejemplo, que el que sufre miseria perpetua en plena paz y pompa de las naciones, es menos infeliz que el que ahora está enterrado en las trincheras?

El metro para medir las catástrofes, los dolores de la humanidad, es el «estado de conciencia de quienes los sufren».

El estruendo, el aparato, la publicidad de una desgracia, no añaden nada a su potencia interior, no aumentan nada en el estrago de las almas.

De puro sabido se ha olvidado ya que la canti-

dad de dolor corresponde a la cantidad de noción del mismo que hay en nosotros, por lo cual Salomón decía (¿ha llovido desde entonces, eh?) que «quien añade ciencia añade dolor».

¿Habéis visto alguna vez caer a un epiléptico presa de su horrible ataque? Sus labios están llenos de sanguinolenta espuma; sus miembros se retuercen convulsivamente; su gesticulación es penosa de ver... y, sin embargo, aquel hombre no sufre nada, no siente nada, no sabe nada.

En los terremotos y otras grandes catástrofes, como en la ya citada de Mesina, se ha comprobado que «el pánico es anestésico», y que muchas gentes mutiladas, enterradas vivas bajo los escombros por espacio de semanas enteras, no han tenido noción exacta del tiempo, ni han podido calibrar la magnitud de su desgracia.

Con respecto al temor de morir, recuerdo la encuesta iniciada no ha mucho en Londres por un médico eminente y las contestaciones de muchos de sus colegas, quienes declararon que en general los enfermos no tienen conciencia de su estado, y por tanto, ni temen ni anhelan la muerte.

Más aún: cuando un inesperado accidente determina el que una persona se encuentre en grave riesgo de morir, lo notable es que ésta no presenta signos particulares de miedo, sino que, por lo general, ocupan su espíritu otras ideas.

El célebre explorador Livingstone fué una vez atacado súbitamente por un león, que comenzó por devorarle un brazo; un socorro providencial lo libró de la muerte, y el explorador aseguró no haber sentido ni miedo ni dolor, preocupándole tan sólo el saber qué parte de su cuerpo mordería la fiera, después de devorarle el brazo.

El embajador turco en Londres, Rustem bajá, fué asaltado en una cacería por un oso, que le desgarró la mano derecha, el brazo y el hombro; tampoco sintió miedo ni dolor.

Eso sí, le irritaba oir los gruñidos de alegría del oso, mientras se regalaba con la carne del embajador...

Un oficial inglés, Eduardo Bradford, estando recientemente en la India, fué atacado por un tigre. La bestia devoró el brazo izquierdo del oficial, quien no sintió dolores, salvo el momento en que los dientes del tigre se hundían en su carne.

Y, por último, un sabio de Berlín, que en unión de varios compañeros recorría las montañas de Suiza, cayó un día con su caravana en un abismo; todos sus compañeros perecieron, y él se salvó por milagro; refiriendo después que durante la caída sólo tuvo ideas indiferentes.

Recordáis la dolora de Campoamor: «¿Lo que se piensa al morir?»

El moribundo pensaba sólo:

«En aquel ritmo vacío
de la canción de su hermana.
Cri-cri, cantaba la rana,
Cri-cri, debajo del río...»

El admirable anciano que se llamó Fontenelle, momentos antes de expirar, al preguntarle qué sentía respondió:

—Nada, sino que se me va haciendo difícil vivir.

Brillat Savarín decía a una parienta suya que le asistía:

—Si llegas a ser vieja como yo, verás que la muerte no es más que un deseo de morir...

El poeta Schiller, moribundo, susurraba con tenue voz:

—Siempre mejor... cada vez más tranquilo...

La propia muerte patológica, en los años de mayor vigor, es, según observaciones frecuentes, un lento amodorramiento sin dolor, como lo han testimoniado los que recobran la salud después de haber pisado los umbrales de la otra vida.

«¡Oh, vuelvo de muy lejos! ¡qué bien me encontraba! ¿Por qué me habéis despertado?»—decía una señora—cuya hija me lo refería—desqués de un prolongado síncope. Idéntica sensación, según leo, dijeron haber experimentado otra señora amenazada de muerte por peritonitis y otra que pade-

ció fiebres tifoideas, y los ejemplos de este género podrían multiplicarse.

Existe en ciertos casos hasta la alegría de la muerte. «La Vita», en un artículo publicado no ha mucho, recordaba que el general de Sounaz, muerto hace años en Roma, hizo suspender al sacerdote la recomendación del alma para pedir una botella de champaña y brindar con él y con los asistentes por el rey y por el ejército.

El célebre escultor Bouchardot, luchando ya con la muerte, decía al cura que le presentaba un crucifijo:

—No, no, señor cura, quítemelo de delante: ¡está muy mal hecho!

La misma anécdota se ha referido de Alonso Cano.

Y para citar algo nuevo, referiré que, hará a lo sumo un mes, un particular y muy querido amigo mío, al ir a tomar un tranvía en la calle de Alcalá, fué atropellado por un coche, recibiendo en el temporal izquierdo un formidable golpe, del cual convalece aún. Un milímetro más hacia la derecha y hubiera muerto.

Le pregunté:

—¿Qué sintió usted?

—Nada. Mi último recuerdo es el de haber avanzado hacia el tranvía.

—Pero, ¿y el golpe?

—No sentí nada, absolutamente nada. Al volver en mí, en la casa de socorro, me sorprendió encontrarme allí. Un médico me curaba. Me explicaron lo sucedido... ¡Yo nada sabía!

¡Oh, inconsciencia santa, estado natural del universo, antídoto del mal de vivir, filosofía suprema, condición divina por excelencia!

*

Pero vengamos a la guerra: ¿por ventura el hecho de que haya dos o tres millones de hombres heridos aumenta el dolor de cada uno de ellos?

¿Existe acaso un ser colectivo, por el estilo del que soñó Paulowski en su «viaje al País de la Cuarta Dimensión», con una sola alma, la cual sienta todos los dolores del planeta, todos los dolores del Universo?

Entonces compadezcamos a ese ser formidable y misterioso, a ese titán, a ese dios trágico... y no a cada uno de los hombres que sufren. Aunque, bien mirado, no le compadezcamos, porque su inmenso dolor será proporcionado a su alma inmensa, y resultará análogo en su relación con el paciente, a cada uno de nuestros dolores.

Pero apuremos aún la cuestión:

¿Es cierto que en el frente, en las trincheras, los combatientes son dignos de nuestra piedad?

No, por cierto; la mayor parte de ellos está embriagada de un generoso vino espiritual.

Un excelente amigo mío escribía, a últimas fechas, desde su trinchera:

«Mi único dolor es no haber vertido aún mi sangre por la patria. Las balas, «desgraciadamente», me han respetado.»

Un inglés decía:

«Esta vida que llevo ahora es inmensamente superior y «mucho más divertida» que la que llevaba en Londres. No he tenido una sola hora de esplín... ¡Vivimos días magníficos, llenos de emociones extraordinarias!»

¿No pregonaba Nietzsche la excelencia de vivir en los peligros? ¿No aconsejaba que se edificaran moradas en la falda del Vesubio?

La «pesadilla sin fin» de la guerra dista mucho de ser igual a la suma de pesadillas que cada uno de los que ahora pelean llevaba en el alma; a la suma de problemas, de míseros cuidados, de pequeñas tristezas, de diarias mezquindades, a los cuales tendrán que volver los héroes supervivientes después de la epopeya, cuando salgan de este paréntesis rojo en que las linfas de la vida, encrespadas, turbulentas, no han tenido tiempo de reflejar las agudas piedras y los hoscos zarzales del camino...

Los esposos ahora se aman porque están sepa-

rados y temen acaso a cada instante la ausencia definitiva; porque tienen angustia, y ya sabemos que es la angustia buen abono para la planta del amor... cuyas rosas florecen con misteriosa opulencia en el vaso de la inquietud.

Después, cuando vuelvan a reposar confiados bajo el mismo techo, el hastío se reclinará entre ellos en el tálamo; el fastidio reanudará la desesperante monotonía de su estribillo...

Los que están en las trincheras nos dicen a cada paso: «hoy puedo morir».

Cuando, con la vista en el reloj, esperan el momento de lanzarse a un ataque a la bayoneta, mientras la ensordecedora artillería prepara el avance, viven momentos incomparables...

En cada instante está apretada, condensada una vida.

Los creyentes, como el héroe de Paul Bourget en su última novela «Le sens de la mort», piensan: «¡De un momento a otro puedo estar en la presencia de Dios!»

Mientras nosotros los neutrales, metidos dentro de la vulgaridad de la existencia, hacemos a las mismas horas, las mismas cosas estériles y vanas, ellos sienten el temblor augusto de los supremos instantes. El peligro, que, como decía José Martí, «es una investidura», los llena de grandeza y de dignidad. La inminencia de la muerte amplía has-

ta el vértigo sus horizontes y los hace ver cosas y sentir verdades que nuestra miopía habitual no nos permite sospechar siquiera.

Esos hombres, aun los más vulgares, sienten la emoción inefable del que se halla cerca de la fuente arcana y portentosa de su ser íntimo, ¡de quien está a un paso de Dios!

Quién sabe si cuando venga la paz y el guerrero de hoy se convierta en el «calicot», en el «facteur», en el «concierge», o, si queréis, en el duque o en el deportista rico de antes del cataclismo, no sentirá un profundo desconsuelo y una gran nostalgia de esta vida de ahora, de estos meses de conmociones incomparables, de este perpetuo codearse con las verdaderas, con las grandes realidades, y con la más grande de todas, que es la Muerte... ¡Quién sabe si no repetirá con melancolía las palabras de Ernest Lavisse (que el autor de un libro sobre la invasión de Bélgica, que yo he prologado, pone como epígrafe de sus páginas): «Quelle qu' ait été votre vie, heureuse ou malheureuse, vous pourrez dire: «J'ai vécu de grandes journées, telles que l'histoires des hommes n'en avait pas encore vu!»

No; el mundo no yace en tanto desamparo como creemos en nuestros momentos de tristezas, al contemplar el daño que el hombre puede causar, impunemente al parecer, a los demás. El mundo,

aunque ello se crea una paradoja, está ahora más cerca que nunca de la verdad, porque como dice el propio Bourget en su citado libro (y lo habían dicho ya tantos grandes místicos), «cuando sentimos que Dios nos falta, es cuando está más cerca de nosotros...!» («Quand nous sentons que Dieu nos manque, c'est qu'Il est tout prés!»)

AMADO NERVO

Algunos sistemas filosóficos

(Continuación.)

Spencer.

Spencer, a semejanza de Kant, admite la existencia de la cosa en sí, sin creer podamos llegar hasta ella; nuestro conocimiento—afirma—, aunque no puede pasar de los fenómenos, conoce que tras de ellos se oculta lo incognoscible, lo cual es un dato necesario en nuestra conciencia. Queriendo Spencer limitarse a los fenómenos, y habiendo definido el conocimiento vulgar como el saber no unificado, y el científico como el saber parcialmente unificado, define la Filosofía como el saber completamente unificado. Según esta definición, la Filosofía es una síntesis de las ciencias positivas, es como un hilo que las enhebra a todas, dándoles unidad de conjunto, pero sin llegar nunca a continuarlas (hacia esta misma síntesis tendía el positivismo de Augusto Comte). Afir-

ma Spencer que es necesario, para poder comenzar a filosofar, admitir *a priori*, como verdades provisionales, aquellas intuiciones fundamentales necesarias para pensar las demás cosas, dejando a los resultados el cuidado de justificar tales hipótesis; y según ésto, establece como principio general *a priori*, como postulado de donde derivan todos los conocimientos científicos, la persistencia de la fuerza. Y luego añade: «*es preciso que el fenómeno de la evolución se deduzca de la persistencia de la fuerza, pues a ese principio debe conducirnos todo análisis profundo, y sobre él debe fundarse toda síntesis racional. En efecto, siendo ese principio el único indemostrable científicamente, pues es la base de la ciencia y el fundamento de sus más amplias generalizaciones, éstas quedarán unificadas desde el momento en que se las refiera a ese principio como a su fundamento o base común*». Y, siguiendo este plan, pónese Spencer a estudiar la evolución, procurando irla encerrando cada vez en fórmulas más generales; y de esta suerte, llega a dar con la siguiente fórmula: «*la evolución es una integración de materia, acompañada de disipación de movimiento, durante los cuales, tanto la materia, como el movimiento aun no disipado, pasan de una homogeneidad indefinida e incoherente a una heterogeneidad definida y coherente*».

Pero, al llegar a esta conclusión, plantéase el siguiente problema: ¿Es posible que la metamorfosis univer al siga el mismo curso indefinidamente, o debe llegar a un punto de equilibrio? Spencer se decide por esta última solución, y se plantea todavía el siguiente problema final: «*si el equilibrio debe terminar en el reposo completo, ¿cuál es el fin hacia donde tienden todas las cosas?; si el sol pierde su calor, si la disminución de radiación solar trae consigo una disminución de actividad en las operaciones geológicas y meteorológicas, como tambien en la vida animal y vegetal; si la sociedad y sus individuos dependen de esas fuerzas que tienden gradualmente a extinguirse, ¿no es evidente que todo cuanto vive tiende a la muerte universal? Pero, ¿no habrá después una operación ulterior que resucite esos cambios e inaugure una vida nueva? ¿O deberemos imaginar, como fin del Universo, el espacio infinito poblado de innumerables soles inmóviles eternamente en lo futuro?*» Este problema final lo resuelve diciendo que, según todo lo expuesto acerca de la evolución, se infiere que después de la muerte universal debe venir una nueva vida universal: «*nos vemos obligados a pensar*—dice—*una se. ie de evoluciones y disoluciones en un pasado y en un futuro indefinidos; no podemos pensar en un principio y en un fin únicos para*

el Universo». Así es como nos ofrece Spencer la visión de una fuerza invariable y superior a todos los cambios y formas, la cual se manifiesta haciendo y deshaciendo indefinidamente la maquinaria universal.

La formación de esta maquinaria la va estudiando Spencer de un modo largo y penoso, para concluir diciéndonos: todo este trabajo ha servido para llegar a este estado de perfecto equilibrio, de muerte universal; pero no temáis, el equilibrio se deshará, y volverá a comenzar la evolución, y así indefinidamente, por los siglos de los siglos.

¿No parece esto una burla?

Después de seguir paso a paso la monótona exposición del árido pensamiento de Spencer (exposición que, como dice muy gráficamente William James, recuerda la sequedad de un maestro de escuela, o la monotonía de una vieja), y de pasar por aquella innumerable relación de hechos, y por aquella argumentación pobre y machacona que tiene la misma monotonía de los considerandos y resultandos de la literatura jurídica, es realmente indignante encontrarse con aquel final en el cual, presentándonos al Universo como una gran noria que gira sin cesar, nos dice: esto es lo descubierto por nuestra síntesis de todas las ciencias; en cada vuelta de la noria está comprendida toda la evolución, la cual no tiene otra finalidad

sino la de hacerse y deshacerse indefinidamente; y no preguntéis el por qué y el para qué de ese incesante girar, de ese interminable flujo y reflujo, pues eso es lo incognoscible, lo oculto tras del fenómeno, lo eternamente vedado.

Encontrarse con tales palabras al fin de tan largo y monótono discurso da ganas de contestar: ¿Y para esto me ha traído usted hasta aquí? ¿Y para esto me ha hecho usted seguirle al través de ese fárrago de considerandos y resultandos? Para este viaje no necesitábamos alforjas. ¿Qué puede importarme el que la evolución marche hacia el equilibrio universal y el que tras de ese equilibrio pueda o no venir una nueva vida, si en ese eterno ir y venir no me presenta usted nada capaz de responder a mi «para qué» individual? ¿Si en ese cuadro del Universo para nada se tienen en cuenta mis ansias infinitas?

Al ir hacia la filosofía, vamos interrogando, con la inquietud del misterio, acerca del terrible enigma de nuestro existir, acerca de ese gran problema especulativo y práctico que forma el eje de la vida espiritual; y queremos se nos hable de esto, aunque sea haciendo fantásticas conjeturas. Para nada queremos una filosofía muy razonada y fundamentada, muy científica, si no nos habla de nuestra gran tragedia, si no responde de alguna manera a lo que hemos preguntado.

Si sentís profundamente el problema de vuestro destino individual, y vais a buscar en la filosofía de Spencer alivio a vuestra dolorosa incertidumbre, os ocurrirá como si, preocupados por un grave conflicto de la vida, fuerais a pedir consejo a un amigo, y éste os contestara hablándoos muy razonada y discretamente de los probables cambios atmosféricos.

Spencer no quiere perder el tiempo en hacer vanas conjeturas acerca de lo incognoscible; pero lo pierde queriendo demostrarnos cosas que, al fin, nos es indiferente sean verdaderas o falsas. Suponed, en efecto, tenga realidad el cuadro universal presentado por Spencer: ¿os interesará, acaso, averiguar si el equilibrio hacia el cual marcha la evolución ha de ser el punto final de la vida, o si ha de deshacerse para dar comienzo a una nueva evolución? No creo pueda interesaros mucho el posible advenimiento de una evolución donde no vais a desempeñar nigún papel.

Si la Filosofía debiera limitarse al positivismo de Spencer, estaría verdaderamente llamada a desaparecer.

Bergson.

La filosofía de Bergson no se puede esquematizar, no cabe en pocos renglones; es algo dinámico que no podemos encerrar e inmovilizar dentro de

cuatro razonamientos; no es una visión fija del Universo, cuyos contornos bien definidos puedan dibujarse, sino visión móvil, inacabada, viva, imposible de representar por líneas, y sí por movimientos y direcciones. Tanto los dogmáticos como los criticistas y empiristas, pretendían fijar el Universo sobre el plano de nuestro conocimiento. Bergson, por el contrario, pretende hacer entrar el conocimiento en la gran corriente universal, situarlo en el fluir mismo de la realidad. Por eso, aunque estudiemos muy detenidamente toda la obra bergsoniana, no llegaremos a formarnos una silueta del Universo, como nos la formamos al estudiar, por ejemplo, la filosofía de Schopenhauer. Esta particularidad presta mayor interés a la obra del gran filósofo contemporáneo, pues nos obliga a leerla con verdadera ansiedad, siguiendo al través de su estilo maravilloso las ondulaciones de la corriente vital.

Bergson comienza dejando de lado el tan manido problema del fenómeno y la cosa en sí; le niega la importancia que han pretendido atribuirle los criticistas.

Voy a intentar exponer, con la mayor fidelidad posible, el modo de interpretar Bergson esta cuestión.

«El problema pendiente—afirma—entre realismo e idealismo, materialismo y espiritualismo,

está en la dificultad de unir dos sistemas diferentes que forzosamente debemos unir: uno, el mundo objetivo, el campo de la ciencia, en el cual cada imagen varía por sí misma y en la medida bien definida en que sufre la acción real de las demás imágenes, y otro el mundo subjetivo, el campo de la conciencia, en el cual todas las imágenes varían por una sola y en la medida variable en que reflejan la acción posible de esta imagen privilegiada. Preguntar si el Universo existe únicamente en nuestro cerebro o también fuera de él, es enunciar un problema en términos insolubles, suponiendo que sean inteligibles. Para establecer el debate, es necesario encontrar un terreno común; y como todos los sistemas concuerdan en que no poseemos de las cosas sino las imágenes, únicamente a éstas debemos referirnos, y entonces la cuestión planteada entre idealismo y realismo será la siguiente: ¿qué relación hay entre el sistema de imágenes perteneciente a la ciencia, en el cual cada imagen guarda un valor absoluto, y el otro sistema, el de la conciencia, en el cual todas las imágenes se regulan por una central, que es nuestro cuerpo, a cuyas variaciones están sujetas? El idealismo subjetivo hace derivar el primer sistema del segundo, y el realismo materialista viceversa. Pero ninguno de los dos sistemas son satisfactorios; pues, ni el primero explica ese orden invaria-

ble que rige las imágenes exteriores, ni el segundo explica la percepción. Y es porque en el fondo los dos están de acuerdo en que la percepción tiene un interés meramente especulativo, en que es conocimiento puro. Ahora bien; toda la discusión estriba en la categoría que es menester atribuir a este conocimiento, puesto frente a frente del conocimiento científico. Los unos asientan la percepción erigiéndola en absoluto, y consideran a la ciencia como expresión simbólica de lo real, mientras que los otros asientan el orden erigido por la ciencia y no ven en la percepción sino una ciencia confusa y previsora; pero tanto para los unos como para los otros, percibir significa ante todo conocer. Lo cual es un postulado inadmisible; pues la representación consciente nace en vista de la acción; y, por lo tanto, tiene sentido práctico más bien que especulativo; en efecto; la imagen centro recibe una excitación a la cual debe una reacción, y como esa reacción puede ser múltiple, tan múltiple como grande es la zona de indeterminación de su actividad, forzosamente deberá nacer con esa indeterminación una percepción consciente, para que la imagen centro pueda decidirse por una o por otra reacción».

Según esta teoría, si nos fuera posible colocar un móvil en el vértice de varios caminos y comunicarle una fuerza que necesariamente le obliga-

se a avanzar sin forzarle a tomar uno u otro camino, surgiría la conciencia en el móvil, y libremente elegiría uno de los caminos. Es decir, que en un momento de acción necesaria acompañada de indeterminación, vemos surgir toda la vida espiritual. Por eso dice Bergson que el papel de la vida es sembrar indeterminación en la materia.

El error principal de los anteriores sistemas consistía en querer considerar al ser aisladamente del tiempo, es decir, fuera de la duración, fuera de la existencia misma. Para Bergson, en cambio, la existencia es duración, y la duración, en su pureza original, es una multiplicidad toda cualidad, es continuo cambio, constante fluir. Esta idea de una duración puramente cualitativa, que no puede aprehender la inteligencia porque pretende proyectarla en cantidades espaciales, es la idea matriz repetida, a modo de «*motivo musical*», a lo largo de toda la filosofía bergsoniana; es su teoría del sér.

Su teoría del conocimiento se aparta también por completo de los anteriores sistemas filosóficos, pues, siendo la realidad movimiento, continuidad, no puede ser conocida sino como movilidad. Nuestra inteligencia, al querer estudiar la realidad que fluye, toma en ella vistas instantáneas y las enhebra luego a lo largo de un devenir abstracto; lo cual es un trabajo inútil, pues por muchas instan-

táneas que tomemos, nunca conoceremos sino simples fijaciones de ese movimiento, cortes hechos en él, y el fluir, el movimiento mismo, se refugiará siempre entre las instantáneas contiguas. Esta absurda manera de querer llegar a conocer la naturaleza del movimiento, estudiando lo inmóvil, es lo que llama Bergson el mecanismo cinematográfico del pensamiento. Para poder aprehender el devenir, deberíamos sustraernos a dicho mecanismo y situarnos en el movimiento mismo.

Esto quiere hacer Bergson: devolver al espíritu todo su poder, reintegrar el pensamiento a la realidad Para lo cual trata de sustituir el conocimiento intelectual por el intuitivo. «*La intuición*», he aquí la piedra angular de la teoría bergsoniana del conocimiento, así como «*la duración*» lo es de la teoría del sér. No es fácil formarse una idea clara y precisa de este nuevo modo de conocer. Bergson mismo nos advierte que no es posible llegar a definir explícitamente la intuición, pues esto equivaldría a fijarla y, por tanto, a falsearla. La intuición bergsoniana, sin ser confundible con el instinto, está más cerca de éste que de la inteligencia; puede decirse que es un instinto consciente aplicado a las cosas superiores; es el conocimiento íntimamente ligado a la acción, situado en el fluir de lo real; es conocer el movimiento por el movimiento, y no por lo inmóvil; en suma, es, según

palabras de Bergson, «*esa facultad de ver que es inmanente a la facultad de obrar*».

Se ha dicho que el único filósofo francés verdaderamente original, después de Descartes, era Bergson; y también se ha dicho que no pasaba de ser un escritor de estilo fácil y brillante, a quien no podía calificarse de gran filósofo.

No creo pueda negarse sinceramente la gran originalidad de Bergson, la importancia de su obra innovadora. La obra bergsoniana será contada, sin duda, entre las que señalan un cambio de orientación en la filosofía; pues trae, a semejanza de Kant y de todos los verdaderos innovadores, nuevas formas de considerar las cosas, nuevos puntos de vista, desde los cuales vemos ampliarse nuestros horizontes. Los filósofos que sucedan a Bergson podrán exponer opiniones distintas, y hasta contrarias a las de él, pero no podrán sustraerse a su forma de conocer; así como los filósofos posteriores a Kant, aunque difieran de él, dejan ver todos la influencia del criticismo kantiano.

La filosofía bergsoniana tiene su génesis, claro está, en anteriores sistemas; sin necesidad de remontarnos mucho, podemos hacerla derivar de Federico Nietzsche y más directamente, de William James; pero esto no le resta mérito ni originalidad.

Añadid a todas esas excepcionales cualidades

de Bergson lo maravilloso del estilo, y tendréis, como decía William James, el secreto de su popularidad en Francia, tierra donde tanto se estima «*l'art de bien dire*».

Pero cabe ahora preguntar: ¿y qué solución ofrece este genial filósofo contemporáneo a nuestro íntimo problema individual, al único problema de verdadero interés para nosotros, a la gran tragedia interior que nos hace ir hacia la religión y la filosofía?

Solución concreta, ninguna; pero nos abre amplios horizontes, hacia los cuales podemos orientar nuestras esperanzas. Bergson no trata de lleno el problema de nuestro «para qué» individual; su filosofía, a semejanza de la pragmatista, cuida ante todo de proporcionarnos nuevos modos de filosofar, nuevas formas de plantear los problemas. Bien es verdad que aun no conocemos la teoría moral de Bergson, siendo, tal vez, ella la que venga a hablarnos directamente de nuestro gran problema íntimo, y a ser como el coronamiento y la verdadera finalidad de toda la filosofía bergsoniana.

Pero, sin necesidad de entrar a hacer aventuradas conjeturas acerca de la obra futura, y limitándonos a estudiar lo ya escrito, podemos decir que Bergson se manifiesta francamente espiritualista, en oposición al mecanismo cientificista, y que alienta en toda su obra, como en la de Nietzche,

el optimismo de la fe en la vida, pero un optimismo más fecundo, y orientado hacia más amplias perspectivas. Así nos dice: «*Todos los seres vivos están como asidos unos a otros, y todos reciben idéntico formidable impulso. El animal toma su punto apoyo en la planta; el hombre cabalga sobre la animalidad, y la humanidad entera, en el tiempo y en el espacio; es a manera de inmenso ejército que galopa al lado de cada uno de nosotros, delante y detrás nuestro, en una carga arrebatadora, capaz de derribar todas las resistencias y de salvar muchos obstáculos, quizá el de la muerte misma.*

Unamuno.

Si en España hubiese más afición a los libros, y, entre los libros, a los filosóficos, «*Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos*» de D. Miguel de Unamuno, determinaría en nosotros una nueva orientación espiritual, mejor dicho, el renacimiento de nuestra vida espiritual. Pero, desgraciadamente, son pocos aquí, aun entre los hombres de letras, los que, atormentados por la tragedia interior sienten la necesidad de asomarse al campo filosófico. Tal indiferencia ante el terrible enigma de la vida, no puede denotar sino pequeñez espiritual; pues el espíritu, para poder sentir la inquietud del misterio, necesita ha-

ber alcanzado cierto grado de desenvolvimiento, del mismo modo que el cuerpo, para sentir la inclinación sexual, necesita haber llegado a la pubertad. Unamuno, después de decir que el descubrimiento de la muerte hace entrar a los pueblos en la pubertad espiritual, añade: «*unos individuos y pueblos no han pensado aún de veras en la muerte y la inmortalidad; no las han sentido, y otros han dejado de pensar en ellas, o más bien han dejado de sentirlas*». En este último caso, creo nos encontramos nosotros; por eso es muy difícil que llegue a manifestarse por ahora en España la influencia de un libro de filosofía, y sobre todo, estando escrito en español, y con espíritu tan español.

Unamuno principia por decirnos, en su obra «*Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos*», que el único problema verdaderamente vital, el que más a las entrañas nos llega, es el de nuestro destino individual, el de la inmortalidad del alma; y así, entra de lleno a tratar este problema, sin rodeos, sin pretender disfrazar nuestros humanos temores y anhelos con pedantismos hipócritas.

El espíritu de la filosofía de Unamuno está claramente expresado en estas sus palabras: «*Hay personas, en efecto, que parecen no pensar más que con el cerebro, o cualquier otro órgano que*

sea el específico para pensar; mientras otros piensan con todo el cuerpo y con toda el alma, con la sangre, con el tuétano de los huesos, con el corazón, con los pulmones, con el vientre, con la vida. Y las gentes que no piensan más que con el cerebro, dan en definidores, se hacen profesionales del pensamiento. Si un filósofo no es un hombre, es todo menos un filósofo; es, sobre todo, un pedante, es decir, un remedo de hombre. El cultivo de una ciencia cualquiera, de la química, de la física, de la geometría, de la filología, puede ser, y aun esto muy restringidamente y dentro de muy estrechos límites, obra de especialización diferenciada; pero la filosofía, como la poesía, o es obra de intración, de concinación, o no es sino filosofería, erudición pseudo-filosófica.

En esto estriba, a mi parecer, el principal mérito filosófico de Unamuno: en haber ido derechamente a lo que nos interesa, dejando a un lado las filosofías; en haber escrito una filosofía para hombres, y no para máquinas de raciocinar. Por eso su filosofía es espiritualista y antiintelectualista, porque arranca de nuestros más profundos deseos, porque sus afirmaciones son, ante todo, volitivas, es decir, están orientadas hacia nuestro campo de acción individual. Prueba de ello son estas palabras: «*Con razón, sin razón o contra ella, no me la gana de morirme. Creer en Dios*

es, en primera instancia, y como veremos, querer que haya Dios». Lo cual está de acuerdo con aquellas palabras de William James: «*Una idea es verdadera en tanto que tenemos interés vital en creerla verdadera*». Y es porque Unamuno es también de los que, no queriendo reducir la filosofía a un estéril juego especulativo, se esfuerzan por darle valor vital, pues comprenden que ésta es la única manera de darle algún valor.

Unamuno plantea claramente el conflicto entre la voluntad y la razón, entre nuestro deseo de vivir eternamente y los motivos racionales que nos hacen pensar en la imposibilidad de esa vida eterna, y de este conflicto hace arrancar toda nuestra vida espiritual; «*por mi parte*—dice—*no quiero poner paz entre mi corazón y mi cabeza, entre mi fe y mi razón; quiero más bien que se peleen entre sí*». Pero, aunque no quiere poner paz, sí quiere conciliar en el fondo a la voluntad y a la razón; su antirracionalismo, como todo antirracionalismo, no es sino tendencia hacia un racionalismo superior. En efecto; decir que el conflicto voluntad-razón es el fundamento indispensable de nuestra vida espiritual, equivale a decir que la contradicción es superficial, puramente dialéctica, y que la voluntad y la razón se unen y concuerdan en la realidad para hacer surgir de su aparente contradicción nuestra vida anímica; y hacer derivar de

una contradicción una finalidad práctica, es buscar razón a lo irracional, o sea, convertirlo en racional.

Dada la forzosa brevedad de este estudio preliminar, no he podido detenerme a considerar las sorprendentes teorías acerca de Dios y del Bien, expuestas por Unamuno; sólo he querido hacer ver que la filosofía de este autor, tan español y tan humano, es espiritualista, en el sentido de tendencia hacia la inmortalidad, y antiintelectualista, en el sentido de aproximación al sentimiento.

La filosofía de Unamuno es profundamente humana; nos llega al corazón, ahonda en lo más íntimo y profundo del alma; llega a poner, como se dice vulgarmente, el dedo en la llaga, es decir, nos hace sentir la herida, y, por lo tanto, la vida.

MARIANO BENLLIURE Y TUERO.

LAS DOS AMÉRICAS [1]

M. A. Viallate acaba de publicar en una de las revistas más importantes, *La Revue de Paris*, un estudio en que, con motivo del Congreso panamericano de Méjico, trata de las relaciones de la gran república norteamericana con sus hermanas menores del Sur, y de las varias tentativas hechas para expender la influencia yanqui por todo el continente. Comienza por hacer notar que durante la guerra de la independencia los Estados Unidos no prestaron ayuda oficial alguna a los pueblos hispanoamericanos que luchaban por su libertad; pero que, no obstante, los ciudadanos norteamericanos demostraron sus simpatías. Por otra parte, los Estados Unidos fueron quienes primeramente reconocieron su rango de naciones a las

(1) De el libro «La Caravana Pasa» recientemente publicado.

antiguas colonias de España. Desde entonces aparece el pensamiento de las ventajas futuras que el país anglosajón entrevé, y es el célebre Henry Clay, representante de Kentucky, el que expresa en el Congreso estas palabras en 1818: «La América española, una vez independiente, cualquiera que sea la forma de gobierno que sus habitantes elijan, estará necesariamente animada por un sentimiento americano y guiada por una política americana.»

Habla M. Viallate de las varias tentativas de unión hispanoamericana que, desde Bolívar, se han hecho. El libertador no envió invitación a los Estados Unidos para la conferencia de Panamá, en 1824. Pero al año siguiente los gobiernos de Colombia y Méjico pidieron al de la Unión que enviase sus representantes. Era secretario de Estado el mismo Henry Clay, y, aunque el entonces presidente Quincy Adams, no estaba muy bien dispuesto a entrar en esas vías, Clay lo convenció, viendo en ese Congreso, según sus palabras, «el principio de una era nueva en los asuntos humanos». Veía un inmenso triunfo para la democracia universal, y la demostración más clara, a los pueblos europeos dominados por la monarquía, del valor y grandeza de las instituciones republi-

canas. Clay, dice M. Viallate, temía también una unión de la América latina, de la cual estuviesen completamente excluídos los Estados Unidos. Dos grupos de origen, de lengua, de aspiraciones diferentes se encontrarían creados en el continente americano. La decisión de Adams para enviar representantes a Panamá, tuvo gran oposición en el Senado. El Congreso se verificó, y con ningún éxito, en 1826. No hubo más delegados que los de Colombia, Centro América, México y Perú.

Desde 1825 a 1845, los Estados Unidos no se preocupan de la América latina. Tanto rehusaron intervenir en la cuestión de las islas Falkland, entre la Argentina e Inglaterra, en 1831 como el año de 1840, cuando dejaron a Francia e Inglaterra tomar parte en la cuestión de la Argentina con el Uruguay. En 1835 y en 1848, no se dieron por entendidos de la ocupación inglesa en Nicaragua —como tampoco en el no lejano desembarco en el puerto nicaragüense de Corinto.—Atacaron a Méjico y se anexionaron Tejas en 1835, y en 1848 Nuevo México y California. Buchanan «proyectaba el establecimiento de un protectorado sobre las provincias mexicanas septentrionales, y pedía al Congreso el derecho de entrar, en caso necesario, en territorios de Méjico, Nicaragua y Nueva Gra-

nada para defender las personas y los bienes de los ciudadanos americanos. Si el Congreso hubiera cedido, el presidente de los Estados Unidos hubiera sido pronto el dictador de la América Central. Las tentativas del filibustero Walker en Nicaragua no fueron sino vistas con gran simpatía en los Estados Unidos.

La intervención europea en México, en tiempo de Maximiliano, hizo que la república anglosajona tomase su papel de defensora de Sud América, por el temor del establecimiento de una monarquía en el vencindario; pero las cuestiones peruano-chileno-españolas, que trajeron como consecuencia actos como el bombardeo de Valparaíso, los dejaron tranquilos, y como dice M. Viallate, los Estados Unidos se proponían impedir a Europa instalarse de fijo, aunque fuese disimuladamente, en la América del Sur, pero no querían defender a las repúblicas latinas contra las consecuencias naturales de sus faltas políticas. Esto se acaba de ver confirmado una vez más con la actitud que tomaron con motivo de las amenazas de Alemania en Venezuela.

¿La causa? El mal uso que de su independencia y autonomía han hecho las naciones de la América española, manteniéndose, desde su separación de la

madre patria, en revolución continua, retardando su progreso y dando al mundo el espectáculo más desconsolador y lamentable. Las cuestiones territoriales fueron causa continua de desavenencias, y las varias tentativas de un arreglo por el arbitraje no tuvieron ningún resultado en las varias conferencias de Lima. La conferencia de Panamá iniciada por Colombia en 1880, no pudo realizarse a causa de la guerra del Perú y Chile. Luego fué la iniciativa de los Estados Unidos bajo la presidencia de Garfield. «En ese momento, la situación política en la América latina estaba muy perturbada. Chile, vencedor del Perú, amenazaba imponer a éste condiciones de paz que le habrían casi anulado, mientras que México se preparaba a posesionarse de Guatemala. Blaine vió el peligro que había para los Estados Unidos en dejar libre carrera a esas ambiciones. Ellos no tenían interés en ver desarrollarse indefinidamente la potencia de un pequeño número de Estados en el hemisferio Sur; por otra parte, esas guerras presentaban siempre el peligro de una intervención europea que podría solicitar, así fuese pagando con una parte de su independencia la potencia mas débil. Blaine estaba convencido de la necesidad para los Estados Unidos de hacerse los árbitros de las que-

rellas entre las naciones sud-americanas. Era preciso hacer aceptar por esas potencias el principio del arbitraje. Ese debía de ser el objeto de un congreso panamericado cuya idea hizo aceptar al presidente. La muerte de Garfield, asesinado meses después de la inauguración, llevó al vicepresidente Arthur a la presidencia. Éste resolvió continuar la política de su predecesor, y el 29 de Noviembre de 1881, Blaine dirigía a las naciones independientes de la América invitaciones a un congreso que se verificaría en Washington al año siguiente, «con el objeto de estudiar y discutir los medios de impedir en lo futuro los horrores de las luchas crueles y sangrientas entre países casi siempre de la misma sangre y lengua, o las calamidades mayores aún de la guerra civil.» Las ideas de Blaine fueron más claras después. «No hemos llevado nuestras relaciones con la América española tan cuerdamente y tan firmemente como pudimos hacerlo. Durante más de una generación nada hemos hecho para atraernos las simpatías de esos países. Deberíamos hacer todos los esfuerzos posibles para ganarnos su amistad. Mientras que las grandes potencias europeas aumentan constantemente su poderío territorial en Africa y en Asia, lo que nosotros debemos hacer es acrecentar nues-

tro comercio con las naciones americanas. Ningún campo nos ofrece una cosecha tan abundante, ninguno ha sido tan poco cultivado. Nuestra política extranjera debería ser una política americana en el sentido más amplio, una política de paz, de amistad y de desenvolvimiento comercial.» La conferencia no se realizó porque el congreso no votó los créditos necesarios, a la salida de Blaine, en 1881.

En 1884 el congreso creó una comisión para estudiar «los mejores medios de asegurar las relaciones internacionales y comerciales más íntimas entre los Estados Unidos y los países de Centro y Sud América». Se vió que el comercio norteamericano había perdido mucho, y después de varios tanteos, se encontraron bien dispuestas todas las repúblicas, con excepción de Chile, a celebrar tratados de reciprocidad comercial con los Estados Unidos. En 1888, la ley de 24 de Mayo autorizó al presidente a invitar a las naciones independientes de América a una conferencia en Washington, «con el objeto de discutir un plan de arbitraje para el arreglo de las diferencias susceptibles de nacer entre ellos en lo futuro, y estudiar las cuestiones relativas al mejoramiento de las relaciones comerciales, al establecimiento de comunicacio-

nes directas entre esos países y al desarrollo del comercio recíproco, capaz de asegurar a sus productos mercados más extensos». La conferencia se reunió, como es sabido, en Washington; Blaine presidió, y en su saludo de bienvenida habló de «confianza sincera» y «ayuda mutua»; pero los diarios hablaban con demasiada claridad de las intenciones ogrescas. «Queremos, decía el *Sun* de Baltimore, monopolizar, si es posible, el comercio de la América central y meridional, no por la baratura y buena calidad de nuestros productos, sino encerrando a esos países en nuestra tarifa protectora. Queremos poder entrar en los puertos de esos países mientras que la entrada en ellos será prohibida a nuestros competidores europeos». Era un lazo tendido a todos los mercados latinoamericanos. Poco se habló en el congreso de arbitraje; todo fué casi alrededor del comercio, y a cada paso salía a relucir la palabra de Monroe. Entonces fué cuando el representante argentino contestó con su célebre frase: «La América para la humanidad».

El escritor francés demuestra cómo la obra económica del congreso de Washington fué casi tan vana como su obra política. Luego, se ocupa de ese inútil *Burea de las repúblicas americanas*,

que aún se mantienen en la capital anglosajona. «En realidad, el mundo comercial ignora su existencia y no se cuida casi de él.»

Se refiere luego a las repetidas tentativas norteamericanas para lograr el dominio de los mercados de las demás repúblicas. Ya son los trabajos en la exposición de Chicago, ya la fundación del *Philadelpia Commercial Museum*, la reciente exposición de Buffalo y el congreso de Méjico. Citaré a este respecto las palabras de M. Viallate: «Con menos prisa que hace diez años, las repúblicas sudamericanas han aceptado la invitación de Méjico. Algunas de ellas no parecían esperar que el congreso pudiese llegar a un resultado serio. Además, la situación política no se ha modificado en el hemisferio meridional. Los peligros de revolución y de guerra son siempre grandes; los diferentes gobiernos no han adquirido una estabilidad interior bien sólida; apenas si se puede fiar en la calma que ofrecen desde hace algunos años un pequeño número de entre ellas. La situación internacional no es mejor, y esos pueblos de la misma lengua y de la misma raza continúan ofreciendo el triste espectáculo de hermanos enemigos, siempre listos a despedazarse. Poco tiempo antes de la apertura del congreso, un conflicto que dura toda-

vía, estalló entre Venezuela y Colombia. El odio entre Chile y el Perú, consecuencia de la guerra de 1880, no está cerca de calmarse, y existe, desde hace muchos años, un estado de antagonismo latente entre Chile y la República Argentina, que ha estado por traer la guerra al mismo tiempo en que sus plenipotenciarios discutían en México los medios de hacerla imposible. En fin, los triunfos recientes de los Estados Unidos, sus conquistas nuevas, sus éxitos industriales mismos, no son para no causar a las naciones de la América latina naturales cuidados. Ellas vacilan en unir demasiado estrechamente su porvenir político al de tamaña potencia: tener en ella un protector interesado que tiene demasiados medios de transformarse un día en dueño autoritario.» Respecto al congreso, la obra política—concluye—en lo que concierne a las ambiciones de los Estados Unidos, ha fracasado. Su obra económica no podría tener resultado mejor. Los Estados Unidos, según el articulista, tienen infinitos obstáculos que vencer en la América del Sur, aunque hayan logrado la supremacía en el Golfo de México. No cree, como algunos estadistas, que esté muy próxima la hegemonía de los Estados Unidos sobre el continente todo, con perjuicio de los intereses de Europa. El peli-

gro existe, pero puede ser evitado. Y concluye: «La orgullosa afirmación de mister Olney, cuando la querella de los Estados Unidos e Inglaterra, a propósito de territorios de Venezuela, de que «los Estados Unidos son hoy prácticamente soberanos sobre el continente americano», no está de ningún modo de acuerdo con la realidad de los hechos. Ellos aspiran a serlo, es verdad, y el colosal desarrollo de sus riquezaas, la profunda confianza que tienen en sí mismos, les hacen creer en la fácil realización de esos ambiciosos deseos; pero están lejos de haberlo logrado. Puede esperarse que la construcción del canal interoceánico traiga el establecimiento de un protectorado más o menos disfrazado de los Estados Unidos sobre los pequeños Estados de la América Central; se puede prever que las Antillas escapen poco a poco a la dominación europea para caer en las de ellos. Quizá, también, si anda falto de cordura y prudencia, México, a pesar de su importancia, concluya por ser asimismo un satélite de los Estados Unidos. Les será preciso a éstos, mucho más largo tiempo y muchísimos más grandes esfuerzos para extender su hegemonía sobre las naciones sud-americanas, suponiendo que puedan llegar a ello. Sin duda, los Estados Unidos verán aumentarse sus relaciones

comerciales con esos países y participarán de los efectos de crecimiento y prosperidad que parecen estarles reservados.

El desarrollo de su potencia industrial, la reconstrucción de su marina mercante, les ayudará mucho; pero, por muchos años aún, la gran corriente comercial de la América del Sur continuará dirigiéndose hacia Europa, cualesquiera que sean los medios que empleen los Estados Unidos para desviarla. *Y, si el Brasil, la Argentina y Chile, abandonando sus querellas intestinas y sus rivalidades, hallasen la estabilidad política y se consagrasen a cultivar las riquezas maravillosas de su suelo, se podría ver, en un cuarto de siglo, o en medio siglo, constituirse en esa región naciones potentes, capaces de contrapesar a la América anglosajona, y de hacer en lo de adelante vano el sueño de hegemonía panamericana acariciado por los Estados Unidos.*»

Subrayo las palabras finales, porque ellas son la expresión del juicio que la Europa sensata y previsora tiene de nuestras repúblicas, ante la amenaza del imperialismo yanki. Es de desear que nuestros hombres de Estado se fijen en estas manifestaciones.

El estudio que he extractado, encierra la opinión del criterio serio europeo, y ojalá los pensadores nuestros tomen en cuenta estas altas vistas.

RUBÉN DARÍO.

CRÓNICAS DE LA GUERRA

La risa trágica de Bernard Shaw

I

Impresiones de una excursión al frente de batalla.—Consuelos y responsabilidades.

Si, como es bastante probable, estáis en desesperada confusión moral con respecto a la guerra, habéis de estar curiosos por saber cómo los que están en el frente concilian sus escrúpulos de conciencia con el amontonamiento de la muerte sobre la destrucción en forma tan pasmosa. Yo he tratado de describir esto y, sea que escriba como un ser humano o como un demonio, debo confesar sin vergüenza que gocé más durante mi semana en el frente que en el curso de la última temporada que pasé a orillas del mar. Para tomar este último punto que es el más insignificante, diré que la guerra no suprime la gloria del sol ni la espaciosa belleza de los amplios campos de Francia con su deslumbrante manto de nieve. El hombre social y

de buen apetito no goza menos su comida en amable compañía en los cuarteles o en el cuartel general porque su mesa sea una mesa redonda, ni aun cuando las ventanas son agitadas por granadas ocasionales que vienen o van. La conversación sobre la guerra, entre los soldados, no es abrumadora ni indignante como a veces sucede entre los civiles. Para un civil la guerra, con frecuencia, no es del todo guerra. Es una disputa que se lleva a cabo escribiendo postales anónimas y arrojando gatos muertos boca arriba, por encima del cerco del jardín del vecino. Para él, cuando un soldado británico mata a un soldado alemán realiza un acto heróico, y cuando un soldado alemán mata a un británico comete un cobarde asesinato sobre un hombre que cumple con su deber. Y todo se juzga con ese criterio.

Todos los soldados que piensan—y la guerra hace a los soldados muy meditativos—comprenden claramente que existe una moralidad de la guerra muy distinta de la moral de la paz, exactamente como la moralidad de una entrevista con un tigre en la selva es muy diferente a la moral de una entrevista con un misionero; pero ellos no condenan ridículamente las acciones del enemigo valiéndose de los términos de la moralidad de la paz. En cambio justifican sus propias expresiones inspiradas por la moralidad de la guerra. Sea ello para bien o

para mal, cuando una causa se deja librada a la espada, Cromwell, Washington o Lincoln, deben luchar por ella tan resueltamente como Ivan el Terrible, Alejandro o Napoleón. Cuanto mayor sea el deseo de terminar la guerra más arduamente se debe combatir para alcanzar el fin. Nadie se preocupa del peligro de las sábanas mojadas cuando la casa está ardiendo y debéis reconocer—objetándolo cuanto queráis—que, tanto nosotros como los alemanes, debimos portarnos mejor y no ir a la guerra Ahora que estamos en ella, debemos meter el hombro, no esquivando nuestras almas en casa así como los soldados no esquivan sus cuerpos en el frente.

Se me asegura que hasta los prisioneros alemanes demuestran con frecuencia un ardiente interés en la salvación y en el éxito de sus nuevos camaradas. Esto realmente no es más extraño que el hecho de que soldados franceses y británicos estén combatiendo por la misma causa y de que soldados irlandeses, cuyo patriotismo consiste contra Inglaterra, lleven la bandera inglesa o la francesa, o cualquier otra bandera, a la victoria antes que dejar de cumplir el supremo deber de librar una buena lucha. Esto podrá pareceros una extraña moralidad, una moralidad pueril o una imbécil moralidad destructora; pero es verdadera y si no la entendéis, nunca seréis de utilidad alguna a

vuestro país ni a ningún otro país durante la guerra. Os ruego que advirtáis que ello está dentro de los límites de una moralidad cosmopolita, supernacional, siendo, al mismo tiempo, en esencia una moral de vecindario; por consiguiente, es especialmente necesario que el pacifista la comprenda.

Un célebre dramaturgo civil pone en boca de un rey, fatalmente piadoso, este sentimiento: «Está tres veces armado aquel cuya riña es justa». Poniendo a un lado la observación obvia de que no hay riñas justas en el mundo, porque cuando el pueblo riñe deja de ser justo y que si hubiera sido justo antes no hubiera reñido, debo decir rudamente que la guerra no tiene nada que ver con la justicia. Es sólo una riña y esa es una de las principales objeciones contra la guerra como institución y que, posiblemente, la desarraigará de la moralidad humana. Pero es demasiado tarde para hablar de ello cuando la espada ha sido desenvainada. No podéis vindicar a la moralidad ultrajada mediante una rendición o dejándoos derrotar. Por el contrario, si estáis en error, y deseáis reconocerlo dando satisfacciones, debéis obtener la victoria o vuestras satisfacciones no tendrán valor alguno.

En las trincheras hay muchos socialistas internacionales odiadores de la guerra; pero ¿puede la

mente de ningún hombre sano estar tan confusa como para suponer que ellos levanten banderas blancas ó arrojen las armas dejándose matar? ¿Puede concebirse que no deseen la victoria para los Hohenzollern? Por el contrario, ellos forman parte del mejor material bélico. También ellos desean dictar las condiciones de la paz y saben que no lo podrán hacer si son vencidos. Hay en nuestro país cierta infantil vanidad que se imagina que es posible que un miembro de la nación diga: «No me gusta Lloid George o Bonan Law en Rusia, o el republicanismo francés, o Barrabás, o lo que sea» y que se niegue a cooperer en la guerra guiado por sus sentimientos. Pero eso no sobrevive un día en el frente. Cuando la guerra se apodera de vosotros, debéis luchar y luchar para vencer, bien seáis el agresor o el agredido, bien detestéis la guerra como el reino de Luzbel en la tierra, o la consideréis como la madre de todas las virtudes. No se trata sólo de que debáis defenderos o perecer. Muchos hombres son demasiado orgullosos para luchar, en esas condiciones. Es que debéis defender a vuestro vecino o traicionarlo. Esto es lo que se hace dueño de vosotros.

Las devastaciones de la guerra no son del todo males que merezcan ser deplorados. No intento consolar a los que guardan luto por la biblioteca de Lovaina y que siempre se han negado a dar un

penique para la biblioteca de su propia párroquia. No pretendo sostener que Iprés y Arras son agradables de ver como lo eran cuando las ví en tiempos de paz; pero yo he sido miembro de la autoridad sanitaria encargada de la limpieza de las areas infecciosas y de hacer cumplir las leyes de edificación, y la tragedia del distrito del Somme, comenzó para mí en alguna de las aldeas que no habían sido demolidas. La comparación de lo que los alemanes han efectuado en Albert con lo que yo querría realizar en Londres o Manchester hace que, el kaiser, parezca un verdadero ángel de Pascua al lado mío. En cuanto a vuestra medioeval «Halle des Drapiers» y otras cosas semejantes, ¿qué derecho tendremos nosotros para pedir a la Edad Media bellezas que no somos capaces de producir?

Tan pronto como realmente necesitemos un Iprés lleno de encanto medioeval podremos tenerlo. Si no lo necesitamos, nadie más que un puñado de obreros de arte sufrirá muy insignificantes pesares por la destrucción de la «Halle des Drapiers» o de una catedral. Yo he amado estas cosas y me he tomado la molestia de ir a verlas, tanto como cualquier hombre del mundo, pero sé que hay tan buenos peces en el mar como los que ya han salido de él y sé también que los hay mejores cuando el afectado gusto por el pecado se convierte en un

genuino imperativo del apetito, o como sucedió del siglo XII al XV, cuando esos peces fueron pescados. De modo que continuad, bravos artilleros de ambos bandos, siempre que matéis bastantes filisteos y convirtáis en ruinas el mercantilismo. Posiblemente resultaréis mejores constructores por aquello de que «lo mejor está aún por ser», o por aquello de que cuanto más pronto nos hagamos desaparecer mutuamente de la haz de la tierra será mejor.

Se dice también que el frente del Somme ha quedado destrozado y arruinado para siempre, pero yo no lo creo. Un Mayor de artillería que tuvo la bondad de volar un campo, destrozándolo completamente, para que yo pudiera ver cómo se hacía, me aseguró que estaba duplicado el valor de la tierra de cultivo mediante una superlabranza, cuyo costo ningún agricultor podría cubrir.

«¿Pero—le dije yo—, cómo se van a llenar estos agujeros para poner la tierra en condiciones de ser sembrada?» «Yo arreglaría esto con unas cuantas cargas de dinamita», me contestó. Me quedé pensando sobre los efectos que todo esto producirá en los hombres que aquí se hallan. No hay nada razonable que decir. Estamos frente a frente al hecho de que la belicosidad forma todavía parte de la Naturaleza humana y que la civilización se halla en la infancia. Los hombres jugarán a la gue-

rra cuando no haya batallas que librar. Las películas cinematográficas y los cuentos de las revistas demuestran que la guerra es el alimento favorito de la im ginación. Los hombres van voluntarios a la guerra sin esperar a que se les obligue y vuelven a ella después de haber sufrido sus peores penalidades. Un oficial con quien me condolía del indescriptible aburrimiento de la guerra, admitió el hecho plenamente, pero me dijo a manera de defensa que «siempre había algo de excitante en ella». Esto es algo, si no es la guerra misma. Hombres que abandonan la vida civil, llena de prosperidades y comforts, y se entregan al más peligroso servicio, bajo condiciones que nos hacen suponer que envidian a los explotadores polares, declaran sin afectación que nunca han sido tan felices. Buscan los terrores y las penalidades más resueltamente que las ropas cálidas, las gratas chimeneas y la seguridad.

El «nunca más» que aparece en los periódicos civiles es una apología de esta guerra, puesto que significa el fin de las guerras. Esto no encuentra eco en el frente. El soldado puede sentir piedad por aquellos que han sido arrojados de sus hogares destruídos para afrontar sobre la tierra una vagancia sin esperanza y que son víctimas de la guerra sin tener ninguna parte en ella, pero no se compadece de sí mismo. Las extrañas satisfacio-

nes y fascinaciones que los hombres hallan en la guerra, pueden fundarse en aquella parte de su naturaleza, que es común a los seres de rostro pálido, al piel roja y al valiente guerrero zolú. Esos sentimientos pueden ser, en gran parte, una reacción contra la monotonía de la vida civil que no satisface sus instintos heróicos Yo no los justifico y sé que serán finalmente satisfechos por medios más nobles o serán vigorosamente reprimidos y desechados: pero sería un necio y un hombre poco honrado si intentara ignorarlos.

Además, existen los razonables y comprensibles beneficios del «servicio» que diferencian la egoísta y comercial caza del dinero de los propósitos de un simple soldado insociable y aventurero. En el ejército no tenéis que pensar en el dinero, ni pensáis en desposeer a vuestro vecino, ni engañar, adulterar y atrapar a los clientes mediante mentirosos avisos. En vez de estar contra todo el mundo y que todo el mundo esté contra vosotros, procuráis continuamente que las cosas sean llevadas a cabo del mejor modo posible para beneficio de vuestros compañeros de armas, de vuestro país y de todo aquello de que formáis parte. Es completamente razonable la esperanza de que, muchos hombres que han ido al ejército siendo unos mercantilizados mozos de cordel, salgan convertidos en caballeros animados de un noble y amplio es-

píritu. Habrá hombres ennoblecidos que resistan a los hombres de espíritu mutilado y almas salvadas que se opongan a los cuerpos muertos.

Esto no es un argumento en favor de la perpetuación de la guerra, sino en favor de la purificación de la paz. Pero, mientras la paz sea una cosa impura y la guerra sea en ciertos aspectos más noble, concedamos a ésta lo que se merece. No nos entreguemos a la opresión de un ilevantable horror; hay algo que tener en cuenta, porque si el comercio en su peor forma hace del hombre un villano, la disciplina, en sus peores manifestaciones, lo convierte en un autómata, y un bribón es mejor que un autómata y muy frecuentemente mucho menos cruel. Pero el autómata militar de los cuarteles es un producto de la paz, en quien las vicisitudes y sorpresas de la guerra hacen, en realidad, un corto trabajo.

La principal objeción a los grandes sistemas militares modernos no es que producen más guerras, sino que están reducidos al absurdo por largos períodos de paz. Del soldado en el campo de batalla se puede decir algo. Del soldado en el cuartel no se puede decir nada. Sería mejor reformar los cuarteles y librarse de la guerra porque, cuando se ha dicho todo, todavía queda por decir que la guerra es una terrible calamidad que sólo puede defenderse sobre la base de que [nuestra iner-

cia es tan grande que nada, sino gigantescas calamidades, pueden iniciarnos a la reforma. Todas las virtudes militares podrán ejercerse en la vida civil decentemente organizada y todas las reformas podrían efectuarse tanto por la razón y la conciencia como por el terror.

Pero nosotros no las pusimos en práctica, ni los alemanes tampoco, y ahora debemos sufrir las consecuencias. El poder de hacer la paz y la responsabilidad de la guerra y sus enormes desgracias no pertenecen al ejército, sino a los políticos que se quedan en casa y que manejan esta monstruosa máquina de muerte y devastación. Es una máquina que un hombre sabio vacilaría en confiarla en las manos de Dios, y que, por lo tanto, vacilaría mucho más en ponerla en manos de hombres que no han soportado prueba más alta que una elección parlamentaria. Desde que se han empeñado como dioses en dirigirla y han conseguido que se apruebe su empeño, deben hacer lo más que puedan bajo la mayor responsabilidad, que sólo ha de dárseles mediante la concesión de plenos poderes; pero de cada tiro que se dispare deben ser culpables ellos, no los soldados. Dada la proporción actual de la destrucción, la plegaria de los pueblos no debe ser «dadnos paz en nuestro tiempo» sino «dadnos paz en todos los tiempos». Para los héroes que no desean la paz habrá la «lucha mental» de

William Blake, quien mucho después de Waterloo, todavía mantenía la espada inquieta en su mano. Su Jerusalem está aún por edificarse y no ha de ser destruída con howitzers. Son demasiado fáciles de disparar.

G. BERNARD SHAW.

La revolución rusa.

LA MAGNA IMPORTANCIA DE LA REVOLUCIÓN

La actual generación tiene el privilegio de presenciar los grandes hechos que marcarán el camino futuro de la historia y darán origen a la nueva humanidad. La Revolución rusa, cuyos episodios han conmovido estos días al público internacional, es uno de los acontecimientos más transcendentales de los tiempos modernos. El cambio de régimen efectuado en Rusia es mucho más que una revolución política. Es el principio de una nueva era social para Rusia, para Europa, para el mundo entero. Situados los hombres de hoy en pleno desarrollo de esta fase histórica decisiva, les es difícil apreciar su vasto conjunto, su significación integra, su enorme influencia en todas las esferas de la vida. Nosotros tenemos la convicción firmísima de que la guerra que empezó en 1914, por

los efectos múltiples y complejos que está llamada a producir, será considerada por la humanidad de mañana como el acontecimiento más importante de la historia. Los historiadores futuros dividirán la narración de los acontecimientos de la edad llamada hoy contemporánea en dos grandes épocas: antes de la guerra mundial y después de la guerra mundial.

La transcendencia de esta guerra se revela ya en la reciente y victoriosa Revolución rusa. Todos los hombres clarividentes se dan cuenta de que las consecuencias del cambio de régimen en Rusia se harán sentir en todos los sectores políticos, ideológicos, económicos, sociales y diplomáticos del mundo. Así como al preguntar Luis XVI ante el pueblo en revuelta si era aquello un motín le fué contestado: «—No, sire, es una revolución», podría contestarse a Nicolás II, si hubiese preguntado por el carácter de los hechos de Petrogrado, que éstos no son una revolución de partido, un golpe de Estado, sino el advenimiento del mundo nuevo entre la sangre, el dolor y la esperanza de la gran guerra.

Queremos dar en el presente trabajo, un resumen de las causas de la Revolución rusa y de los efectos que ésta producirá. De la Rusia lejana se sabe por aquí poca cosa. Nuestro público, y aun muchos de nuestros intelectuales, no conocen del

Imperio moscovita más que algunas nociones adquiridas por medio de la literatura periodística. Para la casi totalidad de nuestras gentes, Rusia es un Estado muy ancho, formado por el zar, los cosacos, los nihilistas, la Siberia, el *Knut*, la estepa y la nieve. La verdad es que la sociedad y el Estado rusos, por sus formas particulares y distintivas, por sus especiales problemas, constituyen algo muy diferente de la sociedad y los Estados occidentales. Y sin conocer estas particularidades y estos problemas, no es posible hacerse cargo del valor y de la significación de los sucesos de Rusia, cuya alta llama roja acaba de sobresalir en medio del gran incendio de la guerra.

EL RÉGIMEN VIEJO

¿Cuál era exactamente el viejo régimen ruso que una Revolución rapidísima acaba de derrocar?

La superficial literatura de prensa ha extendido por Europa la vaga idea de una Rusia absolutista, autocrática, brutal y feroz. Pero, en realidad, no era el absolutismo monárquico la nota característica del régimen imperial. Era la oligarquía burocrática.

Es de todo punto imposible comprender la política y la vida social rusa, sin saber lo que era y lo que hacía la burocracia imperial, a cuyo predominio tiránico y absorbente ha puesto fin la Revolu-

ción de Marzo. Esa burocracia rusa no se parece a la de ningún otro Estado. Y toda la historia del Imperio en la edad contemporánea se explica por la intervención y la influencia de la formidable fuerza burocrática.

El cosaco explotado, tema literario y cáricaturesco, es una pobre alma primitiva en un fornido cuerpo, que no ha influido para nada en la vida del Estado ruso, y cuya siniestra fama es quizá inmerecida. La Rusia negra, la Rusia dura y cruel, está representada por el terrible *tchinovniki*, por el burócrata. Los *tchinovniki*, más poderosos que el zar, han gobernado hasta hoy el Imperio ruso. Si el zar era el autócrata de todas las Rusias, ellos eran los dueños del zar. El *autócrata* no estaba muy lejos, en ciertos momentos, de ser *autómata* (1).

Los *tchinovniki* rusos presentan un carácter corporativo tan especial y tan acentuado, que los sociólogos han discutido gravemente sobre si deben ser considerados como una clase social distinta. Sus individuos, los que ocupan o ocupaban los altos cargos de la Administración imperial, los ministerios inclusive, pertenecen todos a la

(1) Es curioso hacer notar que el título de *autócrata* que se daba el zar no significa, en su sentido original, «monarca absoluto», sino «monarca independiente», es decir, que no está sometido a ningún poder extranjero.

nobleza. Y la nobleza, en Rusia, tiene un carácter acusadamente feudal. Los nobles son siempre grandes propietarios de tierras. El acceso a los lugares elevados de la burocracia venía a ser algo como un derecho de casta. El talento, las aptitudes, los estudios generales y especializados, eran cosas secundarias desde el punto de vista del reclutamiento de los *tchinovniki*. Lo principal eran los títulos nobiliarios, la estirpe. De ahí que la burocracia rusa estuviese llena de hombres ineptos, incultos, altaneros y autoritarios.

Otro carácter de los burocráticos rusos es su chovinismo, su espíritu unitarista implacable. Para ingresar en la burocracia, era necesario no sólo ser noble, sino ser de pura sangre rusa. Ni los judíos, ni los polacos, ni los otros *extranjeros*, tenían derecho a formar parte de la clase dirigente de la santa Rusia. Una sola excepción se había establecido, excepción trascentental por cierto. Y esta excepción era a favor de los nobles de origen germánico, que predominan en las provincias balcánicas. Esto explica que entre los altos funcionarios rusos abundan los apellidos alemanes. La labor de estos germano-rusos en la guerra actual ha sido labor de traición y de ignominia. Los agentes principales de la influencia tudesca, tan fuerte y tan profunda, eran los *tchinovniki* rusos de origen alemán. En cuanto a los funcionarios de

sangre rusa, puede decirse que eran, en general, germanófilos. Los sentimientos y sus intereses concordaban mucho más con las ideas y los procedimientos de la Europa central, que con los de la Europa occidental.

Éstos, los *tchinovniki* eran los que tiranizaban la Rusia en nombre del zar, autócrata de todas las Rusias, pero súbdito de los *tchinovniki*. Muchas de las disposiciones justicieras que desde la revolución de 1905 ha promulgado el emperador, han sido boicoteadas, anuladas en la práctica, por ese poder burócratico. Éstos eran los que se oponían a todo intento de renovación, y no el zar abúlico, bueno y leal en el fondo, que acaba de abdicar, es decir, de ser obligado a abdicar.

Hase hablado del santo Sínodo de la Iglesia rusa y de la camarilla de la corte imperial como elementos de influencia decisiva en la política rusa. Es verdad que lo son. Pero se trata, desde este punto de vista, de órganos de la influencia burocrática. El alto clero ruso y los cortesanos forman un todo orgánico con los *tchinovniki*. Las «fuerzas tenebrosas» de que se habló en la Duma son esas que acabamos de nombrar: altos funcionarios, alto clero, camarilla cortesana.

Este poder es el que acaba de hundirse en Rusia, al empuje tempestuoso de un alzamiento popular. Y lo que se ha hundido, ya no volverá a

levantarse, porque toda la fuerza de la burocracia rusa estaba en el andamiaje político-social que la sostenía. Deshecho el andamiaje, en poder de los nuevos hombres los instrumentos del Estado, la fuerza de la burocracia es casi nula. Por sí misma no vale nada, no puede nada. No hay un partido, que la siga, no hay una masa que se ponga a su lado. En sus palacios y en sus covachas era omnipotente. En mitad de la calle o de los campos es impotente. No hay peligro de que realice una contrarrevolución.

DE LA REVOLUCIÓN DE 1905 A LA DE 1917

Ni la verdadera causa de la Revolución de 1905 fué la desastrosa guerra ruso-japonesa, ni la verdadera causa de la Revolución reciente ha sido el conflicto de los víveres en las grandes ciudades. Esos hechos no hicieron más que dar ocasión a que se manifestara la protesta que desde mucho antes latía en el seno del pueblo. Determinaron el momento de la explosión, pero no la explosión misma. La causa profunda de aquel y de este movimiento reside en el anhelo general de poner fin al dominio de la oligarquía burocrática, cada día más incompatible con las nuevas necesidades de la sociedad rusa.

La trasnformación del régimen ruso era algo fatal, inevitable. Desde que la guerra actual estalló,

tuvimos por seguro que una de sus más importantes consecuencias sería la renovación de Rusia. La sacudida universal de la actual lucha debía, a la vez, despertar las energías dormidas en las capas profundas de la sociedad rusa y echar abajo el edificio anacrónico del viejo régimen. Por esto mismo, el poder burocrático del Imperio, al percatarse del alcance y de los efectos futuros de la guerra desde las primeras semanas, se azoró, se arrepintió de no haberse opuesto a la intervención de Rusia y empezó la nefanda obra subterránea de trabajar contra la victoria de su propio país. El triunfo de los Imperios centrales constituía la única esperanza en el mantenimiento de la oligarquía moscovita. La victoria de la *Entente* debía hacer inevitable la caída de aquélla. Y esos abominables fanáticos preferían la derrota de su patria por el enemigo exterior, a la derrota de su sistema político por los adversarios interiores.

La historia de la política rusa desde 1905 hasta 1917 se resume en los esfuerzos desesperados, y frecuentemente criminales, de la burocracia rusa para hacer fracasar los intentos de renovación. Nicolás II, gracias al consejo y aun a la presión de la diplomacia occidental, entró—tímidamente y con paso vacilante, es verdad—por el camino de las concesiones. Fué cuando se devolvió a Finlandia la autonomía, cuando se mejoró la situación

de Polonia, cuando se dió alguna libertad a las religiones distintas de la oficial, cuando se creó la Duma como pálida institución parlamentaria,

Pero todas las buenas intenciones de Nicolás II fueron contrarrestadas por la oligarquía burocrática. Los más influyentes representantes de los *tchinovniki* cerca del zar llegaron a secuestrar el espíritu de éste. Tres Dumas fueron disueltas. El débil poder que el célebre manifiesto del 17 de Obtubre de 1905 dió a la Cámara fué anulado por ulteriores disposiciones del gobierno, el cual venía a ser la jerarquía más alta de la burocracia imperial.

De cuál es la voluntad del pueblo ruso—o de la parte consciente del pueblo ruso—no puede dudarse. A pesar de haberse adoptado para la elección de la Duma un sistema de sufragio indirecto y restringido, las fuerzas de renovación, los elementos populares, los adversarios de la oligarquía burocrática obtuvieron la mayoría. Cada vez que la Duma era disuelta se modificaba el procedimiento electoral en sentido restrictivo y antidemocrático. Y, no obstante, la tendencia renovadora, más o menos pronunciada, volvía a triunfar. Tanta era su fuerza y su arraigo.

La composición de las dos primeras Dumas, que son las que mejor representaron al pueblo ruso, da idea de cuales son las corrientes políticas e

ideológicas que se manifiestan en aquél. He aquí algunas cifras:

	Constitucionales demócratas.	Trabajistas ó grupo obrero rural.	Derecha (burócratas).	Socialistas.
Primera Duma.	180	100	40	14
Segunda Duma.	110	100	60	100

Entonces, el número de diputados de la Duma era de 524. Los grupos nacionalistas, especialmente los polacos, contaban con importantes minorías, los cuales se sumaban casi siempre a los grupos de la izquierda. Hay que tener en cuenta que los socialistas propiamente dichos (pues los trabajistas, representantes del proletariado rural, aunque de tendencias radicales, no tienen, un programa doctrinalmente socialista) están divididos en dos fracciones: los socialistas revolucionarios, que pueden compararse hasta cierto punto con los anarquistas y los sindicalistas occidentales, y los social-demócratas, de tendencias marxistas, una de cuyas principales figuras es Jorge Plekhanof y cuyos adeptos se reclutan principalmente entre el proletariado industrial.

La tercera Duma, confeccionada enteramente por la burocracia por medio de un procedimiento electoral *ad hoc*, presentó ya un carácter distinto. El número de diputados de las nacionalidades

no rusas del Imperio fué enormemente reducido. Se restringió y alambicó el régimen de las elecciones con el objeto de que no pasaran a través del cedazo más que las hechuras de los burócratas. Consiguieron así la mayoría la derecha y los «octubristas» (partidarios de las reformas contenidas en el decreto del zar del mes de octubre de 1905). Los diputados constitucionales demócratas quedaron reducidos a treinta, los trabajistas a veinte y los socialistas a diez y seis. Aun así, la tercera Duma entró varias veces en conflicto con el gobierno, el cual no vaciló en prescindir de ella.

Poco había cambiado, pues, en el régimen ruso. El Consejo del Imperio y la Duma, a los que algunos atribuían las funciones de Senado y de Cámara popular, respectivamente, no eran sino fachadas de Cámaras. Las prerrogativas financieras que son la esencia y el origen histórico de los Parlamentos eran casi nulas para la Duma. No había Parlamento en Rusia, como no había verdadero ministerio o Consejo de ministros. Eran los ministros nombrados por el zar, como secretarios suyos. El cargo de presidente de Consejo como jefe del gabinete, era más nominal que efectivo. Los ministros no formaban un todo orgánico, un gobierno colectivo, sino un conjunto de funcionarios sueltos, sin unidad y sin cohesión. Y este gobierno, o era una prolongación del grupo

burocrático que formaba la camarilla del emperador, o un conjunto de humildes subordinados de aquélla.

Toda la evolución de la sociedad rusa hacia formas más perfectas y hacia un mayor progreso, todos los afanes de vida nueva y europea sentidos por el pueblo ruso, todo el despliegue material y espiritual del Imperio, quedaban así contrariados y obstruídos por obra de la oligarquía burocrática, esa fuerza terca, implacable, ciega.

LA LUCHA INTERIOR DURANTE LA GUERRA

Tan pronto como los *tchinovniki* tuvieron la intuición de que la guerra ponía en peligro su predominio absoluto y de que la paz victoriosa significaría el comienzo de una nueva era política en Europa, iniciaron una labor subterránea y tenebrosa. Movilizado el ejército, en armas el pueblo, el poder de la oligarquía quedaba fuertemente disminuído. Ya no podían los burócratas, con su policía y con sus cosacos, hábiles en el manejo del *knut*, ahogar la voluntad del país e imponer su abyecta tiranía. Estamos convencidos de que, a haberle sido posible, la oligarquía rusa habría pactado la paz separada con los Imperios centrales a la primera ocasión más o menos oportuna. Pero se alzaban dos obstáculos ante sus propósitos: el primero y principal, la actidud del ejército—gene-

rales, jefes, soldados—, que no quería una paz deshonrosa; el segundo, los escrúpulos de Nicolás II, que se resistía a faltar al pacto de Londres y a la palabra personal empeñada de continuar la guerra de común acuerdo con los aliados y de no tratar de la paz separadamente.

Siendo esto así, los burócratas adoptaron su procedimiento de aplicar a la guerra una especie de *sabotage*. Muchos de ellos, en combinación con algunos militares, ejercieron el espionaje. No se habrán olvidado las trágicas ejecuciones por alta traición. Y téngase por seguro que los traidores y espías descubiertos y ejecutados no son más que una ínfima parte del número total de los que han ejercido tan bajos y abominables oficios. Otros, los más, se dedicaron a entorpecer los aprovisionamientos del ejército y a sembrar la desconfianza y el pesimismo. Podemos decir usando una frase francesa, que su tarea predilecta consistía en «poner bastones entre las ruedas» de la maquinaria de guerra. Por haberse colocado frente a estos manejos, cayeron del poder, primero Sassonoff y luego Trepoff. En los gobiernos de Sturmer y del príncipe Galitzni, la influencia oligárquica predominaba. Un político de procedencia liberal, Protopopoff, se convirtió, al llegar al ministerio del Interior, en el más dócil agente de las «fuerzas tenebrosas».

Desde mediados de 1916, la lucha entre la oligarquía burocrática y los elementos populares se hizo aguda. Los continuos aplazamientos y cierres de la Duma demostraron que el zar se dejaba arrastrar por la camarilla negra. Este éxito relativo envalentonó a los conjurados, y Sturmer concibió la idea de consumar la traición a la causa de los aliados. Fué preciso que los embajadores de las potencias de la *Entente* presentaran a Nicolás II las pruebas de la labor que estaban realizando Sturmer y los suyos, para que el emperador se decidiera a intervenir. El poder fué confiado a Trepoff, hermano del famoso antiguo jefe de la policía de Petrogrado, funcionario de ideas derechistas, pero enemigo de la influencia germánica. Sucedió, sin embargo, que Trepoff y la mayoría de los ministros no pudieron imponer su política. Quien gobernaba en realidad era Protopopoff, sospechoso superviviente del ministerio Sturmer. Protopopoff hizo disolver brutalmente la asamblea de los *zemstvos* (juntas populares provinciales) en Moscou, prescindiendo del parecer de sus compañeros de gobierno. Pidió la mayoría de los ministros al zar que exigiera la dimisión al ministro del Interior o que aceptara la del gobierno. Nicolás II optó por el último término del dilema. Y fué nombrado presidente del Consejo un personaje obscuro, el príncipe de Galitzin. Protopo-

poff, fuerte por el apoyo de la oligarquía, siguió en su puesto.

Al estrépito de la guerra, el pueblo ruso se había despertado. La Duma y los *zemstvos,* teniendo detrás al pueblo en pie, podían aplastar de una vez y para siempre al viejo régimen. Les detenía el temor de que una revolución en plena guerra, quizá seguida de una lucha civil, debilitase la fuerza militar de Rusia. En la Duma, el bloque progresista, formado por los octubristras—que pasaron de la coalición de la derecha a la de la izquierda—, los constitucionales demócratas, los trabajistas y los socialistas, estaban decididos a dar la batalla al gobierno.

El conflicto de los víveres vino a precipitar los acontecimientos y a empujar al bloque progresista de la Duma. Por su mala voluntad y por su ineptitud, el ministro de Hacienda del gobierno derrocado, Rittich, provocó los desórdenes. El pueblo habíase puesto en movimiento, y ya no era posible retroceder. En los primeros momentos de la revolución, los octubristas, que constituyen un partido moderado, vacilaron. Las medidas dictatoriales del gobierno, y especialmente el cierre de la Duma, acabaron las vacilaciones. No había otro camino que el de seguir al pueblo y al ejército, que luchaban en las calles de la capital rusa contra los últimos servidores de la oligarquía.

Felizmente, los hechos se han producido con rapidez y se ha evitado el peligro de una lucha civil. El nuevo zar Miguel, hermano menor de Nicolás II, ha aceptado la corona, hasta el momento en que una Asamblea constituyente, hija del sufragio universal, dé a Rusia la Constitución por la cual ha de gobernarse el nuevo régimen.

LAS CONSECUENCIAS DE LA REVOLUCIÓN

Rica de grandes consecuencias políticas y espirituales será la Revolución rusa. Todo un pueblo está naciendo a nueva vida.

En el orden político, debe preverse una decidida orientación democrática. El programa del Comité ejecutivo de la Duma es acertadamente radical, y demuestra que los que han impuesto su tendencia al movimiento, no son los octubristas, que vienen a ser una especie de conservadores, sino los grupos de la izquierda, o sea los constitucionales democrátas y los obreros. No nos extrañaría que, en la futura Asamblea constituyente, tuviesen un muy crecido número de puestos los partidarios de la República. Es posible, sin embargo, que los constitucionales democráticos se inclinen hacia una monarquía constitucional a la inglesa y que sea esta tendencia la que se imponga. Los problemas de Finlandia y de Polonia se-

rán resueltos por medio de una amplia autonomía.

En el orden social, la reforma agraria va a ser una realidad de importancia enorme. La democracia rural rusa defiende la declaración del derecho de todos los ciudadanos a poseer la tierra, por medio de la supresión de la propiedad territorial privada y de la creación de tierras nacionales o comunales. Aunque no llegue al comunismo absoluto, el partido constitucional demócrata es partidario de una radical reforma agraria.

En el orden militar, los nuevos hombres del gobierno ruso intensificarán el esfuerzo por la victoria, secundados por un pueblo cuyo entusiasmo redoblará las energías de la nación.

En el orden espiritual vendrá, gradualmente, la europeización, o mejor, la occidentalización de Rusia. Las energías del alma rusa, que al no hallar aplicación adecuada degeneraban en la aberración nihilista, hallarán un amplísimo campo de fecunda expansión. «¡Dios mío, que triste es Rusia!» exclamaba Gogol. Hay que creer que esa tristeza, producida por el trágico encadenamiento y por la inmovilidad de un pueblo que es libre y dado a la acción por naturaleza, irá borrándose y por la occidentalización de Rusia la unidad espiritual de Europa será un hecho. En las regiones profundas del espíritu, esa unidad ruso-occidental existe ya.

Está formada por el ideal cristiano, del cual el pueblo ruso está saturado y del cual son en el fondo manifestaciones vivas las tendencias de la democracia occidental y mediterránea.

A. ROVIRA Y VIRGILI

De mi álbum secreto.

Musa libre.

¡No está la poesía en la medida,
sino en la libre idea...!
En adelante, yo,
libertaré a mi musa
del pie forzado de los consonantes
y la estrecha cadena de la rima...
Libre, al fin, volará como un albatros
sobre las libres ondas de mis versos...
Si hasta hoy puse freno a mi Pegaso,
estribo y rienda, y acicate y fusta,
fué más para aprender yo a ser jinete,
que para dominar el pensamiento...
Así como la mar no pone cauces
a las olas que mueren en las playas;
así tampoco yo pondré a mis versos

un límite que estreche su medida...
Serán, como las olas, semejantes,
¡Pero sin los forzados consonantes...!
Sólo cuando ellos lleguen
espontáneamente,
los dejaré seguir con la corriente...

¡Ven, poeta, a beber!

Ven, poeta, a beber
en esta copa nueva...
Es tosca, pero limpia y transparente,
tallada en el diamante de la idea...
Ven, poeta, a beber,
brindemos juntos
al pie del manantial que he descubierto...
Pronto se hará torrente
y monte abajo,
desde el más alto pico de la vida
recorrerá la tierra en nuevo río
que se pierda en el mar de aguas amargas...
¡Ven, poeta, a beber!,
¡aun está pura...!

***

El primero
que dijo la palabra
Amor
fué Dios...
Y, sin embargo,
cada hombre
que dice por primera vez
Amor
¡cree que es el primero...!

Himno nupcial.

Al verte, ¡oh, bella amada!
amada fuerte,
joven y generosa,
rica de gracias y espléndida de dones,
todas las aves de todos mis sentidos
se ponen a cantar,
a cantar con locura de alegría...
Y el pájaro grande,
el de alas de pelo negro y fino,
de pelo ensortijado
y lustroso,
como la seda con que las Horas tejen

el velo de la noche...
el pájaro protervo,
el pájaro rapaz, rey de las aves,
cuyas garras oprimen,
sin soltarla jamás,
la bolsa del tesoro
de todos los deleites...
alza su cabeza altiva
y canta,
canta junto a ti, que le ofreces su nido,
el himno de la vida,
con estrofas anhelantes,
llenas de promesas generosas
y acentos reveladores
de las más secretas y fecundas
energías...
¡Ah, cómo se llena el bosque
de acentos vigorosos...!
Los pájaros silvestres despiertan en sus nidos
y, con amor, emprenden
la tarea fecunda de la reproducción...
El padre Júpiter,
en forma de águila,
(llevando entre sus garras al divino copero,
el bello escanciador del vino afrodisiaco,
el de las libaciones consagradas),

baja desde los cielos
para trocarse en cisne al pie de la Leda,
que duerme,
voluptuosamente,
a orillas del arroyo potente de la vida,
donde todas las aves
beben sus energías,
antes de dar sus cantos...
Por el mar,
blanco de espumas,
Venus, rodeada de palomas,
llega a las playas terrestres
en la nave de la aurora...

¡La vida es bella...!

¡La vida es bella, ay,
y no he gozado aun de todos sus placeres!
Ni como Maallarmé, leí todos los libros...
¡Qué pena insoportable la de conocer todo
y no tener ya nada que anhelar...!
Cumplir todo capricho es matar el deseo
es apagar la lengua de luz de la ilusión.
¡Desear, desear, tener sed de placeres...!

Estar ante la vida, como ante un manantial,
bajo el sol del deseo...
¡Beber con ansiedad la juventud ajena...!
(por nuestra juventud que se va y que se pierde).
¡Beber las risas frescas en las bermejas bocas...!
¡Aspirar las palabras de amor y de locura...!
¡Desear, desear lo nuevo, eternamente...!
¿Quién dice, ay, que es triste la carne,
nuestra carne...?
¡Nada hay como tu cuerpo, juventud adorada...!
¡Ni el narciso de Abril, ni la rosa de Junio...!
¡Nada como los senos de las doncellas núbiles,
los senos palpitantes y los vientres sin sombras...!
¡Nada como los muslos temblorosos y tersos...!
¡Nada como los ojos húmedos, de emociones...!
¡Nada como los brazos rebeldes o rendidos,
y las mejillas rojas de rubor y sorpresas,
y los cabellos sueltos, en mechones fugaces...!
¡Y los labios apretados! ¡y los labios apretados...!
¡La vida es bella, ay, la vida es bella...!
¡Y yo no leí aun todos los libros...!

—

¡La tierra es bella, ay,
y no conozco aún todos los mares...!

Ni las costas de Oriente, ni las del Occidente...
¡Y pensar que en la p'aya de la vida,
en que espero,
cada aurora es una ola del tiempo que no acaba,
y en olas sucesivas llega la juventud,
mientras en el mar negro del futuro, me aguarda,
como un batel siniestro,
un estrecho ataud...!
¡Pero yo volveré! ¡Pero yo volveré
entre la leve espuma de oro de una aurora...!
¡Volveré, en otra ola de juventud, al mundo,
para luego morir entre la ardiente arena,
bajo el sol de la vida!
¡Y, así, eternamente,
en las eternas olas de los siglos eternos...!

—

¡La vida es bella, ay, a pesar del dolor...!
Las flores delicadas se abren entre espinas.
Las risas y los llantos son el coro del mundo,
¡y a todos los mortales nos llega nuestra vez...!
Nada importa a los dioses todos nuestros dolores.
Nada importa a los cielos todas nuestras mentiras!
¡Sólo los soles tienen la gran verdad,
la luz...!

Una estrofa a Rubén.

«*Cuando el poeta muere.*»

¡Todos lloran su muerte,
la muerte del poeta...!
¡Todos, menos la Gloria,
que se viste de fiesta...!

GOY DE SILVA

IDEALISMO ARTÍSTICO CONTEMPORÁNEO

En Febrero de 1916 comenzó a publicarse en Madrid la hermosa revista *Atenea* por unos cuantos enamorados de la belleza artística, ajenos todo otro interés mezquino y enemigos de bombos encomiásticos, de envidias y demás menudencias poco bellas que suelen traer divididos y rostrituertos a los artistas por tradición inmemorial. Los que en ella escriben están muy enterados de las últimas manifestaciones estéticas en Europa, respecto a las varias ramas del arte, discurren con alto criterio de literatura, música, pintura, escenografía, coreografía, del arte del libro, etc., etc., en claro y elegante estilo, con macizo saber y noble serenidad crítica. Van, cada uno por su lado, aportando a la cultura artística española no

cortos elementos de acendrado gusto y de no común erudición.

Después del crudo cierzo naturalista, que rebajó el arte hasta las letrinas y estercoleros, han soplado ciertos cefirillos septentrionales de idealismo en todo el campo del arte, no sólo en literatura, que halagan extrañamente a los más de los redactores de *Atenea*. No veo yo de malos ojos este criterio y gusto modernísimo, porque para mí todos los criterios, gustos y estilos, con tal de que sean realmente artísticos, no sólo son respetables, sino dignos de aplauso; aunque yo, en particular, siguiendo el gusto y corriente de mi raza, prefiera el arte realista, y aun en la serena crítica sea de parecer que el arte realista fué siempre y siempre será el gran arte.

Esta desemejanza de criterios creo yo que ha movido a «Oberón», uno de los ilustrados redactores de *Atenea*, a citar un artículo mío a propósito de la obra de Martínez Sierra titulada *Navidad*, estrenada en Eslava a fines de año con aplauso y gran concurrencia del público madrileño.

Como la cuestión es de suma importancia estética para el arte contemporáneo y envuelve ideas que importa deslindar y estudiar, me ha parecido tratarla aquí.

«Oberón», pues, escribe en el número de Di-

ciembre de 1916, de *Atenea*: «Don Julio Cejador, »en su artículo de *La Tribuna*, hablando de *Na-*»*vidad*, dice: *Cuadro velazqueño, escena de* »*nuestra vida picaresca, es el último cuadro, de* »*realismo español valiente y sin cortapisas.* Con »todo respeto, pero sin ese supersticioso encogi-»miento que suelen sentir algunos escritores ante »los consagrados, hemos de decirle al señor Ceja-»dor lo siguiente: Que ni Velázquez es el porta-»estandarte del realismo, ni se distinguió en la »pintura de lo pícaro, ni el arte español tiene ne-»cesariamente que ser realista en adelante, ni la »valentía es, sólo por emplearse en el realismo, »un valor artístico. El señor Cejador alaba en el »autor de *Navidad* ese realismo conformado con »*el arte tradicional español*. Pues bien, el señor »Martínez Serra apenas puede ser considerado »como escritor español, en ese sentido».

Agradeciendo a «Oberón» el que honre mi firma llevándola a su bonito artículo, desearía saber si lo que me dice son doctrinas que quiere enseñarme, para agradecérselas igualmente, o refutación de doctrinas que yo haya asentado.

«Que ni Velázquez es el portaestandarte del realismo» No lo he dicho yo en ningún escrito mío, que yo recuerde; pero como opinión mía la abrazo de mil amores.

No he dicho yo nunca que Velázquez sea el

portaestandarte del realismo; mas lo que me asombra es que no lo sea para «Oberón». Porque si Velázquez fué realista y sus lienzos son estimados por todo el mundo como los más sobresalientes del siglo XVII, del siglo del realismo pictórico español, esos lienzos son verdadero estandarte realista y portaestandarte del realismo es Velázquez. ¿Quiere «Oberón» que discutamos el realismo de Velázquez? Sería discusión provechosa y aquí me tiene.

«Ni se distingió en la pintura de lo pícaro.» Por supuesto que al llamar yo *velazqueño* el último cuadro de *Navidad* y *escena de nuestra vida picaresca*, no daba yo a entender que Velázquez hubiera sido pintor de pícaros, sino que la tal escena era tan realista como las pinturas de Velázquez y como nuestros libros picarescos. Pero ya que «Oberón» trae esto a cuento, aunque yo no lo dije, digo ahora que Velázquez se distingió en la pintura de lo pícaro, y lo que vuelve a asombrarme es que «Oberón» opine lo contrario. ¿No están ahí, en el Museo del Prado, varios cuadros de Velázquez de escenas de pícaros? *Los borrachos* y el mismo *Marte* ¿no son verdaderos cuadros picarescos, merced al realismo con que Velázquez agarra del Olimpo y mete en la fragua a ese dios de mentirijillas? ¿Habrá ironía y picardía y realismo más estupendo? ¿Y *Los bobos de Coria* no es

tan cuadro de género? Hasta *Las meninas* antojáronseme siempre a mí una humorada picaril de Velázquez, y es lienzo de tan crudo naturalismo que se lo envidiaría Zola, como se lo envidia, sin duda, Zuluaga. Si esos cuadros no se distinguen en el mundo del arte y por ellos Velázquez, «Oberón» nos traerá otros de otros autores que se distingan más. Si *El bufón*, *Marte*, *Baco*, *Los borrachos*, *El bobo*, etc., etc., no son pinturas realistas y hermanas de nuestra picaresca literaria, en verdad que ni sé lo que es la picaresca, ni el realismo, ni Velázquez, ni nada.

¿Estaré yo encandilado que no veo lo que «Oberón»? Restriégome los ojos, por si acaso, y mientras tanto acuérdome de un tratadista del siglo XVII, del famoso Carducho, que se lamentaba de que el idealismo renacentista de Miguel Angel hubiérase tan de todo punto olvidado en España desde que, Velázquez y casi todos los españoles con los holandeses, entraron a tambor batiente, con gallardía y franqueza, por el campo del realismo. Si yo veo mal, mal vió Carducho, cuyas son estas palabras en sus *Diálogos* (1633), doliéndose de que la pintura no hubiese hecho más que degenerar desde Miguel Angel, apartándose de aquella perfección de dibujo y «aquel cerrar los perfiles exteriores del desnudo». Según él y la escuela idealista italiana del siglo anterior (si-

glo XVI), debía el artista «enmendar los desaciertos de la naturaleza», so pena de que su obra quedase «imperfecta e indocta», quiere decir poco académica, demasiado realista.

Esta censura del idealista Carducho tira nada menos que contra Velázquez, bien que sin nombrarle, y viene tan a cuento, que mis palabras, hablando del realismo y picarismo velazqueño, no son más que como una glosa a ese texto contemporáneo de Velázquez, y escrito por crítico tan afamado como Carducho. Dice así:

«Deste abuso no tienen poca culpa, que poco han sabido o poco se han estimado, abatiendo el generoso arte a conceptos humildes, como se ven hoy, de tantos cuadros de bodegones, con bajos y vilísimos pensamientos, y otros *de borrachos,* otros de fulleros, tahures y cosas semejantes, sin más ingenio ni más asunto de *habérsele antojado al pintor retratar cuatro pícaros descompuestos* y dos mujercillas desaliñadas, en mengua del mismo arte y poca reputación del artífice.»

Para Carducho, por consiguiente, Velázquez y los demás de la escuela realista española y holandesa del siglo XVII, al pintar bodegones, borrachos y pícaros rebajaron el arte y perdieron reputación de perfectos artífices. Ahora bien, de entre todos ellos, Velázquez es verdadero rey y maestro de la tal escuela realista y picaresca y por ello le tene-

mos hoy, pese a Carducho y a todos los idealistas del siglo XVI, por uno, si no por el primer pintor del mundo. ¿No podemos, pues, llamarle portaestandarte del realismo y distinguido pintor de escenas picarescas?

Lo que hay es que a «Oberón» le gusta más la estática idealista extranjera contemporánea y no quisiera que a los demás nos gustase con preferencia la realista española tradicional. Pero ¿hay por ese motivo para quitarnos a Velázquez, el más realista de los pintores?

«Ni el arte español tiene necesariamente que ser realista en adelante.» Me temo que esos deseos no se le cumplan a «Oberón». Cierto que en ninguna parte he afirmado yo que el arte español será siempre realista; pero, ya que se tercia, lo afirmo ahora, con todo el peso de la historia de la raza que cae sobre mi opinión dejándola tan asentada, que ni «Oberón» ni todos los idealistas del mundo la arrancarán ni a tres ni a tres mil tirones. Si algo da de sí toda la historia del arte español, como perenne, persistente y tenaz, es el carácter fieramente realista de nuestro arte. De raza le viene al galgo el ser rabilargo y no es de esperar que, por complacer a «Oberón», sea en adelante rabicortón

Ni el naturalismo zolesco, ni el idealismo modernista o ultraidealismo clásico septentrional, las dos corrientes estéticas que a la hora de ahora lu-

chan en España contra el realismo sano de la raza, serán aquí más que modas pasajeras, que engolosinan a unos cuantos jóvenes, amigos de novedades y forasterías, conquistadores de la elegancia de última hora.

No temo al naturalismo ni al modernismo, porque tengo tanta fe en la fuerza de la raza que creo que esas novedades nos harán bien en vez de daño, que matizarán nuestro realismo, dándole por una parte más brío, como ya lo hemos visto en los últimos novelistas, que *Clarín* y otros creyeron fieles secuaces del naturalismo, sin serlo de hecho; y le comunicará delicadeza y finura, como lo estamos viendo en los presentes escritores modernistas, los cuales, aunque lo pretendan, no dejan el realismo castizo, matizándolo tan solamente con esas medias tintas que lo refinan y aligeran. El mismo Valle-Inclán es un realista de tomo y lomo con todos sus refinamientos misteriosos y septentrionales, y lo es Martínez Sierra, aunque «Oberón» crea lo contrario.

«Ni la valentía es, solo por emplearse en el realismo, un valor artístico.» La valentía no sólo es un valor artístico, sino el único valor artístico. La valentía es la fuerza, y la fuerza es la señoreadora del mundo, la fuerza física en el mundo físico, la fuerza moral en el moral y la fuerza artística en el arte, no sólo en el realismo, sino en

cualquier género y estilo, escuela y manera. Sólo se vence por la fuerza. Fuerza, valentía y valor son una misma cosa en el arte, como en el sentido etimólogico de estas mismas tres palabras. Las obras sin fuerza, afeminadas, descoloridas, delicuescentes, decadentes, las obras *lilas* de muchos modernos, no dejan huella en el arte, pasarán como modas sin valor eterno, porque valor y fuerza y valentía son una misma cosa.

«El señor Martínez Sierra apenas puede ser considerado como un escritor español, en ese sentido.» Al alabar como realista el último cuadro de *Navidad,* no dije ni di a entender que Martínez Sierra fuese un realista robusto ni aun ni robusto; yo no dije nada del estilo de Martínez Sierra. Pero si, como parece, da a entender «Oberón» por esas palabras que Martínez Sierra no tiene nada del realismo español, es demasiado afirmar. Ya estudiaremos a Martínez Sierra y me sospecho que «Oberón» se va a llevar otro desengaño.

Hay quien cree que realismo español equivale a chabacanería y mal gusto; Martínez Sierra lo tiene exquisito. Hay quien confunde realismo español con naturalismo zolesco; Martínez Sierra no es naturalista. Hay quien pudiera suponer que el realismo es algo seco, sin jugo de sentimientos delicados; Martínez Sierra se distingue por la delicadeza de sentimientos.

Pero realismo español no es nada de eso. El Arcipreste de Hita, Fernando de Rojas, Cervantes: he ahí tres cumbres del realismo español de antaño, que nada tienen de zolesco, de chabacano ni de insensible y seco. Desde *Rinconete y Cortadillo* o del cuadro de *Los borrachos* de Velázquez hasta una novela de Zola hay un abismo estético, con tratarse en todas estas obras asuntos bajos, «de vilísimos pensamientos», como decía Carducho. Sin embargo, quien en *Rinconete y Cortadillo* halle chabacanería y no vea la suma elegancia, quien no sienta debajo de aquella serenidad olímpica de estilo palpitar el torrente de la vida, quien no admire la delicadeza del sentir, toda la noble y delicadísima alma de Cervantes que empapa aquel cuadro *velazqueño* (sic), puede despedirse del arte.

Cualquiera diría que la obra realista a la española la confundimos con una fotografía. La fotografía no es realista ni idealista, no es nada en el arte.

A la fotografía fáltale el espíritu, porque no toma de las cosas más que lo material muerto. Galdós y Pereda, dos realistas a la española, no hacen fotografías; toman *toda* la realidad, pero metiéndole dentro del espíritu que solamente los artistas en la realidad ven y saben meterlo en sus obras, como no sabe meterlo en sus fotografías el más fino objetivo.

El espíritu de los montañeses es el que da vida a las novelas de Pereda, que de ellas se rezuma, porque lo empapó Pereda en ellas sin saber él mismo cómo ni de qué manera; el espíritu de la clase media madrileña y de los españoles del siglo XIX, metió Galdós en las suyas. Eso es realismo y arte grande. Delante de eso, que vive, que sangra y que revienta de verdad humana, el arte idealista de Maeterlinck será arte, lo admiro como arte; pero como arte más soñado que vivo, es arte menor, como lo será siempre todo arte idealista. No pensará así «Oberón» acaso. Es ya cuestión de gustos, de la cual no hay nada escrito por demasiado que se haya escrito sobre ello.

***

He prometido hablar del arte idealista o realista de Martínez Sierra; pero antes conviene tratar de estas dos tendencias estéticas, que cabalmente luchan hoy en España y sin cuyo deslinde es imposible entender nada del arte moderno.

Aquella frase de Carducho, de que el artista debe «enmendar los desaciertos de la naturaleza», so pena de que su obra quede «imperfecta o indocta», aplicada a Velázquez y al realismo español del siglo XVII, como Carducho la aplicó, envuelve como idea de un arte perfecto la selección en la

naturaleza de elementos bellos, dejando aquellos otros que para un cierto criterio académico y aristocrático son elementos feos, como una escena de borrachos o de pícaros, un bodegón flamenco, etc., etc., según el mismo Carducho.

El naturalismo proclamado por Zola en Francia, no sólo se rió de semejante selección, llevando al arte esos elementos feos, sino que se arregostó casi exclusivamente en ellos. Semejante arregosto, con el consiguiente pesimismo que, cual vaho moral, se desprende del arte zolesco, dista tanto del realismo español como el aristocrático idealismo de Carducho. El realismo español está en medio de esas dos tendencias estéticas.

En la época del naturalismo aplaudía *Clarín* su entrada en España y se tuvieron por naturalistas hasta a Pereda y Galdós. Sin embargo, ni Galdós ni Pereda, ni Blasco Ibáñez, ni siquiera la Pardo Bazán, eran naturalistas. El genio de la raza no les dejaba serlo, aunque algunos de ellos lo pretendiesen. Admitieron como objeto del arte cualquier cosa que en la naturaleza se diese, los borrachos, los pícaros, los bodegones. Pero ¿acaso no los admitieron todos nuestros clásicos? ¿No está lleno de eso Cervantes, Mateo Alemán, Quevedo, toda la novela picaresca, la misma mística en infinidad de escenas?

Todo lo que es puede ser objeto del arte, si se

expresa lo más conforme que se pueda a la realidad: tal es el realismo español. Todo lo que es diputólo Dios por bueno, y, por consiguiente, por hermoso, si se sabe calar su hermosura, como por el contrario es malo si se emplea desviándolo para lo que no es de suyo. Ni la bondad moral está en las cosas, sino en los actos humanos al servirse de ellas, ni la belleza está más que en la manera de ver las cosas y de expresarlas, está en el alma del artista.

El espíritu del artista naturalista es el que lleva al arte naturalista algo que se opone a la belleza, lo científico, lo didáctico, lo experimental: elementos científicos, de otro campo, por consiguiente, que el del puro arte. Esos elementos no artísticos disminuyen la belleza de la obra de arte, que quiere ser desinteresada e independiente y sólo mira al arte por el arte, no por el experimento útil a la ciencia, a la sociología o a la moral.

Como reacción contra el naturalismo alzóse otro credo artístico, el del idealismo moderno, el cual, aunque con variedad de matices, llamóse con el único nombre de modernismo. Siendo el naturalismo un realismo extremado, su contrario el modernismo no pudo menos de ser un extremado idealismo. No tenemos más que parangonarlo con aquel idealismo de Carducho y de su dechado Miguel Angel. Era aquél una armonía clásica de

fondo y forma, pero de elementos, seleccionados de la naturaleza; era la idea más perfecta que el artista se imaginaba dentro de la especie, pero fraguada con elementos reales. Comunmente solían repetir lo de aquel pintor griego, que para pintar una mujer hermosísima recogió de todas cuantas mujeres hermosas halló en Grecia, de una este rasgo, de otra aquel, haciendo un conjunto de rasgos femeninos los más perfectos, y seleccionados, como mujer ideal, como la más hermosa figura de la especie.

Nada de esto hay en el modernismo, en ninguna de las escuelas o tendencias modernista. Todas convienen en una cosa, en hacer lo contrario de los naturalistas, esto es, en huir de la realidad, séase hermosa o fea. El modernista se sube a su torre de marfil, cierra los ojos a cuanto cae delante de su mirada y comienza a soñar. En el sueño la imaginación, la loca de la casa, es la que entra en función: loquear, fantasear.

El simbolista huye de expresar realidades, expresa vaguedades evocadoras de estados de alma, de sensaciones. El instrumentista quiere hacer música con las palabras, no expresiones de cosas reales; la música es ciega para lo real; sensaciones es lo que expresa, y así viene a encontrarse en su camino instrumental con el que anda a caza de símbolos evocadores de sensaciones. El místico

maeterliniano sólo pretende llenar las almas de los espectadores de un terror trágico vago, sin que se funde en hechos concretos; sus personajes no se sabe dónde ni en qué época viven, son genéricos en el espacio y en el tiempo; lo que dicen son cosas misteriosas; el misterioso ambiente, la vaguedad en todo ha de llevar a las almas hacia lo vago y misterioso, fuente del terror. Otros sensacionistas no pretenden más que despertar en el lector la sensación de un estado de alma o de otro, huyendo de toda idea limitada, de toda cosa real vista u oída.

¿Hay más clases de modernistas? ¿Para qué recordarlos? Todos convienen en huir de la realidad y en ponerse a soñar, todos tratan de expresar sensaciones. Hasta hoy se tenía creído que el habla y el arte literario lo que *propiamente* expresaba eran ideas; de hoy más ha de expresar sensaciones, cosa que solía encomendarse antes a la música.

Estamos, pues, muy lejos de la realidad idealizada de lo renacentistas; el idealismo moderno o modernismo se va al otro extremo opuesto al naturalismo, al realismo y al idealismo renacentista. ¿Es ese el arte de Martínez Sierra?

***

El nombre de *modernismo* aplicado a ese idealismo moderno que tampoco es idealismo, puesto que huye de expresar ideas, ideales o comunes, no dice nada de lo que estéticamente encierra el arte moderno. ¿Le llamaremos *sensacionismo*? Acaso esta voz lleva consigo lo que todos los modernistas pretenden expresar con su arte, sensaciones, estados del alma, según vimos en el párrafo anterior.

El modernismo no se ciñe a la literatura; es una estética que lo mismo se aplica hoy a todas las bellas artes. Sin ir más lejos, todos mis lectores conocen la revista *España,* en cuya cubierta luce una caricatura del genialísimo Bagaría.

Bagaría ha llevado en España el modernismo a la caricatura. Compárese con la caricatura tradicional. Apenas hay un rasgo que reponda al natural en las caricaturas de Bagaría; mientras que la tradiccional caricatura exageraba los rasgos típicos, pero sin dejar de ser rasgos reales. Diríase que Bagaría huye de la realidad, tanto como el simbolista, el decadentista, el delicuescente. No es que idealicen la realidad, hermoseándola conforme al tipo que nos formamos de la especie; es que no quieren nada que suene o huela a real. Dar la sensación de la cosa, sin expresarla tal cual es: eso pretende Bagaría y pretenden los modernistas. Bagaría no pinta jamás un ojo, una nariz, una

boca, fea o hermosa; pinta un trazo que nos haga pensar en una boca, naríz u ojo, sin ser él nada de esto.

—¿Qué pretende usted con su arte? pregunté un día a Valle-Inclán.

—Despertar el mayor número de sensaciones que pueda y las más variadas; todo otro cualquier intento está fuera del arte.

Cervantes tenía otra idea harto diferente; la de *expresar su pensamiento* con la mayor propiedad posible. Para eso se hizo el lenguaje, para *expresar el pensamiento* y por medio de pensamientos las cosas todas lo más propia y conformemente a la realidad de lo que ellas son. Tal es el realismo español.

JULIO CEJADOR

ARTISTA

¿Sabes qué es ser Artista? Es tener alas:
mirar lejos la tierra, el cielo cerca,
y ser del templo la perenne llama.
Cuando sopla el ciclón del infortunio
hacer sonar las arpas;
llorar con los que sufren; de los héroes
cincelar las estatuas;
cantar los misereres de los muertos
y componer las triunfadoras marchas.
Eternizar con el pincel y un lienzo
la emoción comprensiva que se escapa.
De la pluma, el cincel y la paleta,
del verso y de la nota hacer un arma.
Gozar con un crepúsculo;
bañarse en el fulgor de una mirada;
vibrar con un arpegio;

penetrar el misterio de esa alianza
del color, de la luz y de la línea;
comprender el lenguaje de las almas;
del rumor de las hojas y las fuentes
sentir toda la gama.
Ser nublado y ser fuego,
ser cocuyo y ser águila.

.....

Tú como eres artista, sí comprendes
lo que mis versos dicen,
lo que mis versos callan.

JUAN IGNACIO GÁLVEZ

Oración a la palmera.

¡Arbol del sol! ¡Arbol de Oriente!

¡Espíritu de árbol! ¡Penacho de verdor! ¡Amigo del desierto! ¡Guía del caminante! Bendito seas, y benditos los pueblos que amparas con tu sombra.

Déjame contemplarte en la llanura, allá en el fondo, cerca de las rosadas nubes que se deslizan sobre tu copa, e ir hacia ti. Déjame reposar a tu sombra.

Tú eres el único árbol que ama, sin que la impureza de los labios manche el verdor de tus ojos. Tú envías los besos en polen, y tu amor, como las canciones, las lleva el aire cupidinesco. Tú amas velando como los ángeles. Tú te fecundas en las nubes, en el viento, en todo cuanto hay de más puro en la tierra, y por eso es tu fruto de oro, y es dulce, y es ligero y cría en cuna de gloria.

Tú, palmera, nunca miras hacia abajo y a la tierra: siempre va alto tu mirar. Desovillándote como las flores, te vas destrenzando y subiendo como un minarete, siempre con la mirada abierta a la azulina bóveda del cielo, o a las irisaciones brillantes de la llanura.

Tú, palmera, eres la amiga de los profetas; como ellos te elevas solemnemente y contemplas la planicie hasta el fondo, y como ellos presientes lo porvenir adivinando las tristezas que la humanidad prepara, y vas apuntando las centurias en el rosario de tu tronco, como el reloj de los bosques. ¡Tú te apiadas de los sufrimientos de los hombres tejiendo las palmas de los mártires! ¡Tú eres la adorada de los artistas que esperan ser coronados por ti y como ellos buscas la belleza! Tú eres la palma de la victoria, la hija querida del sol, y eres un suspiro y eres un símbolo, y allí donde encuentras la luz, allí tienes la patria.

¡Imitemos al árbol sagrado! ¡Tengamos la claridad por patria, el azul por dosel, y apuntando al sufrir de los años, miremos a lo alto: como ella!

SANTIAGO RUSIÑOL

DE MUSICA

LA LABOR DE CHAPÍ

A Ruperto Chapí debo lo que sé y lo que soy. Nunca quiso sacrificar su tiempo a la enseñanza, y sin embargo, las lecciones que obstinada y sistemáticamente negó á cuantos de él las solicitaron, fueron para mí espléndida y liberalmente prodigadas. Ante nadie se mostró avaro de los tesoros de su experiencia y de su genio, y a todos guió con su mano firmísima y cordial. Mas esa transmisión sistematizada del propio pensamiento a un pensamiento ajeno, con que el maestro se complace en modelar el espíritu de su discípulo; esa relación de labor y de método, perpetuada día tras día en íntima comunión espiritual; esa adnegación generosa que olvida la labor propia, de reconocido valor y emprendida ya, por aquella otra que solamente se muestra en la esperanza incierta de lo que acaso no haya jamás de ser realizado; todo ese cúmulo

de áridos sacrificios, sólo explicables en quien, olvidado de toda producción, siente irremediable vocación de pedagogo, se los impuso voluntaria y espontáneamente Ruperto Chapí para honra mía, en la época más vehemente de su labor creadora, menudeando casi a diario sus lecciones, prolongándolas horas y horas sin tasa alguna y procurando infundir en mi ser, sediento de arte, un tenue rayo siquiera de aquella luz con que su alma, en los momentos sublimes de la creación artística, se sentía fecundada por toda belleza.

Entonces aprendí yo a conocer y a medir la vigorosa pujanza de una mentalidad que todo lo comprendía, porque sobre todo se alzaba. La veneración con que mi espíritu se ha prosternado siempre ante la noble figura de Ruperto Chapí, se convierte en culto, que tiene mucho de religioso, en estos instantes, cuando el conjunto de su vida y de sus obras se ofrece a mis ojos, emergiendo en el arte español como la más altiva cúspide en el perfil de una ingente cordillera. Su genio rompió los moldes doctrinales que hasta entonces habían aprisionado el pensamiento de nuestros compositores, y con sus obras penetró en nuestra música la profundidad de sentimiento y la riqueza de forma que avaloran el arte clásico de Weber y de Beetho-

ven. Antes que Chapí apareciese en el arte, los compositores españoles tuvieron como único dechado las obras de los maestros italianos y su degeneración de la escuela francesa. Arrieta, con una delicadeza y una abundancia de inspiración melódica que fuera de España no poseyó casi ninguno de sus contemporáneos, logró crear obras admirables, dentro siempre de los procedimientos que caracterizaban entonces a toda la música teatral en el Mediodía de Europa. Gaztambide, de temperamento más progresivo, aunque menos atildado en la expresión, no logró redimirse de aquel ambiente, donde la grandeza de sus ideales se sentía aniquilada para volar hacia el arte wagneriano, cuya magnificencia adivinó entre nosotros antes que nadie, con instinto de verdadero precursor. En cuanto a Barbieri y a Fernández Caballero, ambos habían hecho su profesión de artistas ante los modelos italianos más humildes y nunca intentaron siquiera emanciparse de sus fórmulas estereotipadas en cánones inmutables, aunque en ellas consiguieron moldear en ocasiones la inspiración de origen popular.

Sólo al talento independiente y robusto de Chapí se debió que penetrasen en España esos procedimientos, en absoluto ajenos al arte de italianos

y franceses, cuyo origen está en la orquesta sinfónica de Beethoven, y por los cuales la estructura musical de toda obra dramática llega a ser interpretación idealizada de la acción poética. En eso, como en tantos atisbos geniales, Chapí se adelantó a los compositores de su tiempo, y mientras todos, aun aquellos de quienes menos pudiera esperarse, renegaban con lamentable unanimidad del ideal wagneriano, Chapí lo afirmaba con indómita energía, concitando contra sí el anatema de los que, sin pretender seguirlo, lo veían remontarse.

Y en tanto que Ruperto Chapí, sin abjurar de su personalidad ni de su inspiración, a un tiempo tan honda y espontánea, penetraba resueltamente en la nueva escuela, en España y fuera de España casi todos los compositores que aun viven confesaban tristemente su impotencia de realizarla y proseguían aferrados a los medios de expresión más indigentes y caducos; o bien, desligándose de toda tradición, se arrojaban torpemente a un terreno anárquico, sólo asequible a la ignorancia o a la inconsciencia.

Chapí ha afirmado constantemente sus convicciones. La escuela por él fundada, aunque viva la propia virtualidad melódica de nuestra raza y de

nuestro suelo, tiene sus raíces en la técnica incomparable, en el elevado idealismo, en la noble inspiración de la escuela alemana, de la cual deriva su noble abolengo. Gracias a Ruperto Chapí, nuestra música contemporánea estuvo en España más cerca de Mozart, Weber, Beethoven y Wagner que lo ha estado nunca de Rossini, Meyerbeer, Donizetti o Mercadante. Así, la evolución lógica del arte que, desde la *Flauta Mágica*, *Freischütz* o *Leonor*, conduce a través de Spontini hasta *Tannhäuser* y *Lohengrin*, ha encontrado en España una derivación que arranca del arte de Chapí precisamente. Esa evolución ha sido proseguida sin vacilación alguna, porque nuestro gran compositor, como todo artista excelso merecedor de tal nombre, pasó su vida entera en una perpetua elaboración de su estilo, siempre renovado, logrando alcanzar por ella esas cimas de nuestro arte nacional que se llaman *Curro Vargas*, *Circe* y *Margarita la Tornera*.

Si alguna vez el público no ha acertado a comprender toda la belleza de lo que tenía ante sus ojos, ha sido porque el compositor, atento sólo a alcanzar el ideal lejano de un arte supremo, se distanciaba forzosamente de los que, sin iguales fuerzas que él, le seguían. Pasados aquellos ins-

tantes de ofuscación que la muerte, siempre justiciera, destruyó en un trágico instante, puede ya asegurarse que sólo un error fundamental en el juicio llevó, sin duda, en ocasiones al desconocimiento de la hermosura.

El arte de Chapí fué un arte clásico, donde se unieron en consorcio indisoluble la belleza de las ideas y la maestría de la forma. Entre todos los compositores modernos, no existe ninguno que le supere en la técnica ni le iguale en inspiración y fecundidad. Y si ante algunas páginas de Richard Strauss, o de Max Schillings, nos deslumbra la esplendente floración o el pomposo ramaje del procedimiento instrumental, nunca hallamos en ellas la sobriedad y la pureza de que el gran Chapí supo revestir sus maravillosas melodías, en las cuales palpitará eternamente el aliento de un artista inmortal.

M. MANRIQUE DE LARA
(De la R. Academia de Bellas Artes).

COSAS SENCILLAS

Esperanza.

Esta noche, como todas las anteriores, no es una noche de amor. Nadie viene a llamar a la puerta, y en la quietud de la habitación sigue espiando mi deseo los ruidos del hotel: palabras, puertas que se abren o cierran, pasos ligeros, roce de seda en la estrechez de la escalera, y la voz nocturna del agua, terrible voz impura, roja de placer...

Yo confío al tiempo mi esperanza, porque «el tiempo es el padre de los prodigios», grandes problemas de mi vida pequeña los ha resuelto sin violentarlo, y también resolverá este, el más grave de todos, el de la mujer que será mía.

Tengo algunos amigos, conozco a varias mujeres, hago el donativo de mi ingenio o de mi dinero; pero soy yo quien va siempre a su encuentro:

nadie llama a la puerta silenciosa en la obscuridad fría del pasillo...

¿Cómo se transformará esta angustia? ¿Para qué sirve el dolor de mi deseo...? No lo sé, y sufriendo curioso, con los ojos muy abiertos, como los del niño que busca a su mamá, sigo hacia adelante.

El ejemplo de los árboles.

Aquí es, ya llegamos, en esta casa te esperé en vano... Pero ¿qué tienes? ¿Por qué lloras...?

Escucha: desde las ventanas de la casa verás un parque; en él hay dos árboles que han crecido juntos; tienen la misma luz divina, iguales nidos e idénticos cantares. Yo los he visto, en mis noches de espera, formar una sola vida a lo lejos, en el fondo del parque, durmiendo en paz bajo la luna...

Te hablo así porque entiendes. Mis primeras palabras te las dije, ¿recuerdas?, en una hora de melancolía.

Sigamos el ejemplo de los árboles, esas vidas cumplen su destino mejor que tú y yo; ya lo verás en los días claros, sus troncos largos encuadran pedazos húmedos de praderas, tu sacrificio

será una mancha roja sobre el verde del pintor primitivo...

En la nueva casa hay una puerta cerrada. No la abras, ni la temas, que no es la legendaria que oculta los cadáveres de las víctimas de Barba Azul. Guarda mi pasado, que no vale gran cosa; pero no preguntes, ni investigues, vive quietecita a mi lado y te prometo que, más tarde, abriremos esa puerta misteriosa. Entonces verás que ya nada encierra, sólo un suave perfume de oblación para tu cuerpo desnudo...

Y, de las ventanas más altas de la casa, miraremos el parque y los dos árboles envejecer en paz bajo la luna...

Mujercita de Francia.

Hablaba despacio para que yo la comprendiera:

—Tendremos que separarnos, voy a casarme. Es a ti a quien amo; pero deberás partir a tu tierra lejana, y me quedaré con mi inutilidad y mi temor infantil...

—Muy bien; pero ¿cómo explicarás lo ocurrido a tu esposo...?

—Te contestaré con otra pregunta: ¿En tu país se casan los hombres que, como tú, conocen el secreto de todas las perversidades...?

—Sí, y con mujeres que ignoran *todo*.

—Pues aquí, mi marido legalizará un estado de cuerpo y de espíritu que no tiene importancia; es el porvenir lo que nos interesa.

(Caminamos silenciosos, por la calle desierta. La muchachita se colgó a mi cuello y con mis dos manos la levanté hasta mi boca. Nos besamos mucho, mucho... Acarició mis cabellos negros, de hombre del sur, como solía decir, y después se marchó la muchachita mía, y no he vuelto a tener noticias suyas.)

Pies y manos.

Nos encontramos en un puerto, a la orilla del mar, sus pies desnudos no dejaban huellas en la arena sutil.

Sus ojos se abrieron azorados al verme. ¿Qué habrán visto sus ojos...? ¡Ah! Sí, es verdad, he sido infiel: pero por buscar un amor igual al suyo.

Se acercó lentamente, en un silencio angustioso, sus pies temblaban como dos rosas en el agua azul. Eran dos pies predestinados, los vi solos, tronchados del cuerpo, olvidados en el mar, y venir a mi suplicantes, con vida nueva en cada movimiento.

¡Oh, los pies pequeños que acaricié y besé como dos manos!

Cerré los ojos para sentir la frase ligera y breve que describiera su cuerpo, alargando hasta el cielo las líneas de los pies solitarios; pero sus dos manos suaves se posaron sobre mi pecho, rechazándome, temerosas de volver a empezar... Eran dos manos sin igual, las oprimí entre las mías y levanté en el espacio, en la eternidad, con los ojos llenos de lágrimas y contra el sol que moría en el mar.

Su marido llegó, no se sorprendió, nos miró con tristeza y nada nos dijo. Formábamos los tres un grupo miserable frente al agua infinita; pero los pies de ella resplandecían...

Caminamos por la playa sin decirnos nada, ¡nada! como en un entierro a la orilla del mar.

FRANCISCO OROZCO MUÑOZ

París, Julio de 1917.

Sonetos de "El Ánfora Sedienta".

Holocausto.

Eres como el icono bizantino
del Ensueño, que al ara se convierte;
eres en los misales de la Muerte
la mayúscula roja del Destino.

Eres suntuoso vaso tan divino,
el de la letanía, el que pervierte,
el de marfil, el blanco, pero el fuerte,
donde se escancia del Amor el vino.

En ti la arcilla original se aclara
y el Espíritu Santo está por eso.
Eres el madrigal, eres el ara...

Y en tu sagrario está, de carne y hueso,
el cáliz ideal que cincelara
un taciturno lapidario: el Beso.

Reina blanca.

En tu cámara prócer—, en momento
napoleónico—, al verte recostada,
resucitó ante mí la de-posada
Josefina, en su tálamo opulento.

Blanca en un resplandor de encantamiento,
tu frente amanecía en la almohada,
cual la estrella que anuncia en la alborada
la primavera azul del firmamento.

Y quise—, tal vez cuando los elijas—,
ser el más favorito de tus pajes,
para mirar, con las pupilas fijas,

entre un santo blancor de cortinajes,
a una blanca princesa sin sortijas,
despertándose en un jardín de encajes...

Credo.

Creo en la Musa todopoderosa
que da el laurel a la melena endrina,
y que en la Tierra Santa de la espina
eleva su Jerusalén, la rosa.

Y creo en la diadema diamantina
que en la testa hierática reposa,
y en el viento, que es de la golondrina,
y en el jardín, que es de la mariposa.

Y en la fatal resurrección del día
que ha de alumbrar al ciego que lo nombra
con su luz eternal, la Poesía—,

esa luz misteriosa que en algunas
noches del alma se une con la sombra
del Ideal, sobre las frentes brunas...

Sarcófago.

Somos como dos príncipes tombales
—cada uno en sarcófago distinto—
que en vida vemos nuestros funerales,
como en su monasterio Carlos Quinto.

Nos vela con sus ojos fraternales
el ángel del Dolor, desde su plinto,
y tiene el lampadario del recinto
ternuras de recuerdo en sus cristales.

Y, pues, la muerte de las ilusiones
puso en nuestros altivos corazones
un desdeñoso frío de Escoriales,

tú, con el cetro del Amor extinto,
yo, con la espada del Ensueño al cinto,
somos como dos príncipes tombales.

A una incógnita.

En tu melancolía tramontana
está la sensación de sol, discreta,
que puso en los balcones de Julieta,
cuando se entreabrían, la mañana...

Y estás más lejos cuanto más cercana
como todo Ideal para el poeta,
hermana constantinopolitana,
nefelibata y porfirogeneta.

Pues tu romanticismo es un inmenso
fulgor que baña toda lejanía
y toda aurora y todo idilio intenso,

y eres toda la Noche y todo el Día,
mi Amor asciende a ti como un incienso
y mi verso como una letanía...

RAFAEL HELIODORO VALLE

Tegucigalpa, 1917.

LOS PORTUGUESES

PENITENCIA D'AMOR

(HISTORIA D'UMA FEIA)

Excerpto.

Era feia a Piedade, avélhada já aos vinte annos..... que o tempo passava mais devagar por ella, ha vinte annos cumprindo a sua pena de fealdade, como se tivesse nascido predestinada para remir um peccado de maldição.

Os olhos eram dois fogos fatuos..... ora ardendo, ora apagando-se, n'um fulgor baço de soffrimento..... lembravam duas feridas negras abertas por duas coroas d'espinhos, grandes chagas de luz expostas. consummindo o sangue de amargura que lhe fluía e refluía nas veias, supplicio inclemente das esmolas de compaixão em que sobre ella se desfolhava o dó de quantos, lá na aldeia, lhe reparavam no corpo, larva de mulher, mal-azado e desgracioso.

Nas suas palpebras, quasi sem pestanas, palpitava o bater lento-agonico dos ultimos adejos de phalena moribundo.

A bocca, sempre fechada, uma sepultura inviolada de beijos, feria um golpe de afflicção, grito estrangulado dos labios que a traição do destino amortalhára n'aquelle rosto de forçada, para alí ficarem eternamente pregados, mudos e quietos como dois crucificados.

Era feia a Piedade..... tão feia, coitada, que dir-se-ia uma negação, o escarneo de quantos homens têm votado canticos ao sexo todo-poderoso, para que a belleza da mulher seja uma gloria esculpida em genio, celebrada pelos tempos fora na legenda das suas vozes immorredoiras, em cada seculo rythmando o in-memoriam de cada paixão.

Esse sexo, sentindo-se n'ella ultrajado, dava a toda a sua figura, a humilhação de alguem que errasse pelo mundo, n'uma vadiagem ahasverica de cão sem dono.

Era uma mentira, uma profanação..... como uma estrofe falhada n'um poema sublime.

Por isso os rapazes lhe não deitavam aquelles olhares que ella via a tactearem, n'uma delirante peregrinação de beijos, as fórmas das outras raparigas e as palavras em que lhe falavam tambem não vinham magoadas de desejo, para que no seu

corpo se não concebesse a divina violação da sua virgindade; esses olhares e essas palavras pisavam impiamente toda a sua carne balbuciante de amor, parecendo excommungar n'ella a lembrança do gozo martyrisante da iniciação.

Para as outras, cada sorriso trazia rumores de segredos como uma onda que rolasse do coração, para vir a quebrar nos labios o echo d'um juramento.

Para ella nunca houvera uma promessa, nem um engano sequer!

Ensaiava então todas as tentações do amor e em cada bailarico da aldeia era certa a Piedade-a feia-blusa de rendas e saia de fólhos, cheirando muito a cravo e a mangerico, sempre á espera de entrar para a roda, onde queria dar a alma n'uma cantiga, onde queria tambem ser abraçada.

Ser abraçada.....

Implorava aos homens essa graça, como a endemoninhada implora aos ceus a purificação e, a dois braços que lh'a concedessem, seria capaz de offerecer depois o sacrificio das proprias cinzas.

Mas lá ficava sempre arrumada, sósinha a um canto, que os rapazes parece que tinham medo da sua sombra, como se tem medo dos cirios que se accenderam para alumiar defunctos: devem deixar-se consumir até ao fim sem lhes tocar, ai de quem lhes puzer a mão, que leva comsigo a mor-

tel Tambem ella, a pobre, tinha de gastar-se intacta, no seu exilio de pureza, que lhe ia queimando e requeimando a vida silenciosamente e ocultamente, lume concentrado sem chamma e sem fumo, antes que alguem se atrevesse a exconjurala do seu maleficio de esterelidade, antes que alguem se atrevesse a fecundar-lhe a tumidez dos seios malnascidos, sempre tremulos de supplicas, dois somnambulos perdidos á procura de mãos e boccas que os quizessem trilhar.

A's vezes, quando a dansa seguía mais animada, a alegría dos outros, exacerbando-lhe o sentimento da sua má-sina, dava-lhe o aspecto mystico d'uma imagem de martyrio, n'um torpor irreal de transfigurada; e então, absorta, tinha as attitudes doloridas de certos troncos d'arvore de ramos decepados, que pela paysagem d'onde em onde se levantam do chão piedosamente, hastes de cruzes sem braços assignalando a quem passa, a campa das suas mortas raizes.

Na verdade, a quem a via n'aquelles momentos, extasiada fitando a ronda, ella recordava uma estátua tumular, figura decorativa de monumento de cemiterio, vinda alí, a aquelle logar de prazer, em perseguição de alguma sua companheira transfuga, que tivesse desertado lá do seu posto funebre e para onde era preciso fatalmente voltar,

Ao findar a dansa, tornando a si, emquanto as

outras se repetiam e guardavam as confidencias que tinham escutado, ella só se repetisse e guardasse o travo das proprias lagrimas que, pendentes dos olhos, pelas faces lhe desciam sinistramente como duas cordas d'enforcado, d'onde uma a uma iam cahindo estranguladas parao chão todas as suas esperanças.

A um tempo intrusa e expulsa do propio sexo, a sua historia intima dir-se-ía uma ruinaria d'amor, fundido em torrentes de ternura que rolassem perdidas, malaventuradas, sem encontrarem um peito benigno onde lançar-se.

Femea invalida, assim vivia a Piedade, rendida já ao seu inexoravel sortilegio de castidade, quando certo dia, deante dos seus olhos, tristes como dois jazigos descerrados, outros olhos desceram as suas palpebras, n'um geito de labios que se fechassem sobre uma confissão de palavras de luz e amor: desde esse instante a Piedade começou a amar, como o agonisante começa a morrer.

E' aqui que principia esta tragedia.

Filha de gente pobre, os proprios paes trataram-n'a desde creança com uma especie de zelo supersticioso porque julgavam, quasi temiam que ella fosse, tão feia, quem sabe se um mandamento divino d'exterminio para a sua casta! por isso se arreceiaram de a pôr á jorna na labuta da terra e todas as manhans, todas as noites, á hora de pe-

direm e dárem a Deus as suas graças, tinham, pela Piedade, devoções medrosas de afugentar presagios.

Não possuindo meios para mais, mandaram ensinar á filha a habilidade da costura, que com ella conseguiu um peculio e creou fama de rica: mais de trinta libras, dizia-se, uma continha capaz de vir a render-lhe um homem, que os rusticos tambem, á moderna, sabem fazer do amor um ganha-pão.

***

Conquistador do alto, especie de D. Tenorio d'aldeia, o Antonio Cantador era um aldeagante, farto já das femeas do logar e muito mais farto ainda de se ver sempre atolado em terra, de tal maneira os seus braços escravos da enxada, que dir-se-ia trazerem-na sempre apertada entre as mãos, que elle tinha contrahidas, enclavinhadas, como se estivessem attentos e promptos sempre para acompanharem a queda de fadiga em que o cavador se lança, obrigado a ferir um corpo que desejaría talvez beijar; e o Antonio Cantador, toauta, o que queria era ver mundo; andava lá co'ella ferrada de passar as aguas p'ró Brazil e, se não fosse a falta do *melhor*, já por cá não era demais ha muito ha.

Ora a Piedade apparecia ultimamente muito as-

seiada, com muito ouro: boas argolas, anneis de pezo, um cordão que era de luxo.

O Cantador, mal deu fé d'esta riqueza, teve uma ideia e fez os seus calculos: vinte libras, pelo barato, andavam bem patentes..... fóra o mais que não haveria.....! portanto, toca a laçar! como elle dizia. Aquillo foi n'um alustro: em quinze dias fazia os preparativos para embarcar clandestinamente.

A Piedade apromptava-se tambem para ir com elle; as joias, que era tudo quanto possuia, para a compra da passagem entregára-as ao Cantador, que desapparecen logo, sob pretexto de ir despedir se de uns parentes a Vilaverdinho, uma aldeiota a quatro léguas do Villar do Monte, lá para traz dos cêrros e fragarêdos das serranías e sobreiraes do Quadraçal; mas no dia seguinte estaria de volta e depois..... era só esperarem a resposta do engajador, com quem elle tinha contractado a passagem por Vigo, para saberem quando haviam de embarcar.

O día seguinte passou..... e mais dois dias se passaram..... sem que o Cantador apparecesse ou mandasse novas.....

***

Era em dezembro e havia dois mezes que aquellas serras de Traz-os-Montes, debaixo da inver-

nia e da furia dos ceus, eram o espectro amortalhado da terra, creação de Deus, que oli se levantava agora, morta já..... sim.....! mas ainda contra elle, ainda contra o seu Creador, impotente para a fazer desapparecer.

Serras de Traz-os-Montes n'ese dezembro!

Deus arrependido, arremettia contra a sua propria obra, em tempestades de raiva destruidora e vingativa.

Oh que temporaes desfeitos.....! Como chovia a ceu aberto.....!

Soutos de castanheiros, sobreiraes e fragarêdos, todas aquellas rudêscas vidas que a acção genesica do Tempo gerou á força, no ventre refece da terra de Traz-os-Montes, tudo, tudo era uma paysagun de abysmos, onde *a morte e a natureza* tinham vindo a encontrar-se, como se uma áo utra houvessem jurado decidir ali a sorte das suas duas existencias, desde a Origem primitiva, perpétuas inimigas perseguindo-se em todas as edades.

Serras de Traz-os-Montes n'esse dezembro!

Descrevê-las?! Impossivel! porque eram o symbolo do indescriptivel, espectaculo que os sentidos da creatura humana mal podiam anotar.

A Morte e a Natureza, sim! em juizo final jogando alí os seus destinos, como se uma á outra houvessem de excluir-se, anniquilar-se, por uma destruição que os seculos tinham sido impotentes

par consummar. Na nebulose, no turbilhão indefenido, as cousas e os sêres tinham perdido a individualidade e a forma, tudo se tinha fundido e agora todos, tudo era a materia, em blóco, defendendo a propria eternidade ameaçada.

O assalto, em tropel, dos elementos á montanha! Aguaceiros e trovões, ventanias e coriscos tinham transformado a sua natureza de elementos, de forças inconscientes e cegas e arremettiam como forças animaes, pondo consciencia no desespero e dolora nos seus rugidos.

Quem ousaría aventurar-se pelos caminhos?!

Onde, sêr humano ou bêsta, que se atrevesse a atinar por aquellas ladeiras para chegar a um sitio certo.....?! que fosse capaz de se orientar dentro d'aquelle cahos, onde, para a percepção da realidade, já nem sequer a luz e a sombra podiam dar aos sentidos a indicação inicial do dia e da noite.

Serras de Traz-os-Montes n'esse dezembro!

***

Na aldeia do Villar do Monte queimava-se rosmaninho bento em todas as lareiras, havia lampadas accesas e orava-se: perdida a ultima esperança terrestre, em toda aquella pobre gente nem um pensamento que não fosse para Deus, nem outra ideia que não fosse já a da salvação; cada

rajada de vento mais ateava a chama de fervor divino em que ardiam unidos todos os corações, todas as almas postas em extase, encommendando-se ao Senhor.

Como se fosse o fim do mundo, como se não contassem mais com elle, aquellas almas iam já a caminho do ceu.

O fulgor de cada relampago que se incendía purificava-as de todas as preoccupações profanas, dava-lhes a halucinação celestial que as guiava.

Era o rebanho christão desvairado pelo sentimento de superstição catholica da morte; era a chusma de fieis clamando, contrictos, pela remissão dos seus peccados.

Magnificat..... magnificat..... era o grito que soltavam, de pavor.

Todas aquellas caras rusticas, rudes como se fossem moldadas em lodo da propria terra, que pareciam mascaras desincrustadas das frontes das velhas fragas e como ellas tambem de rictus immutaveis, todos aquelles fosseis humanos estavam agora hyantes de terror e devoção.

Todos rezavam: de joelhos, braços erguidos e mãos postas.

Em novena a Senhora da Guía, já se não cabía na capella.

A todos, todos tinha tomado uma certeza frenetica de morte, era uma turba cataleptica de pe-

nitentes, uma sobrevivencia de foragidos dos subterraneos, onde outr'ora tinham soffrido os martyres da fé.

Só a Piedade, entre aquella multidão transida, se conservava impassivel, indifferente.

Encontrava-se para ali, assistindo ao delirio e tendo o ar de alheiamento com que nos cemiterios se encontram os passarôlos de bronze das varandas das sepulturas, assistindo ao desfile dos enterros. Emquanto os mais esperavam, ungidos, a morte, ella esperava, cheia de cío, as suas bôdas, o seu festim, como uma coruja de azas fechadas que tivesse pouzado entre um bando de pombas, para satisfazer a sua gula.

Havia tres dias que o Cantador tinha abalado; mas ao cuspir-lhe no corpo as gottas latejantes da sua animalidade, a Piedade, como um morto se mette todo dentro do seu caixão, mettera-se toda toda debaixo d'elle e o seu desejo fôra ficar tambem assim sempre, até um ultimo spasmo em que os seus olhos cegassem a vê-lo humedecidos pela ultima de quantas lagrimas tinham chorado, os seus labios se immobilisassem no ultimo beijo e soltassem o ultimo gemido, o seu coração arquejasse pela ultima vez ao rythmo de quantas dôres tinha sofrido e se extinguisse o derradeiro alento da sua miserrima vida.

Quando elle a cobrira, gozára a volupia de quem

se vinga do destino. Sentira-se aperta-la entre os abraços que elle lhe dera como o torrão entre as raizes que o repassam.

Do amor, para ella o grande mysterio, só se lhe revelou a humildade, por isso se poz logo de rastos, não viesse acaso a soberba denegrir a sua paixão.

Agora, as mesmas mãos que lhe tinham premido os seios e lhe tinham dado o primeiro deliquio agarravam-lhe o coração dentro do peito que ella de boa vontade deixára rasgar para que lh'o arrancassem. A mesma bocca que a tinha beijado, quereria que lhe bebesse tambem o sangue a bater lhe nas veias, negro, pisado, de tantas angustias e mortificações.

Estava escripta a sua sorte: amar! e para ella, a desprezada de sempre, amar havía de ser ainda humilhar-se, perder-se, desgraçar-se.

Entregára-se, déra-se, abandonára-se toda á sujeição fatalista do seu sexo.

Guardava a submissão de momento em que fôra possuida como o barro molhado da estátua guarda o ultimo toque com que a animam as mãos febris que a modeláram: para sempre. O seu amor era egualar o seu infortunio.

***

O Cantador não voltava e a Piedade começou então a pensar se lhe teria acontecido desastre ou se a ida a Vilaverdinho teria sido só para se lhe sumir e embarcar sem ella p'ró Brazil.

Sem paciencia para esperar mais tempo, desconfiada, ei-la a caminho, fugida de casa, atraz d'elle.

Não tem medo nem aos montes nem á temporia.

Vae absorta..... não vê senão a terra que elle tinha pisado, põe as chagas dos seus joelhos no rasto das pégadas que elle deixára.

Repassada até aos ossos, a chuva e o vendaval açoitam-n'a como se fôra uma arvore, os cabellos soltos e os trapos encharcados agitam-se-lhe como as ramarias e tambem a tomba por vezes a ventania. Onde a enxurrada forma torrente, sóbe ás paredes ou trépa, como as cabras pelos barrancos.

Atravessa brejos de silvas que lhe laceram as faces de rascanhões a escorrer sangue e se lhe enrodilham aos farrapos e ás pernas para d'ella fazerem prêza, como se fosse uma ovelha desgarrada, que depois os lobos viessem devorar.

Mas a Piedade não pára, caminha..... caminha sempre.....

Não a detêm as aguas que arrastam madeiros, nem o vento que vem lá de tão longe de varrer todas as plagas, de soprar todas as encostas, de derrubar todas as frondes..... poupam-n'a a ella porque vão já fartos de catastrophes.

Cahe, afocinha, fére-se, rasga-se, mas não se lembra sequer de esperar que descampe, dentro do tronco carcomido dos castanheiros ou debaixo das fragas, onde as lôbas paridas deixam roer as têtas e morrer á fome a creação a uivar.

Só se arreceia de não chegar a tempo.

No seu coração, como n'um bronze, começam a dar signaes que têm para ella o som de dóbres.

Vem-lhe a certeza de ter sido enganada, de que nunca mais o tornará a vêr se não fôr depressa.

Julgando que que tóma por un atálho, vae dar á entrada de um covíl.

Quer gritar, correr, chorar e mal já lhe chegam as forças para se arrastar.

Por onde ella ségue, o temporal investe sempre com mais furor: o vento toma-lhe o passo, a chuva arremette contra ella ás punhaladas; vae para dizer uma oração, levanta os olhos ao ceu e vê que a perseguem em correria as nuvens que o ceu tem mais negras e mais pesadas; ramos que ainda poderiam abriga-la vêm á pressa bota-los abaixo uma lufada mais rija ou o fogo mais accêso dos raios; orienta-se e sabe por onde vae, quando o clarão dos relampagos lhe mostra algum alto ou algum fraguêdo mais conhecido.

Assim, a Piedade, para salvar o seu amor, ia buscando as suas nupcias por entre despenhadeiros, enxurradas, relámpagos, nuvens, raios,

troncos derrubados, charcos, montes, ventaneiras, descampadas, lenhos despedaçados, trovões, caboucos, brejos, lodaçaes, bátegas d'agua, destroços diluvianos.... por entre um fragor tumultuario de uivos, ais, gemidos, gritos, urros, ameáças, queixumes, suspiros, pragas, mugidos, desafíos e blasphemias.....

Desfaz-se o ceu, cahe ceu em nevo a e trombas d'agua, as penedías parece que perderam a attitude milenaria, a estática inmobilidade das alturas, em baloiços naufragos de enormes phantasticos navios prestes a submergirem-se.

As correntes minam, arrojam as terras e sobre os fundões dos valles que ellas cavaram, esbarrondam-se flancos inteiros da montanha.

Felizes os gados remoendo no curral os perfumados fenos, felizes as aves todas mettidas no aconchego dos seus ninhos, felizes os bichos do monte recolhidos bem no fundo dos seus antros.

Ao deusdará do tempo, pelos caminhos, só a Piedade, mais batida do que uma vela no mar á tempestade.....

Se fosse possivel andarem os pastores com aquelle tempo, haviam de toma-la por Nossa Senhora perdida na serra e contariam depois onde a tinham visto, para que lhe fizessem uma imagem dentro d'uma capellinha, lhe vestissem uma tunica, lhe cobrissem um manto e a adorassem.

Já passou o Ribeiral e o Escurêdo, depois dos altos da Cernadella e dos sobreiraes do Quadraçal, entra logo no têrmo de Vilaverdinho.

Teriam pena d'ella os mendigos escorraçados com improperios de todas as portas; se algum a encontrasse, havia de querer dar-lhe abrigada debaixo da sua manta e amparo com o seu bordão.

Resistiu. Mas o desalinho em que vae torna-a d'uma fealdade de harpía e de estardalho, de velha cigana, bruxa ou doida.

. . . . . .

. . . . . .

ALBERTO FELIZ DE CARVALHO.

(Consul de Portugal en Madrid).

MOMENTOS

La conquista de la luna.

Después de establecer un servicio de viajes de ida y vuelta a la luna, de aprovechar las excelencias de su clima para la curación de los sanguíneos y de publicar bajo el patronato de la Smithsonian Institution la poesía popular de los lunáticos *(Les Complaintes* de Laforgue, tal vez) los habitantes de la tierra emprendieron la conquista del satélite, polo de las más nobles y vagas displicencias.

La guerra fué breve. Los lunáticos, seres los más suaves, no opusieron resistencia. Sin discusiones en cafés, sin ediciones extraordinarias de «El Matiz Imperceptible», se dejaron gobernar de los terrestres. Los cuales, a fuer de vencedores, padecieron la ilusión óptica de rigor—clásica en los

tratados de Físico-Historia—y se pusieron a imitar las modas y usanzas de los vencidos. Por Francia comenzó tal imitación, como adivinaréis.

Todo el mundo se dió a las elegancias opacas y silenciosas. Los tísicos eran muy solicitados en sociedad, y los moribundos decían frases excelentes. Hasta las señoras conversaban intrincadamente, y los reglamentos de policía y buen gobierno estaban escritos en estilo tan elaborado y sutil que eran incomprensibles de todo punto aun para los delicuentes más ilustrados.

Los literatos vivían en la séptima esfera de la insinuación vaga de la imagen torturada. Anunciaron los críticos el retorno a Mallarmé. Pero pronto salieron de su error. Pronto se dejó también de escribir, porque la literatura no había sido sino una imperfección terrestre anterior a la conquista de la luna.

A Circe.

¡Circe, diosa venerable! He seguido puntualmente tus avisos. Mas no me hice amarrar al mástil cuando divisamos la isla de las sirenas, porque iba resuelto a perderme. Enmedio del mar silencioso estaba la pradera fatal. Parecía un cargamento de violetas errante por las aguas.

¡Circe, noble diosa de los hermosos cabellos
Mi destino es cruel. Como iba resuelto a perderme, las sirenas no cantaron para mí.

De una benéfica institución yanqui.

Me agrada sobremanera la charlatanería y admiro la rara perfección que en este arte han alcanzado los norteamericanos.

Y cuando topo con eruditos ignorados, con poetas sin leyenda y sin empresario, lamento de corazón que no se sepa aquí de la casa comercial de Detroit, que por poco dinero suministra aventuras a hombres indolentes o cobardes.

¡Cuántas veces por falta de oportunas disputas conyugales, de una miserable tentativa de suicidio o de viajes extraordinarios por el Mar Rojo, perdemos nuestros mejores derechos a la gloria; y la flamante colección de nuestras obras completas padece injustamente los rigores del tiempo en una doncellez inútil, como nuestras tías abuelas!

Vieja estampa.

Dos criados abren presurosos, a la curiosidad de los desocupados, las pesadas hojas de la puerta,

cuyos tableros de cedro ostentan en rica obra de talla, las armas de los Castillas, de los Mendozas, de los Altamiranos de Velasco,

Tirada por piafantes brutos, sale la carroza, con muelles sacudimientos, de la penumbra del zaguán al deslumbramiento de la calle.

El conde de Santiago de Calimaya se encamina al palacio del Virrey. Han llegado pliegos de la Metrópoli que tratan de asuntos graves. La Real Audiencia y el Arzobispo tienen en la Corte poderosos valedores.

Y mientras pasa la carroza rebotando por el empedrado de la calle de Flamencos, los indios se descubren, los criollos se detienen curiosos.

Indiferente a todos, tras los cristales, el señor conde toma rapé de una caja de oro, con sus dedos descarnados y temblorosos,

El epígrafe.

El epígrafe se refiere pocas veces de manera clara y directa al texto que exorna; se justifica, pues, por la necesidad de expresar relaciones sutiles de las cosas. Es una liberación espiritual dentro de la fealdad y pobreza de las formas literarias oficiales, y deriva siempre de un impulso casi mu-

sical del alma. Tiene aire de familia con las alusiones más remotas y su naturaleza es más sutil que la luz de las estrellas.

A veces no es signo de relaciones, ni siquiera lejanas y quebradizas, sino mera obra del capricho, relampagueo dionisíaco, ventana hacia el mundo de los instintos y de las intuiciones.

JULIO TORRI.

México, Junio 1917.

EL PRIMER LADRÓN

Me pide usted, señora, que la cuente una historia; se aburre en esta velada que vanamente intentamos entretener con la monotonía de una vulgar conversación. Yo también me hastío... Veamos, pues, qué es lo que quiere que la cuente.

...Tiene usted razón; dejémonos de historias de amor, que los amores suelen acabar casi siempre con llanto y, cuando el relato de un idilio acaba a satisfacción de los que oyen, es porque el cuentista se olvida de la segunda parte de su cuento. Prefiere usted escuchar aventuras de guerreros o bandidos; a mi ver, son hermanas las dos profesiones y en poco se diferencian, que si el bandido despoja, el guerrero conquista. Ambos tienen por maestros la fuerza y la astucia. Tal vez, nuestro buen Cid no pasaría de ser hoy salteador de caminos más o menos digno de la horca...

Voy a tratar de complacerla en lo que pide. Oiga usted la leyenda del primer ladrón o del primer conquistador; elija el título que más le plazca.

***

Fué en la Prehistoria.

He aquí que, el valle y la montaña, estaban habitados por hombres gigantescos semejantes a gorilas... Y eran felices los primitivos hércules. Iban y venían de un lado para otro buscando el alimento necesario a su vivir. Se lo ofrecía Naturaleza fecunda. Arboles y matas les regalaban sus frutos y sus hojas. El río, que se deslizaba tranquilo sombreado por la maleza salvaje, brindaba a los labios la grata frescura de sus aguas. La húmeda sombra de la selva les resguardaba del fuego solar, y de aulladores vientos y torrenciales lluvias, las cuevas formadas por las moles graníticas del monte.

Iban desnudos; sus cuerpos estaban hechos a los días tórridos, a las noches heladas. No tenían necesidad de vestido porque, su alma, era lo suficientemente pura para no sentir pudor.

El pudor fué la primera impureza del hombre. Antes de vestirse se adornó. Las plumas en la cabeza precedieron a las plumas sobre el cuerpo.

El hombre cubrió sus desnudeces por coquetería. Sin el vestido no tendría razón de ser la absurda vergüenza del desnudo.

Tampoco poseían estos hombres habitación fija. Durante el día marchaban errantes por el valle y la montaña. De noche hacían alcoba la primera covacha que a su paso se abría. Nada ambicionaban porque eran poseedores de todo. No sabían de la envidia porque eran iguales, porque uno no tenía más que otro. La tierra fué de todos, con sus árboles y sus matas, con sus piedras y sus animales, con sus salvajes selvas, con sus ríos que se deslizaban entonando la canción eterna de sus aguas.

El macho caminaba con su hembra y sus crías. Aún no existía la tribu, primitiva forma de la comunidad.

La comunidad es una de las equivocaciones del hombre que más han dañado a la especie. El conjunto ha esclavizado los componentes. Un hombre es uno y libre desde donde empieza su derecho hasta donde da comienzo el derecho de otro. El sér humano debe pertenecerse a sí solo. Cuando se asocia deja de pertenecerse. La comunidad social del porvenir será, como la tribu, una equivocación fatal. Puede existir la fraternidad sin el co-

mu·ismo, haciendo cada uno para sí lo que le corresponda, sin invadir lo que corresponde a los demás; para llegar a esto sólo hace falta tener verdadera consciencia del deber y el derecho, sabiendo que éste acaba donde empieza aquél. He aquí todo.

Entre los hombres del prehistórico paraje había uno más fuerte que los demás. Cierta noche, este gigante buscó albergue para su crías y su hembra. Unas moles graníticas señalaban la entrada de una cueva. Cuantas, anteriormente, le sirvieron de cobijo nocturno no podían compararse a aquélla. Era alta, espaciosa; no tuvo que arrastrarse para llegar a su interior: los riscos que la entechaban estaban ajustados unos a otros de tal forma, que no permitían la entrada de la lluvia; sólo allá, en el fondo, se advertía una grieta por la que, durante las horas de sol, se filtraba la luz. El boquete que oficiaba de puerta era estrecho; dejaba únicamente espacio para que un hombre pudiese penetrar; unas piedras bastaban a cubrirlo. Cerrada así, la natural alcoba quedaba convertida en fortaleza inexpugnable para las bestias feroces.

Allí durmió el hércules con su hembra y sus crías. Una claridad tenue que descendió poco a

poco por la grieta que a los cielos miraba, le despertó. Era el alba Al salir de la gruta quedó maravillado el hombre.

Ante la cueva se extendía un trozo pequeño de terreno donde se hallaba lo necesario a su vivir: yerbas jugosas, matojos de alimenticio tallo, un manantial entre ellos y un árbol grande de extendidas ramas y hojarasca espesa donde los rayos del sol se quebraban como lanzas de oro.

Tanto gustó del lugar, que la noche sorprendió a la prehistórica familia sentada a la puerta de la gruta. Y varios días transcurrieron así.

Al hércules comenzó a molestarle que otros seres semejantes a él llegasen a aquel sitio para calmar su hambre, para dar alivio a los ardores de sol bajo las sombreadoras ramas del árbol corpulento... Pero, ¿qué derecho tenía a la protesta? La tierra, ¿no estaba hecha para todos? Sumiso a este pensamiento nada dijo.

Una mañana, la familia entera se alejó un tanto de la gruta; fueron a buscar aves muertas, a las que arrancaron las plumas para tapizar la vivienda. Cuando tornaron era noche... ¡Cuál no sería la sorpresa del hércules al encontrar cubierta de piedras la entrada de su guarida! Indudablemente había alguien dentro... Y, en busca de otro sitio

donde pasar la noche, echó a andar tristemente seguido de su familia. Pero ¿dónde hallar albergue como aquél?

No sería; aquella noche, como las anteriores, tenían que dormir allí. Vanos fueron los ruegos de la hembra para convecer al macho de que el intruso tenía tanto derecho como ellos a ocupar la cueva. El macho quitó las piedras de la guarida y penetró. Un semejante suyo dormía en los interiores.

—Vete—le dijo el hércules con gestos y gritos.

El advenedizo se negó y lucharon; moribundo quedó a la entrada de la gruta.

Al día siguiente, una muralla de piedras rodeaba el paraje. En pie en el centro del cercado esperaba el hércules. Varios hombres llegaron; uno se dispuso a saltar al interior.

—Aquí no se entra—gritóle nuestro héroe.

—¿Por qué?— interrogó sorprendido el llegado.

El hércules frunció el ceño, cerró los puños, extendió la vista por todo el paraje y, clavándola luego en su interlocutor, repuso:

—Porque *esto* es mío.

Un murmullo de sorpresa le respondió... ¡Mío...! ¿Qué significaba aquella palabra?

—Y es mío—continuó el gigante—, porque soy el más fuerte...

***

Esta, señora, es la leyenda de la primera conquista que se hizo en el mundo. Y he aquí que, como la tierra era de todos, el primero que conquistó un pedazo de ella por la fuerza fué *el primer ladrón*.

Perdóneme, señora, si no he logrado distraerla cuanto hubiese querido. Otra vez será...

La velada toca a su fin... Hasta mañana.

JOAQUÍN DICENTA *(hijo)*.

UN NUEVO POETA

Balada del Infante Don Fernando.

A José M. Egas M.

El pálido Infante
una extraña locura tenía,
el pálido Infante
poseer una estrella quería...

Para curar su mal el Rey hizo venir
de un imperio lejano a la Infanta más bella;
pero el Príncipe, al ver sus ojos de zafir,
se acordó de la estrella...

Amarga era su vida hasta que, una mañana,
sin criados ni mastines,
el gerifalte al puño, le vió partir la gente cortesana;
se dijo iba a cazar a la selva cercana:
no retornó jamás a sus jardines...

Y Carmín, el buen paje que persiguió su huella,
hallóle muerto, frente al mar sonoro:
¡en sus ojos azules se miraba la estrella
como una lágrima de oro!

La Emperatriz.

A César E. Arroyo.

Baten al aire rosa sus alas los pavores...
huella la Emperatriz la escalera de jade
y en traje de luna y áureas constelaciones
de un aroma inefable los jardines invade.

Sus ojos de luz tibia y de mirada sabia
hacen palidecer astros y pedrerías,
su carne macerada con ungüentos de Arabia,
de nardo ungieron siete noches y siete días...

Lagrimea una estrella en el cielo escarlata...
roza el ángel del extásis su faz de terciopelo
y una sed de infinito su corazón dilata ..

(enlazan alma y cielo pensamientos hermanos)
y en sus diáfanos ojos se ve pasar un vuelo
de vagabundos ibis hacia reinos lejanos.

El Cazador.

A Luis G. Urbina.

Satán es cazador furtivo en la celeste
selva donde divaga el místico redil;

y, como un joven sátiro en la dulzura agreste
suena la tentación de su planta sutil.

¡Ay del que oyera el canto del Malo! ¡Quien [oyera
la perversa sirena del Pecado Mortal,
ni, rasgando su carne poseída, pudiera
estirpar la ponzoña del hechizo fatal!

Y bien lo sabes tú, melodiosa alma mía,
alondra cantarina en la clara harmonía
del bosque donden pulsan los coros sus laudes:

¡Tú, que del Cazador en las manos lascivas,
en las velludas manos, viste llevar cautivas
a las siete palomas de tus siete virtudes!

MEDARDO ANGEL SILVA

Santiago de Guayaquil MCMXVII.

Versos del mar y de los viajes.

El café del puerto.

I

Es el café de los marinos. Sobre
la polvorienta luna de un espejo
se refleja con tonos de áureo cobre
de algún buque cercano el aparejo.

Está muy cerca el muelle, y a la puerta,
donde conversan viejos capitanes,
llega el acre perfume de cubierta,
mezcla de brea, yodo y alquitranes.

Dentro de un tropel de náuticos celebra
un suceso feliz, y la ginebra
de los vasos se escapa por los bordes.

Hay un momento de emoción. El piano
ha dejado escapar unos acordes
que hablan a todos del hogar lejano...

II

Es noble aquella música y sagrada;
tiene un extraño y mágico embeleso,
y les recuerda a la mujer amada
que espera en lueñes tierras su regreso.

Y los rostros quemados por cien soles,
sonríen con orgullo ante la orquesta;
alguien dice al pasar: Son españoles
que celebran alegres una fiesta...

Y hasta la rubia camarera linda
la emoción general que les agobia
siente también y balbuciente brinda.

Choca su vaso en guisa de homenaje
con el de un capitán; y ¡por su novia!
—exclama—y ¡porque tengan feliz viaje!

La primera guardia.

¡La primer guardia! Ya la luna brilla
sobre la inmensa superficie verde,
y la nativa idolatrada orilla
como una nube en el confín se pierde.

¡Con qué emoción temblando la despido,
viéndola en el cristal del catalejo,
su borroso perfil desvanecido
de la luna al nostálgico reflejo!

Luego, cuando la guardia se termine
y con ávidos ojos examine
del orizonte la cerúlea raya
en busca de las costas españolas,
todo montes, cantiles, faro y playa,
habrá sido borrado por las olas.

***

La noche frente al mar ahora me coge
por vez primera. Negro pesimismo
al corazón ingenuo sobrecoge
al verse suspendido en el abismo.
Quizás la costa que quedó a la espalda,
no volvamos a ver. ¡Oh, Mouro, oh, Langre!
El mar ríe con risa de esmeralda
y su risa falaz hiela mi sangre.
Pero el barco adelanta en su derrota
y con su hélice corva el mar azota,
con rumbo hacia el destino, hacia lo ignoto;
y un sentimiento inexplicable y raro
experimenta el alma cuando anoto:
«a tantas horas, no se ve ya el faro».

JOSÉ DEL RÍO SÁINZ

AÑO II NÚM. XIII

CERVANTES

Madrid, Agosto 1917

REVISTA MENSUAL

Nuestro director, Luis G. Urbina, en Buenos Aires.

Al mismo tiempo que Francisco Villaespesa recorre triunfalmente México, un insigne hijo de esta República, nuestro otro Director Luis G. Urbina, ha vuelto a Madrid, de donde había salido hace unos meses con dirección a Buenos Aires. Nada queremos poner de nuestra cosecha para describir los homenajes de que ha sido objeto. Nos limitaremos, como recientemente hicimos con Villaespesa, a recoger algunas noticias de los periódicos argentinos.

Dicen así:

Una visita a Luis G. Urbina.

Cuando se siente y se ha vivido en la obra de un escritor cualquiera que ha hecho de su arte un

culto, y hemos divagado con sus visiones y fantasías geniales, justo es que al pisar nuestra tierra vayamos a él, con el alma emocionada y abierta, a darle la bienvenida, a observar ese espíritu inquieto, febriciente, que hemos visto pasear en las páginas de sus libros.

Y así, con el deseo de conocer uno de los más nombrados escritores americanos, hemos llegado hasta Luis G. Urbina, excelso cantor que desde hace un mes reside entre nosotros.

Urbina es un hombre de unos cuarenta años, bajo, con el color de los americanos del trópico, de fácil expresión, de ojos obscuros y vivaces, que revelan un temperamento emocionable y observador.

Cuando nos encontramos, vi una sonrisa benévola que nos acogía y una mano pequeña que se tendía hacia nosotros. Un rato después, como viejos camaradas, departíamos sobre arte.

Con esa exquisita delicadeza que caracteriza a los hombres selectos, nos contó su llegada y la agradable impresión que le produjo nuestra metrópoli; nos habló del elemento intelectual, que le ha prestado admirativa acogida. Nosotros tuvimos frases de evocación para los poetas mejicanos, cuyos versos viven en nuestro ambiente intelectual; escritores éstos que han despertado en nuestros corazones sentimientos tiernos.

Urbina viene de Madrid; allí ha residido un tiempo, después de recorrer otras ciudades europeas.

«Hace tres años, nos dice, que partí de Méjico, no habiendo vuelto a él.»

Al evocar su país natal, el poeta se ilumina, como si un séquito de visiones y esperanzas pasaran por su mente prodigiosa.

Y al preguntarle si Méjico, la cuna de tantos poetas, es hermosa, nos replica: «A Méjico la recuerdo como el hijo a la madre» ...Y necesariamente ha de evocarla pues, hasta a los extranjeros, esta ciudad subyuga con su sol, su poesía y sus mujeres.

Este poeta ha publicado obras notabilísimas, entre ellas: «Puesta de sol», «Frente al sol y junto al mar», etc. Sus obras son clásicas; el modernismo no ha empañado su astro, va por su senda inspirándose en los amaneceres otoñales, en los crepúsculos melancólicos, cuando todo se diluye, se funde o se confunde y desaparecen los contornos y surge de los paisajes esa nostalgia enervante que convida a meditar.

A sus rimas galantes une esa armonía, ese sentido del ritmo, don natural que es esencia para la estrofa; es un idealista, un apóstol de la rima que honra nuestras letras en estos momentos de desunión intelectual en que el modernismo empaña

la musa nacional emancipada por nuestros viejos poetas.

Después de compartir una hora con el autor de «Puestas de sol», nos alejamos. Con esa amabilidad que le caracteriza, nos acompañó amigablemente, y salimos de allí llegando a la conviccion de que este creador de sonoridades vive en una eterna embriaguez celestial.

FÉLIX B. VISILLAC

(De la Revista *Mirian).*

Huésped ilustre: el poeta Luis G. Urbina.

por BRAUD

Es huésped ilustre de Buenos Aires en estos días una de las más representativas figuras de la literatura latinoamericana: el poeta mejicano Luis G. Urbina.

Este escritor, que ha sabido llegar por el camino de la poesía a convertirse, acaso, en el intérprete más autóctono de la sensibilidad simple y sana de su pueblo, ha cruzado por todas las modas literarias de los últimos tiempos sin perder su tono personal y sencillo, cuyo secreto reside tal vez en el predominio del sentimiento sobre la idea. En efecto, el autor de «Lámparas de agonía»

es ante todo un afectivo; de ahí su predilección por la musa popular. Urbina pertenece a la generación que vino inmediatamente después de Juan de Dios Peza y de Gutiérrez Nájera; a la misma que con él produjo a Amado Nervo y a Salvador Díaz Mirón. Es grande su difusión en toda América.

En la actualidad la producción de Urbina es menos copiosa que en otra época. A medida que el éxito acompaña a los escritores y crece su responsabilidad, es más laboriosa y lenta la producción, por lo mismo que interviene en ella una mayor autocrítica. Urbina trabaja, sin embargo, constantemente, y estos son los momentos en que, pese a sus trajines de viajero y a la emoción de restaurar todos los días viejas vinculaciones espirituales, construye un poema en que canta la belleza eterna y siempre nueva del mar...

«Glosario de la vida vulgar», que no es desde luego su mejor libro, ha sido el más difundido y elogiado en su época. Valen más, sin duda, sus «Lámparas de agonía» y la «Vieja lágrima», donde no se sabe qué admirar más, si la ternura del sentimiento o la serena nitidez de la forma espontánea y libre de toda afectación.

Los cantos de Urbina—cantos a las mujer americana, con su gracia, con su donaire, con sus virtudes—son tal vez la mejor nota, el acento más hondo que haya salido de sus rimas.

El autor de «Ingenuas» y «Puestas de sol»—otros dos libros interesantes—ha colaborado en los principales periódicos y revistas literarias de Méjico. Fué director de *El mundo ilustrado*, el mejor periódico de arte de su tiempo; fué redactor de la famosa *Revista Azul*, que dirigiera Manuel Gutiérrez Nájera, y de la *Revista Moderna*, que fundaron Jesús Valenzuela y el gran orador y publicista Jesús Irueta. Fué redactor de *El Imparcial*, diario mejicano de la época del general Porfirio Díaz; ha sido profesor de literatura de la Escuela Nacional Preparatoria de la capital de Méjico, y en fin, director de la Biblioteca Nacional y miembro del Consejo General de Educación y del Ateneo de su país. Ha escrito en prosa dos libros de singular interés: «Bajo el sol y frente al mar» y una «Antología del centenario de Méjico».

Recibió nuestra visita el poeta Urbina en su sencillo alojamiento de Savoy. Menos protocolar que el común de las gentes, prefirió acogernos en su aposento, pequeño y desordenado, renunciando así de antemano al lujo y a la solemnidad de los grandes salones de recibimiento del hotel. Este rasgo nos dió la primera impresión de su modestia y de su sencillez. Un hombre que recibe a un desconocido, por el solo hecho de saberlo entregado a tareas de publicidad, en la intimidad de su habitación, no puede sino

ser fácil a la confidencia sana y a la amistad.

La afabilidad comunicativa y discreta es la característica más saliente del poeta. A poco de oirle hablar nos sentimos familiarizados con él como si le conociéramos de mucho tiempo.

Habla con cierta exuberancia de imágenes, lo que no obsta a dar la impresión de una gran espontaneidad. Su retórica verbal es una manera natural de expresión en él, más que una conducta preconcebida y calculada. Logra así la feliz virtud de encantar con su conversación amena y siempre sugerente.

Pequeño de estatura, piel trigueña, rasgos fisonómicos de segura procedencia aborigen, recuerda un poco, en esto último sobre todo, y en las particularidades de la dicción, a Rubén Darío. Cuando habla sonríe en una forma comunicativa y cordial, como invitando al que lo escucha para compartir sus ideas o sus sentimientos. Su palabra es así persuasiva y grata a la vez.

HABLA URBINA

La revolución mejicana—nos dijo—, tan diversamente contada y juzgada por ahí, no ha sido sino un fenómeno natural y necesario en la vida de aquel país. Es una de esas crisis de la salud, por más que un estado enfermizo denuncian for-

taleza y plenitud de desarrollo. La dictadura del general Porfirio Díaz, que pudo ser considerada buena, y acaso necesaria en cierta época de la vida mejicana, dió cuanto podía dar de sí y estaba ya agotada. El presidente había sido siete veces reelecto y gobernó al país durante cuarenta años. Este sistema de la dominación personal tiene en ciertos casos sus ventajas, pero siempre padece un inconveniente grave e insalvable: la fuerza, el prestigio, la eficacia de la dictadura se van debilitando con la decrepitud física del dictador; gobierno y gobernante envejecen a la vez. No perciben los políticos el grave mal de continuar indefinidamente en el gobierno. Son como los actores, que prefieren olvidar sus prestigios de la juventud, presentándose en escena quebrantados y achacosos antes que abandonar definitiva y voluntariamente el brillo de las candilejas.

Esta revolución—agregó—no ha sido sino la continuación de un fenómeno que se inició para Méjico con la revolución emancipadora, que continuó con la revolución de la reforma y que culmina con este movimiento esencialmente popular. La primera fué un movimiento sentimental en los hombres de la época; fué la imprecisa, pero dominadora idea de construir una patria libre, lo que impulsó a la cruzada emancipadora y movió el en-

tusiasmo de los mejicanos de todas las clases sociales. La segunda fué una revolución de las clases cultas, de las clases pensantes, para promover el establecimiento de las reformas necesarias a las instituciones creadas en la primera hora; fué una revolución intelectual.

La de ahora ha sido una revolución esencialmente económica, puesto que la ha hecho el pueblo mismo.

La sociedad mejicana reposa, en efecto, sobre un desequilibrio económico marcado y evidente. Este desequilibrio, agravado constantemente por un gobierno ineficaz, había hecho cifrar en el ideal revolucionario todas las esperanzas populares. Se concretaba en ese ideal toda la fe y el deseo de progreso y de bienestar, y la lucha en estas condiciones tuvo que ser cruel y sangrienta, de éxito seguro. Tal ha ocurrido en efecto.

Asegurado el triunfo de la revolución, viene la obra seria y peligrosa de la reconstrucción nacional. El ideal revolucionario condensa todos los deseos y las necesidades populares de un modo abstracto; pero al llegar la realidad, suele acontecer que le pedimos más de lo que ella puede darnos. Pero ella es previsora y da un poco de los ideales «posibles» o viables, con lo que concilia, hasta cierto punto, las mayores exigencias. Esto es lo que acaba de hacerse con las reformas cons-

titucionales votadas y con la legalización del gobierno revolucionario.

Es indudable que la revolución ha movido el ambiente, creando un deseo común de actividad y de energía. Todo el mundo experimenta en Méjico el afán de hacer cosas nuevas. Se escribe, se piensa, se discute; y cuando las imprentas trabajan como hoy lo hacen en mi país, es que la vida crece. Para un pueblo joven y fuerte como aquél, sin largos privilegios y sin prejuicios tradicionales, la reconstrucción no será difícil.

¡Lástima grande—añadió luego con cierta compañía—que el pueblo no pueda vivir bien pared por medio con la casa del rico! Esa vecindad es nuestra constante inquietud...

Vida literaria.—De Méjico sé decirles que allí se trabaja con profusión. Ven la luz todos los días innumerables revistas literarias, libros de literatura y de filosofía.

Ultimamente he leído uno muy interesante sobre esta última materia, original de Antonio Caro. En la joven literatura hemos visto imponerse a un gran poeta, Enrique González Martínez, a quien vale la pena de conocer. Pertenece a la generación inmediata de la mía, y es tal vez lo más grande y significativo en ella.

—¿Sigue usted la producción literaria argentina?

—Sí, con especial afecto. Sé que tienen ustedes jóvenes poetas de valer. Conozco «Melpomene», de Capdevila, y he hallado cosas muy exquisitas en un libro titulado «El espejo de la fuente», de cuyo autor no recuerdo el nombre...

—Rafael Alberto Arrieta.

—Efectivamente. Conozco, desde luego, a Angelito Extrada. Le llamo con esta familiaridad sin haberle tratado personalmente, porque así ha llegado a serme familiar su nombre por referencias de amigos comunes.

—Y a Lugones, ¿le conoce usted?

—De la primera a la última letra que publica. Soy su admirador más fiel y entusiasta. Me asombra su poligrafía admirable y múltiple. Estoy impaciente por verle. Le visitaré pronto, por la misma razón que no iría a Toledo sin visitar la catedral. Para mí, en Buenos Aires, Lugones es eso.

Conozco la producción de «Alma fuerte» y no he hallado en literatura mayor impresión de sinceridad que la suya. Si no hay en sus versos pulcritud y corrección, es porque todo lo supera la vibrante emoción con que están escritos. Me es también familiar la obra de Larreta, y a su respeto debo decir que en mi reciente estancia en Madrid he visto los escaparates llenos de «La gloria de D. Ramiro». Los españoles leen este libro con un poco de fastidio, pues les molesta que un americano

haya podido ir a realizar en España obra descriptiva tan concienzuda, que ellos, pudiendo hacerlo, no habían realizado.

—¿Ha visto usted últimamente a Amado Nervo? Nos han dicho que se encuentra enfermo...

—En efecto, no está bien. Vengo de verle en Europa, y aseguro que me ha costado separármelo. Amado es de esos hombres de quienes uno no quisiera separarse nunca. Es siempre el mismo fraile laico, que vive en olor de santidad. Su manera habitual es suntuosa, suave. Asomarse en su alma es como hacerlo en un lago tranquilo. Sólo se diferencia ahora, de sus viejos tiempos de boga bulevardera en París, por el abandono de sus barbas y melenas impresionantes. Ahora está enteramente rasurado...

La guerra.—Todos los mejicanos—nos dijo—nacemos con un libro francés bajo el brazo. Yo amo a Francia. Hombres como yo, que viven en el cultivo del arte, no pueden, por otra parte, dejar de ser espiritualmente italianos. En todos los beligerantes hay cosas admirables, y entre todos ellos hay uno adorable: Bélgica.

—Pero, Alemania...

—No hay que confundir a Beethoven con Hindenburg, ni es preciso condenar al «Fausto» porque un submarino hunda cuatro barcos...

—En su reciente visita a España, ¿qué senti-

mientos ha podido observar en materia de guerra?

—El subsuelo social, allí, como en otras partes, es germanófilo; le seduce el despliegue enorme de energía, e influye en él aquello de que no es hazaña ir todos contra uno. Las clases medias, la gente que piensa y que estudia, la gente consciente, es partidaria de los aliados. Las clases superiores, dirigentes, políticos, banqueros, hombres de grandes negocios, son lo que las conveniencias en cada caso les aconsejan.

(De *La Revista.)*

En honor del poeta Urbina.

El acto de anoche.

En el Ateneo Hispano-Americano se efectuó anoche la recepción organizada en honor del poeta mejicano don Luis G. Urbina. Una gran concurrencia llenaba la sala.

Don Alvaro Melián Lafinur abrió el acto, pronunciando el siguiente discurso de bienvenida:

«El nombre y la obra del poeta en cuyo honor nos hallamos aquí reunidos, por invitación del

Ateneo Hispano Americano, nos eran desde hace mucho tiempo familiares. Junto con los de otros mejicanos insignes como Gutiérrez Nájera, Díaz Mirón, José Juan Tablada, Valenzuela, Icaza y Amado Nervo, el nombre de Luis Urbina llegaba a nosotros envuelto en el prestigio de una celebridad continental.

»Sus versos, difundidos en revistas selectas, contenidos en severas antologías, puestos a nuestro alcance en ediciones profusas, habían acariciado muchas veces nuestro espíritu. Todo esto quiere decir que Urbina no ha menester de presentación ante un auditorio de Buenos Aires, y si yo he aceptado esta función innecesaria ha sido simplemente para proporcionarme a mí mismo el placer de rendir en esta forma un tributo de admiración cordial al ilustre escritor que hoy nos visita.

»La fisonomía literaria de Urbina—cuyos rasgos inútilmente pretendería fijar en esta breve lectura—seduce con un hondo poder de simpatía. Parecería que fuera común a todo poeta este don de atraer y penetrar en el espíritu de los otros, hasta subyugarlos plenamente con el encanto de la palabra rítmica. No es así, sin embargo. Hay poetas a quienes leemos con curiosidad, con admiración, pero que no logran absorber por completo nuestra sensibilidad, ni hacen perdurar en nuestra memoria, como notas de una música inolvidable, los

acentos de sus poemas. Urbina pertenece a esa otra especie de poetas que se insinúan suavemente, y hacia los cuales se vuelve siempre, como a la compañía de amigos indispensables. Podrán los otros deslumbrar con la pompa de sus imágenes o con la elocuencia—tantas veces reñida con la verdadera poesía—que prorrumpe en sonoras expresiones verbales. Pero el triunfo íntimo, el predominio definitivo, la predilección perdurable en nuestras almas, serán siempre para aquellos que, sin alardes de imaginación ni complicaciones sutiles de la forma, aciertan a expresar en la estrofa temblorosa de emoción, sus ideas y sentimientos. Oyendo, por ejemplo, decir a Urbina ese poema profundo y armonioso en que canta a sus manes, sentimos cómo el poder subyugante de su poesía reside en la sinceridad absoluta de su creación, en ese venero de riqueza emotiva, de donde fluye, espontáneo y musical, el rumoreo cantante de sus versos. Ni un tropo rebuscado u obscuro, ni una sola frase alambicada entorpecen la fluidez admirable de su canción. Y, precisamente porque su estilo es rico de matices y opulento de vocablos, su idioma obtiene la expresión sencilla, adecuada, irreemplazable, que requiere el tono confidencial y tierno de esa composición exquisita.

»Tal se presenta siempre a través de su ya copiosa obra literaria, este poeta hondamente sub-

jetivo; lírico, en la verdadera acepción del término, por la efusión constante de su yo más íntimo, en el cual, como en un crisol maravilloso, se trasmutan en visiones de belleza las impresiones del mundo externo, y son devueltas en armonías inefables las sugestiones de la naturaleza y de la vida.

»Hace algunos años, señores, la poesía latinoamericana experimentaba el influjo de ciertas escuelas exóticas. Una literatura de decadencia, refinada y morbosa, natural de las viejas sociedades europeas, pero inexplicable en pueblos jóvenes como los nuestros, difundió en el continente temas, actitudes espirituales y maneras de decir caprichosas y extravagantes. No podría negarse que aquel movimiento favoreció entre nosotros cierta renovación estética; pero no es menos cierto que causó también numerosos estragos entre la joven literatura hispano-americana, por la exageración de teoría y preceptos que dentro de cierto límite constituían una influencia conveniente. El decadentismo y el simbolismo pusieron de moda la complejidad, el rebuscamiento, la sutilización absurda de la frase; en una palabra, la artificiosidad. Este contagio se esparció por toda la América latina, desde Méjico a Buenos Aires. Y bien, entre otros pocos, Urbina supo mantener, ante el avance de esa moda de suyo efímera e inconsistente,

su manera propia y personal. En todo caso, como otros poetas de verdadero talento, tomó de aquella escuela lo que era viable y legítimo; es decir, la renovación métrica, la libertad de la metáfora, laconcisión y el mayor sentido de los matices. Pero no se extravió en aquella orgía del dislate, ni pretendió, como algunos, que bastaba al verso ser musical para ser perfecto aunque careciera de contenido, ni dejó de infundir nunca en él algún pensamiento delicado o alguna gota de ternura, comprendiendo que el lenguaje poético no puede tener valor sino como vehículo de sentimientos y de ideas. Son de aquel tiempo, entre otros, sus poemas titulados «Puestas de sol», y si en ellos se advierte que el poeta no escribe a la manera clasicista ni a la manera romántica, se advierte también que está lejos de ser dominado por aquellas tendencias enfermizas y que mantiene gallardamente incólume una personalidad inconfundible.

«Consiste esto en que Urbina es, ante todo, un poeta de su pueblo, un poeta de su raza, un poeta de América. Para serlo, no es menester cantar en estrepitosa oda como Heredia a las cataratas del Niágara, ni cantar en estrofas heroicas, como Olmedo, a la victoria de Junín. No es forzosamente necesario—sin que ello implique amenguar el valor respectivo de los bardos citados—, no es nece-

sario, digo, elegir asuntos, hechos históricos o paisajes americanos. Basta con poner, en el ritmo espontáneo, el modo de sentir nativo, la sensibilidad propia, que en cierto modo ha de ser distinta de la de los poetas en otras latitudes. Ya cante el amor, ya exprese su nostalgia por las cosas pretéritas o su anhelo por las cosas venideras, nuestro poeta se revela tal cual lo ha formado la herencia y el ambiente de su país natal. Urbina ha sintetizado, en una composición titulada «Vieja lágrima», el sedimento que en su alma dejaron sus antepasados, los hombres de la vieja estirpe mejicana, de la raza azteca; aquella noble raza valerosa y triste de Guatemoc. Esa poesía es la mejor expresión de lo que yo intento decir aquí. El poeta se siente solidario con aquellos que le precedieron, permanece fiel a las grandes voces ancestrales, conserva siempre algo de lo que constituye la autonomía de su pueblo. No quiere ello decir que Urbina no sea susceptible de renovación, según el consejo del lírico italiano: «Rinnovarse o morire». Lo es en sus formas de manifestarse y en la elección de sus asuntos; y la prueba está en que sus últimos versos acusan una tendencia hacia el realismo, un poco irónico y un poco sentimental. Pero a través de todo ello, se ve siempre el fondo vernáculo, original y fuerte del poeta americano, que no imita cosas de París como los verlenianos

ambiguos, ni cosas de Inglaterra como los devotos de Oscar Wilde, ni cosas de Italia como los d'annunzianos fervorosos.

»Y porque Urbina es un poeta genuinamente americano, nos es doblemente grata su venida a nosotros. Por él conoceremos mejor que conocemos actualmente la espiritualidad de su país; pues, al par que poeta, Urbina es crítico eminente y sus trabajos sobre la literatura patria y su larga permanencia en la dirección de la Biblioteca Nacional de Méjico, le capacitan para darnos una visión exacta de la mentalidad de aquel pueblo. Y es necesario, señores, cultivar este acercamiento moral entre las nacionalidades hispano-americanas. No debemos concebir la América como un conglomerado inorgánico de países diversos, sino aspirar a que sea un conjunto armonioso de sociedades solidarias en aspiraciones idénticas. Tal vez no está muy lejano el día en que ese movimiento secular de la civilización universal, que va de oriente hacia occidente, haga pasar a manos de América el cetro de la cultura humana, y sea la Atlántida prodigiosa la tierra donde impere un orden más justo, más bello y verdadero que los que han regido a las sociedades del viejo mundo. Alimentemos esa visión de la América futura que abrigó entre otros espíritus excelsos José Enrique Rodó. Imaginemos a la América del porvenir como la

tierra opulenta y privilegiada donde tenga cabida toda noble aspiración humana y donde la cultura de las otras civilizaciones se transforme, adquiriendo un sentido más hermoso y perfecto. Entonces habrá llegado también la hora de la recompensa plena para los que en estas épocas arduas del comienzo mantuvieron, a despecho de la ignorancia, de la rutina y de la indiferencia desoladora, la enseña augusta del ideal; y, entonces, el nombre de los que como Urbina esparcieron su verbo de belleza por las tierras de América, resplandecerá acariciado por la luz inextinguible y serena de la gloria.»

El discurso del Sr. Melián Lafinur fué largamente aplaudido. Luego, el Sr. Urbina, después de agradecer la demostración, recitó algunas de sus composiciones, que fueron ovacionadas por la concurrencia.

Otras composiciones de Urbina fueron finalmente declamadas por el Sr. Fernández Moreno, y con ello terminó la fiesta, que tuvo el ambiente de distinción que correspondía a la personalidad literaria del agasajado.

(De *La Nación*.)

JOAQUÍN DICENTA

(Panegírico leído por su autor, el poeta D. Francisco Villaespesa, en la función de homenaje al ilustre comediógrafo español, celebrada en el teatro «Virginia Fábregas» de México.)

Joaquín Dicenta ha sido el último gran dramaturgo de envergadura netamente española. Para buscar su geneología literaria, hay que remontarse hasta los más preclaros y gloriosos ingenios de nuestro Siglo de Oro: Calderón de la Barca, Lope de Vega, Tirso de Molina, Ruiz de Alarcón, Moreto, Vélez de Guevara y Rojas Zorrilla. Como estos maravillosos creadores de nuestro teatro, fué un intérprete fidelísimo, no sólo de las costumbres y sentimientos de su época, sino también del espíritu férreo e irreductiblemente rebelde de su pueblo y de su raza.

A pesar del carácter marcadamente social y de la indiscutible modernidad de sus procedimientos estéticos, en el fondo de toda su obra, una de las más amplias y fecundas de la literatura universal, late constantemente, con la violencia africana de sus pasiones y de sus rebeldías quijotescas, el corazón caballeresco y romántico de los viejos hidalgos españoles, de aquellos nobles y audaces aventureros desfacedores de entuertos y vengadores de agravios, que en Flandes y en Italia, en Africa y en América, antepusieron, a todos los ideales prácticos de la vida, el culto desinteresado y fanático del honor y de la gloria.

En Joaquín Dicenta, se españoliza todo. Por eso sus mismos ideales de reivindicación social, no persiguen, como en la mayoría de los apóstoles modernos, fines meramente utilitarios, sino que defienden, antes que todo, la dignidad humana ultrajada por las imposiciones egoístas del medio. Su amor a la libertad, tiene algo de la divina locura con que don Alonso Quijano, el Bueno, supo transfigurar en la más alta y hermosa princesa de la tierra, a la zafia y humilde Dulcinea del Toboso, realizando en su nombre las más arduas y formidables hazañas y sufriendo por ella las más inauditas privaciones y los martirios más

cruentos. Leed toda la prodigiosa labor de este gran español, y en toda ella, lo mismo en sus dramas históricos y en sus tragedias sociales que en sus comedias psicológicas, hallaréis siempre las huellas imborrables del león simbólico de la raza.

Todo su teatro es sólo una exaltación perenne y augusta de los más nobles y fuertes derechos de la vida.

En *Luciano*, proclama a los cuatro vientos, con una audacia que hace palidecer de espanto a los timoratos y a los hipócritas, la eterna e indiscutible supremacía del arte sobre todas las leyes y todos los prejuicios.

Lorenza y *Sobrevivirse*, son himnos apasionados y trágicos, en los que canta la libertad suprema del amor, de ese amor fugitivo y pródigo, que no admite más trabas que las de los trémulos brazos que se enroscan, en un arranque de pasión, a las gargantas hinchadas de deseo, ni más imposiciones que las de los labios suspirantes que se juntan, hasta sangrar, en un beso renovador y fecundo.

En sus tragedias sociales, desde *Juan José* y *El Señor Feudal*, hasta *Daniel* y *El Lobo*, alienta el mismo espíritu de independencia y de rebeldía, afirmando rotundamente en todas ellas, el indiscutible derecho de los humildes,

de los desheredados y de los parias, no sólo a las reivindicaciones materiales, sino también a defender su propia dignidad—, el honor calderoniano—, y disfrutar de todos los encantos de la gloria y del amor.

Bajo las blusas de los trabajadores, palpita el mismo corazón bizarro y generoso que hizo temblar el hierro de las viejas armaduras y estremeció de orgullo los ricos acuchillados de los jubones de terciopelo.

El Alcalde de Zalamea, Don Pedro el Justiciero, Sancho Ortiz de las Roelas, y tantos otros héroes legendarios de Castilla, vuelven a hablarnos, en conceptos nobles y dignos, por las bocas plebeyas, sedientas de amor y de justicia.

La acción se desenvuelve rápida y sintética: los corazones se encogen de emoción. El diálogo tiene la sobriedad de una página de Hurtado de Mendoza, relampagueando las imágenes en un épico chocar de aceros toledanos. Los caracteres ostentan tan firmes trazos y tan intenso colorido, que evocan los retratos de Pantoja, Velázquez y Sánchez Coello, y las esculturas atormentadas y violentas de Alonso Cano y de Berruguete.

¿No os recuerda el protagonista de *El Señor Feudal*—aquel hermano vengador de su

honra—la figura inmortal de Pedro Crespo?

Y la *Isidra* del *Juan José*, ¿no os hace pensar en el perfil de bruja, digno de un aquelarre de Goya, de la *Celestina* inmortal, de la más maravillosa novela de amor y de picardía?

Mas si Joaquín Dicenta alcanzó el más alto puesto de honor en la escena contemporánea, dos novelas suyas—*Los Bárbaros* y *Encarnación*—las únicas que le dejaron terminar las turbulencias y las borrascas de su vida de luchador, bastaron para colocarle también a la cabeza de los más grandes novelistas españoles. Jamás se escribieron en castellano páginas más cálidas, más intensas y más sinceras que las de *Los Bárbaros*, esa novela cumbre que por sí sola vale la inmortalidad.

Como cuentista, figurará dignamente en las futuras antologías, al lado de nombres tan gloriosos como Edgar Poe, Maupassant, Alfonso Daudet, D'Annunzio, Ruyard Kipling, Doña Emilia Pardo Bazán y Silverio Lanza, ese otro gran escritor español, cuyo olvido es una de las más indiscutibles ligerezas de la crítica contemporánea.

¿Qué he de deciros de Dicenta poeta?

La Conversión de Mañana, *El Duque de Gandía* y *Ramón Lull*, su obra póstuma, son tres de los más maravillosos poemas dramá-

ticos de nuestra escena. Su poesía, libre de todo oropel retórico, es su propia vida rimada en gestos de dolor y angustia, de piedad y de ternura, y para mí, que tanto le quise y que compartí con él, fraternalmente, los últimos años de su peregrinación por este mundo, su vida vale tanto como su arte, porque fué bueno, generoso y sincero, porque su corazón estuvo siempre abierto para todos los dolores, como su bolsillo para todas las miserias, y como su alma para todos los ideales de justicia y amor, y porque supo entrar en los misterios de la muerte, fiel a sus creencias, sin un ademán de pánico, sin miedo y sin tacha, como había vivido.

Hoy su cuerpo de luchador, de paladín de la libertad, vuelve a confundirse con la arcilla mater, en el rincón sombreado y florido de recuerdos y de ofrendas votivas, del cementerio civil de la bella ciudad de Alicante, donde se deslizó su niñez, arrullado por aquel mismo mar latino, a quien tanto amó, como si presintiera que algún día sus olas habían de servirle de responso.

Joaquín Dicenta ha muerto; pero su pluma, pronta siempre, como el acero de los caballeros andantes, a proteger desvalidos, desencantar doncellas, libertar galeotes y derramar

su limosna de luz sobre todas las negruras y las miserias de este destierro, no ha quedado en la orfandad... Un continuador de su sangre y de su nombre, la ha aceptado, como la más gloriosa y sagrada herencia paterna, y con ella renovará la prodigiosa labor interrumpida por la muerte.

Joaquín Dicenta, hijo, es el más fuerte y original de los poetas jóvenes de España, y su tragedia inédita *Leonor de Aquitania*, nada tiene que envidiar a las más famosas obras del acervo paterno... Permitidme, pues, que cierre este homenaje de desolación y de muerte, con broche de esperanza y de vida; y que, como los heraldos en las exequias reales, lance al aire también estas palabras del ritual:

—¡Joaquín Dicenta ha muerto...! ¡Viva Joaquín Dicenta!

Francisco VILLAESPESA

LA ENSEÑANZA EN ESPAÑA

(Estudio póstumo.)

I

La urgencia de reorganizar la enseñanza en España no requiere argumentación ni razonamientos.

Trato de reflejar en estas cuartillas las aspiraciones de todos. Yo sólo soy la mano que escribe lo que más altos juicios dictan. ¡Ojalá sea esta mano fiel a una obligación y trace, si no bella, firme y netamente, la voluntad de sus inspiradores!

Pueblo donde el niño se educa mal o no se educa, produce ciudadanos inútiles para el avance de las humanidades. En su instrucción primaria, base y arranque de todas las demás, pueden las naciones leer su porvenir. A mal cimiento, edificio ruinoso.

Por obra de su mala cimentación educativa ha ido España desmoronándose. Viendo su presente

no le será difícil, aunque le sea doloroso, augurar su futuro. Sólo con una radicalísima reforma en la enseñanza puede evitarse el derrumbamiento total; de otro manera, no. Cuando la raíz está podrida, el árbol se seca. La raíz de las naciones es la Escuela.

El problema de la enseñanza, bien o mal resuelto, equivale a ser o no ser. Así lo han entendido todos los países modernos. Así lo deben entender los municipios españoles.

A su cargo corre la defensa de los intereses del común. Entre ellos, ninguno tan santo como el interés de la infancia; ningún deber más noble que el de convertir las Escuelas de niños en semillero de hombres cultos y de ciudadanos viriles.

A eso deben ir los Concejos. No les faltarán recursos, ni dirección proba e inteligente. Necesitan, sí, libertad completa de acción, autonomía en el desarrollo de sus planes, independencia en la creacción y regimiento de la Escuela. Seguro es que el Gobierno se los otorgará. No ha de ser él obstáculo, sino auxiliar eficacísimo de la obra. Debemos empezar por la capital de España.

Para componer este ligero plan, me ha sido necesario recordar unas veces, estudiar otras, el estado de la enseñanza primaria en las ciudades principales del mundo. He estudiado después el estado de la misma enseñanza en la Capital espa-

ñola, y he establecido finalmente las precisas comparaciones a los efectos de sacar consecuencias e indicar la, en mi juicio, más acertada y de más posible solución.

¡Hermoso y consolador espectáculo el que, en casi todas las naciones de Europa y en algunas de América, ofrece la enseñanza...! Contemplándolo parece que a un tiempo se ensancha el horizonte y se acorta el porvenir de las humanidades. Se las vé más grandes y más buenas, más amorosas y más justas.

No he de recordaros aquí lo que en esas Escuelas es y significa la enseñanza.

Mejor que yo las conocéis, mejor que yo sabéis cómo se educa a los niños en esas Escuelas, donde la enseñanza es gradual y el respeto a la conciencia del Maestro y a la conciencia del infante, indeclinable ley.

Mejor que en la mía está en vuestra memoria la de aquellos edificios escolares donde la luz entra a torrentes y el aire pasea ancho y el agua salta como un noble canto de salud en fuentes y piscinas, y el jardín es a un tiempo para los niños recreo de ojos, gimnasio de músculos, esparcimiento de almas.

A estas Escuelas, de modernísimo programa educador, van los niños sin que nadie les espolee, ganosos de jugar con el niño grande a quien lla-

man Maestro. En ellas, el Maestro, se compenetra espiritual y materialmente con el discípulo, se infantiliza para llegar al cerebro de los infantes, compañero suyo es. La clase alterna con el juego, no es la lección brutalmente metida en el cráneo del chicuelo a golpes de martillo; llevada es a él por caminos de dulzura y amor.

¡Generosas instituciones, dentro de las cuales el niño aprende a pensar por sí propio! En ellas no se moldean los cerebros a capricho del Maestro; pero el enseñador sólo aprovecha su blandura para convertirlos en crisoles purísimos que, andando los años, puedan libremente fundir y contrastar ideas.

Así es la educación intelectual en los pueblos modernos, educación ayudada físicamente por la gimnasia, por los baños, por las excursiones..., por la higiene del cuerpo, complemento necesario de otra higiene: la higiene del espíritu.

La infancia, para tales países, es una religión; la Escuela, el templo donde la rinden culto.

Nada se olvida allí. Un censo escolar completo, minucioso, da la cifra exacta de las criaturas enseñables; una vigilancia, un cuidado exquisitos, logran que todas esas criaturas asistan a la Escuela.

Los niños enfermos tienen Escuelas especiales; los niños anormales tienen edificios ajustados a

su tristísima condición. Las colonias escolares ponen remedio a la salud; las cantinas escolares a la miseria... No hay por qué continuar. En Berlín se ha tratado de que los niños pobres, los que por desdicha suya y malaventura de sus padres han de vivir y dormir en casas antihigiénicas, en cuchitriles hediondos, vivan y duerman en la Escuela. En la infancia, se dice, está en gérmen todo el porvenir nacional; cuidemos de ese porvenir.

Cuando, terminado el estudio de las Escuelas extranjeras, he hecho el estudio de las Escuelas de Madrid, de la enseñanza que en Madrid reciben los niños, mi impresión ha sido de gran dolor y de profundo abatimiento.

Sería renovar los vuestros, recordaros nuestras Escuelas. Locales, en su casi totalidad antihigiénicos, sin aire bastante a la respiración, sin luz suficiente a los ojos; métodos antidiluvianos; material educativo a compás del método; la enseñanza unitaria, en rebaño, sin gradación, sin número racional de alumnos. Ni baño, ni jardín, ni aseo, ni sol; cuatro horas de martirio físico e intelectual por la mañana, otras cuatro horas por la tarde, y después a la calle el muchacho, a esperar, temblando, el día siguiente, a ver en el Maestro un verdugo y en la Escuela una cárcel.

Esta es, exponiéndola con lealtad, la situación

general de las Escuelas y de la enseñanza en Madrid.

No vale contar excepciones; hay que sujetarse a la regla, y la resultante es cruel. Ni aun las propias Escuelas graduadas lo son más que en el nombre. Puede que, examinadas escrupulosamente, no se salvaran dos.

Y luego, ¡si aun así tuviéramos Escuelas bastantes para todos los niños!

Sumando las públicas y las privadas hay próximamente la mitad de las que son precisas a la población infantil.

Cierto que no poseemos un censo escolar por cuya virtud la infancia madrileña esté clara y totalmente al alcance de nuestros ojos; pero poseemos un censo de población hecho por el Instituto Geográfico, y otro censo aproximado de los niños de seis a doce años que concurren a las Escuelas.

Hablen por mí las cifras, sin que yo ni nadie pueda responder de su completa exactitud. El censo del Instituto es un censo de hecho; los censos escolares dejan mucho que desear.

***

Población de niños de seis a doce años, conforme a datos del Instituto Geográfico.

VARONES

De seis a ocho años	12.933
De nueve a once ídem	13.060
De doce ídem	4.456
Total	30.449

HEMBRAS

De seis a ocho años	13.323
De nueve a once ídem	13.451
De doce ídem	4.851
Total	31.625
TOTAL DE VARONES Y HEMBRAS	62.074

Niños de seis a doce años asistentes en Madrid a las Escuelas privadas y públicas.

ESCUELAS PRIVADAS

NIÑOS

Matriculados	11.367
Término medio de asistencia mensual	10.709

NIÑAS

Matriculadas	13.644
Término medio de asistencia	11.826
Total de niños y de niñas asistentes a Escuelas privadas	22.535

ESCUELAS PUBLICAS

NIÑOS

Matriculados	6.623
Término medio de asistencia	5.712

NIÑAS

Matriculadas	6.993
Término medio de asistencia	5.781
Total de niños y niñas asistentes a las Escuelas públicas	11.493

RESUMEN

Escuelas privadas	22.535
Idem públicas	11.493
Total de niños de seis a doce años que oficialmente asisten a la Escuela en Madrid	34.028
Población de niños de seis a doce años, según el censo general	62.074
Niños que oficialmente no asisten en Madrid a la Escuela	28.046

¿A qué deducir consecuencias? ¿A qué detenerse en locales, métodos y formas de enseñanza? Una población donde 28.046 niños de seis a doce años no van a la escuela, no tienen escuela, están sin educar, a lo menos oficialmente, es una gran vergüenza. Tolerar que siga la vergüenza, sería, no falta, crimen imperdonable.

Debe el Municipio, administrador y procurador del pueblo de Madrid, ir a una inmediata reorganización de la enseñanza.

Lo debe hacer y lo puede hacer: ¿Cómo? En mi opinón, ateniéndose a la realidad, a intentar en el momento lo posible y a ir paso a paso, sin saltar, pero sin detenerse, al logro de la empresa.

Fácil sería presentarse ante el público, ofreciendo un deslumbrante programa educador; dando por seguro que a la vuelta de cuatro a cinco años podríamos competir en enseñanza con las ciudades modernas y ser pares de París, de Bruselas, de Berlín, de Bélgica, de Nueva York.... Fácil y aun útil sería eso para plataforma de vanidades, para trampolín de ambiciones, para función de pólvora que atronara y brillara un segundo, y a los pocos no dejase rastro de su brillantez y su ruido.

De i leal, de acicate han de servirnos aquellas ciudades donde, como en París, es mayor el presupuesto de enseñanza que en toda España junto. A igualarlas debemos aspirar; pero debemos también ir acomodando las aspiraciones a los medios. La tarea de hoy consiste en ponerse en pie y echar a andar.

El primer paso es todo; los demás vienen solos.

***

Apuntadas, nada más que apuntadas, van a continuación aquellas acciones y procedimientos indispensables, a mi juicio, para que asiente en bases sólidas la reorganización de la enseñanza.

Dejando aparte, por segura, la imprescindible condición de que el Gobierno conceda al Municipio independencia absoluta para la implantación y desarrollo de sus planes y la de que en la Escuela sean respetadas la conciencia del Maestro y la conciencia del niño, paso a exponer someramente las líneas generales para el plan de reorganización de la enseñanza.

II

ESCUELAS DE MADRID

Las dos necesidades más urgentes, entre tantas como existen en Madrid por lo que a la enseñanza se refiere, son:

Primero. Proporcionar Escuelas a todos, *absolutamente a todos* los niños que hoy no asisten a ellas por falta de sitio y hacer, por todos los medios, efectiva la asistencia escolar. Hay que aumentar en seguida el número de Maestros. Con ellos puede haber ya Escuelas. Mientras se buscan o construyen locales y se provee al mueblaje

y al material de enseñanza necesarios—y sólo mientras esto se va logrando—deben ensayarse en Madrid aquellos sistemas que en otras naciones se han puesto en práctica en casos análogos.

Segundo. Organizar pedagógicamente toda la enseñanza que hoy existe, graduando las Escuelas primarias y acabando con el actual sistema de la Escuela unitaria.

Para lograrlo se necesita:

Primero. Arbitrar grandes recursos. Todos serán insignificantes por muchos que sean y durante largo tiempo, dada la magnitud del mal que padecemos.

Segundo. Poner la reforma en manos competentes, sin duelo ni contemplaciones. El servicio del pueblo es lo primero de todo. Sin órganos adecuados, toda reforma, no sólo es baldía sino, contraproducente. Nacerá muerta y hará imposible que se vuelva a intentar de nuevo en mucho tiempo.

El proceso de implantación abraza los siguientes problemas:

Primero. Saber a ciencia cierta cuántos niños hay en Madrid de seis a doce años que no pueden asistir a las Escuelas por falta de sitio; sus nombres, domicilio y condición de vida. Hay que poseer un registro de ellos tan exacto, como el de matrícula y asistencia. Este dato es indispensable,

no sólo para fijar el número de Escuelas necesario, sino para hacer efectiva la asistencia, que es lo que más importa.

Segundo. Clasificar los niños por edades y desarrollo y encargar a cada Maestro o Auxiliar de una clase homogénea, con un máximo de alumnos que le permita comunicar y trabajar a diario con todos ellos, simultáneamente, como pasa ya en todo el mundo civilizado.

Tercero. Construir con urgencia nuevos edificios escolares, pero de una edificación *sencillísima* y *baratísima*, en el tipo de las modernas casas de máquinas, por ejemplo, donde todo se sacrifique a la pedagogía y a la higiene: siempre en la periferia de Madrid y con grandes solares. Mucho gasto en espacio y muy poco en construcción. Pero la reforma de la enseñanza no puede aguardar a que los nuevos locales estén construídos. Hay que arreglar convenientemente, de un modo provisional, y adecentar los que hoy exiten; abandonar inmediatamente los que no sirven y reformar los restantes para la mejor distribución de las nuevas Escuelas.

Cuarto. Redacción de programas graduados para las secciones, acompañados de instrucciones prácticas de carácter metodológico, aplicación del material de enseñanza, etc.

Inspección y dirección pedagógicas para auxi-

liar a los Maestros; resolver dificultades; visitar casi a diario las Escuelas; enterarse a conciencia de la marcha de la enseñanza y de las condiciones de alumnos y Maestros; reunir a éstos frecuentemente para tratar de todos los problemas relativos a sus clases; organizar las relaciones que las Escuelas deben mantener con las familias, por medio de conversaciones privadas, reuniones familiares, conferencias, lecturas, etc.

Quinto. Todo lo que anteriormente se proyecta será inútil si no se consigue hacer efectiva con regularidad la asistencia escolar. De nada ha servido la Ley del 57, ni los varios decretos posteriores, ni el Código penal; ni servirá tampoco la flamante ley Cortezo. El problema necesita recursos más internos, y se resolverá cuando las Escuelas se organicen de modo que puedan se agradables y atractivas para el niño; cuando los padres vean claro y pronto que son útiles y prácticas, porque sus hijos aprenden y mejoran; cuando se facilite todo lo posible la asistencia a quienes realmente les sea difícil; y además de todo ello, cuando se ejerza cerca de las familias una constante acción educadora.

Realizada la reforma, cuando Madrid pueda ofrecer en sus Escuelas un sitio a todo niño de seis a doce años, lo primero que se necesita es instalar en todas ellas un teléfono para que los

Maestros, al comenzar las clases, avisen las faltas de asistencia a un delegado especial, que habrá en cada distrito, encargado de acudir inmediatamente a las familias respectivas para conocer la causa de la falta, influir moralmente en los ánimos, resolver las dificultades, si es posible, o imponer en el acto la sanción penal si fuera preciso. Este delegado es hoy absolutamente necesario e indispensable. Durará mientras el hábito de la asistencia no se regularice. La experiencia, únicamente, es la que irá diciendo dónde y cuándo deja el delegado de hacer falta.

Escuelas de párvulos —Convertirlas en jardines de infancia, con *verdadero* jardín, donde *verdaderamente* trabajen y jueguen los niños. Aumento de personal, para que cada Maestro tenga un número muy reducido de niños y pueda establecerse un régimen familiar. No me detengo en la Escuela de párvulos por ser esto de momento labor menos precisa y de más mediata ejecución.

Escuelas de adultos.— Deben servirse con Maestros que no lleguen a ellas fatigados por el trabajo de todo el día, para que la labor no se mecanice y el alumno pueda interesarse en vista del buen resultado y asistir con gusto a la Escuela.

Programas de cultura general, y al mismo tiempo de aplicaciones prácticas a los oficios de los

alumnos, para que la Escuela sea de verdadero *perfeccionamiento*.

Instituciones complementarias.

Las más urgentes, que convendría acometer con mucho tacto y discrección, siempre por vía de ensayo y jamás sin contar con personal adecuado, son:

Campos de juego al aire libre, con cobertizos abiertos la mayor parte del día, donde los niños puedan ir y permanecer bajo la inspección de los Maestros.

Bibliotecas para los niños durante el día y para los obreros durante la noche.

Cantinas escolares.

Baños escolares.

Colonias escolares.

Escuelas de bosque.

Escuelas de anormales retrasados.

Inspección médica: en resumen, todos aquellos organismos de uso en otros países; pero bien entendido que han de irse estableciendo según ello sea posible y las circuntancias lo permitan.

***

He aquí, expuestas *grosso modo*, las líneas generales en que ha de comprenderse la reorganización escolar de Madrid que puede y debe extenderse a toda España. Claro que esto no es un pro-

grama ni un plan; es una orientación; programa y plan corresponden con su establecimiento y desarrollo a las personas encargadas por los Ayuntamientos de implantar y dirigir la reforma de la enseñanza.

A esas personas, lo repito, ha de concedérseles la más completa independencia y la confianza más absoluta, amén de garantizarles con todo género de seguridades la estabilidad de sus cargos; sólo en tal forma podrán esas personas entregarse plena y totalmente a la misión que se les confía.

Si la orientación indicada se aceptase, sin perjuicio de aquellas modificaciones y mejoras que se consideren opurtunas; si los actuales Ayuntamientos consiguen implantar la reforma; si por obra suya la enseñanza pública de España se regenera y morderniza; si los millones de niños que hoy no tienen escuela pueden encontrarla; si este presente de vergüenza deja de ser, para ofrecernos un mejor porvenir, los Ayuntamientos y el Gobierno habrán realizado una obra de justicia y de amor; por ella sola merecerán el respeto de sus conciudadanos y la gratitud de los hombres de bien.

JOAQUÍN DICENTA.

JUEGO LIMPIO

En un artículo sobre el abismo social entre Inglaterra y Alemania, publicado en *The Nineteenth Review*, y del que hemos visto un extracto en la revista española *La Lectura*, después de hablar su autor, sir Carlos Waldstein—un inglés de apellido alemán—de la diferencia entre las respectivas educaciones alemana e inglesa, de la influencia en esta segunda de los juegos y deportes y de lo esencial que es en ella jugar limpio, gánese o no se gane—pues el juego es un fin en sí y no medio para ganar y su finalidad moral es jugar limpio,—dice esto:

«Este sentimiento de *juego limpio* no puede ser adquirido por un acto intelectual consciente de volición, adoptándolo como una fórmula para dirigir la conducta humana. Además, el principal efecto sobre la conducta y su modificación esen-

cial del carácter, para que puedan convertirse en lo que los antiguos griegos llamaron un *ethos*, un hábito, depende del hecho de que estos juegos y sus leyes implícitas de juego limpio deben ser espontáneamente desenvueltos y establecidos en perfecta libertad por los jugadores mismos. Toda interferencia desde fuera, toda violencia en su libre desenvolvimiento y práctica tiene que contrariar su efecto moral. Se robaría así al juego su espontaneidad, se eliminaría el sentimiento del honor en los choques, se suprimiría la libertad y el *self-government* de la comunidad de los gobernantes. Eso no lo han comprendido nunca los alemanes. La gimnasia hecha bajo la direccion de un maestro, los juegos establecidos por una ley o por edictos imperiales y sistematizados según principios higiénicos y militaristas para servir a fines militares o burocráticos tienen que contrarrestar los efectos eminentemente morales en la producción del carácter que hacen de los juegos ingleses uno de los grandes pilares de la nacionalidad. Ahora mismo, cuando los alemanes han querido imitar, después de haberlos censurado como muestra de frivolidad, los juegos y deportes del ejército inglés del frente, no han sabido sino elaborar un esquema oficial de juegos y ejercicios gimnásticos, con carácter obligatorio, bajo la dirección de los oficiales y con un sabio sistema de

premios y castigos. La libertad y la espontaneidad se habrán evaporado en esos juegos.

Lo que me recuerda esa triste deteriorización de los juegos, de origen sobre todo germánico, que consiste en pedagogizarlos. En cuanto se convierte un juego en juego pedagógico, en medio de enseñanza de algo, pierde su valor intrínseco, su valor como juego y pierde, a la vez, por añadidura, su eficacia educativa. Y no digo su eficacia pedagógica porque no he conocido nada tan dañoso a la verdadera educación, a la educación humana, a la humanización, que eso que llaman pedagogía.

El juego, en efecto, el verdadero juego, el juego libre y espontáneo debe ser un fin en sí y no un medio para otra cosa. Se juega para jugar, para divertirse, para esplayar la personalidad, para darla juego; se juega, en fin, para vivir. Y todo lo demás que del juego se saca es algo que se le da al jugador por añadidura como los bienes que Dios promete al que busca su reino y su justicia. Y un juego pedagogizado es un juego convertido en medio para otra cosa. Juego del cual se hastían al punto los niños y le cogen aborrecimiento. Y con razón sobrada. Porque da pena verlos tener que jugar a esos juegos prescritos y dirigidos por el pedagogo—que no maestro—y ejecutados conforme a las reglas de un manualete cualquiera.

Tuve la fortuna de tener por maestro de primeras letras a un maestro, a un verdadero maestro, y no a un pedagogo, a quien no recuerdo haberle oído nunca pronunciar la palabra pedagogía. Y aquel maestro nos dejaba jugar, en el campo los días bonancibles y en la escuela los de lluvia, a los juegos nuestros, a los que nosotros mismos habíamos recibido de tradición infantil, algunos de los cuales he oído después declarar a graves y sabios pedagogos que son antipedagógicos.

Jugar es vivir, y se vive para vivir, para más vivir, para acrecentar y enriquecer y prolongar y, si fuera posible, eternizar la vida misma. Y el fin moral de la vida es vivirla bien en todos y en cada uno de sus momentos, como el fin moral del juego es jugar limpio. Y el fin moral del trabajo es trabajar bien y no el salario, que no es más que su fin económico. Por lo cual ni para enriquecerse y enriquecer a la patria o a la familia es lícito trabajar como trabajan las máquinas organizadas. Lo que da la razón a los pueblos que se defienden de la inmigración china, v. gr., y si se les habla de libre competencia pueden responder: «es que no debemos hacernos chinos para el trabajo». Y hay más chinos que los chinos.

Desde que esa hórrida pedantería que llaman pedagogía se metió en lo de los juegos, éstos corren riesgo de envilecerse. Y menos mal que los

niños se saben defender. En cuanto veo una de esas cajas de algún juego instructivo me echo a temblar. Quiero decir uno de esos juegos para aprender, v. gr., geografía jugando, lo que se reduce a jugar a aprender geografía y a estropear la enseñanza de ella y el juego. Hay que hacerle entender al niño que, el aprendizaje de cualquier ciencia o arte, es algo serio y hasta doloroso y no un juego, y después dejarle jugar. Y tiene razón sir Carlos Waldstein al condenar esos juegos según principios higiénicos o militaristas para servir a fines militares y burocráticos.

En mis mocedades adquirí la pasión de las ascensiones a las cumbres de las montañas de mi nativo país vasco, a las excursiones por valles y cimas, y aún no he perdido el gusto. Pero nuestro excursionismo era un juego libre. Ni siquiera formamos sociedad alguna excursionista o alpinista con su junta directiva y su reglamento. No había allí nada de burocrático. Y luego he visto a mis hijos aburrirse muy pronto de eso que los exploradores o *boys-scouts* y de *esculiismo*—que así le llaman no sé por qué, y acaso menos mal *escuchismo*. Lo que no es sino la segunda edición de aquellos batallones infantiles de hace unos años, que fracasaron a su vez como no podían menos.

En mis mocedades me dediqué mucho al alpinismo, y siendo más niño, en plena guerra civil

carlista, el juego favorito entre nosotros, los niños de entonces, era jugar a las partidas y a la guerra. Durante el bombardeo de Bilbao bombardeamos, en Bilbao mismo, una tienda, hallándose algunos dentro de ella, con el cascote de unos escombros amontonados en la calle. Pero no nos dirigía ningún profesional adulto que hubiese estudiado poliorcética.

Lo de los *boys scouts* tiene que fracasar como fracasó lo de los batallones infantiles, y es porque no ha habido el valor de imponerlo como una preparación obligatoria para la milicia, y se ha querido hacer de ello un juego. Y un juego medianero, un juego pedagógico, un juego que no es un fin en sí, sino una preparación. Y los chicos que tienen espíritu libre, que se sienten ya hombres, futuros ciudadanos, hombres civiles y libres, se hartan pronto del uniforme y del palo y de la fila y del tambor y de los saludos y de las jerarquías y de los hurras y de todas esas cosas que no son exploración ni cosa que lo valga. Y ello acabará como acabaron aquellos caricaturescos batallones infantiles, que no servían sino para alimentar la vanidad de algunos niños y la mucho mayor de los bobalicones de sus padres. ¡Pues que no iba poco satisfecho, creyéndose algo, el pobre chiquillo que hacía de coronel! Lo que menos sospechaba es que el menos libre de todos allí era él. En un juego li-

bre, espontáneo, en un verdadero juego, en una pedrea armada por los chiquillos mismos, es lo más probable que a aquel pobre muñeco que exhibía el uniforme de coronel de juguete pagado por la ridícula vanidad del mentecato de su padre, le hubieran dejado de lado sus compañeros tomando, en cambio, como caudillo a otro cualquiera, a uno que ni figuraría en el batallón infantil.

Sir Carlos Waldstein se pronuncia luego contra el profesionalismo en el juego, contra los profesionales de los deportes por espíritu mercenario. Y dice: «Que no haya profesionales del ocio y del juego ni aficionados del trabajo. El deportista así concebido es un parásito social. El ideal del *gentleman*, por el contrario, es el aficionado en el juego y el profesional en el trabajo». Y se da el caso de que un profesional del juego de la pelota, un pelotari o pelotaire, acaba por convertirse en una especie de ruleta humana. Que es a lo menos que puede descender un hombre.

Si da pena ver qué poco juegan nuestros niños, da más pena verlos alguna vez jugar juegos pedagógicos. Es triste cosa ver a nuestros estudiantes pasarse las tardes de los domingos en el café o en la taberna o en el cine, aun haciendo buen tiempo; pero sería más triste verlos disciplinados, es decir, disciplinados no, sino organizados o reclutados en un juego preparatorio para otra cosa. Que apren-

dan a hacerse hombres y no que soporten el que les hagan piñones de las ruedas del engranaje social de la máquina del Estado, y para hacerse hombres que juegan juego verdadero, juego que sea fin en sí, gánese o no se gane, y hasta que se eduquen a perder cuando vengan mal dadas, pero siempre jugando limpio. Y, sobre todo, que no ensucien el juego de nuestros hijos con saborra de pedagogía ni de táctica.

MIGUEL DE UNAMUNO

TRES ESTUDIOS SOBRE "DON QUIJOTE"

I

La cárcel donde se engendró el "Quijote".

Porque es harto conocida, no he de relatar una vez más la historia de la falsa tradición, inventada en el último tercio del siglo XVIII, según la cual Cervantes escribió la primera parte del *Quijote* estando preso en Argamasilla de Alba, en la cueva de la casa de Medrano. Esta fábula, para la cual dieron pretexto las festivas composiciones poéticas con que Cervantes, a nombre de unos fingidos académicos de Argamasilla, terminó la mencionada parte de su libro, sin caerse en la cuenta de que, por razones muy atendibles, más parece aludirse en tales versos a la Argamasilla de Calatrava que a la de Alba, esta falsa tradición—decía—no ha prosperado hasta hoy, y para las personas cultas y

bien enteradas, sostener en la actualidad que el *Quijote* se ideó en la casa de Medrano, destruída pocos años ha por un incendio, es dar patentes pruebas de ignorancia o de mala fe. Asensio, Máinez, Cavia, Navarro Ledesma, Armas, Cortejón y cuantos otros han estudiado a conciencia y sin prejuicios la vida de Cervantes, rechazan como desprovista de todo buen fundamento la ridícula tradición argamasillesca, máxime cuando, por lo bien averiguado hasta ahora, no puede afirmarse que el glorioso ex cautivo de Argel residiese temporada alguna en la Mancha, región que, sin embargo, conocía, por su frecuente paso por ella y por su muy repetido pernoctar y hablar con todo el mundo en ventas y mesones manchegos, al venir a Andalucía desde Castilla, y al tornar allá. Así, con razón ha dicho el insigne Cavia que «la leyenda de la Argamasilla está de cuerpo presente».

Descartada esta superchería y otras de poco momento, y que asimismo se urdieron *a posteriori*, referentes a supuestas prisiones de Cervantes en el Toboso, en el Quintanar y en algún otro «lugar de la Mancha», todas inventadas a la sombra de las famosas palabras «de cuyo nombre no quiero acordarme», he reducido a las tres preguntas siguientes la materia de esta investigación:

1.ª La historia de *Don Quijote de la Mancha*, ¿se engendró en una cárcel?

2.ª En caso afirmativo, ¿qué cárcel hubo de ser la en que engendró esta incomparable obra?

Y 3.ª El Príncipe de nuestros ingenios, ¿quiso aludir con tal expresión, anfibológica para hoy, al acto, más interno que externo, de idear o planear la primera parte del *Quijote*, o al externo o definitivo de *escribirla*, en todo o en parte?

La primera pregunta podía parecer ociosa; pero no lo es, a buen seguro. Dijo el inmortal escritor, en el prólogo del *Quijote*, después de recordar que cada cosa engendra su semejante: «Y así, ¿que podía engendrar el estéril y mal cultivado ingenio mío sino la historia de un hijo seco, avellanado, antojadizo y lleno de pensamientos varios y nunca imaginados de otro alguno, *bien como quien se engendró en una cárcel*, donde toda incomodidad tiene su asiento y donde todo triste ruido hace su habitación?» Algunos años ha, el doctísimo hispanista inglés mister Fitzmaurice-Kelly, mi ilustre amigo, advirtió en su excelente *Historia de la Literatura Española* que aquella frase bien puede ser un tropo, conjetura que ya mucho antes había apuntado Díaz de Benjumea, patriarca de los intérpretes esoteristas del *Quijote*. En paz sea dicho del sabio catedrático de Liverpool, creo con los más que la mencionada expresión debe entenderse a la letra. Ved por qué opino así. Entre las cosas que el supuesto Avellaneda, autor del falso

Quijote, dijo en su prólogo para denigrar cobardemente al infortunado escritor alcalaíno, disculpó en burla, jugando del bocablo, los que tuvo a bien llamar *yerros* de la parte primera, con «haberse escrito entre los de una cárcel; y así—añadía— no pudo dejar de salir tiznada dellos». Si hubiera de entenderse tropológicamente aquel lugar cervantino, si *El Ingenioso Hidalgo* no hubiera sido engendrado *en una cárcel*, así como suena, Cervantes, que rechazó con nobilísima dignidad en el prólogo de la parte segunda de su obra las injurias de su encubierto adversario, no habría dejado pasar sin contradicción ni repulsa aquel aserto, estampado, como los otros, con el propósito único de agraviarle.

¿Qué cárcel, pues, fué aquella en donde se engendró el libro más deleitoso que se haya debido a humano entendimimiento? Hay noticias dignas de crédito de tres prisiones de Cervantes anteriores a la publicación de la primera parte del *Quijote*: la prisión que sufrió en la cárcel de Castro del Río, por el otoño de 1592, a causa de haber enajenado sin permiso, pero a favor de las provisiones de las galeras, ciertas fanegas de trigo del pósito ecijano; la que, para ser conducido a Madrid, padeció en la Cárcel Real de Sevilla, por espacio casi de tres meses, en el último tercio del año 1597, por no haber formalizado ni rendido ciertas

cuentas, carcelería de que al cabo fué suelto, mediante fianza de que iría a la Corte a darlas con pago, dentro del término de un mes; y, en fin, otra prisión que por idéntico motivo, y también a virtud de mandamiento venido de la Corte, sufrió en la misma Cárcel Real en 1601, o, más probablemente, en 1602. Ignórase cuánto tiempo estuvo preso Cervantes esta vez; pero, por indicios que sería pesado exponer en este lugar, parece que aquella prisión fué más dilatada que las anteriores. A la Cárcel Real de Sevilla, y no a la de Castro del Río, pueblo cercano a Córdoba, y menos a la de cualquier lugarejo de la Mancha, hubo de referirse Miguel de Cervantes en el prólogo de la mejor de sus obras: fué engendrada en una cárcel, «en donde todo triste ruido hace su habitación», y poco ruidosa podía ser la de villa tan pequeña, que en 1587, según el antiguo censo de población que sacó a luz don Tomás González no pasaba de mil ciento cincuenta y dos vecinos. Bien que mucho menos ruidosa que la cárcel de Castro del Río era, sin duda, la decantada cueva de Medrano, que según el autor de los *Recuerdos de un viaje por España*, tenía «seis varas de longitud y cuatro de latitud». No obstante lo cual, agregaba candorosamente: «Este fué el calabozo en que Cervantes gimió largo tiempo, y donde escribió la primera parte de su famosa obra».

Pero, en realidad de verdad — preguntábame yo —, ¿qué quiso dar a entender el escritor amenísimo con las palabras «como quien *se engendró* en una cárcel»? ¿Quería significar que una cárcel *ideó* el asunto de su novela, *trazó* su plan y *pensó* en su desarrollo, o que en una cárcel *la escribió*, o, a lo menos, *comenzó a escribirla*? Don Juan Eugenio Hartzenbusch, que, contra viento y marea, como dicen, quería sacar a flote la posibilidad, y aun la certeza, de que Cervantes estuvo preso en la cueva de Medrano, porque no probándose esto se patentizaba ser disparatado el preparar ediciones del *Quijote* en aquel escondrijo, en donde, según el impresor Rivadeneyra, «parte del día se trabajó con luz artificial», el señor Hartzenbusch — digo — cuidaba muy mucho, al comentar las consabidas palabras, de advertir que Cervantes dice que su *Quijote* fué *engendrado* en una cárcel; no que *naciese* en ella. Y añadía: «Parece que nos quiso dar a entender que lo ideó, lo trazó, lo inventó, en fin, hallándose preso; no dice que lo escribiera durante su encarcelamiento». Y pocos renglones después: «Dice Avellaneda, o quiere decir, en el prólogo de su *Quijote*, que la primera parte del de Cervantes fué *escrita* entre los hierros de una cárcel; pero en tal cuestión ha de hacer más fe la declaración de Cervantes que la de otro».

Bien pudo el insigne autor de *Los Amantes de*

Teruel, ya que tan de veras, a lo que parece, buscaba la verdad, tener en memoria que Cervantes, en el prólogo de la segunda parte de su sin par novela dijo que el libro de Avellaneda *se engendró* en Tordesillas y *nació* en Tarragona. Y como Tarragona es la ciudad en que fué impreso y salió a luz, es claro como la del medio día que por las palabras «*se engendró* en Tordesillas» ha de entenderse *fué escrito*, y no solamente *fué ideado* o *trazado*. Y lo mismo se debe entender, sin duda alguna, la idéntica expresión referente a la primera parte del *Quijote*. Pero, amén de todo lo dicho, don Aureliano Fernández Guerra, en la segunda de las *Dos cartas literarias* publicadas en 1867 por él y por nuestro paisano don José María Asensio, declaró que en el siglo XVI, *no hubo cárcel* en Argamasilla de Alba, y así, «cuando era necesario asegurar algún reo de importancia, lo llevaban al castillo de Peñarroya, distante dos leguas..., remitiendo los demás a la villa de Alcázar de San Juan, cabeza del partido».

Está, pues, enteramente demostrado que el libro más famoso entre todos los de amenidad fué escrito, o se comenzó a escribir al menos, en la Cárcel Real de Sevilla, especie que, ya como razonable conjetura, ya como rotunda afirmación, venía leyéndose de un siglo acá en las obras de los mejores biógrafos de Cervantes.

¡La Cárcel Real de Sevilla! ¡Qué hermosa por de fuera!—dije en otra ocasión—. Ved como describía su exterior, en 1587, el historiógrafo Alonso de Morgado: «Véese, pues, a la boca de la calle de la Sierpe, por la parte de la plaza de San Francisco, junto a ella, la Cárcel Real, que campea más que otra casa y se deja bien conocer aun de los más extranjeros, así por el concurso de la gente innumerable que sin cesar entra y sale por su principal puerta a todas horas del día y que la noche da lugar, como también por los letreros que tiene en su gran portada, con las armas reales y de Sevilla.

Y en lo alto, por remate, una figura de la Justicia, con una espada levantada en la mano derecha, y en la izquierda un peso enfilado, con las dos figuras, a sus lados, de la Fortaleza y la Templanza, todas tres de bulto, de cantería labrada». Pero por de dentro, ¡qué abominable dédalo, qué confusión indescriptible! ¡Cuánto crimen, y cuánta miseria, y cuánta desgracia en aquel gran patio de treinta pasos en cuadro; por aquellas tres puertas, llamadas, por alusión a la codicia de los desalmados cancerberos, *la de oro, la de plata* y *la de cobre;* en aquella infinidad de ranchos, denominados *traidor*, *de los bravos*, *de la tragedia*, *pestilencia*, *miserable*, *casa de Meca*, *lima sorda*..., y entre aquella muchedumbre copiosísima

de reclusos, que de ordinario pasaban de mil ochocientos.. !

In mortalizada y aun glorificada por Cervantes la memoria de nuestra antigua Carcel Real, no huelga, antes importa mucho que la conozcamos lo mejor posible. Así, no terminaré este deshilvanado discurso sin ampliar algún tanto las breves noticias que de ella tienen los curiosos La Cárcel Real de Sevilla, cuya reedificación se había terminado en 1569, estaba situada, como sabe nos, en el lugar que al presente ocupa el Circulo de Labradores y Propietarios. En el vestíbulo, junto a la entrada, había, en un hueco del muro, un altar de Nuestra Señora, que se cerraba con dos puertas, al exterior pintadas de verde, como dando esperanza a los que allí oraban por los reclusos; pero por lo interior estaban representados en ellas, asimismo al óleo, y de mano menos que mediana, el martirio de San Hermenegildo y San Leandro, obispo de Sevilla.

En el reinado de Felipe II, los ya grandes apuros del erario acarrearon, entre otros males, el de aumentar escandalosamente la enajenación, temporal o perpetua, de los oficios de la Corona. A esto se debió que, en virtud de cierto préstamo de dinero hecho al Rey por el Duque de Alcalá, esta casa tuviese en empeño el alguacilazgo mayor de Sevilla; y como la alcaidía de la Cárcel Real era

dependencia del alguacil mayor, lo mismo que los alguacilazgos que se llamaban *de la justicia, de las entregas, de la tierra* y *de Triana*, y el Duque de Alcalá discernía estos cargos a quienes mejor se los pagaban, vino a suceder, por lo tocante a la dicha alcaidía, que el régimen interior de la cárcel llegóa ser tal, que con muchos visos de razón se decía que el alcaide y sus ministros eran los mayores delincuentes que había de puerta adentro. De la pésima administración de esta cárcel dan noticias muy curiosas y circunstanciadas las actas capitulares de la Ciudad, y ya en 1590 el asistente de la misma, habida cuenta de que «en la cárcel no ay ni puede aver la custodia que se requiere para el castigo de los delitos, ni nadie puede cobrar su hazienda aunque prenda a su deudor», porque salían a la calle y vivían a sus anchas cuantos presos querían y podían comprar la soltura, pidió al cabildo que tratase de lo conveniente que sería suplicar a Su Majestad que, mediante la entrega del dinero necesario para desempeñar el dicho oficio, lo cediera a la Ciudad, a fin de que por turno lo sirviesen sus caballeros veinticuatros. Tal proyecto no salió adelante, y lejos de corregirse, fueron en aumento los múltiples abusos carcelarios, de los cuales dejó puntualizadas noticias el padre jesuita Pedro de León, bien que ya sabíamos no poco de ello por las interesantes relacio-

nes del procurador Cristóbal de Chaves y por su famoso entremés de *La Cárcel de Sevilla*, atribuído a Cervantes con disculpable error.

Haciendo caso omiso de cien particularidades, muy curiosas, sí, pero buenas para reseñadas en discurso más dilatado que el presente, me limitaré a decir, en orden a la variadísima multitud de agravios que se inferían a los pobres presos, que juzgando por lo que se denunció en otro cabildo de la Ciudad, era frecuente exigirles dinero por sacarlos de entre los ladrones, donde de primera intención los metían, sólo para este fin; y era usual arrebatar prendas a los que se negaban al pago de ese impuesto inicuo, y corriente poner estanco en los mantenimientos, de manera que todo lo que los infelices reclusos comían y bebían, con ser de ínfima calidad, les costaba a precios excesivos, sin que se les consintiera hacerlo llevar de fuera de la cárcel. Así escribía donosamente el padre León: «Hay cuatro tabernas y bodegones, arrendados a catorce y quince reales cada día, y suele ser el vino del alcaide, y el agua del tabernero, porque nunca faltan baptismos prohibidos en toda ley».

Algunos presos hacían en la cárcel el oficio de pregoneros, y vendían y remataban prendas; «y otros que no son presos—notaba el referido padre —sirven de llevar a vender a Gradas, a la Ropería vieja y al Baratillo las muchas que cada día se

hurtan en la misma cárcel, y nunca se descubre quien las haya tomado, porque hay gran fidelidad en guardar secreto, pena de que si no, lo yrán a penar al otro mundo». También era muy provechoso el oficio carcelario de *animero:* al dar el mayordomo, llegada la hora de medio día, las raciones de pan a los presos pobres, entregaba para cada tres una hogaza de tres libras, y éstos, como carecían de herramienta con que partirla, habían de acudir para tal menester a uno de los cuatro presos llamados pomposamente *oficiales de contar raciones*, quien partía con un cuchillo la hogaza, pero no en tres partes, sino en cuatro, tomando para sí, por trabajo tan exiguo, una de las de enmedio, a la cual llamaban el *ánima*. A esta ladronil costumbre, sancionada por los alcaides, que algo comerían del *ánima* de los presos, como comían de todo lo demás, se refirió el anónimo autor de dos antiguos romances descriptivos de la Cárcel de Sevilla:

«Entre tres una hogaza,
y hay uno que va partiendo,
y en pago de su trabajo
saca vn pedaço de en medio.
A este el *ánima* le llaman,
y tiene algún animero
tan mal ánima que quiere
llevarse del pan el medio.»

Que se jugaba a los naipes en la Cárcel Real dícenlo asimismo Cristóbal de Chaves y el padre León: «Hay tablas de juego alquiladas, y pagan un tanto al alcaide y sobrealcaide, y sobre el juego suelen ser muy a menudo las pendencias» Y por lo que toca a otras distracciones de mero pasatiempo, teníanlas tan cultas y edificantes como la que llamaban *jugar a la justicia:* «hazen un justiciado, con su verdugo, escribano y alguacil, y también fingen uno que sea el padre Pedro de León—dice este mismo, que, como padre carcelero, confesaba y ayudaba a bien morir a los condenados a la última pena—; y llevando al preso, lo van a justiciar entre dos, como si fuera en el jumento, y lo pasan por los corredores altos y bajos, y gritan: «Esta es la justicia que mandan hazer»; y luego las risadas y alegrías, como si no hubieran de venir a parar en semejantes veras, y no juegos ..» En efecto, estas bromas se tornaban en tristes veras muy frecuentemente: habiendo de ser ajusticiado algún preso, iban muchos otros de noche, con su cera encendida, cantando las letanías, hasta el lugar en que estaba recogido; y si era algún valentón, todos los de la hampa enviaban a la ropería por lutos alquilados para llegar a darle el pésame. También tenían los presos una cofradía de penitencia, la cual sacaban el Viernes Santo por toda la cárcel, cuyo suelo regaban con su sangre, dis-

ciplinándose duramente, como unos padres del yermo. Para esta hermandad pedían en alta voz cada noche, poniendo con el lento y lúgubre petitorio más espanto que devoción en el ánimo de los presos primerizos.

No eran estas voces las únicas que por añeja costumbre se daban en la Cárcel Real, y bueno será recordar otras fórmulas de las que, gritando, se repetían a cada momento. El sotaalcaide, al entregarse de los nuevos presos, cosa que sucedía seis y aun ocho o diez veces cada hora, entablaba este diálogo con el portero que más allá guardaba la puerta llamada *de hierro:* «¡Hola!» gritaba aquél. Y este respondía: «¡Hola!» Volvía a gritar el primero: «¡Allá va un preso!» Y preguntaba el otro: «¿Por qué?» Y proseguía el diálogo, hasta decirlo el sotaalcaide y darse por enterado el portero. Aún más frecuente y de mayor ruido era el llamar a los reclusos: en cada una de las dos grandes rejas, alta y baja, sustentábanse, siete u ocho presos pobres, de las propinas que recibían por el trabajo de llamar por sus nombres a los que deseaban ver las personas que entraban de fuera, y acaecía andar todos gritando a diferentes sujetos: «¡Ah, Fulano; hola!», que era aquello la mayor confusión del mundo. Dadas las diez de la noche, hora en que se cerraban las puertas, andaban cinco hombres por toda la Cárcel diciendo a gri-

tos: «¡Ah, del patio! ¡Arriba!» «¡Arriba los de la Galera Nueva!» Y otro llamaba: «¡Acá los de la Galera Vieja!», y análogamente los demás, y ya que estaban encerrados los presos en sus ranchos, en cada uno de los cuales había un altar, todos, antes de acostarse, con humildad de santos, rezaban de rodillas y a coro la salve y otras oraciones, con lo cual hacían espantable ruido, entre tanto que fuera de los aposentos sonaba una gran voz que pausadamente decía: «¡Ah de la calle, ahao! ¿Quién sale fuera? ¡Que se llevan las llaves! ¡A la una..., a las dos,.., a la tercera...! ¡Este es el postrero!» Y esto dicho, cerraban con estrépito las puertas llamadas *golpes*, hasta la mañana siguiente. Ni durante las horas del sueño se disfrutaba de silencio y reposo en la Cárcel Real de Sevilla: «En siendo las diez de la noche—escribía el padre León—, el alcaide pone tres velas (centinelas) en lo alto y bajo de la cárcel, y, como si fuesen nao o fortalezas, están todos tres remudándose con otros, por sus cuartos, hasta después de amanecer, diciendo a voces: «¡Vela! ¡Vela! «¡Ahao!», y lo mismo responden los demás».

En esta cárcel, donde, como en ninguna otra de España, «toda incomodidad tenía su asiento y todo triste ruido hacía su habitación», estuvo preso dos veces, ninguna por motivos deshonrosos, Miguel de Cervantes Saavedra. «No hay hecho de

tanta injuria—dice el doctor Suárez de Figueroa—como el de una cárcel indebida, por tener más parte de pena que de custodia. Todas las plagas de Egipto, todas las penas del infierno se cifran en aquel asqueroso albergue, donde se hallan corrompidos casi todos los elementos. Abunda la tierra de sabandijas; el aire de mal olor, y de mal sabor el agua. Apenas hay quien exercite allí acto de piedad. Cuesta los ojos el recado, el billete. Pues ¿qué si el preso no tiene familia y le es forçoso dormir en ropa del carcelero? ¡Qué hedionda! ¡Qué cara!... ¡La compañía, me digan que se puede apetecer: junta de incorregibles, mezcla de facinerosos, turba de bergantes, desalmados, blasfemos, sin modo, sin discreción, sin cristiandad!»

Pues bien, por singular maravilla, en un infierno como este, entre unas gentes de esta laya, se engendró el libro más humano, más suavemente irónico y de lectura más deleitosa que la fantasía pudiera imaginar. Tal, dejando su estado de crisálidas, suelen salir de un muladar, limpias y gráciles, a hacer más alegre la primavera con los vivos colores de sus alas y con sus ágiles y revueltos giros, las ligeras mariposas enamoradas del sol y de las flores. Por Cervantes pudo decir con toda justicia el inolvidable maestro Menéndez y Pelayo las siguientes palabras: «Perteneció a aquella familia de espíritus que el Renacimiento español educó a

sus pechos, nutriéndolos de savia clásica y cristiana, haciéndolos invulnerables a los golpes de la adversa fortuna, que ellos sabían contrastar a un tiempo con la resignación del creyente, con la gravedad de los apotegmas filosóficos y con el donaire y sana alegría que puede convertir en encantado palacio de la imaginación—maga más poderosa que todas las Almidas y Alcinas—hasta las mazmorras del cautiverio y el infecto recinto de una cárcel».

De la de Sevilla salió, para recrear y adoctrinar perdurablemente al mundo entero, que había de recorrer en pocos años, traducido a todas las lenguas, *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, gentilísima historia de un loco venido al campo de la novela para ser maestro sublime de la cordura.

FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN
(De la R. Academia Española.)

II

El alma de la humanidad en "Don Quijote".

Como lago de Italia que finge el turquí del cielo; como espejo de obsidiana que retrata las recias y varoniles facciones del *Aguila que descendió;* como plancha de oro bruñido que toma vida al reproducir la cara de bella pompeyana; como cristal plateado de Venecia que se anima al presentar las líneas núbiles de encantadora toscana; como brillante yelmo de esforzado paladín que quiebra los áureos rayos del sol; como arroyuelo rumoroso que esboza en sus linfas los verdes del follaje; como proceloso mar que refleja las obscuras nubes que huyen azotadas por el viento, o el ensordecedor rayo que cae, así el *Quijote* finge, retrata, reproduce, presenta, quiebra, esboza y refleja las pasiones humanas.

Es lago tranquilo con la pastora Marcela; espejo de obsidiana en la aventura de los leones; plancha de oro en los discursos de los cabreros, en aquél de las letras y las armas y en el no menos bello pronunciado en la casa del Caballero del Verde Gabán; cristal de Venecia con la Bella Quiteria y en el Curioso Impertinente; yelmo de esforzado paladín en la paliza que los yangüeses dan al bravo caballero; arroyuelo rumoroso en los monólogos de la primera salida y, mar de tempestades en los muchos lances en los que la virtud y la honradez son maltratadas por la infamia y la malicia.

Don Quijote es una obra inimitable y muy alta porque es humana; es un libro por excelencia, porque todos llevamos en nuestro sér las temeridades del Caballero Don Quijote y las cobardías de Sancho; es una obra perfecta, porque todos nos sentimos retratados en ella y porque vemos en los muchos sucesos que allí se narran nuestra propia vida; ese libro, que es un breviario de moral, de valor y de honestidad, es maravilloso porque en él se habla de lo que hay siempre en nuestras almas, de lo que vivimos cada día y porque las pasiones están pintadas tal cual son.

Sobra de razones tiene Cortejón al afirmar que *Don Quijote* es superior a los poemas griegos y a

la Comedia Divina; sí, es verdad; estos libros son fantásticos, los dioses o sus hijos toman parte en la pelea, el Infierno es un antro donde los enemigos del divino Florentino son arrojados sin esperanza; en la obra de Cervantes es un pobre loco el héroe, es un paladín que cabalga en inservible caballo; su adarga y su coraza están oxidadas, su celada es de cartón; y ese viejo loco no es otra cosa que la Humanidad que se cree envejecida, que con sus lazos de unión con la Tierra camina y tropieza, cae y rueda y siempre se levanta con el pensamiento en los ideales, aunque sus pies se hallen en el fango; sí, Don Quijote consume como lo hacemos todos, tres cuartas partes de su renta en alimentar al cuerpo y sólo una cuarta parte en dar alimento al alma; y siempre la nutrición de ésta la hacemos con fábulas pueriles, con invenciones deformes, o lo que es peor, con razones que no entendemos y que sólo sirven para trastornar nuestro juicio.

***

Dice un sabio mexicano que la obra artística es producida por tres clases de individuos: los artesanos, que laboran con la mano; los artífices, que usan de su cerebro, y los artistas, que lo hacen todo

con el corazón. Sesuda y razonada la idea de este erudito; pero tengo para mí que hay una cuarta clase: la de los genios; estos hombres, muy pocos en el mundo, han sido, son, artesanos, artífices y artistas. Genio en la más amplia acepción de la palabra es Cervantes; sus profundos conocimientos en la habla castellana; su inimitable construcción del idioma; el conocimiento perfecto del valor de cada palabra, hicieron de él un obrero maravilloso en la fábrica de su libro; siendo sabio, como era, gran amigo de las ciencias y la medicina, trabajó intensamente con su cerebro, y al crear su *Ingenioso Hidalgo* escribió el mejor y más completo tratado sobre la enagenación mental que los sabios de todos los siglos hayan escrito; por esto se puede apellidar a este egregio hombre un artífice nunca igualado. Pero seguramente que su corazón tuvo la mayor parte en la concepción y desarrollo de su libro; conocemos muy poco de la vida del grande hombre, pero creo que es cuerdo figurárnoslo como de natural sensible y muy amante de la Humanidad; quizá por esto sintió las injusticias diarias de la vida, las tristezas de los pobres y la desigualdad de todos los que viven, y, con su alma estremecida, reprodujo las pasiones y las tristezas del desengaño, las alegrías de la espe-

ranza y la satisfacción por haber hecho el bien. Aquel conjunto de facultades, propias únicamente de un genio, produjeron el libro del cual dice un cervantista egregio: **Regalo de mi alma, entretenimiento de mi vida, rico joyel del habla castellana...**

Cervantes, que si fuera aún el Imperio de Atenas, sería Dios y tendría templos, pintó en su *Quijote* las pasiones del alma humana y las suyas propias.

El escritor, me refiero a los que sienten, vierte todo su sér, todo su espíritu en lo que narra; todo lo que está en su alma lo pasa al papel, sus temores, sus esperanzas, sus odios, sus recuerdos, sus amores. Cada uno tiene los conocimientos que ha adquirido por la experiencia propia o por lo que inconscientemente heredamos de nuestros ancestrales o por lo que aprendemos; nuestros sentidos nos hacen conocer la vida diaria, pero nuestro cerebro, nuestras celdillas pensantes, irrigadas por la sangre, cuya actividad depende tan sólo de nuestro corazón, modifican nuestras sensaciones y de ellas se forman sentimientos y pasiones que casi vemos independientes y distintas de la materia misma. Es una frase decir que se trabaja, que se siente y que se ama con el corazón, y, sin em-

bargo, este músculo está íntimamente unido con lo que palpamos y con lo que pensamos. Gracias a él tenemos ideales y tratamos de corregir faltas; gracias a él quisiéramos mejorar costumbres y perpetuar virtudes. El escritor que es artista lleva a su obra las personas y las cosas tal cual él las siente, otras las ridiculiza, pero casi siempre, como dijo el divino Galileo, su reino o su vivir no es de este mundo. Mirad la obra de Miguel Angel; en ella cada personaje es un titán, un superhombre; es todo solamente la creación de un cerebro y de un corazón que trabajaban para dar vida a un genio; pues, ¿dónde están los modelos de aquellas pinturas de la capilla Sixtina? y ¿dónde las del *Pensieroso* y del *Moisés*...? Repasad las madonas de Rafael; la crónica nos cuenta que fué la Fornarina su ideal vivo: y ¿creéis que en alguna parte del mundo viva o haya vivido una mujer que tenga la pureza de líneas, la castidad de expresión y todo el conjunto de santidad que tienen las vírgenes del pintor de Urbino...? Contemplad a la Mona Lissa del Giocondo; ¿qué quiso decir el inmenso Leonardo al dibujar aquella sonrisa de esfinge...? Nos dicen algunos que esa sonrisa vagaba en la cara de ese gran Padre del Renacimiento cuando trataba de arrancar algún secreto al mundo o de

descubrir una pasión en los hombres. Esa sonrisa es un enigma, es el alma misma del pintor la que vive allí: duda y confianza, satisfacción y tristeza; tal como fué la vida del egregio artista; duda por las penas que el santo Savonarola sufrió; confianza, porque terminaba la *Cena*; tristeza, porque aunque docto en la matemática, siempre los cálculos para descubrir la aviación le salían fallidos.

Si de las artes pictográfica y escultórica pasáis a la literatura, hallaréis siempre al alma del escritor o de los escritores: leed el *Zend-Avesta*; mirad en él, no las materializaciones del *bien y del mal*; mirad en ese escrito santo las penas que sufrían los habitantes del Irán y sus goces, los vientos favorables y los destructores, el asolador pedrisco, las nutritivas mieses, los sazonados frutos. Repasad el Eclesiastés, obra que si es humana parece ser divina, y veréis cómo Cohelet, sabio que vivió las desgracias de su pueblo y que henchido de todo género de conocimientos y muy versado en honda filosofía supo decir lo que era la vida, no de un hombre, no de un día, sino de toda la humanidad y de todos los tiempos, y ese divino escritor pudo hallar esa fórmula que ninguno debiera olvidar: **Vanidad de vanidades, todo vanidad.**

***

Sí, los que escriben y en su escritura ponen su corazón, vierten su alma en el papel; y Cervantes más que ninguno lo hizo de un modo tan intenso, que yo niego que su obra sea una burla a las costumbres caballerescas, una crítica al Duque de Lerma o una sátira al reinado de Carlos V. No, estos son decires de eruditos indigestos, más sabios que pensadores, menos artistas que analizadores. El Quijote es el alma de la Humanidad, y en él Cervantes pinta al hombre tal como él quisiera que debiera ser, o como él mismo fué. Muchos, superficialmente, afirman que la obra no tuvo otro fin que el de hacer reir y entretener el tiempo; esto es erróneo, pues si bien es cierto que las aventuras del Ingenioso Manchego producen risa, en cambio siempre traen a la memoria añoranzas de un hecho de nuestra vida, y más de una vez, después de la carcajada, una ardiente lágrima corre por nuestras mejillas.

Don Quijote es el alma de la Humanidad, es el alma misma de Cervantes; esto parece un desatino, y, sin embargo, no hay verdad más absoluta: Cervantes se valió de sus grandes conocimientos médicos para pintar a un loco, pero el tal loco es el hombre más cuerdo que los siglos han tenido. Me diréis que nunca un hombre equilibrado toma-

ría los molinos de viento por gigánteos guerreros; pero pensad un momento, recordad que la humanidad tuvo como verdad indiscutible que la tierra era plana, que los cielos eran a manera del pergamino de un tambor, y que además la primera era centro del Universo... Cervantes pudo creer más de una vez que iba a luchar con descomunales titanes, y seguramente solamente halló a los molinos de viento; y, ¿quién en la vida no tuvo sus molinos de viento...?

El lance de Andrés, el pastorcillo, y el de los galeotes, son tan humanos y vividos, que cada uno los podríamos contar por cientos. En el primero se expone cuán poco útil es la intromisión de un tercero en ciertos asuntos; en el segundo se enseña la ingratitud humana, la tristeza de hacer el bien, el poco agradecimiento y el mal que pagan la mayor parte de aquellos a quien se beneficia. Es una verdad, la gratitud es el fardo más pesado que los humanos pueden llevar en sus hombros. En esta aventura se retrata claramente el alma de Cervantes; él, cuando era prisionero en Argel, cedió el dinero de su rescate para poner en libertad a su hermano y favoreció a muchos de los que se hallaban en condiciones semejantes a las suyas, y sin embargo, el gran hombre que hizo la caridad

por doquier, que repartió beneficios a granel, que prefirió llevar cadenas para libertar a un hermano o para aliviar a un prójimo, se arrastró miserable y hambriento por las calles de Sevilla, y aun fué encarcelado en un lugar de la Mancha por deudas adquiridas para consolar tristezas y satisfacer hambres. En estas dos aventuras el alma de Cervantes se presenta tal cual era, generosa y buena, con ese dejo de tristezas que abandonan en el pensamiento las ingratitudes; pero como no hace ningún comentario, podemos asegurar que a pesar de sus decepciones, de su pobreza y de sus desilusiones, estaba siempre dispuesto a sacrificar su flaca hacienda y a derramar su sangre y aún más, a encadenar su libertad en provecho de ese enemigo que llamamos prójimo.

La aventura de los batanes es intensamente grande, difícilmente podrá igualarse: la noche obscura, ruidos siniestros, el aire murmurando en las frondas, el aleteo de las aves nocturnas, el ulular del viento en las peñas; todo ello es para poner pánico en el corazón del valiente entre los valientes. Al leer este episodio en el Gran Libro, reimos; y reflexionad, nadie absolutamente nadie escapa a los terrores, ¡cuántas veces sentimos el pánico por un ruido, que es el viento, por una

sombra que pasa, que es ficción de nuestra retina, por una ave que canta tal vez sus amores...! Estas sensaciones se experimentan en la vida diaria, tememos hallarnos frente a una fiera cruel o delante de un endriago de otros mundos, nos escondemos en el último rincón de la casa, cerramos los ojos para no horripilarnos, y, cuando más medrosos nos hallamos, se hace la luz, vemos que lo que ponía espanto en nuestras almas es un ridículo ratón con más miedo que nosotros mismos: **Mons parturiens, nascetur ridículus mus.**

Es admirable, por lo humana, la aventura de los mercaderes de Murcia: el valiente Don Quijote embraza la adarga, enristra la lanza y carga; cuando va a matar al follón que tan mal dijo de la sin par Dulcinea, cae y rueda por los suelos; el viejo Rocinante al tropezar pone en grave aprieto al amo. Hay viejo adagio que dice: **el alma anima pero no siempre ayuda;** y así es; el valor lo sentimos en diversas circunstancias, pero no siempre sirve para dar cima a nuestras empresas. El hombre siente ideales y desde Icaro quiere volar hasta el Sol, pero las alas están mal pegadas, la cera es fundible y el audaz es precipitado desde las excelsitudes del ideal, y al caer se destroza y muere. La Humanidad, como Don Quijote, em-

prende las más valerosas aventuras, trata de hacer reales los más altos ensueños; temeraria, se lanza en las más elevadas empresas, pero, al tocar el ideal, cae y rueda por defectos de su rocín que no es otra cosa que las fuerzas materiales que la atan al Mundo, y como el bravo Caballero, es apaleada con la lanza rota de los ideales que la conducían. Este pasaje, tan alto y tan intenso, es todo un símbolo.

Pero nada más bello y admirable que la aventura con los desaforados yangüeses; en ella Don Quijote siente la igualdad de los hombres por una sensación, por el dolor. Nada hay más hermoso que este pasaje; los reyes sienten y sufren sus dolores en sus palacios lo mismo que el pobre labriego en su destartalada cabaña· los infinitamente pequeños hacen presa al mismo tiempo del Papa y del Emperador que del modesto arcabucero y del olvidado maestro de escuela; la vejez, con sus achaques, molesta por igual al encopetado prócer que al modesto obrero; los dolores y las enfermedades, las tristezas y los pesares son regados a granel y sólo por ellos hay igualdad; todas las demás utopías y ensueños por la igualdad humana son quimeras bellas, y en vano es que en las cámaras europeas sean numerosos los socialistas y

que las escuelas estén abiertas igualmente para el hijo del banquero que para el del pobre; afirmo yo como Cervantes lo sentía: **No hay otra igualdad más que la del dolor.**

Admirados y suspensos quedamos en la aventura de los leones; es inconcebible hallar un valor y una temeridad más grandes que las del héroe manchego; con el oxidado coselete, con el aboyado yelmo, con la espada tomada por el orín, Don Quijote se adelanta a desafiar en singular y nunca vista contienda al más bravo de los animales... Esta hazaña es uno de tantos pasajes que ha vivido la humanidad; ese valor sobrehumano se ostentó en la vieja Grecia; los servios actuales lo demuestran, los belgas lo han vivido y los franceses lo realizan; ello es la encarnación de todos los valores y la ambición de todos los pueblos. Napoleón en Arcole, Prim en los Castillejos, Cuauhtemoc en Tenoxtitlán, son Don Quijotes también, encarnaciones del valor sublime; Napoleón levanta la amada bandera tricolor, con el pecho descubierto, con las guedejas de su cabellera sueltas, se lanza en bello arranque a sembrar los gérmenes de **Libertad, Igualdad y Fraternidad** y a prender una medalla más en el constelado pecho del indomable Gallo; Prim, al decir la hermosa frase: **honor no**

tiene, quien morir no quiere, repite palabras cervantinas, y es también esforzado caudillo de la civilización; Cuauhtemoc al tocar su ronco caracol, en los dos meses del cruento sitio, para despertar y animar a sus guerreros, es genio libertario, es símbolo de una patria, es **águila que desciende** y que encarna todo el sublime heroísmo de un pueblo que quiere vivir libre. Estos genios de las luchas sangrientas, que van a la muerte sin medir el peligro, son Quijotes que sienten una chispa del valor, sólo propio de los dioses y aun más grande que el de éstos, puesto que su vida es transitoria.

La conquista del yelmo de Mambrino es todo un poema: la Humanidad, como Don Quijote, va en busca de un ideal, de lo que cree que pueda defenderla contra encantamientos y dolores y, como el valiente caballero va en flaco jamelgo, que no es otra cosa que la materia misma, la que ata fatalmente los pensamientos excelsos, corre hacia el país del Eldorado, ansía inventar la Piedra Filosofal, se empeña en hallar la Panacea Universal y no se cansa en buscar la Fuente de Juvencio; y, en el flaco rocín que son las carnes, las leyes naturales a las que nadie escapa, corre, hurga, busca y al fin percibe en lontananza lo que tanto desea;

y, en lugar del yelmo de Mambrino, encuentra la bacía de un barbero, y, a pesar de que Sancho, **el buen juicio,** dice, cree firmemente que ha conquistado el Eldorado, la Panacea, la Piedra Filosofal o la Fuente de la Juventud Eterna; esta creencia es tan firme, que el utensilio de azófar sirve para nimbar su frente, y creyéndose invencible, corre nuevamente a conquistar ideales y a buscar más altas empresas.

Detened vuestras mentes en la aventura de la Sierra Morena; el noble caballero va a hacer penitencia por su amor, por la sin par Dulcinea, por aquella cuyos dedos no contaban sino perlas y tejían hilos de oro y todos los perfumes del Oriente aromaban su cuerpo. El enamorado cree que sólo será correspondido cuando su amada sepa que está sufriendo. Don Quijote, después de vencer gigantes, de desencantar doncellas y de realizar los más altos y valerosos hechos, no se encuentra satisfecho de sí mismo y piensa que para lograr el amor de la princesa del Toboso debe sufrir mucho aún, y después de maltratar sus carnes, como un volatinero de feria hace piruetas con el cuerpo semidesnudo y solicita lo que tanto ha menester. No hay hombre que haya amado que no sea el propio Don Quijote en la Sierra Morena; sí, el

amor enloquece; nadie, por talentoso que sea, escapa al ridículo en tal estado. Las piruetas de Don Quijote, la penitencia y los ayunos son constantes en los que aman; al enamorado poco le importa estar ridículo, poco le importa sufrir, poco le importa poner su cuerpo a merced de las intemperies, puesto que lleva dentro de su alma la causa misma de sus dislates y el consuelo de sus males. Cervantes en este pasaje sobrepasa a todos los escritores clásicos porque pinta un estado de enajenación que escapó a los Homeros, a los Hesiodios y a los Ovidios.

Pero, tened vuestra imaginación por un momento, transportaos a las desiertas y polvosas llanuras de la Nueva Castilla, mirad esas polvaredas que se acercan una a la otra, pensad con el Hidalgo que son ejércitos que avanzan y van a acometerse; oid el lejano y vago murmullo de las voces; aguzad la vista y mirad a los que van a combatir: Allí están las banderas de todos los imperios y de todos los reinos del Mundo; los escudos ostentan las empresas y las divisas de todos los emperadores y de todos los reyes; estad atentos; mirad ese estandarte con franjas negras, blancas y rojas, ese otro de dos colores, el de más allá de fondo uriforme, aquel con una cruz y el de aquí con animales pin-

tados, que son quimeras; leed en los escudos y en las adargas: las divisas son muy variadas, pero casi todas, ¡oh, irrisión! invocan el nombre de Dios, ¿acaso todos los emperadores son los escogidos por Él que dictó todas las leyes naturales y todos los reyes gobiernan por el derecho divino...? ¡quién sabe! Los esquimales también se creen los escogidos y los chinos afirman ser hijos del cielo. Mirad el desfile interminable, las vanguardias se hallan en contacto; entonces tomáis el partido del que os parece que tiene mayores derechos y más amplia justicia; embrazáis la rodela, enristráis el lanzón y vais a cargar; vuestro fiel Sancho, la *prudencia*, os advierte que lo que creéis tropas, y donde aseguráis que hay hombres, solamente existen dos manadas de corderos que triscan la polvosa tierra y las guijas de la llanura... ¿Y qué otra cosa son los ejércitos de todos los tiempos, que manadas inconscientes y ciegas que corren y caminan a la voz del pastor...? ¿Qué cosa son las falanges destructoras de esos cercenadores de vidas, así se llamen Jerjes, Alejandros, Césares, Adolfos o Guillermos, que rebaños de carneros conducidos al matadero...? Si cargáis, si atacáis con esforzado brazo, las chusmas os arrollarán: y aunque recurráis al mismo Bálsamo, un proyectil enviado por

cualquier anónimo pastor os romperá la alcuza, amén de algunos dientes; y cuando hayáis caído sentiréis los pisotones de los carneros y los golpes de los emperadores y de los reyes... ¿No creéis que en este pasaje describió el dios Cervantes toda la máquina de disciplinas y ordenanzas, y más que ello las almas de los ejércitos y de sus jefes...?

Las letras egipcias nos han legado una bella carta: la de un *escriba* a su hijo; en ella se habla de la triste condición del soldado; este documento fué traducido en los últimos tiempos; Cervantes no tuvo conocimiento de él; y, sin embargo, el Príncipe de los Ingenios pudo escribir el inimitable discurso de las *Armas y las Letras*, oración maravillosa que honrara, no digo a los Demóstenes y Cicerones, sino al mismo Apolo, si tomara carne sólo para orar. En esa bellísima pieza, Cervantes hace notar, que entonces por entonces y hoy por hoy, la preeminencia es de las armas sobre las letras; el Manco de Lepanto fué soldado, y más que soldado excelso artista, y más que artista un hombre que sintió y comprendió que la vida es una lucha, que sólo peleando se vive y que tan sólo el mejor preparado y el más valiente es el que triunfa. El gran español fué un predecesor de los Lamarck y de los Darwín.

Pasemos a la aventura del retablo y a las malicias de Ginés de Pasamonte: el mono adivinador no es otra cosa que el embuste de que se valen los malos para engañar a los buenos: pero es más interesante el asunto mismo que se desarrolla en el retablo, es todo un episodio. Aparecen moros y cristianos: Don Quijote, indignado por las injusticias, esgrime la tizona, carga sobre los títeres, despanzurra al de aquí, descabeza al de allá, parte en dos al de acullá y pone término al misterio representado. Cherbuliez, insigne escritor francés, en una bella novela, su obra maestra quizá, dice que cada uno lleva en su mente un teatro de títeres y que éstos trabajan a la voluntad del amo, representando alegres comedias o tragedias terribles; el tablado de Ginesillo de Parapilla es nuestra propia imaginación; los muñecos bailan, cantan, discuten, se asesinan, tienen celos y aman; y así es lo que crea nuestra fantasía; nos parece tan real como si todo lo viviéramos; con ella asistimos a fieras peleas, a dulces coloquios, a terribles discusiones; sentimos igualmente que logramos nuestras esperanzas o que nuestro honor, palabra vana pero muy hondo sentimiento, se derrumba; cuando los títeres nos cansan rompemos a éste, arrancamos la cabeza de aquél o de un solo tajo

acabamos con el tablado, como lo hizo Don Quijote.

El Bálsamo de Fierabrás es un medicamento que debiera haber sido inventado en este siglo; su fórmula es santa y su fabricación tiene algo de ocultismo; es uno de tantos potingues de fabricación americana o alemana; de ella sólo conocieron los grandes sabios de la Caballería los ingredientes; aunque vulgares, son maravillas; así lo afirmaban los doctos. Don Quijote tiene la seguridad de curar con él, lo toma, y aunque afirma Cide Hamete Benengeli que el buen Hidalgo vomitó todas las entrañas del pecho y del vientre, se sintió curado y muy capaz de embrazar el escudo y esgrimir la espada. En este episodio, el Caballerode la Triste Figura es uno de los muchos que se dejan llevar por los anuncios de charlatanes y acudiendo a éstos se creen curados: recordemos el decir del buen Bertoldo, la profesión de la cual todo el mundo conoce, es la medicina; y, no hay nada que cautive más que el ignorar el efecto y los componentes de una medicina. Hipócrates dice que el mejor médico es la naturaleza misma. Seguramente este aforismo no es discutible, puesto que día a día vemos que sana el enfermo de un pie extrayéndole una muela.

Las aventuras que han lugar en la casa de los Duques, sirvieran para escribir todo un libro de comentarios, ¡tantas y tan sabrosas son! ¡plegue al cielo que lo realice alguna vez un ingenio! Pero no debemos olvidar una que es singularmente intensa, bella y humana: Don Quijote se halla mal herido, con la cara y la cabeza vendadas, el cuerpo dolorido y el alma no muy católica; la persecución amorosa de Altisidora lo pusieron en tan triste situación. Doña Rodríguez, tan fea como vieja, sabe que el esforzado caballero sabrá vengar un entuerto y consolar a una doncella, que ya no es, casándola con el malandrín que en tan poco tuvo la castidad de una heredera, pobre, de muchos títulos de Aragón. Don Quijote siente la angustia de la tentación, cree que una princesa bella, encarnación del Malo, viene en persona a tentarle; airado se pone en pie en su cama, se envuelve en la colcha y sobre las vendas coloca su galocha, espera una belleza y en lugar de ella se encuentra con la fea Doña Rodríguez; ¡es una fantasma! cree el buen Caballero, y en tono patético la conjura; la buena señora afirma que es casta y que es persona de este mundo, aunque no lo parezca; después demanda auxilio, cuenta las cuitas de su hija, la ex-doncella; pero como la lengua se mueve fácil-

mente, no tiene esqueleto óseo, dice también que Altisidora tiene un cierto aliento cansado y que la Duquesa misma lleva dos fuentes, para desaguar los malos humores, y por las cuales no mana precisamente, como afirma el de la Triste Figura, ámbar y algali, sino pestilente pus; Altisidora y su señora entran, apagan el velón, y a Doña Rodríguez le dan toda una tanda de palmadas en la región más gorda de su gruesa humanidad y al pobre Caballero una serie interminable de pellizcos. Este pasaje nos pinta dos cosas profundamente reales: Don Quijote es un enamorado casto, ama a la bella Dulcinea; todos los que aman, antes se dejarían arrancar diente a diente y verterían su sangre gota a gota, a faltar a lo que es una ilusión o un ensueño; además hay en nuestro sér ciertos estados de misticismo que nos enloquecen y nos fascinan; recordad a Palemón el estileta, al buen Antonio y a otros muchos que en la Tebaida fueron. La segunda parte de esta aventura fué contada por los viejos griegos y romanos; la fábula de Heros y Psyché es intensamente bella, el alma no puede conocer al amor, y el día que lo conoce, éste vuela; pero Cervantes sintió más humanamente el secreto; la mujer es un misterio, su alma es un arcano, quien quiera conocerla perderá ciertamen-

te mujer y amor; la Duquesa y Altisidora saben que alguien sabe de sus defectos, y con movimiento impulsivo e inconsciente dan una tunda a Doña Rodríguez y ponen en estado, que no digan dueñas, al valiente Manchego.

Otras muchas aventuras pudiéramos citar y comentar en este bello libro, pero nos sentimos débiles; para ello fueran necesarias péñolas mejor cortadas que la nuestra y escribir toda una serie de libros; terminemos, pues, estas tiernas añoranzas de ese monumento que fué distracción en la juventud y consuelo en la edad madura; terminemos citando una ley dictada en el Sinaí y que se encuentra en toda la obra de ese genio de los genios, y el cual, teniéndola hondamente arraigada en su corazón, tal vez no sabía que la comentaba y la desarrollaba tan intensamente en su libro: **Ama a tu prójimo como a ti mismo.**

CARLOS BARAJAS

(México, 1917).

III

Discurso sobre el "Quijote."

Ya por el mundo no andan de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor. Así que eternamente quedará sin segundo aquel espejo y flor de la gentileza, que debajo de las banderas de amor puso en olvido a los doce pares de Francia y a los caballeros de la Tabla Redonda; aquel desfacedor de entuertos que por soledades y despoblados jamás dejó de correr en ayuda de los flacos y menesterosos; aquel, digo, que puesto que se engendró en una cárcel, salió de ella glorioso, y tres siglos ha viene haciendo gala de su donaire por todo lo descubierto de la tierra.

Hado singular el suyo, que al resucitar la orden de caballería, sepultó en las entrañas del silencio a los antiguos andantes con los muchos libros que de sus fazañas estaban llenos. Pues siendo cierto

que entre aquellos cuya letura le dejó vacíos los aposentos del celebro, hubo algunos que escaparon en el donoso escrutinio, con todo eso, al fin royóles el corazón la polilla, en tal guisa que a la hora de ahora es un puñado de polvo la máquina de sus mentiras y disparates.

Y si uno de los que no cayeron en manos seglares ponemos aún sobre la cabeza, es porque en efecto la musa Caliope ayudó a tejer al divino Ariosto su variada y hermosa tela, en que bordados se miran los altos fechos de los paladines de Carlomagno con los sucesos de Rugero y Ferragús, de Agramante y Marsilio, de Atlante y Malgesí, de Bradamante y Angélica, moros, reyes, mágicos y doncellas guerreras, en resonantes versos lindamente cantados.

Que privilegio del arte y de la poesía singularmente es dar tan fuerte contextura y sangre tan roja a sus criaturas, que el espíritu, ya de sí incorruptible, logra en tamaño vaso resistirse lo mismo al tiempo que al olvido. De ahí que suela disputarse al bronce para guardar la figura de los que tanto pueden, y coronárseles la sien con hojas de laurel a quien el rayo no ofende. Esa es la causa de que su nombre sea grabado en piedra mármol y encerradas como preseas sus reliquias en el tem-

plo de la Fama. Todo lo cual es gloria, y es más, amor, reverencia, culto, que de gente en gente y de siglo en siglo, va dilatándose y creciendo y llenando el infinito espacio.

Lo que siendo así del Orlando Furioso, sube más altos grados en la historia del Ingenioso Hidalgo. Quítenseme delante los que osen imaginar, pensar o decir que hay otra de quien se sepa que los niños la manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden y los viejos la celebran, y que es conocida nación o lengua donde no se traduzca. Enhorabuena que Roldán, Orlando o Rotolando calce las espuelas a Don Quijote; mas así como nadie llegará a persuadirnos que aquél no fué tal y como el cristiano poeta lo da a conocer en sus peregrinos cantos, tampoco será posible encontrar quien niegue verdad tan manifiesta, cual es que alegró los horizontes del Toboso aquel sol de hermosura que mereció tener por caballero a uno tan valiente y esforzado como el Manchego, cuyas hazañas casi podemos decir que han sucedido en nuestros días. Ni malandrín encantador alguno será poderoso a defraudar de la gloria que en ellas cupo al saco de maldades y costal de malicias cuyo nombre retoza en vuestros labios. Al contrario, así en los presentes como en los pasados tiem-

pos, y no hay para qué añadir que en los venturos, de buen o de mal grado habrá de confesar todo el mundo que dama más hermosa que Dulcinea, caballero más enamorado que Don Quijote ni más gracioso escudero que Sancho Panza no se han visto ni verán nunca; siendo la razón y causa desto que aunque otros les aventajaran en buenas partes, jamás para encarecerlas habrá péñola que iguale la de Cide Hamete Benengeli.

Nadie la mueva. Colgada de la espetera donde la dejó su dueño, por remedar lo que solían los paladines con su espada y los poetas bíblicos con su arpa, no ludibrio del viento, antes insignia de nobleza y trofeo de gloria, como ha vivido tres siglos allí vivirá luengos más, en tanto se hable el idioma español, mientras se ame la virtud, se honre al ingenio y el fuego del arte dure en el corazón humano.

Tate, tate, Avellaneda, quier verdadero, quier fingido escritor tordesillesco. Hurtando a Cervantes, ya que no su pluma, el designio de su obra, bien habedes visto que tamaña empresa para él solo era guardada. Si al menos lo hubiérades hecho con la visera alta, hubiera aunque de lejos parecido vuestro ardimiento el del que se aventura en combates sin mirar que su enemigo sea un gi-

gante o sea un vestiglo; mas con haberlo hecho de solapa por afrentar de viejo y suelto de lengua a un buen soldado de Lepanto, merecida tenedes la malandanza y los baldones que sepultando sigan vuestro libro y fingido nombre y loca audacia y verdadera envidia.

Hágase a un lado el inquirir si fué un Aliaga ú otro que tal el autor del falso Quijote; que nada añadirán a la gloria de Cervantes la calidad y circunstancias de su émulo, ni ganará mucho la historia de las letras castellanas, sacando en claro lo que debiera condenarse a eterno olvido. Agradezcámosle antes la merced que nos hizo de poner acicates al genio; pues a no ser por él, hubiera quedado trunca la obra del escritor arábigo, sin esa segunda parte cuya invención es manifiesto que sobrepuja a la primera. Si me dejaran mentir la aventura de los leones y las bodas de Camacho, nunca lo consintieran el encantamento de Dulcinea y la visita a la cueva de Montesinos, y menos que otra cosa alguna, las burlas donairosas de los duques; siendo de notar que si de mano maestra, cabal y perfecto, resalta en la Primera Parte el tipo de Don Quijote, no así el de Dulcinea, no así el de Sancho, que apenas bosquejados estaban pidiendo, aquél la maliciosa travesura del Toboso

con la penitencia del socarrón escudero, y éste su gobierno de la ínsula Barataria.

De celebrar es también que, pretendiendo señalar los yerros de la Primera Parte del Cervantes, quisiera Avellaneda hacerla parecer quejosa, murmuradora, impaciente y colérica, cual lo son los encarcelados. Porque aun siendo innecesario rechazar el oprobio, échase de ver que se dolió de él Cervantes en que después de haber retratado a su héroe más valiente que enamorado, nos le pinta en la Segunda Parte más enamorado que valiente.

Para los sabidores de cosas anejas a la orden de caballería, hasta sin la manera que tuvo en armarse caballero y sin las finezas que hizo en las entrañas de Sierra Morena, las aventuras en que mostró el valor de su fuerte brazo son acabado ejemplo de las mejores hazañas andantescas, las cuales no despiertan por cierto ninguna de las tétricas ideas que el maldiciente crítico sugiere. El temerario con los molinos de viento y desalmado con el vizcaíno y los yangüeses, sabe ser compasivo con los galeotes y discreto y galante con Dorotea; por lo cual y por sus maneras desenfadadas, altivo talante y habla caballeresca, siquiera de la cima de sus conceptos se despeñe en los abismos de su locura, divierte siempre, admira y encanta.

Mal año para cuantos no gozaren con las pruebas de amor que llenan la Segunda Parte. En sólo manifestar sus pensamientos, sus sospiros, sus lágrimas, sus buenos deseos y sus acometimientos, pudiera hacerse un volumen mayor o tan grande que el que pueden hacer todas las obras del Tostado. Antes que en otra aventura se ponga, lo primero en que piensa es ir a tomar la bendición y buena licencia de la sin par Dulcinea, porque ninguna cosa de esta vida hace más valientes a los caballeros andantes que el verse favorecidos de sus damas. Así que por besarle las manos vuela derecho al Toboso; pero hallando escurecida la estrella de sus deseos, no es maravilla que allí desmaye y suelte las riendas a Rocinante. Con todo, Dios, su señora y su brazo le valen en la vitoria que alcanza del Caballero de los Espejos; a Dios y a Dulcinea se encomienda en la temerosa aventura de los leones; y únicamente porque conociera el mundo que, acorriéndole su dama, no había imposible que no acometiera y acabara, baja a la cueva de Montesinos. ¡O lloroso Guadiana, y vosotras sin dicha hijas de Ruidera, que mostráis en vuestras aguas las que lloraron vuestros hermosos ojos! Ahora es bien que sigáis llorando no tanto por el mal ferido Durandarte y la sin ven-

tura Belerma, cuanto por el cautivo Don Quijote, que allí conoció y habló a Dulcinea, sin tener de ella otra respuesta más de que le volviera la espalda y se fuera huyendo de priesa. Harto sabemos empero que su amor no fué de levante y recién venido o pintura sobre pintura, sino firme y pintado en la tabla rasa de su alma, tal que ni borrarle ni menguarle podían desdenes de su encantada o requiebros de Altisidora. ¡Ni cómo habían de poder, si para Dulcinea, la sola hermosa, la sola discreta, la sola honesta, la sola gallarda y bien nacida, era de masa y alfeñique, y de pedernal para las demás, las todas feas, las todas necias, las todas livianas y las de peor linaje: para ella miel y para las demás acíbar, como que para ser de ella y no de otra alguna le arrojó la naturaleza al mundo!

Si este pensamiento le fatigaba antes de ser vencido del Caballero de la Blanca Luna, mucho más le acudía y picaba después de caído: con que no sin razón pedía más afincadamente a los cielos que dieran su gracia a Sancho Panza para que cayera en la cuenta y obligación de azotarse por desencantar a su señora. Pero ¡guarda! que el taimado escudero no podía persuadirse que tuvieran que ver los azotes de sus posaderas con los dese-

cantos de los encantados. Aunque, bien mirado, sí tenían; porque debiéndose a Sancho el encantamento, nada más conforme a naturaleza que quien tal hizo tal pague. Una de las dudas que la Duquesa quiso que en sabrosa plática le asolviese, fué que pues nunca vió a Dulcinea ni le llevó la carta del Señor Don Quijote, cómo es que se atrevió a fingir la respuesta; a lo que recordaréis que, alzándose Sancho de la silla en que se sentaba, con pasos quedos, el cuerpo agobiado y el dedo puesto sobre los labios, anduvo por toda la sala levantando los doseles para cuidar que nadie le oyera, y luego, volviéndose a sentar, dijo que tenía a su señor por un loco rematado y le hacía creer lo que no tenía pies ni cabeza, como fué aquello de la carta y lo del encanto de Dulcinea, que le dió a entender que estaba encantada, no siendo más verdad que por los cerros de Ubeda.

Dios sabe si hay Dulcinea o no en el mundo, y si es fantástica o no es fantástica. Ello es que Don Quijote no llegó a verla nunca en su prístino ser y entereza, aunque oía a menudo su voz, cuando las estrellas entablaban su misterioso coloquio, en la calma de los bosques y en la soledad de su alma; voz que a las delicias del ensueño le llamaba blanda y amorosamente primero, con renaciente ve-

hemencia después, con todas las ansias del anhelo, que le henchía de suspiros el pecho y preñaba de lágrimas sus ojos. Por eso pasaba las noches en claro, atisbando entre los árboles o siguiendo el curso caprichoso de las nubes. Deseábala con tesón, buscábala con tanto ardor, que sin haberla antes conocido, podía creer que la hallaba dondequiera: sentía sin duda clavársele en el corazón los dardos de sus miradas y aun percibiría el crujimiento de la hojarasca bajo la presión de sus menudos pasos; mientras que a través de las inquietas trémulas frondas acertaría a distinguir, a las veces prendido y aun desgarrado por las ramas, su amplio, flotante y luminoso velo. Mas ¡ah! que a las primeras claridades de la aurora, a los primeros gorjeos de nueva vida, se disipaba siempre la visión encantada, como todo lo que es puro, como todo lo que es noble, como todo lo que es bello: casi de entre los brazos del sin ventura enamorado la mujer ideal huía, volaba, subía a la región serena, cual un rayo de luz que se recoge, cual una esperanza que se pierde.

Por la profesión que he recibido y cuantos juramentos hicieron los más famosos caballeros del orbe, que no es el menor mérito de Cervantes llegar a convencer a sus lectores de que Dulcinea

alienta como una mujer de carne y hueso, con el extremo de hermosura y grandeza con que su rendido caballero la pinta; a punto que siendo ella el alma de Don Quijote, sin parecer en la escena de su libro, llena todas sus páginas, en lo que se identifican y confunden un arte maravilloso y un amor eterno.

Creando un loco que discurre cuerdamente y pelea y triunfa por un dechado imposible de perfección y belleza, al igual de los grandes de España ganó Cervantes el derecho de cubrirse delante de los genios de que se ufanan otras naciones y otras lenguas: mas en lo que nadie le iguala y en lo que aventaja a todos, es en haber lanzado a la vida del arte un Sancho Panza, donde la crítica de Avellaneda y de cuantos Avellanadas pueda haber, se embota y estrella. «Sancho Panza es uno de los más graciosos escuderos que jamás sirvió a caballero andante: tiene a veces unas simplicidades tan agudas, que el pensar si es simple o agudo causa no pequeño contento: tiene malicias que le condenan por bellaco y descuidos que le confirman por bobo: duda de todo y créelo todo; cuando pienso que se va a despeñar de tonto, sale con unas discreciones que le levantan al cielo.» Con sólo nombrarle hay para reír de los baldones

de quejosa, murmuradora, impaciente y colérica que a la historia cervantina arroja el escritor tordesillesco; así como a la primera comparación del Sancho de un Cervantes con el de un Avellaneda, se deja ver cuán grande es la distancia que separa al genio y a la envidia.

En las pláticas y sabrosos razonamientos que pasaron entre Don Quijote y su escudero, mejor que en las descripciones y discurso de la obra, es donde florece y brilla majestuoso y gallardo el idioma español; donde el estilo del maestro derrochó su ingenio y su gracia; donde, apartándose de modelos y siguiendo solamente su propio impulso, estampó su sello de manera que a proclamarle obliga único y sin rival. Allí el escollo de los traductores, la admiración de los gramáticos, la desesperación de los imitadores; allí también la causa de que se pasen en silencio los descuidos, los olvidos y los defectos, y de que, queriendo disculpárselos, se llegue hasta elogiarlos.

Todavía sin embargo no es allí donde su alto valer está. Al apoderarse del libro, ha solido la filosofía presentarle como espejo de la vida humana, en que ve cada uno fielmente su propia imagen, con sus mismas aspiraciones, sus mismos hechos y reveses, por lo que a todos contenta y cuadra a

todas las edades. Regocija en efecto al niño, enseña al mozo y hace pensar maduramente al hombre. Este natural afán de sobrevivirse y dilatar su nombre por el ancho espacio y el curso interminable de los siglos, ¿es puro desvarío? ¿El amor grande y leal, un imposible? Sufrir hambres, sedes y rigores, y despreciar la vida por el bien ajeno, y negarse a sí mismo por acorrer al huérfano, a la viuda, al menesteroso y al oprimido, ¿será locura que en los palos y molimiento de costillas encuentre la sola y justa recompensa? A todas estas preguntas y otras más responde Don Quijote sin decir palabra, entrando hoy en esta corte con el aparato que él se imaginaba: los nobles le siguen; la juventud le aplaude; las damas por mirarle se paran a las finiestras de sus palacios; y los emperantes le acogen en medio de músicas y flores. La gloria no es un sueño, Dulcinea desencantada recibe en sus brazos al bien criado, al valiente y generoso caballero.

Los autores de obras de entretenimiento suelen dejar en ellas su propia historia. Al animar a sus ficciones soplan en ella la pasión que los domina, por encaminarlas adonde ponen el logro de sus deseos, de lo que pudieran citarse infinitos ejemplos, a no hallarse uno tan vivo en Miguel de Cervantes

Saavedra, que, como dejó escrito, aunque parece padre, es padrastro de Don Quijote. Significó así que, viniendo el famoso Manchego por línea recta del linaje de los Amadises y Esplandianes, a él sólo debe la vida artificial de sus aventuras y nombrados fechos, o sea la crianza y las inclinaciones, lo que hace que cuanto se dice de la obra se entienda dicho de su autor.

Sin duda que se le hace pensar y decir más de lo que pensó y dijo en su libro; pero cabalmente en eso estriba su alto y verdadero mérito. Fecunda labor la del que siembra y se queda corto en calcular cuántas y cuáles flores ha de producir la simiente y en qué número ha de cogerse el fruto. Dichoso el que logra plantar un huerto en que al lado de Alonso Quijano el bueno, se agita un Sancho malicioso y sensual, y en que si también pasean dándose la mano, el interés y la licencia, la fraude y el engaño, dondequiera asoma para todos el ideal que personifica Dulcinea. Allí es donde, ya anciano, y pobre, guardó el manco de Lepanto, con el tesoro de su alma, el único de su vida: su fe en Dios, su amor al bien, su respeto a la verdad, su culto a la belleza; simiente que en flores y frutos ha sobrepujado a sus mayores y más lisonjeras esperanzas, como lo dicen tres siglos que ante su

memoria se inclinan y con el entusiasmo de Dante por Virgilio le aclaman: *tu duca, tu signore e tu maestro.*

PRIMO FELICIANO VELAZQUEZ
(C. de la R. Academia Española.)

México, 1917.

CRONICAS DE LA GUERRA

La risa trágica de Bernard Shaw.

II

Impresiones de una excursión al campo de batalla.—La técnica de la guerra.

Mis ideas sobre la técnica de la guerra no se fundan en la autoridad de los peritos que he consultado, sino en mis observaciones de civil y en el sentido común, y deben tomarse por lo que valen.

Lo primero que se me ocurre es pensar que si los grandes cañones tuvieran la precisión que se pretende, o algo que se aproximara a esto, la guerra terminaría en dos días. Los ejércitos podrían cortarse mutuamente las comunicaciones, y, consiguientemente, cortarse el aprovisionamiento de víveres a un costo insignificante.

En el frente del Somme, los alemanes, que ocuparon recientemente unas posiciones británi-

cas, saben tanto acerca de ellas como nosotros. Nuestros aeroplanos nos han proporcionado fotografías de las posiciones alemanas. Las proyecciones estereoscópicas e interpretaciones de estas fotografías han llegado a tal perfección, que ahora son práctica y completamente comprensibles.

El contribuyente británico lee que los grandes cañones pueden alcanzar blancos invisibles más allá de las cumbres de las montañas, y está informado de cómo un aviador, con un aparato radiográfico, puede desde un punto en el empíreo, enviar a los artilleros observaciones para corregir el tiro, a fin de asegurar la destrucción de todo lo que está al alcance de su vista de pájaro. El contribuyente británico, que sabe que las granadas cuestan algo que se acerca a mil libras esterlinas cada una, y que un pequeño proyectil puede aniquilar doce hombres, destruir una línea férrea y remover una carretera hasta hacerla intransitable, por lo menos durante dos horas, se inclina a pensar que cinco millones de granadas pueden barrer del haz de la tierra a toda la nación alemana, y que doce granadas por día y por camino, cortarían el aprovisionamiento de víveres y municiones del enemigo, obligándolo a ponerse de rodillas a las cuarenta y ocho horas. Cuando ve que no sucede nada de eso y se le pide que encuentre el dinero suficiente para cubrir los más

extravagantes cálculos de gastos, conduciendo la guerra a un fin rápido y decisivo, diez veces en cada semana se siente tentado a quejarse de que algo debe marchar mal, que los ejércitos no hacen realmente lo que pueden, que los reyes y los que se aprovechan intrigan para hacer perpetua la guerra, que los generales son inútiles y debieran ser suspendidos, y que una más resuelta prosecución de la lucha debería llevarse a cabo, aunque fuera mediante el recargo de nuevos y extraordinarios inconvenientes para él y para sus vecinos, siempre que con ello se produjera un sensacional aniquilamiento de los hunos.

Ahora bien, yo como «amateur» y como civil, no debo aventurarme a decir que los instrumentos de guerra no son los instrumentos de precisión; pero puedo, y lo hago, decir sin riesgo de que me contradigan, que las cosas que debieran suceder si fueran instrumentos de precisión no suceden, a pesar de que existe, sin ningún género de duda, el deseo del soldado de que las cosas a que aludo se realicen. Si tales cosas sucedieran yo no estaría vivo para contar el cuento. Para hacer sobre el papel las correcciones necesarias para el tiro de un gran cañón, necesita el oficial calculador cinco minutos; yo necesitaría hora y media; pero cuando la corrección está hecha y el cañón es disparado, una docena de condiciones, la presión atmosférica

y sólo Dios sabe cuántas cosas más, inutilizan toda corrección y hacen vacilar los eternos principios. Cada bala tiene su boleta de alojamiento. Tenéis que disparar cinco mil granadas para conseguir que una llegue al blanco; por consiguiente, si no estáis muy bien provistos de municiones, no disparéis en absoluto.

Yo permanecí asombrado delante y detrás de las baterías británicas, mientras cañoneaban a los alemanes con indiferente prodigalidad. Estábamos a fácil alcance de los cañones alemanes y yo esperaba que éstos respondieran. No hubo tal respuesta. El querido «boche» evidentemente consideraba que granada ahorrada es granada ganada. Como el romano sitiado destruía las esperanzas del sitiador arrojándole panes, nosotros hacíamos la ostentación de nuestros recursos lloviendo granadas sobre los alemanes como si fueran huevos a 16 por chelín.

La última vez que estuve con Ricardo Strauss nos hallábamos de pie en el patio de una casa de Londres escuchando una banda de extraños instrumentos procedentes de Barcelona, que hacía vibrar nuestros diafragmas con su terrible «fortísimo»; y nuestro grito era: «¡Más fuerte!», «¡más fuerte!» Pero las atronadoras baterías del Somme eran aún mejores que la orquesta de Barcelona y me encontré, de repente, deseando que Strauss

estuviera conmigo y las disfrutara. En el frente no odiais a vuestro enemigo, aunque vuestro destino sea combatir con él y matarlo. El odio es una de esas cosas que se hacen mejor en casa, y generalmente permanecéis en vuestra casa para sentirlo. Comprobáis que el querido «boche» ya no os hace fuego, por la simple circunstancia de que vosotros lo hacéis. El dispara cuando quiere destruir algo y sólo entonces. Mi opinión es que, a pesar de toda la devastación descripta en mi artículo anterior, él no destruye ese algo sino por casualidad.

Me ha quedado tan pobre opinión de los altos explosivos, que creo que deberíamos volver a la pólvora negra de Waterloo, si es que fuera posible transportar la gran cantidad de ella que ahora se necesitaría. Ya he descrito cómo las casas de Iprés estaban todavía en pie, aunque prácticamente cada hogar había recibido el choque de una granada de altos explosivos. Hacen prodigiosos agujeros estas granadas, y lanzan grandes masas al cielo con volcánica energía; pero el cielo se encuentra justamente donde no lo desea ni la menos ardiente aspiración de los combatientes.

Un explosivo de expansión más «terre a terre» sería más útil. Podría él derribar una casa rompiéndole los tobillos, en vez de golpear primero el techo haciéndolo caer adentro para luego muy superfluamente volarlo otra vez. Energía lateral y

no vertical es, lo que a juicio de un «amateur», se necesita. Ruego a los inventores tomen nota.

La combinación de la imprecisión con la más estrecha localización del efecto, conduce a una impunidad bajo el peligro que resulta increíble para el hombre que se queda en casa. He visto una fundición de acero, una de las más grandes de la región, con hornos visibles durante la noche desde doce millas de distancia, trabajando a toda fuerza en las mismas narices del servicio aéreo alemán. Sin embargo, en todos estos meses sólo dos bombas han sido arrojadas a los hornos, y ninguna de ellas los inutilizó o les ocasionó daños dignos de mención. Sus riesgos a causa de accidentes propios eran mayores que los que corría a causa de las máquinas de destrucción, y puestas en juego contra ellos por sus poderosos enemigos.

La escuadrilla aérea británica que me hospedaba por las noches, ha desechado las cámaras fotográficas de los observadores y las bombas. Ahora es simplemente un cuerpo de duelistas. Sus máquinas conducen solamente un solo hombre, y éste, con una mano en el volante y la otra en la ametralladora, se arroja sobre cualquier alemán que encuentra en el aire y le hace comprender, por los efectos, como el guerrero shakespeariano, que «para uno de nosotros o para ambos la última hora ha llegado».

En la estación de aviación en que me encontraba, el oficial comandante, al mostrarme el cuerno de alarma que anunciaba que los hunos estaban cerca, tocó accidentalmente un botón y se oyó un sonido. Antes de que se pudiera explicar que se trataba de una falsa alarma, un caballero errante se lanzó de un salto al espacio y pasó una hora buscando un enemigo imaginario. Para crédito de uno de mi propia profesión, permítome añadir que el oficial comandante era un famoso autor y que manejaba su escuadrilla de voladores sin mayor esfuerzo. Me era fácil comprender cómo aquel hombre, que ha producido comedias modernas, podía realizar aquel juego de niños. Por supuesto, no quiere decir que el duelismo en el aire haya reemplazado a la observación, a la fotografía, al lanzamiento de bombas y a la dirección del tiro. Allí, como en otra estación aérea, tuve oportunidad de ver un aeroplano de dos asientos, con todos los aparatos necesarios, incluyendo los inventos necesarios a la mira, mediante los cuales el arrojar una bomba puede ser un acto tan preciso como disparar un fusil en los campamentos de Bisley. Los duelistas me han hecho comprender de nuevo que el hombre es todavía el instrumento de precisión por excelencia No tenéis que enviar mil aviadores a hacer la obra de uno; pero estáis obligado a lanzar mil bombas para que hagan el

trabajo de una sola, y después de todo hay muchas probabilidades de que no lo hagan. Insisto en estos puntos (siempre invitándoos a que recordéis que no tengo autoridad y que sólo expongo las deducciones de las observaciones de un «amateur») por dos razones. La primera que ello es un beneficio para aquellos que, teniendo sus maridos, hijos, hermanos o amigos en el frente o que se hallan bajo instrucción para someterse a las terribles pruebas de la lucha, están atormentados por la idea de que nada puede escapar por mucho tiempo a estas formidables máquinas de destrucción, que tienen ojos en el aire y cuya trayectoria puede ser determinada tan exactamente mediante sus miras perfeccionadas y sus cuidadosamente calculadas correcciones, que pueden matar a un hombre infaliblemente a 15 millas de distancia. Ellas pueden hacerlo en efecto, ¡oh, inquietos!; pero por una causa o por otra no lo hacen. El comandante en jefe, con quien pasé una muy agradable tarde, tuvo la bondad de hacerme presenciar una serie de experimentos de ciertos terroríficos medios de destrucción que estremecerían al más atrevido héroe. Sin embargo, los bien templados guerreros que ensayan y afrontan estas cosas, reían y hacían ofertas con respecto a ellas, que me recordaban muy nítidamente las apuestas que mis colegas de la vieja sacristía de San Pancracio

acostumbraban a hacer cuando descubrían un nuevo método que revelara los gérmenes de una enfermedad mortal en la leche. Ellos, por una apuesta de media corona, se bebían un cuarto de litro de esa leche y nunca pagaron su imprudencia con el castigo que la ciencia declaraba inevitable. El peligro de estas máquinas infernales es real y bastante tremendo; pero ellas no pueden buscar a su enemigo como lo hace el hombre.

En Iprés, cuando se lanzaban gases, los soldados de un regimiento, víctimas de sus efectos, se se alineaban en los caminos, tosiendo hasta despedir los pulmones, presa de horribles tormentos. Otro regimiento, no intimidado por el espectáculo, cargaba por enmedio de ellos y avanzaba hasta llegar al gas. Sin duda alguna, estos milagros no pueden ser explicados, pero ocurren. La moraleja de ello es: «No os precipitéis. Dad al diablo los buenos días. La vida es muy incierta en el frente; pero también lo es la muerte. Lo inevitable siempre sucede».

La segunda razón de mi insistencia es que al antes aludido contribuyente británico debe enseñársele que la guerra no es precisa ni económica. Es un derroche casi inconcebible y extravagente. Ella nos incendia la casa para asarnos el cerdo y muy raras veces lo asa. En efecto, es un juego de azar en el que el ciudadano alemán y el ciudadano

británnico deben emplear la imposible martingala de la dobla o retirarse. El alemán economiza municiones sólo para derrocharlas locamente cuando se empeña la batalla. Nosotros estamos haciendo gastos con indiferencia y continuando la lucha, porque nuestro pobre corazón encuentra en ello una alegría. Y además, porque hemos pensado que la extravagancia compensa. Sin cálculo o con cálculo, hay que reconocer que el derroche es la ley en la guerra moderna, y que nada es barato en el campo de batalla, si se exceptúa la vida de los hombres. Dad a vuestros soldados morteros de trinchera suficientes, y ningún enemigo podrá vivir en sus posiciones o escapar de ser enterrado vivo en los abrigos. Pero el kaiser puede decir otro tanto y con igual certeza. Por consiguiente, contribuyente amigo, resignaos a esto: podremos combatir bravamente, combatir arduamente, combatir por largo tiempo, combatir con astucia, combatir despreocupadamente, combatir de ciento cincuenta modos; pero no podemos combatir por poco precio. Esto significa que debemos organizarnos para aumentar la producción. El simple ahorro no gana batallas. Si destruímos con una mano, debemos crear con la otra. Una nueva moraleja de todo esto es que los gases, los venenos, los proyectores de llamas que nuestros enemigos pueden inventar y nosotros copiar son «quantité

negligeable» como factores de la victoria, comparados con el aumento en número y precisión de las armas, que matan al por mayor. Podéis aumentar la precisión, no sólo perfeccionando el arma, sino manteniendo la cabeza en buenas condiciones cuando la empleéis. El terror o el odio son malos para la cabeza. El hombre que dice: «daré vueltas a la manivela de mi ametralladora; pero no odiaré a mi enemigo», tiene más probabilidades de herirlo. Aquel que entierra su hacha, tiene más probabilidades de enterrarla en el cráneo de un respetable enemigo que de herir sus propias espinillas.

G. BERNARD SHAW

LOS CANTOS DE LA GUERRA

Balada.

—Dime, abuela, ¿por qué ahora,
que son las noches galanas,
no están las rejas floridas
ni hay alegres serenatas?
—Es que han partido a la guerra
los galanes que rondaban
y ya no ponen las novias
sus floridas enramadas.
—Y dígame, la mi madre,
¿por qué en las guerras se matan?
Yo vi pasar los guerreros
con bellos cascos y lanzas,
banderolas y rondelas,
que fulgían como plata.
-Eso que tú viste, niña,
con tan marcial arrogancia,

eran los torvos corceles
de la muerte, que pasaban.

—Abuela, lloran los niños
porque el hambre les acaba,
y van gimiendo las viudas,
locas y desmelenadas.
—Es que ha estallado la guerra
y han incendiado las fábricas,
y no hay quien labre el terruño,
y no hay ni abrigo ni hogaza.
—¡La guerra es un crimen, madre!
—Pero los reyes la mandan,
y los rebaños humanos
sin saber por qué... se matan.
—He visto volar los cuervos
en fatídicas bandadas
y los canes vagabundos
ladraron en lontananza.
—Eran los fieros mastines
de la Muerte los que aullaban.

Fulge, sangriento, Saturno;
hilan sin cesar las barcas,
y el crimen habla al oído
de las testas coronadas.
—Madre, ¿tornará aquel mozo
que tan rendido me hablaba?

—No tornará, porque es muerto
en una tierra lejana,
y aunque ha muerto como un héroe,
¡su madre cómo lloraba!—
La niña baja los ojos
todos velados de lágrimas.
—¡Malhaya la guerra, madre,
que mis amores me mata!
—Niña, lo mandan los reyes
por el honor de la patria,
y diz que tienen la honra
en la punta de las lanzas.
En sus aúreos camarines
sueñan los fieros monarcas
con la gloria refulgente
que les cubre con sus alas.
Y, de noche, en los distantes
campos de horror y matanza,
bailan la Muerte y el Diablo
una alegre zarabanda.

EMILIO CARRERE

Ya se van los quintos, madre...

Ya se van los quintos, madre;
ya cruzan el robledal.
Dejan la tierra sin brazos
y los campos sin segar.
Tórnase en hierro de guerra
la herramienta de la paz.

Ya se van los quintos, madre;
sabe Dios si volverán.

***

Ya se pierden por la sombra,
río arriba, en el pinar;
por aquel sendero blanco
que se borra en el canchal.

Ya se van los quintos, madre;
sabe Dios si volverán.

***

Veo el ramo de amapolas
en su mano rojear;
gotas de sangre cogidas

al paso por un trigal.
Dios no quiera que la suya
vaya otro campo a regar.

Ya se van los quintos, madre;
sabe Dios si volverán.

***

Tornaron cuando las hazas
eran promesas de pan.
Ya anidaban las cigüeñas
en la torre del lugar.
La blancura de las cumbres
era en el valle cristal.
La pobre madre reía
junto al fuego del hogar.

Ya se van los quintos, madre;
sabe Dios si volverán.

***

Aquel uniforme majo,
guardado con tanto afán
en el cofre, que aromaban
perfumes del tomillar;
el uniforme que hacía
tan caballero al zagal,

vuelve la madre, con llanto,
del arca vieja a sacar.
Por campos y por ciudades
resuena un aire marcial.
Ya se pregona la guerra
del otro lado del mar.

Ya se van los quintos, madre;
sabe Dios si volverán.

***

—Brota sangre de una herida
que no logro restañar;
sangre que apagó mi fuego,
sangre que me amarga el pan.
Que fuí madre de otro mozo
que se marchó del lugar,
por aquel sendero blanco
que se borra en el canchal,
cuando el sol de las cosechas
era un dulce sol de paz...
Y las cigüeñas volvieron;
pero el pulido zagal
murió con mozos hermanos
al otro lado del mar.
—Es la patria quien lo pide,
madre, cesa en tu llorar.
—Pobre patria la que deja,

bajo un dulce sol de paz,
la campiña sin sus brazos
y los panes sin segar.
¿Por marchar el hijo mozo
cosechas se lograrán;
habrá abundancia en las trojes
y alegría en el lagar?
—Es la patria quien lo pide.
—¿Patria que tristezas dá;
patria que entierra a sus hijos
al otro lado del mar?

Ya se van los quintos, madre;
sabe Dios si volverán.

ENRIQUE DE MESA.

LÍA Y RAQUEL

(CUENTO)

Eran dos hermanas, las dos hermanas de todos los cuentos, y, como las dos hermanas de todos los cuentos, una rubia, morena la otra; sólo que aquí la rubia era hermosa y la morena era fea y contrahecha. La rubia era la guapa de la familia, aquella para la cual se compran las telas y las joyas, la que el papá y la mamá invitan con insistencia al teatro y a visitas, en tanto que dicen a la otra: «Tú no has de querer ir, verdad?; debes estar cansada»...

La morena era una verdadera «Cenicienta,» la Cenicienta sin encanto de esta historia sin interés; una Cenicienta cuyo pie no iría nunca a buscar el príncipe maravilloso para calzarle el chapín de cristal hallado en el camino ..

Era tímida, como lo son generalmente las mujeres contrahechas, y sus ojos parecían pedir a todo el mundo perdón de atreverse a brillar; perdón del desacato de ver cómo los otros (los ojos que son bellos y amados), el jubiloso color de rosa de las mañanas, el oro en sazón de los mediodías y la austera opulencia de las tardes: la fiesta de las hojas y las flores en la landa y la majestad del cedro en la montaña; el raso trémulo de los lagos y el azul pensativo de los cielos...

Sabía la fea (a la que llamaremos Lía, en memoria de aquella triste hermana de Raquel, de ojos pitañosos, que Labán puso con vergonzante cautela en el lecho de Jacob como premio de siete años de trabajo), sabía la fea ejecutar mil primores: era, como las augustas reinas que hilaban en la rueca sus telas y sus sueños, verdadera maga de cuyos dedos salían prodigios: ¡cuántos tejidos, que parecían, tal era su finura, hechos con los propios «hilos de la Virgen» o con la substancia misma de la ilusión! ¡Cuántos manjares dignos de la mesa de un emperador! y, con esto, una pericia elegante y suave para tocar el piano y el arpa.

Lía había aprendido desde temprano que era preciso vestir su fealdad, vestirla de algo para que fuese menos ingrata ante los ojos de los hombres y

la había vestido de inteligencia, de bondad y de amor. Su alma era una piedra preciosa, cuyo mayor mérito consistía en un instinto incalculable de sacrificio.

Era Lía uno de esos séres llenos de misericordia y de abnegación, que siempre ceden su parte en la vida y tornan, si es posible, más desnudos que los otros a la eternidad.

Abundan por cierto tales séres en la familia hispano-americana: casi siempre hay en una casa una Cenicienta que da su parte a los demás y que se siente feliz por haberla dado. Almas raras que nacen atormentadas por una misteriosa sed de oblación, divinas sitibundas que jamás se sacian de sacrificio: Lía era como éstas.

Si acertaba a cocinar uno de esos manjares sabrosos y deleitables que son la alegría de una mesa, todos menos ella lo gustaban, porque era su placer que lo gustasen todos, prometiéndose gustar ella lo que quedara, y por lo común nada quedaba.

Siempre llegaba tarde para recibir el bien, semejante al poeta de la fábula, que se presentó después de todos ante Jove cuando ya estaba hecha la total repartición de las heredades del universo mundo.

Si su hermana, tras de haber derrochado sus haberes, tenía un capricho, estaban ahí los ahorros de Lía. Si su hermana, a la que llamaremos Raquel para apurar el símil bíblico que usamos al principio, cometía un yerro, Lía echaba sobre sí la culpa y recibía sin protestar el condigno castigo. Lía era quien rompía siempre los platos, quien perdía los dedales y las tijeras, quien acababa primero con los trajes, quien quemaba la leche de los postres, quien se dejaba robar por las criadas.

Lía tenía siempre la culpa: era éste un principio establecido en la casa.

Y era Lía también quien dormía en el suelo, sobre una estera, a hurtadillas de sus padres, cuando huéspedes inesperados llegaban y faltaba un lecho. Lía era quien al alba estaba de pie, disponiéndolo todo, recorriendo la casa como una bendición mientras que los demás holgaban entre sábanas, disfrutando de esa voluptuosa e interminente prologación matinal del sueño.

***

Pero un día aquella alma desnuda de todo, hasta de deseos, sintió que llamaban paso y con insistencias a su puerta, y pálida se estremeció: el que llamaba así era el amor.

Entre el enjambre de muchachos que cortejaban a su hermana, bella como éxtasis, y a quienes Raquel correspondía con un amable y coqueto desdén «colectivo», uno, Carlos, guiado quizás por secreto instinto, había ido poco a poco alejándose de la hermosa para acercarse directamente a Lía, a la pobrecita Lía, tan callada, tan fea, tan pálida y tan triste, adivinando quizá la santa piedra preciosa de su espíritu.

Era Carlos un muchacho silencioso también y pensativo; probablemente un ideólogo, un poeta, un sentimental que empezaba por confundir el amor con la misericordia.

Lía tuvo miedo al principio, un miedo terrible de engañarse; luego, siguiendo su avasalladora tendencia al sacrificio, miró hacia todos los lados en la zona de su vida, para ver si alguno de los que pasaban, necesitado de amor, le pedía el de Carlos, a fin de dárselo... Mas nadie apareció en el camino, nadie se dió cuenta de que Lía era poseedora de un cariño muy grande, muy grande, y entonces, la infeliz (como el niño mendigo que tropieza en la calle con un juguete, vuelve tímidamente la mirada en derredor por miedo de que algún niño rico le reclame el hallazgo y le pegue, y al ver que nadie le persigue, se aleja glorioso,

recatando su tesoro) echó a correr con su cariño escondido en el más casto escondrijo de su alma, al rincón más apartado de su vida, y ahí se llevó aquel amor recién nacido a los labios, con unción infinita y púsose a besarlo, dulcemente, muy dulcemente, primero; después como una insensata, en un inopinado despertar de vida, presa de una poderosa conflagración de anhelos y temores y esperanzas...

¿La amaba Carlos? ¡Oh! sí, sin duda; no hay en el mundo un ser bastante malo para burlarse de una fea hasta el punto de sacudir con engañifas la virginidad callada, hermética y pudorosa de su alma... ¡Carlos no era malo, y Carlos le había dicho que la quería así como era, morena, muy morena, bajita, muy bajita, contrahecha, canija, ñoña y mísera! Tenía, sin embargo, un miedo cerval de que aquello se trasluciera, miedo y vergüenza, y no cesaba de suplicar a su Carlos generoso:

—¡Por Dios, no lo digas por Dios, que nadie lo sepa—y añadía para su coleto—: ¡Si supieran que poseo este tesoro y viniesen a pedírmelo... tendría que darlo!

Pero nadie lo supo, por más que magüer el disimulo de ambos, metódico y reconcentrado, era

tan fácil darse cata de ello con sólo mirar los pobres ojos de Lía, aquellos ojos llenos ahora de felicidad, y que la iban proclamando «a grito herido», como si dijéramos, por toda la casa, y por toda la ciudad y por toda la vida...

Lo que aconteció fué diferente y monstruoso, dentro de la monstruosidad consuetudinaria de la existencia: aconteció que Raquel empezó a enamorarse de Carlos. ¿Por qué? Por una razón muy sencilla: porque Carlos era el único que se sustraía a sus encantos inefables; el único que, sin que ella pudiera comprender la causa, le negaba el pleito homenaje, y— ¡esto es y ha sido siempre tan humano!—nació en ella como en tantas otras en casos semejantes, un capricho, un capricho de conquistadora desdeñada, que se apercibe a luchar con el arsenal de todas sus gracias, que echa mano de todos sus recursos. Empero el ímpetu de la hermosa se estrelló ante la inconsciencia de Carlos. Entonces el capricho se volvió amor.

Carlos no se dió cuenta al principio de los sentimientos que inspiraba. Estaba serenamente asomado al alma de Lía... Pero al fin los ojos azules de Raquel empezaron a turbarlo. Lía tampoco se había dado cuenta de nada; amaba en pleno recogimiento y en absoluto éxtasis... Pero al fin fué

nevando sobre su espíritu la frialdad creciente, lentamente creciente, imperceptiblemente invasora de Carlos; y un día, después de muchos meses en que los ojos maravillosos y los encantos todos de Raquel habían hecho su obra, y en que la misma dificultad y lentitud de esta obra había acabado por enamorar locamente a la bella testaruda, ésta dejó que saliera de sus labios un turbulento grito de conciencia.

—¡Hermana, hermana; yo sufro mucho, yo estoy enamorada de Carlos!

Lía sintió al oir el grito lo que el niño del símil cuando le piden el juguete que habían encontrado; algo como un rápido y doloroso convencimiento que podría traducirse con estas palabras o con palabras semejantes a éstas: «¡Es claro! ¿Cómo pude yo pensar que era para mí una cosa tan bella? Pues qué, ¿he tenido yo algo, alguna vez en la vida?»

Pregunta esta última, formulada íntimamente, con naturalidad y sin la menor sombra de despecho; porque el instinto de sacrificio ingénito, la tendencia idiosincrática a la oblación, habían ido borrando toda idea de derecho propio y de posesión en aquella alma... casi toda idea de individualidad.

Sin embargo, fuerza es confesarlo: Lía se defendió esta vez; tuvo un impulso, ¡el único de rebelión! No tan aínas se arranca del corazón lo que es ya su vida, su luz y hasta su propia substancia:

—No— respondió Lía;—tú no estás enamorada de Carlos...

E iba a añadir: «Carlos me quiere. ¡Me lo ha contado!»

Pero no lo dijo. Raquel, abrazándola, como siempre que quería obtener algo de ella, dejó escapar un torrente de palabras:

—Sí, lo quiero, hermanita; lo adoro; es el único hombre que he querido en mi vida; es preciso que me ayudes, que me ayudes con papá, con mamá, con él mismo... ¿he? ¡Tú no sabes cuánto le quiero!

Lía se asió a la última esperanza débily alirrota que pasaba:

—Pero Carlos... ¿te ha dicho algo?

No; Carlos no le había dicho nada aún. Carlos tenía vergüenza y remordimiento. Carlos será bueno en el fondo (como todos los infidentes y los tránsfugas). Pero, en primer lugar, si se llegó hasta Lía fué porque, visto al principio por Raquel, rodeada de amadores, con cierto desdén, no cupo

en el número de sus probalidades la de ser amado por ella; y luego, porque Lía estaba tan sola y era tan desvalida y tan pequeñita dentro de la existencia que la compasión se vistió de cariño... Mas ahora Raquel venía hacia él desplegando todas sus gracias «hemosa como la luna, resplandeciente como el sol, terrible como un ejército ordenado en batalla»... ¿Cómo resistirla?

***

—Lo quiero mucho, hermanita, ayúdame...— Lía enmudeció algunos segundos... los pocos segundos que ella necesitaba para una oblación, y luego besó a Raquel con un beso suave, cuchicheándole al oído:

—¡Sí, hermanita; yo te ayudaré!

Al día siguiente Carlos recibía estas breves líneas:

«Carlos: Mi hermana le quiere a usted y usted quiere a mi hermana: yo, por mi parte, había imaginado quererle; pero me engañaba: le quería sólo en nombre de Raquel y mientras llegaba...¿Desea usted hacerme feliz?, pues hágala dichosa.»

***

Esto que refiero pasó hace muchos años. Raquel se casó con Carlos y hoy es una venerable abuela. Lía, después de haber sido una verdadera madre para los hijos de Raquel, por los cuales se sacrificó siempre, era una segunda abuela para los nietos, por quienes también empezada a sacrificarse.

Pero en la pasada primavera una pulmonía se la llevó a la tumba, y la noche en que velábamos su cadáver observando con pena que ni la muerte, que es una gran embellecedora, había logrado embellecerla, un viejo amigo de la casa, católico él, me llevó al hueco de una ventana para decirme con acento piadoso:

—Ahí donde usted la ve, es muy pesible que esa buena de Lía esté a estas horas en el infierno...

—¿Por que?—le pregunto sorprendido.

—¡Ah!—me respondió alisándose la barba, ademán que le es peculiar—porque si encontró en el camino de la muerte a un pobre réprobó, es muy capaz de haberle cedido su bienaventuranza y de haberse hundido ella en su lugar en el infierno por toda la eternidad...

AMADO NERVO

GUILLERMO JIMÉNEZ [1]

Acabo de leer el elegante tomito de cuentos *Del Pasado* y de releer *Almas Inquietas*, de Guillermo Jiménez, y bajo la influencia de esa impresión tomo la pluma. Todos esos cuentos son cortos, brevísimos, de la naturaleza de aquellos que casi no se escriben en nuestro país. El procedimiento de que se vale el autor para hacerlos interesantes, es muy sencillo: toma la narración en el punto crítico del argumento, y forma con ella un cuadrito de patética intensidad. Nada de antecedentes nada de consecuencias; los personajes aparecen de súbito, desempeñando rápida y concisamente su papel; súbese de improviso a la culminación del relato, y todo termina de golpe. Puédense comparar las creaciones de Jiménez a un hilo representado por un solo nudo; desátase éste, y el hilo queda roto sin más preámbulo.

(1) A continuación reproducimos dos trabajos de este escritor.

Tal forma de contar podrá tener inconvenientes por el aislamiento en que los hechos y el escenario se exhiben; pero dispone, en cambio, de una ligereza embriagadora, de una actividad que se desenvuelve sin tardanza, libre de circunloquios, de desleimientos y de fatiga. Pónese a la vista el caso concreto, sin accesorios estorbosos, y se asesta el golpe duro, rectilíneo, sin misericordia. Figúranseme tales ficciones, consignadas en las blancas páginas del libro y sueltas y aisladas de todo contacto ambiente, rosas sanguíneas dispersas sobre blanco mármol, sin tallos ni raíces.

Hondo interés despiertan esos desenlaces instantáneos, esas centellas vivísimas, esas ráfagas de cegadora luz que brillan cuando menos se espera, y se apagan apenas nacidas, como misteriosas luciérnagas que fosforescen en el seno de lo invisible. La misma falta de preparación, la misma carencia de antecedentes de lo que se refiere, rodea y aprisiona el argumento en una como atmósfera de misterio, que queda vibrando más acá y más allá de la narración; de tal suerte, que puestos en movimiento los ocultos resortes de la fantasía, ábrense de par en par las puertas de la ficción personal, y échase ésta a dibujar a su propio riesgo, arabescos y figuras en derredor del cuadro trazado por el artista.

He comparado los cuentos de Jiménez con ro-

sas sangrientas, y al hacerlo así he procedido con franca deliberación; porque todos, o casi todos ellos, son trágicos o al menos dolorosos, todos punzan, todos hieren, todos producen sentimientos de angustia.

¿De dónde ha sacado Jiménez ese acervo de pesimismo y desconsuelo que constituye el fondo de toda su obra? No de la vida real, evidentemente, porque sus veintitantos años no le han proporcionado todavía ninguna experiencia, y porque lejos de ser un joven de alma gastada por las aventuras mundanas, es fuerte, espiritual y equilibrado. Su porfiada melancolía es solamente prestada; su desencanto es nada más que artístico; es su libro reflejo de lecturas, no corresponde a cosas vistas. Esos marqueses, esos banqueros judíos, esas floristas trocadas en elegantes *cocottes*, esos cafés conciertos, esa desilusión nacida de la sociedad, no son cosas de por acá, ni mucho menos de Jiménez, que apenas comienza a iniciarse en la vida; son de por allá, de muy lejos; rumores parísinos, estruendo de bulevares, deslumbramiento de Campos Eliseos, locuras de la Closerie des Lilas y del Moulin Rouge, con algo de reminiscencias de *La Piel de Zapa*, de *Madame Bovary* y de *Nana*, y, sobre todo, de los cuentos comprimidos de Catulo Mendes.

La novelística mejicana, a partir de nuestro famo-

so escritor Federico Gamboa, discípulo de Zola, ha seguido ese camino sombrío. La vida, vista al través de la lente de nuestros jóvenes noveladores, es un tejido de aspiraciones neuróticas, de refinamientos artísticos, de voluptuosidades insaciables. de prematura corrupción y de ensoñadora desdicha. Ni un rayo de alegre sol para esas escenas, ni un canto de ruiseñor para esas intrincadas umbrías, ni una leve sonrisa para esas pobres almas atormentadas. Los elegantes microcosmos criados por esos forjadores de ocultos y afiligranados ensueños, no aparecen a los ojos del lector bañados por las claridades solares, sino por los descoloridos rayos de la luna, y levantan en el alma ecos parecidos a plañideras elegías, cantadas al borde de las tumbas por fantasmas coronados de adelfas a la sombra de los cipreses.

Admiro y aplaudo a Guillermo Jiménez, que hace su aparición en la arena literaria con dos libros tan bien acabados en la mano. Iniciarse así, significa poner los pies en el camino del triunfo. Estilo formado ya, fuerte, refinado, exquisito; altiva imaginación, que cría cuadros de despiadada potencia; descripción vertiginosa y enérgica, que con unas cuantas pinceladas da claro-oscuro, colorido y relieve a objetos y personajes, simpatía humana, honda, callada y penetrante, bajo capa de crueldad escondida, y sobre todo ello, un pro-

fundo sentimiento poético, difundido y como esfumado en el crudelísimo encanto de esas endechas en prosa.

Sea para bien. El público lector, al darse cuenta de la facultad creadora y de la delicadeza artística del casi adolescente novelista, se siente con derecho para pedirle mucho, para pedirle abundantes obras nuevas y mejores, todos los días, que le encanten y deleiten, y aguarda, además, que, sin dejar de la mano el aguzado y sutilísimo pincel con que traza ahora sus elegantes miniaturas, haga uso de otros de mayor alcance y potencia, con los cuales logre enriquecer lienzos grandiosos, donde resplandezcan, al par de la importancia de la composición, la finura de los detalles y la viveza del colorido. Cuenta el novelista para satisfacer las bien fundadas exigencias de los amantes de las letras, primeramente, con su fresca y rica musa, rebosante de vida, ensueños y visiones, y, después de eso, con el magnífico panorama que le ofrece nuestra patria, salida de las manos del Criador con los flancos cubiertos por jirones del Paraíso y con las alturas empenachadas de nieve perpetua, y de las manos de la Historia, con una raza de poetas y soñadores arriba, y otra de criaturas inconscientes y desventuradas abajo. Del estudio y exposición de esos fuertes contrastes, físico el uno y social el otro, habrán de salir las

obras maestras de nuestras futuras letras nacionales. Porque no hay nada más fecundo para la inspiración de poetas y artistas, que esos juegos de luz y sombra en los cuadros que se miran y en los caracteres que se observan en derredor. Así lo probaron no hace mucho todavía, Rembrandt con el pincel, y Víctor Hugo con la pluma y con la lira.

JOSÉ LOPEZ PORTILLO Y ROJAS.
(C. de la Academia Mexicana de la Lengua.)

DEL DOLOR Y EL AMOR

Las mujeres de la tropa.

Ustedes las han visto pasar, bajo la lluvia de oro del crepúsculo, tras de la columna gris del batallón que se aleja.

Pasan gritando, desenvueltas y asquerosas, con un gesto de cruel desencanto; parece que en sus almas no bulle una esperanza, que en sus pupilas cansadas no arde el fuego de la ilusión.

¡Pobres mujeres!

Son las madres, las esposas y las queridas de los juanes... El amor virgen y el dolor brutal vibra en sus cuerpos; y el dolor y el amor las arrastra al sacrificio: son flores de miseria y de sensualidad... y de caridad también. Ellas forman la familia momentánea de los hombres de la tropa; no tienen hogar y tal vez ni religión; no les importa el pasado, ni les preocupa el mañana.

Yo me he deleitado viéndolas reir y gozar cuando calientan el rancho para su hombre.

Si las viera usted, en la noche, en pleno campo, en rededor de la hoguera que chisporretea, parece que de sus ojos se esfuma el intenso fastidio de la vida y que arden cuando copian los leños encendidos; las llamas locas lamen sus fuertes rostros de bronce y les chamuscan los pelos de la frente... se oye una risotada, una blasfemia, luego un beso; después, el idilio salvaje.

Más tarde hinchadas de rabia, llenas de celos, se acuchillan con otra hembra que pretende robar el corazón de su juan.

Corren a encontrarse, vertiendo sus labios una tempestad de insultos; se desgreñan, se hieren y se matan...

Miradlas cómo siguen el cortejo guerrero, envueltas en una nube de tierra; todas feas, disgraciosas, mugrientas y disolutas; montadas en flacos rocines, cargadas de mil y mil baratijas que pesan más que una maldición; luciendo la media azul eléctrico que se enrolla en el calzado pardo; llevando en los brazos un muchacho que llora y en el hombro una cotorra que grita.

Llega la hora suprema, cuando millares de bocas de acero vomitan fuego sobre sus hombres; entonces las mujeres del batallón, sin miedo a la muerte, se precipitan sobre los heridos; sus manos

ásperas se convierten en vendas milagrosas que restañan heridas y consuelan a aquellos infelices que se mueren... Son la esperanza de los que sufren, son ángeles que cuidan de los que agonizan, son la Caridad materializada...

Yo admiro a esas flores de miseria en la sensualidad enervante de su desenvoltura, en la maravilla de su caridad heroica.

Ustedes las han visto pasar, envueltas en una nube de polvo, cuando de un crepúsculo de cristal caen diáfanas amapolas escarlata...

***

Junto al brocal florido.

Fué un amanecer sonrosado, fué una mañana olorosa y alegre cual zagala que saliera de un sonoro remanso, con la camisa juntada al cuerpo fragante, los pies desnudos y las trenzas húmedas al viento.

El rumor de los pinares era una caricia diluida en el perfume de las ondas.

Jade inte mugía el ganado mordiscando la hierba mojada, y los recentales, traviesos, con ansia se pegaban a las ubres temblorosas y tibias.

Las golondrinas, sobre el alero, cantaban su plegaria matinal y las palomas tendían sus alas nítidas a la gloria del sol.

En la lejanía azul vibró una voz doliente:

—¡Macario, Macario, devuelve la yunta, que camina por el barbecho y va a brincar las trancas del sembrado...!

El mancebo no oyó nada; junto al brocal florido del pozo legendario, en sus manos enredaba el fleco multicolor del rebozo de Catarina, de la moza melliza, orgullo de la hacienda, hija del mayoral y sobrina del señor cura.

—Catarina, te quiero mucho, Catarina—decía el gandul, sonando las espuelas plateadas y colocando el jarano a los pies de la muchacha—. ¡Si vieras cómo te quiero! Te quiero con toda mi alma, porque tienes esos ojazos que parecen dos luceros; porque tienes la boca colorada como clavellina y sabrosa cual si fuera fruta madura de mi huerto... Dime que me quieres, Catarina, y en la cosecha te haré mía, muy mía, sólo mía...

Con los ojos bajos, la rapaza, llena de rubor, reía, enseñando la hilera seductora de sus dientes blancos, blancos como granos de tierno helote; y nerviosas, sus manos, estrujaban el delantal floreado; y tímidamente murmuraba:

—Suéltame, Macario; suéltame... ¡Si te quiero mucho, mucho...!

—Si me quieres, chatita, déjame probar tu boca, esa boca que parece amapola de cuaresma; déjame, Catarina...

—¡Macario...!

—Mi solar y mi huerto serán tuyos; tengo para ti una yegua tordilla y un potro alazán, una vaca de tres colores y un becerro blanco que tiene una mancha amarilla en el testuz; en mi corral hay hasta seis ovejas negras, y diez cabras, y cinco gallinas ponedoras y un hermoso gallo tornasol; todo es para tí, lo mismo que un collar de corales y un brazalete de granates y tres anillos de oro que traje de la feria; pero dame un beso, dale un beso a tu ranchero, dale un piquito a tu Macario...

—¡No, Macario...!

—Así, mi chiquita; así, vida mía...

El gallo, aleteando, cantó gallardamente; las gallinas cacarearon inquietas, las golondrinas alargaron sus cuellos negros y temblaron las románticas palomas, y allá, en el confín candoroso, una voz se fundió en el dulce rumor de los pinares:

—Macario, Macario, los bueyes brincaron las trancas del potrero y se comen el sembrado...

En los tiestos del brocal, reventaron los botones extáticos y calladamente se deshojaron las rosas demasiado abiertas.

GUILLERMO JIMÉNEZ

México, 1917.

El alma de las cosas viejas.

La tienda de Ludovico Albano se encuentra en una de aquellas tortuosas callejuelas de la Roma antigua, cercanas al Palatino, donde el viajero suele descubrir, entre dos pesados edificios de construcción relativamente moderna, las ruinas venerables de algún templo pagano.

Vista desde la calle, la tienda de Ludovico podría confundirse con un almacén de vinos o con una de esas múltiples *trattorias* romanas, que son verdaderas cuevas subterráneas. Pero luego de haber descendido tres o cuatro escalones, y una vez que los ojos se han acostumbrado un poco a la semiobscuridad de aquel sitio húmedo, el visitante está seguro de hallarse en la tienda de libros viejos y objetos antiguos de «Maesse» Ludovico Albano...

El principal comercio del anticuario *insigne*

son los libros viejos, las ediciones preciosas, los ejemplares inapreciables que han quedado como restos gloriosos de una gran familia ilustre y desaparecida. Pero la tienda encierra de todo; vénse allí los más heterogéneos y varios objetos: muebles antiguos, mármoles mutilados de autenticidad dudosa, capas pluviales, joyas arcaicas, sedas y damascos descolorados por el tiempo, espadas y puñales, llaves de extraordinarias dimensiones, corazas, trajes femeninos, contemporáneos acaso del «Magnífico», chapines de raso, crucifijos, misales, incensarios... qué sé yo cuantas cosas más, todo revuelto en pintoresca confusión, sin orden, desclasificado, como si manos ociosas hubiesen ido almacenando allí los desperdicios de varias generaciones...

Pero el artículo principal corresponde a los libros. Estos se hallan en todas partes; en el suelo, desparramados sobre las mesas, en los anaqueles que cubren las paredes, sobre los muebles antiguos, dentro de los viejos arcones chapados de metal... y hasta hube de encontrar uno, pequeño, forrado en pergamino, en el interior de un cráneo mutilado... un cráneo horrible, descascarado, casi negro. El anticuario me asegura que proviene de las últimas excavaciones del Palacio de Augusto...

¡Bah, fantasías! Pero yo me digo, fantaseando también frívolamente: Sería curioso que este romano de la decadencia imperial, fuerte, frío, tranquilo, escéptico, que ya no creía en nada, ni siquiera en la virtud de los dioses paganos, andando algunos siglos se haya *metido* en la cabeza, *íntegro* un *Piadoso tratado de la penitencia...* ¡Ironías del tiempo...!

—

El visitante se halla aquí, en la tienda, como en su propia casa, absolutamente libre, y puede permanecer cuanto tiempo le plazca. Nadie le molestará, porque el viejo anticuario—no se concibe un anticuario joven—se encuentra allí como otro raro ejemplar de la colección.

En el rincón más obscuro del sotabanco, silencioso, inmóvil como una de las estatuas que blanquean vagamente en la penumbra, el viejo pasa las horas inclinado sobre sus libros antiguos, que anota y clasifica lentamente, con la cabeza casi metida entre las páginas amarillentas.

Las horas transcurren dulces y plácidas en esta amable tarea de repasar libros y manuscritos antiguos, hojear viejas estampas y examinar objetos de otros siglos...

Para el espíritu inquieto que ama el pasado y la leyenda misteriosa del tiempo, nada quizá ofrece un encanto tan singular como la tienda de un anticuario... Se diría que el pensamiento se substrae por algunos momentos al dominio tiránico de la *hora* presente, fuera de las pesadumbres y rebeldes inconformidades que llenan la vida cuotidiana, y se desenvolviese en una época inexistente y remota, animada al influjo mágico de la fantasía creadora...

¡Qué silencio! ¡Qué paz!

Esta mañana de Roma, un poco fría, con un cielo velado, lluvioso, impregna el alma de melancólicas añoranzas. Una gris claridad crepuscular se filtra por una ventana interior de la tienda, que cae sobre un patio... De cuando en cuando llega el rumor apagado de la calleja...

Y en el vasto silencio de la tienda, insólitamente, se ha dejado oir la voz opaca y cascada del viejo...

Este hecho nos pone en sobresalto... ¡Cómo...! ¿El viejo habla? ¡Parece absurdo! Pero «Maesse» Ludovico se ha puesto de pie y se ha llegado hasta nosotros con un libro entre las manos...

—«He aquí—dice—un ejemplar que no se encuentra todos los días; de Milán, 1759, en 4°, edi-

ción agotada; la que sirvió para confrontar la edición francesa de 1883, traducida también del árabe...»

Examinamos el ejemplar: es un libro del Profeta, en pergamino, con el texto original en lengua árabe y la traducción al italiano. En efecto, es curioso. Discutimos largamente el precio, y al fin quedo dueño del ejemplar «único», del libro «maravilloso...»

El viejo cuenta el dinero minuciosamente, y luego añade:

—«¿Usted sabía...? «Al Korán» se deriva del verbo «kara» (leer), y del artículo «al»; quiere decir «La Lectura»... Escribir como se ha hecho en malas traducciones «El Al-Korán», es un barbarismo; equivale a repetir el artículo en dos idiomas distintos...»

Yo le digo que no sabía absolutamente nada de aquello, pero que debe ser verdad, y le agradezco su erudita aclaración bibliográfica...

¡Después prosigo en mi amable y tranquila tarea de examinar viejos infolios!

—

Las cosas arcáicas deleitan mi espíritu y me proporcionan inocentes asombros, cándidas melancolías y dulces ensoñaciones...

Confieso que ante una tela descolorada por los años, la humedad de los claustros, iglesias o tiendas de los mercaderes; de figuras borrosas que apenas se distinguen y cuyos colores parecen haberse desleído en un solo tono verde obscuro, casi negro, confieso—repito—mi espíritu experimenta inefables delectaciones...

Un libro antiguo, notoria e infaliblemente antiguo, cubierto en pergamino, manchado de moho, deteriorado por la humedad, en cuyas páginas amarillentas la polilla ha dejado surcos, caminos tortuosos, raros arabescos y señales misteriosas, me llena de respeto y de religiosa admiración...

Estos libros antiguos que hojeáis lentamente, que acaso tienen anotaciones en una letra paleográfica, que conservan un apellido, una fecha lejana, el nombre de una ciudad desconocida, una dedicatoria, una señal cualquiera entre sus páginas, dejan en el alma una vaga sensación de inquietud y de congoja... ¿De quién serían...? Estos libros tienen un alma. Algo quedó en ellos de la curiosidad intelectual de sus dueños, algo de su afán de *saber*, de su angustia frente al *misterio*...

Esta mañana, al volver las páginas de un volumen de Rimas de Francesco Petrarca, ha volado de pronto en el aire un pétalo marchito o una hoja

seca... ¡Y el incidente trivial ha dejado suspenso mi espíritu de emoción...!

¡Una flor de ensueño...! ¡Una hoja de ilusión, puesta allí, acaso, por una pálida mano femenina que se desvaneció en la muerte!

El librito tiene una fecha, algunas palabras ininteligibles; luego, más abajo, dice «Venecia»... ¡Y la fantasía evocadora vuela hacia la melancólica ciudad de los muertos canales, torna a ver el milagro oriental de la Basílica; contempla nuevamente la esbelta y gallarda figura de aquellas mujeres inconfundibles ..! ¡El cuerpo ágil y nervioso que cubre con gracia infinita el negro mantón flecado; la boca encantadora, los ojos reidores; gráciles y menudas como las palomas de San Marcos...!

Como en un ramo de violetas, hundo mi pensamiento en la fragancia del recuerdo...

—

Alguien nos decía: «Quizá parezca un ser extraño, algo espectral, si afirmara que he llorado una tarde, discurriendo por las calles ruinosas de Pompeya, frente a la tienda de una florista que vendía flores hace. . ¡dos mil años...!

¡Ah; yo lo creo; yo lo comprendo! La flor del tiempo no pierde su fragancia legendaria. Ella

perdura y queda flotando en los viejos monumentos, en los vetustos palacios, en las calles apartadas de las ciudades muertas, en las telas de los pintores primitivos, en los incunables que adoran los bibliófilos, en los manuscritos amarillentos y desteñidos, redactados en raras y elegantes escrituras o historiadas mayúsculas de ornato...

De todo este pasado muerto se diría que no saliese más que un olor a sepultura, y no dejase en el espíritu sino un soplo helado de olvido y de tristeza... ¡Qué error.. ! Para el espíritu atento a descifrar el enigma misterioso de los siglos remotos y la sutil fragancia de la leyenda, el espectáculo del pasado es como un libro en cuyas páginas palpita el alma de nuestros antecesores con toda la dolorosa inquietud de su época y el vano esfuerzo que hicieron para escapar a la muerte; es decir: al olvido... Porque todo vestigio del pasado no es más que un grito de protesta contra el olvido, contra el pavoroso e inevitable olvido que ha de caer un día sobre los hombres y sobre las generaciones...

Y cada uno de estos seres que pasaron su existencia grabando prodigios en los pomos de las dagas florentinas, levantando en las plazas monumentos y palacios como filigranas de piedra y ca-

tedrales como flores de mármol; los que llenaron de frescos portentosos claustros y conventos, iglesias y palacios; los que crearon estatuas a las que infundieron un soplo de sus vidas, y llenaron los misales de viñetas primorosas e hicieron florecer en los vitrales policromos jardines encantados... todos trabajaban con el afán desatinado y loco de prolongar su vida en esa existencia maravillosa del Arte y la Belleza...

Este anhelo por substraerse a la muerte definitiva; esa lucha tenaz por imprimir en las obras duraderas un poco de nuestro espíritu a fin de que siga viviendo en el futuro todavía un poco tiempo, es la más patética y conmovedora tristeza de las almas superiores y el más doloroso grito del espíritu humano en contra de la ley inexorable del olvido...

De allí que las cosas viejas tengan un alma y sigan viviendo en su decadencia gloriosa... ¡Ay de los que no aman el pasado, que es quizá la única «existencia» verdadera, porque ella conserva la más pura flor de nuestra vida...! ¡Ay de los que pasan fríos e indiferentes ante la obra sagrada que atestigua el esfuerzo del espíritu antiguo...!

¡Ellos están definitivamente muertos para el futuro, porque carecen de la fuerza creadora que los

hará sobrenadar fuera de la vida, antes de hundirse para siempre en la sombra...!

—

Las horas van pasando mientras la imaginación se pierde en este fantasear amable y triste, impregnado de la melancolía del ambiente. A través de los sucios cristales de la ventana, miro hacia el patio...

Sobre el brocal de un pozo una maceta de geranios de una nota aguda de color, y en el muro frontero el sol ha puesto una indecisa franja de claridad otoñal, como una sonrisa pálida de enferma...

«Maese» Ludovico se ha puesto nuevamente de pie y ha ido hacia un gran cofre, lo ha abierto con chirrido de hierro oxidado, ha sacado un libro de cuentas y se ha puesto a hacer en él anotaciones y números con el rostro metido como siempre entre sus páginas...

—

Compro el tomo de «Rimas del Petrarca» y salgo de la tienda. Ya fuera, respiro con voluptuosidad el aire puro y frío de la mañana. El día ha abierto un poco, como si el sol quisiera asomarse a través del cielo pluvioso y gris para contemplar a

la ciudad divina... ¡Oh, Roma, la Roma eterna y querida!

Al dar vuelta a la esquina una pareja de chiquillas me atropella echándome al arroyo, y se alejan riendo a carcajadas, alegremente. Yo quedo un poco turbado y confuso... Ambas son mozas, frescas, llenas de gracia y de encanto. Al reir me lucen los dientes blanquísimos entre las encías rojas como heridas. Una de ellas lleva sobre el busto erguido y pleno, un ramo de violetas... Y al pasar han dejado en el ambiente una fragancia juvenil, de carne que tienta y de alegría que incita...

Fugazmente he pensado en el pétalo marchito que se escapó del libro. ¡Y he oprimido sobre mi corazón el volumen de versos del Petrarca...!

GABRIEL ALFARO

(2.º Secretario de la Legación de México en Buenos Aires.)

IMPRESIONES

El rancho abandonado.

Bajo la luz vesperal aparece el ranchito solitario entre sauces y ceibos seculares.

Sombras inmensas lo protejen del sol ardiente; una desmantelada barquita espera amarrada al viejo muelle.

...Ni niños, ni pájaros que canten, ni nada que dé indicio de vida. ¡Todo es pobre, triste, solitario...!

Sombreado de ausencia, tiene la apacible espera de lo perdido para siempre. Sólo las rojas flores de los ceibos, como labios de hadas invisibles, se entreabren en actitud de recibir un beso.

Los espíritus de los que fueron, dentro de las

pobres paredes de barro, duermen aprisionados su sueño interminable, sirviéndoles de cirios la luz que se filtra por entre las rendijas del techo y de las puertas, y de orquesta funeral el chirrido de los grillos, el rumor de las hojas y el gemir de los juncales.

¡Casita de poesía y de misterio, cuán sola estás!

Ráfagas de tristeza estremecerán tus paredes abandonadas, y los sauces y ceibos que te rodean cantarán en las noches paradisiacas la inmortal canción del olvido.

El alma hermana de las cosas te arrullará en la dulce melodía del adiós, y las estrellas, cual ojos divinos, te besarán en la sombra con sus besos de luz.

El tiempo, que envejece, pondrá cada día sobre ti el sello de las cosas viejas, tristes y desteñidas que tiene un encanto invencible:

«De pasado que perfuma los ensueños
Con esencias fantásticas y añejas,
Y nos lleva a lugares halagüeños
En épocas distintas y mejores.»

El libro viejo.

¡Qué extraña impresión me causas, libro de hojas macilentas, descoloridas, impregnadas de ese

vaho sutil de las cosas tocadas por el tiempo!

¡Te miro, y mis ojos te acarician e intentan penetrarte; te palpo, y siento surgir de entre mis manos un pasado de ensueños, de evocaciones, de infinita dulzura, de poemas, de dolores y de llantos, de signos de alegría y de esperanza, como si todos los anhelos de la vida agitaran mi corazón, como si todas las fulguraciones de los astros iluminaran mi cerebro...! ¡Cuánta difencia al lado del libro reciente, nitido, pulido, acicalado, que se ostenta ufano sobre el velador de la hada gentil de los salones!

Sus páginas tersas, impecables, pero frías e indiferentes, ignoran todavía el secreto de las almas, y no les alcanza el calor de los sentimientos, el impulso de las pasiones. En cambio, tus hojas desgarbadas, viejo amigo, han sentido las vibraciones del espíritu de tus lectores, tus cubiertas la presión continuada de tus poseedores, ya estrecha y efusiva, ya indolente y despreocupada, estremeciéndose tu estructura al contacto de manos nerviosas, enjutas, atildadas, que te transmitían estados del ánimo para unir sus intuiciones a tus pensamientos, y entretanto, aquellos que te leían te comunicaban sus debilidades, y sus angustias se exacerbaban o se aquietaban según tus propias

determinaciones. ¡Cuántos ojos de color de cielo, cuántas miradas llenas de abismos dejaron correr sobre tus páginas sus lágrimas de emoción!

¡Sí, lo veo: aun conservas sus huellas entre tus líneas!

¡Guardas en tu seno recuerdos de suspiros, de inspiraciones puntualizadas por el dolor o la esperanza, por el amor o la desesperación; y tus extremos plegados a manera de señales, revelan todavía la caricia cruel de manos trémulas, rígidas, aceradas!

¡Cuántos ayes has proferido, libro fiel: cuántas torturas has callado sumiso y paciente!

¡Has escuchado latidos tristes, acompañado corazones dolientes y exhaustos! ¡Ofreciste lenitivo a sus tormentos, auspiciaste sus ensueños y calmaste sus pasiones!

¡Fuiste solaz en las largas horas de ansiedad y supiste transmitir los rumores y cánticos de alegría, precursores de la eterna ventura!

¡Fuiste columna protectora para que se unieran en un beso dos bocas que se amaban, y reuniste en una página dos corazones, descifrando entre tus líneas el enigma misterioso de sus sueños!

¡Cuántos episodios has penetrado, cuántas tragedias has comprendido, cuántas zozobras has

calmado, cuántos delirios has vencido! ¡Llevas contigo pedazos de almas, posees el misterio de la existencia de cuantos seres leyeron tus páginas y estás saturado de una esencia rara y voluptuosa que sabe a besos, a suspiros, a sonrisas y a lágrimas...!

Como todo lo creado pagas tú también tu tributo de congojas al tiempo; y así como los hombres llevan escu'pidas en el rostro la huella de todas las luchas de la vida, tienen tus hojas los pliegues, las arrugas, los signos de tu existencia pasada entre manos bellas y almas tiernas, expresando en cada página el recuerdo indeleble de sus regocijos, de sus triunfos o de sus amarguras.

Como lo dijo el poeta: Las cosas viejas, tristes y desteñidas, sin voz y sin color, saben secretos de las épocas muertas, de las vidas que ya nadie conserva en la memoria.

ROSA BAZÁN DE CÁMARA

Buenos Aires, 1917.

POEMAS

AMOR

(TRÍPTICO)

I

El Amor es la vida y la vida es Amor;
engendra la locura y abre paso al delirio,
purgatorio de goces y cielo de martirio
su dolor es tan fuerte que es dicha su dolor.

Va abriendo paraísos y cerrando ataudes,
con puñales y flores hace ramos dorados...
Es el mayor pecado de todos los pecados,
es la virtud más grande de todas las virtudes.

El Amor es perfume, y es néctar, y es veneno;
es camino de rosas y es camino de cieno;
es un claro de luna besando un corazón.

Es débil como un niño, como un hércules fuerte.
El Amor es la flecha que nos causa la muerte
y tiene el privilegio de la resurrección:

II

Todos, todos llevamos en el pecho dormido
un amor puro y grande, amor inmaculado
que no lo hemos vivido y ya lo hemos gozado,
que no lo hemos gozado y ya lo hemos vivido.

Y, cuando en el camino que la existencia crea
a una mujer un día cualquiera tropezamos
la vestimos el traje de sueños que forjamos
y a cualquier labradora la hacemos Dulcinea...

Mas la mujer es carne; materia sus pasiones
y aquel traje de ensueños desgárrase a jirones
como mantos de luna desgarran las auroras...

El desengaño surge con crueldades rudas...
De mentira vestimos la verdad, y, desnudas,
todas las Dulcineas se tornan labradoras.

III

Y Amor no es sólo carne; una bella pasión,
tras la carnal belleza, de un alma necesita...

Por algo pintó Dumas su triste Margarita
con el pulmón deshecho y entero el corazón.

Pide el deseo cuerpo; alma el amor añora.
El deseo se acaba si le da el placer muerte,
pero el amor subsiste más poderoso y fuerte
cuanto más tiempo el alma goza el alma que adora.

¿Qué espíritu amoroso no conserva guardada
en las hojas de un libro cierta rosa olvidada
y convierte sus pétalos en cuentas de rosario?

¡Si una Venus tenía la religión helena,
la religión cristiana tuvo una Magdalena
que se quedó sin lágrimas llorando en el calvario!

TITIRITERO...

¡Sí, sin duda, yo no soy más que un viajero, un peregrino sobre la tierra! ¿Eres tú algo más?

WERTER-GOETHE.

¿Dónde vamos, alma mía
siempre andando?
¿Dónde vamos caminando
noche y día?

Si yo cruzo la existencia
tristemente, tristemente,
la duda bajo mi frente,
sin una fe en la conciencia.

Si no comprendo este mundo
tan pequeño,
si cual la de Segismundo,
también mi vida es un sueño...

Soñando siempre, soñando
con cosas que nunca vivo,
sin saber por qué motivo
siempre vivo caminando...

Dime cuándo
podré detenerme y dónde...
—y mi alma sólo responde:
«¡Sigue andando! ¡Sigue andando!»

«No detengas tu camino,
marcha por ese sendero
que te marcó tu destino...
¡Tú eres sólo un peregrino
titiritero!»

***

Estoy sediento de amor,
aunque en no lejanos años
mataron los desengaños
mis ilusiones en flor.

De amores estoy sediento,
no sé si son añoranzas
o es que aún quedan esperanzas
en mi triste pensamiento.

Deseo curar mi mal
y el amor quiero beber...
Los labios de una mujer
me ofrecen su manantial.

¡Alma mía, la alegría
llena mi pecho anhelante!
Y al detenerme, un instante,
gritar oigo al alma mía

mientras me arrastra al camino:
«¡Sigue andando en el sendero!
¡Sigue siempre, peregrino
titiritero!»

***

Aquella senda que arranca
de esta otra senda que piso
porque el destino lo quiso...
Aquella senda tán blanca,

lleva a espléndidos vergeles
donde las palmas dan sombra,
donde se extiende una alfombra
de mirtos y de laureles

y de flores que deslien
perfumes de maravilla...

¿No ves un rubí que brilla?
Son dos labios que sonríen.

Es una diosa ilusoria,
que mi ambición busca y ama..
¿No escuchas cómo me llama?
Pues esa diosa es *La Gloria*.

Deja que llegue hasta donde
su bello cuerpo aparece
mientras sus besos me ofrece.
Y el alma mía responde
desde mi eterno camino:
«¡Sigue andando en tu sendero!

¡Sigue siempre, peregrino
titiritero!

***

Pues déjame descansar
que ya no puedo seguir;
déjame un poco dormir;
ya volveré a despertar...

Ya seguiré andando luego,
¿dónde conducirme intentas?
Que voy caminando a tientas
como si estuviese ciego!

¿Dónde vamos, alma mía?
¿Dónde vamos?
Dime ¿por qué caminamos
noche y día?

Dime ¿dónde estás dispuesta
a que se acabe el camino?
Y mi alma sólo contesta:
Sigue andando en el sendero...
Sigue siempre, peregrino
titiritero!

***

Que es muy doloroso advierte
tan inútil caminar...
Déjame, pues, descansar
en los brazos de la muerte...

¿Ves esa zanja sombría,
solitaria y pavorosa?
Esa zanja es una fosa
que bien puede ser la mía.

Junto a ella me está mirando
la diosa pálida y hueca...
¿No ves que su mano seca
la fosa está señalando?

¿No oyes que un acero araña
mientras su ojo sin pupila
en mí se clava? Es que afila
cruelmente su guadaña.

Mi existencia es un infierno;
caminar no me divierte ..
¡En los brazos de la muerte
me espera el descanso eterno!

Ahora me grita el destino
señalando mi sendero:
«Sigue siempre tu camino...

¡Sigue siempre, peregrino
titiritero!»

***

Y yo sigo caminando,
caminando sin saber
dónde voy;
sigo eternamente andando
y es el camino de ayer
el de hoy.

Van quedando
detrás de mí, en el camino,
la hembra de rostro divino,
la bella diosa ilusoria
que me pareció *La Gloria*
y el rostro pálido, inerte
de la muerte.

Las tres me están contemplando
como ven que voy llorando,
que de andar me desespero,
las tres ríen exclamando:
«¡Titiritero...!»

Y el eco que me persigue
de mí ríe en el sendero
y, a gritos, diciendo sigue:
«¡Titiritero...! ¡Titiritero...! ¡Titiritero...!»

INCERTIDUMBRE

Como rítmica campana
de notas graves, sonoras,
que está contando las horas
en una torre lejana,

en mi cerebro palpita
un péndulo que se agita
preguntando:
«¿Dónde? ¿Cuándo...?»

Y parece que responde:
«¿Cuándo...? ¿Dónde?»

***

Yo he soñado una mujer
que ignoro cómo se llama,
a quien mi corazón ama
sin poderla conocer.

Sé que tiene que existir
y que a mi amor corresponde;
sé que debe de vivir...
Pero, ¿dónde?

—

Sé que, algún día, he de hallarla
en esta existencia mía
puesto que, día tras día,
no me canso de buscarla,

y al fin de tanto esperar,
cuando esté desesperando,
sé que la voy a encontrar...
Pero, ¿cuándo?

***

Yo vivo con la esperanza
de ser por *la gloria* amado
en el reino consagrado
de la bienaventuranza.

Sé que otorga su favor,
sé que en un sitio se esconde
de la senda del dolor...
Pero, ¿dónde?

—

Creo que podré lograr
de la diosa los amores,
y que en su lecho de flores
podré su cuerpo gozar,

que he de obtener las delicias
con las que vivo soñando,
que he de sentir sus caricias...
Pero, ¿cuándo?

***

Mas ¡ay de mí...! Peregrino
que tantas cosas espero
hallar en este sendero
que va trazando el destino,

más que la esperanza fuerte...
En la senda de mi vida,
¿no estará, acaso, escondida,
antes que todo, la muerte?

—

¡Con qué violencia palpita
el péndulo que se agita
preguntando:
«¿Dónde...? ¿Cuándo?»!

¡Y tan sólo me responde:
«¿Cuándo...? ¿Dónde?»!

JOAQUÍN DICENTA (hijo)

El enciclopedismo y la revolución de Mayo.

I. La política liberal de Carlos III.—II. Manifestaciones iniciales del espíritu argentino.—III. Fundación del colegio Carolino.—IV. Introducción de las doctrinas fisiocráticas.—V. El partido liberal argentino.—VI. El pensamiento democrático de la Revolución.

I.—La política liberal de Carlos III

1.—El enciclopedismo y la renovación española.—A mediados del siglo XVIII se acentuaron en Europa los síntomas precursores de la Revolución que debía oponer al mundo feudal el mundo moderno, iniciando una palingenesia de creencias, costumbres e instituciones. Un gobierno miope luchaba en Francia contra la oposición de todos los hombres de pensamiento, que, sin acuerdo previo, convergían a engendrar un nuevo modo de plantear los problemas y de juzgar los hechos.

Tres grandes corrientes de ideas se sumaron en ese esfuerzo común.

Locke y Condillac tuvieron la hegemonía filosófica: Quesnay creó la economía social; Montesquieu y Rousseau renovaron el derecho político. En torno de esas tres direcciones fundamentales se constituyó un pensamiento nuevo, re. ejado, en cierta medida, en la «Enciclopedia», por ii flujo principal de Diderot; todo ese movimiento de ideas ha pasado a la historia con el nombre de enciclopedismo y fué el hontanar del espíritu argentino, netamente caracterizado en horas prodrómicas de la emancipación americana.

A pesar de su ex gua coherencia, había en su contenido básico cierta unidad incontestable; su hostilidad contra todo lo que tenía sus raíces en el pasado medioeval y su aspiración definiua hacia un orden de cosas más consonante con los ideales que fueron, muy luego, el programa de la revolución francesa. El movimiento era liberal en filosofía, en religión, en política, en economía.

Estos caracteres, no disimulables, motivaron alguna hostilidad de las autoridades, que eran débiles, y una resistencia violenta del alto clero y de los jesuítas, que eran poderosos. La opinión pública, representada por las minorías cultas de las ciudades, se pronunció por los que anunciaban el porvenir; de pequeñez en pequeñez, llegóse al

desorden callejero que terminó en la toma de la Bastilla, menudo suceso al que los historiadores asignaron el valor mítico necesario para legar su memoria a la posteridad.

Toda la Europa civilizada sintió, en alguna medida, la influencia de este segundo renacimiento. En los países que habían sido beneficiados por el primero, se ensancharon los horizontes; en los que le habían sido hostiles constituyó una amenaza de subversión. La misma España, con la sustitución dinástica de los Habsburgos por los Borbones, en el siglo XVIII, encontróse mejor preparada para entreabrir algún surco a las nuevas simientes de libertad y de progreso.

Por obra de Carlos III, y de los estadistas eminentes que le rodearon, ese espíritu de libertad y de progreso penetró a España y trascendió a América. Para su desgracia, España reaccionó, aferrándose a su tradicionalismo medioeval del que aun luchan por salir algunas de sus academias; América se apartó del espíritu peninsular y puso el rumbo hacia los nuevos ideales, en que aun no ha podido consolidarse. «Las mejoras de Carlos III—dice Groussac—no le sobrevivieron sino en América, donde las semillas germinaron y dieron fruto; y cuando el inepto y despreciable reinado del sucesor vino a acelerar la ruina de la monarquía, acentuó el desequilibrio de la fuerza creciente de

la colonia: ésta llegaba a la mayoría cuando aquélla a la decrepitud» (1).

Sin Carlos III no se habrían emancipado a principios del siglo XIX las colonias españolas de América. La invasión de los ejércitos napoleónicos y el cautiverio de Fernando VII no hubieran despertado en los americanos el celo de la libertad. La política liberal de aquél permitió la formación de un estado de espíritus que, en hora oportuna, pudo aprovechar de los acontecimientos que costaron a Fernando la pérdida de su vasto imperio colonial (2)

Fuera de las Universidades, sujetas a secular dogmatismo, los pensadores españoles que osaban mirar a Europa y aprender de ella, estaban dispuestos a apartarse del pensamiento escolástico y de la política absolutista. «No es extraño—dice Altamira—que los hombres, ávidos de saber, acogiesen con afán las nuevas teorías que en España gozaban de gran crédito y que, para ellos, tenían el doble incentivo de lo que aparece coronado por el asentimiento general de las naciones consideradas como más cultas, y de lo que brinda con horizontes desconocidos antes, que rompe la estrechez de la ciencia oficial. En las mismas filas

---

(1) P. GROUSSAC: «Santiago de Liniers», pág. 39.

(2) Ver *Vicente G. Quesada:* «La vida intelectual en la América Española».—En «Rev. de la Universidad», Buenos Aires, vol. XI, pág. 373, etc.

de los escritores católicos sopló un viento de libertad que los llevó a acoger sistemas filosóficos más o menos exentos de peligros para la ortodoxia, tales como el cartesianismo, la filosofía de Gassendi, el experimentalismo de Bacón y Newton, el sensacionismo de Locke y Condillac, y hasta ciertas influencias enciclopedistas, más radicales, de sabor materialista» (1). Esa «infiltración del enciclopedismo en las letras y la política, y la del sensacionismo y experimentalismo en la filosofía, despertó la reacción de los ortodoxos, y así se produjo una literatura relativamente abundante, la mayoría de cuyos libros son de polémica», siendo curioso que algunos de éstos aparecen contagiados por las propias doctrinas que combatían (2).

Conviene advertir que la influencia francesa, en España y en América, toma desde el principio dos direcciones divergentes. La una, más o menos compatible con las doctrinas tradicionales, corresponde a la filosofía del siglo XVII y prepondera en ellas Descartes; la otra, netamente antagónica, corresponde a la del siglo XVIII y tiene sus representantes en los enciclopedistas y en Condillac, rematando a fin del siglo en la escuela ideologista de Cabanis y Destutt de Tracy. Hacia la corriente cartesiana se inclinan los conservadores, obligados

(1) ALTAMIRA: «Historia de España», IV, 352.
(2) ALTAMIRA: Idem, IV, 363.

a renovar su filosofía; hacia la corriente de los enciclopedistas se orientan los espíritus liberales, que se ajustaron al ritmo pujante de la Revolución francesa.

El cambio de la política española favoreció, directa e indirectamente, la formación de un espíritu nuevo en las colonias, cada vez más acentuadamente americano, hasta convertirse en inquietud revolucionaria. Cierta liberalidad en las cuestiones económicas e intelectuales, despertó en los blancos nativos un deseo de progreso; y cuando la metrópoli no pudo condescender a tan peligrosos anhelos, comenzóse, lógicamente, a pensar en la libertad.

2.—*La expulsión de la Compañía de Jesús.*—Un hecho, sin embargo, en el Río de la Plata, estimuló el nacimiento del espíritu liberal, que luego se fué transformando en espíritu argentino: la expulsión de los jesuítas. Tal dictadura ejercían ellos en la sociedad criolla, en connivencia frecuente con las autoridades españolas, que fué general la división de opiniones consecutiva al inesperado suceso. No nos incumbe examinar las causas que motivaron la expulsión; fueron ajenas a nuestra historia colonial, donde el episodio aparece como simple reflejo de acontecimientos europeos, aunque subrayado, por existir dentro del Virreynato la vasta empresa industrial de las Mi-

siones. La posición de la Compañía en el movimiento social de la época fué juzgada en un párrafo preciso por Vicente Fidel López: «los jesuítas—dice—cuya elevación y primacía sobre la tierra había sido exclusivamente debida a la acumulación asombrosa que habían hecho en su Orden, de todas las ciencias y de todo el saber en el siglo XVI, pretendían ahora paralizar a su antojo el movimiento de que ellos mismos habían sacado su influjo y prestigio. Y al ver que las ciencias se secularizaban, individualizándose en las clases medias; que el pensamiento se emancipaba; que el estudio y la razón tomaban nota en su propio derecho para seguir el orden de las ideas en su libre desarrollo; que la imprenta y la publicidad derrumbaban el monopolio de su ciencia claustral, y se lanzaban a investigaciones que ellos no permitían; que el saber lego reclamaba el derecho de enseñar sin límites convencionales, se pusieron de frente contra ese torrente que era la ley misma de la 'civilización moderna. Procuraron entonces retrotraer los tiempos, por el influjo del altar y de la confesión, convertidos en instrumentos de coacción, de intriga política y de sugestión doméstica, y aspiraron a poner las naciones bajo la férula del despotismo regio y del «clericalismo», que son cosas muy diversas de la religión y del misterio sacerdotal. Ni pensamiento libre, ni

trabajo libre: fué la divisa que levantaron con la pasión y el brío de una milicia guerrera, y con la abnegación también del martirio; porque todas las causas, aun las más perjudiciales y erróneas, cuentan sectarios, fanáticos y mártires» (1),

Los motivos generales de la expulsión, comunicados al Papa en un sesudo memorial, son notorios, así como las razones inmediatas que la impusieron al monarca español. Por su espíritu de progreso—agrega López— «y por sus ideas acentuadas contra la influencia política del clero, contra los jesuítas sobre todo, a quienes reprochaba la decadencia de la Francia, y manejos de todo género para anarquizar las cortes, mistificar a las mujeres, y hacer grandes y fraudulentas especulaciones como las del Padre Lavalette, Esquilache había comenzado a ser para los PP. jesuítas un segundo Pombal, y era menester impedir que gobernase a la España» (2). Carlos III, con memorable firmeza, despejó su camino en la forma conocida. Las consecuencias, en Buenos Aires, fueron del mayor interés político y cultural.

El gobernador don Pedro Ceballos gozaba en la colonia de merecido prestigio militar; en su pri-

(1) V. F. López: «Historia Argentina», I, 308. Ver: Miguel Lastarria: «Colonias orientales del Río Paraguay o de la Plata» (volumen III de los Documentos para la Historia Argentina, editados por la Facultad de Filosofía y Letras).

(2) López: «Historia Argentina», vol. I, pág. 344.

mera campaña contra los portugueses, había logrado rendir por capitulación la Colonia del Sacramento y reconquistar el territorio del Río Grande. La Paz de París (1763), había, empero, esterilizado su obra, devolviendo la Colonia a los vencidos. De regreso a Buenos Aires, «la misma amargura de la inútil proeza le hizo buscar la soledad, y, en vez de instalarse en el Fuerte, pretextando el ruinoso estado de su habitación, corrió a esconderse en una quinta—la de Santos Valente, camino de Flores—en la que abandonóse a su furor reconcentrado, hizo la vida de un católico, terrible y ofendido señor de otros tiempos. Unicamente amigo de los jesuítas, ya no hubo ley, ni pensamiento, ni consideración para los otros; y si no se alzó contra el monarca mismo, que había inutilizado el fruto de sus victorias, más que a su ánimo se debió probablemente a la sutil política de sus consejeros». Su fe «asumió las proporciones de una morbosa e impolítica adhesión a la Compañía de Jesús». Por servir a ésta—declaró una vez—«haría frente a todo el infierno». Era «capaz de arrasarlo todo... *ad majoren dei gloriam*». Ello no le impedía, sin embargo, ser un administrador deshonesto de la cosa pública, pues «en Julio de 1766, cuando ya llegaba su sucesor Bucarelli, todo su afán era remitir, por intermedio de los jesuítas, dinero a Europa. Más de 200.000

pesos fuertes envió en dos años, quien apenas ganaba 4.000 pesos ensayados» (1). El héroe de la Colonia era, simplemente, en lo administrativo, un heroico sinvergüenza.

Los jesuítas, entonces y aquí, como en todo tiempo y lugar, actuaban como un verdadero partido político, procurando atraer a su propia órbita todas las fuerzas e intereses sociales. No eran sus menores víctimas las autoridades eclesiásticas y las demás órdenes rivales, pues a unas y a otras hacían sentir la coyunda de su poderosa organización y de su actividad disciplinada. El gobernador Ceballos era su instrumento y, en servir a la Compañía, no le arredraban escrúpulos.

Un conflicto ruidoso, entre el gobernador y el obispo Manuel Antonio de Latorre (2) dió ocasión a que este último increpara al primero, acusándole sin ambajes de ser un instrumento ciego de los intereses jesuíticos. Y no parecen exageradas las palabras que el catolicísimo prelado dirigió más tarde (1767) al Conde de Aranda, «dándole cuenta de los buenos efectos producidos en su diócesis por el extrañamiento de los jesuítas y de los abusos que éstos cometían»: «no acertando todos los de estas provincias a explicar la pesada carga (in-

(1) Carlos Correa Luna: «D. Baltasar de Arandia», cap. III.
(2) Ver: Rómulo D. Carbia: «Historia Eclesiástica del Río de la Plata», vol. II.

soportable en el Gobierno pasado), de que se hallan aligerados viéndose libres de aquellas subordinaciones y abatimientos que estaban y han estado por muchos años tributando a dichos padres, mediante el despótico poderío con que a todos insultaban, sacando lágrimas de muchos pobres abatidos y avasallados con sus persecuciones y demandas, sin hallar abrigo en la justicia de Gobernador y Alcaldes, por estar igualmente dominados, como es constante» (1). En esta reyerta, poco anterior a la expulsión, pálido reflejo de otras cien que los jesuítas encendían en todo el continente, el Gobernador Ceballos, tenía en apoyo del Cabildo, compuesto de españolistas a quienes se llamaba «chapetones», y el Obispo veíase rodeado por el clero secular y las órdenes antijesuíticas, además de algunos elementos populares que empezaban a darse el nombre de «liberales», imitando las denominaciones peninsulares.

Don Francisco de Paula Bucarelli y Ursúa entró a gobernar el 15 de Agosto, con instrucciones reservadas para ejecutar los proyectos del monarca. El grupo ceballista le recibió con visibles muestras de hostilidad, habiéndose adelantado aviso de que no era adicto a los de Loyola; moviéronle guerra subterránea primero, despachando contra él cartas

(1) «Carta del obispo de Buenos Aires al Conde de Aranda», en *Revista del Río de la Plata*, vol. VIII, pág 375 y sig.

hasta el Perú, siendo después «repetidos y patentes los desaires que sufrí y disimulé». Marchó Ceballos, dejando «en el estado más infeliz» a estas provincias, «y sólo opulentos, absolutos y también insufribles a los PP., y a ellos y sus adictos el consuelo de que le llamase el Rey para Secretario de Indias y Marina, porque habiéndose desvanecido el engaño de que iba a Virrey de Lima, con el que tuvo aun el mismo actual en continua inquietud le sucediese éste, con que intimidaba las gentes para que nadie se quejase y me tratasen (como lo han hecho) los predichos PP., con el mayor desprecio. Dios sólo sabe lo que mi espíritu ha padecido en los diez meses que han corrido...» (1). En efecto, «el presunto desalojado, si no temible por la fuerza, lo era por la habilidad. Sin discusión, nada había que intelectualmente superara a los jesuítas en el Río de la Plata. Dueños, además, de la voluntad de las familias, casi no se contaba una de cierta figuración que no repudiara el famoso decreto, y que no viera en Bucarelli el servil ejecutor de una medida criminal» (2).

La expulsión, decretada en España el 27 de Febrero de 1767, se efectuó en Buenos Aires en la noche del 2 de Julio del mismo año. Sorprendidos,

---

(1) «Carta de Bucarelli al Conde de Aranda» en *Revista del Río de la Plata*, vol. VIII, pág. 369 y sig.

(2) Correa Luna: Ob. cit.

no opusieron resistencia. «Al siguiente día, la población se encontró con la increíble noticia». No hubo protestas, no podía haberlas; pero la procesión andaba por dentro. «Es muy raro aquél de quien puedo fiarme», decía Bucarelli en la misma carta; y dos días después: «El poder de la Compañía ha sido absoluto, manejando a su arbitrio a mis antecesores, en particular al último, por cuyo medio dieron los principales empleos a sujetos de su facción, ni dignos, ni con méritos para obtenerlos». Las resistencias, aunque sordas, eran formidables; fué necesario desterrar a Chile a varios personajes de valía, quienes, a lo que parece, mataban el tiempo formando «juntas nocturnas» y escribiendo «papeles ciegos y pasquines infamatorios» (1).

3.—Partido jesuítico de Ceballos y partido liberal de Bucarelli.—Los espíritus no se pacificaron. Otras causas, de mayor raigambre, contribuían a alimentar las pasiones públicas, ahondando la separación que el incidente jesuítico había provocado en el hasta entonces pacífico vecindario de Buenos Aires. Siguiendo a Bucarelli, el clero, nativo en su casi totalidad, se daba la mano

(1) Cartas de Bucarelli y otros «Documentos» sobre el mismo asunto, en la *Revista* citada; ver Francisco Javier Bravo: «Colección de documentos relativos a la expulsión de los jesuítas, etc», de donde los cita Correa Luna.

con un pequeño núcleo de jóvenes informados, criollos también, y los dos grupos se respaldaban en el escaso elemento descontentadizo y amigo de novedades que, no obstante su origen español, deleitábase hablando mal de las pasadas autoridades coloniales. En otra facción, los partidarios de Ceballos y de los jesuítas se apuntalaban en las autoridades y eran apoyados por los tenderos enriquecidos, que se miraban a si mismos como una suerte de casta aristocrática. Se distinguían corrientemente con los nombres de *liberales* y *chapetones*, aunque despectivamente solía tratarse a estos últimos de *jesuíticos*. Don Manuel de Basavilbaso y D. Juan Baltasar Maciel, naturales ambos del país y adictos a Bucarrelli, eran, por sus luces y rangos, los cabecillas visibles de los *liberales*.

En 1769, con motivo de llenarse la vacante de la canonjía magistral, fué Maciel candidato de su grupo; los jesuíticos no ahorraron intrigas para evitar el triunfo de la candidatura liberal, a punto de que Basavilbaso, con no disimulado encono, escribió a Bucarelli una carta violenta, comentando la actitud del arcediano Riglos.

«Adjunta encontrará usted la nómina que después de la oposición a la canonjía magistral ha hecho el Cabildo eclesiástico: el primer lugar lo ha sacado, como se le debía de justicia y esperábamos, mi amigo Maciel, con lo que, y más que

todo, fundados en la protección y empeño de V. E., esperamos que se colocará y tendremos por fin el gusto de ver distinguido como merece su talento y bellas circunstancias. El arcediano Riglos, animado de aquel espíritu jesuítico y ceballista que perseguía a Maciel, no ha tenido rubor de separarse del ilustrísimo señor obispo y demás canónigos para dar su voto no sólo excluyendo a Maciel de todo lugar, cosa que es el último escándalo, sino aplicándolo a aquellos sujetos que no tenían otro mérito que el ser jesuítas y haber sido la mofa y vergüenza de la función. Su pandilla compuesta de los Riglos, los Lerdos y Escaladas, etcétera, se lisonjean de que, no obstante la protección de V. E., suponen no se llevará Maciel la prebenda, porque el señor Ceballos hará se la den a alguno de los que eligió Riglos, y probablemente a Crespo, que tiene el mérito de haber hecho la causa del cura de Corrientes al gusto de los jesuítas y señor Ceballos; lo cierto es que cada día me admira más la ceguedad de estas gentes y las espantosas raíces de las semillas que han dejado estos malditos, que no se exterminará sino por la muerte de estos fanáticos» (1).

---

(1) J. M. Gutiérrez «El Doctor D. Juan Baltasar Maciel» (Rev. de Buenos Aires, VI, 408); incluído en «Origen y desarrollo de la Enseñanza Pública Superior», donde el texto de la carta aparece con ligeras variantes (nota de la pág. 460, en la reedición de 1915).

No puede sorprender que en esta lucha contra la Compañía cooperaran muy eficazmente los demás elementos religiosos de la colonia. Todos estaban hartos de soportar su dictadura social y política, cada cual ponía en cuenta algún agravio que vengar. Recuérdese, entre los motivos que hizo valer Carlos III para justificar ante el papa la expulsión, el texto del 8.º: «Que los individuos de la Compañía han perseguido en las Indias a los religiosos de otras órdenes y hasta a los mismos Obispos». No había, en esas palabras, la menor exageración; era, por tanto, legítimo que el clero secular, los franciscanos, los dominicos y los mercedarios arrimaran sus respectivas astillas a la hoguera antijesuíta, sin perjuicio de tirarse al alma cuando viniese la hora de repartir su herencia.

La guerra de intrigas subterráneas recrudecía en torno del gobernador. Hastiado Bucarelli de continuar ocupando un cargo lleno, para él, de sinsabores, pidió su relevo del puesto. En 1770 le sucedió don Juan José de Vértiz, que había llegado a estas provincias un año antes, con el cargo de subinspector de las tropas y acaso, cree Gutiérrez, con el de Gobernador Interino.

Substituído Bucarelli por Vértiz, el matiz de la lucha municipal se acentuó más profundamente. Estos primeros conflictos entre el partido *liberal* y el partido *jesuítico* contienen ya, en germen,

las dos grandes corrientes de ideas civiles y filosóficas que dan colorido a toda la evolución del pensamiento argentino. Los liberales, que comienzan a actuar con Bucarelli, conservan y aumentan su influencia durante la gobernación de Vértiz. La pierden pasajeramente en el virreinato de Ceballos, que era jesuítico intransigente. Vuelven a recuperarla con el virreinato de Vértiz, perdiéndola bajo los siguientes virreyes hasta las invasiones inglesas. En estos memorables sucesos se acentúa el carácter criollo y patricio de los grupos liberales que rodean a Liniers, frente a los elementos reaccionarios y pelucones, que se respaldan en el Cabildo. En el último acto de los sucesos, las fuerzas *argentinas* encuentran su apóstol en Moreno, mientras las *coloniales* se agostan en la conspiración de Alzaga.

José INGENIEROS

(Se continuará).

INDICE

	Págs.
Nuestro director, Luis G. Urbina en Buenos Aires	1
Joaquín Dicenta, por F. Villaespesa	21
La enseñanza en España (estudio póstumo), por J. Dicenta	29
Juego limpio, por M. de Unamuno	44
Tres estudios sobre «Don Quijote»:	
I.—La cárcel donde se engendró el «Quijote», por F. Rodríguez Marín	53
II.—El alma de la humanidad en «Don Quijote», por Carlos Barajas	63
III.—Discurso sobre el «Quijote», por Primo Feliciano Velázquez	92
Crónicas de la guerra:	
La risa trágica de Bernard Shaw, por B. Shaw	107
Los cantos de la guerra:	
Balada, por E. Carrere	113
Ya se van los quintos madre..., por E. Mesa.	121
Lía y Raquel (cuento), por A. Nervo	125
Guillermo Jiménez, por José López Portillo y Rojas	136
Del dolor y el amor, por G. Jiménez	142
El alma de las cosas viejas, por Gabriel Alfaro	147
Impresiones, por Rosa Bazán y Cámara	158
Poemas, por J. Dicenta (hijo)	163
El enciclopedismo y la revolución de Mayo, por J. Ingenieros	175

AÑO II NÚM. XIV

CERVANTES

Madrid, Septiembre 1917

REVISTA MENSUAL

El enciclopedismo y la revolución de Mayo.

(CONTINUACIÓN)

4.—La expulsión de los jesuítas y la revolución argentina.—Esta formación de partidos, en Buenos Aires, difiere esencialmente de los anteriores conflictos y desórdenes tan frecuentes en todos los municipios coloniales que ha podido, con razón, verse en aquéllos los orígenes de la democracia argentina (1) y en los ca-

(1) RICARDO LEVENE: «Los orígenes de la Democracia Argentina»

bildos los orígenes del federalismo (1). Pero ellos habían sido locales, sin consecuencias directas más allá de su momento y lugar; la división de *liberales* y *jesuíticos* tuvo, en cambio, una estricta continuidad con los partidos que actuaron en el conflicto municipal de Mayo de 1810, que trascendió a los otros municipios del virreinato y evolucionó hacia la emancipación política del conjunto.

La expulsión de los jesuítas puede mirarse, pues, como el prolegómeno espiritual de la revolución argentina. En esa hora aparece en la histora rioplatense un nuevo factor moral; débil tacto de codos en su comienzo, solidaridad para un esfuerzo, anhelo de progreso y de libertad, afirmación de ideales e intereses comunes; todo ello acumulándose en un cuarto de siglo, desenvolviendo una mentalidad colectiva, germen indefinido de algo nuevo que entra en escena, se afirma, y crece, y puja, sin detenerse hasta la hora en que se torna torrente y rompe los diques del espíritu colonial: la argentinidad...

(1) Francisco Ramos Mejía: «El Federalismo Argentino», y Nicolás Coronado «Introducción» a la reedición de esa misma obra, 1915; José Nicolás Matienzo: «El Gobierno representativo federal en la Argentina».

La reacción de Carlos III contra la política subterránea de la Compañía, además de encender esa chispa espiritual en Buenos Aires, fué condición esencialísima para el triunfo ulterior de la Independencia Argentina. Su presencia en el virreinato habría impedido la formación del pensamiento revolucionario y trabado los esfuerzos de sus ejecutores. Así lo afirman todos los escritores católicos españoles, como un reproche a Carlos III, sosteniendo, con razón, que el lema de los jesuítas en América era y sigue siendo en nuestros días, "por la Religión y por España" (1). No escapó ese hecho a la penetración de los grandes argentinos; el ilustre don Vicente Fidel López, que alcanzó a recoger la tradición oral de los hombres de Mayo, expresó la misma creencia. "El gobierno español no debía haber permitido que la Compañía de Jesús tomara el carácter que tomó. No hay duda que el gobierno tiene el derecho de expulsar del seno de su nación una secta, una compañía, o una orden religiosa cualquiera que pretenda convertirse en máquina política, y que se haga agente de intereses materiales

(1) Severino Aznar: «Las grandes instituciones del catolicismo», Madrid, 1912.

para propagar doctrinas sociales en provecho propio. Eso es predicar partidos y tender a formar dos cuerpos de guerra dentro de una misma sociedad. Por más disimulo que se ponga, lo que se pretende con eso es llevar al gobierno sus adeptos, cosa muy distinta de moralizar con las doctrinas del evangelio. Así sucede siempre con las cosas mal consentidas y mal hechas. A lo que se llega es a una alternativa dolorosa entre dos grandes males; hay que elegir el menor. Y la verdad es también que si la Compañía de Jesús no hubiera sido expulsada en 1767, nuestra Revolución de Mayo de 1810 hubiera encontrado en ella su más formidable enemigo. Quince o veinte mil indios bravos disciplinados y fanatizados por los PP., que eran todos "realistas" y "papistas", hubieran tenido un influjo tremendo; y sabe Dios si hubiéramos podido ser independientes, ni tomar sobre nuestros hombros nuestros propios destinos con un enemigo interior de esa importancia" (1).

Sarmiento expresó muchas veces el mismo parecer, oponiéndose a su restauración legal que miraba como un peligro; opinión que com-

(1) López: «Historia Argentina», I, 540.

partieron, en esa ocasión, Mitre y Gutiérrez, para citar solamente a los mayores. Y Alberdi, aunque menos ocasionado a fallar pleitos en materia religiosa, se limita a decirnos que "los reverendos padres jesuítas hubieran eternizado nuestra sujeción a la España si no se van" (1). En cuanto a la formación de un espíritu nuevo y al desenvolvimiento eficaz de una educación propiamente argentina, Alcorta no es menos explícito: "Fué necesario que la expulsión de los jesuítas se operara y que Vértiz gobernara la colonia, para que se manifestase el primer movimiento serio y de importancia en favor de estudios generales" (2). Los que entienden de historia eclesiástica saben que el nombre de "Colegio", con que la Compañía designara a algunas de sus casas, no implicaba en esa época, y menos en América, una condición forzosa de establecimiento educacional (3). El nombre de entonces no corresponde a la cosa de hoy. Es seguro, en cambio, que un intenso anhelo

(1) J. B. Alberdi: «Cartas Quillotanas», Carta III.

(2) Amancio Alcorta: «La Instrucción Secundaria», pág. 184 (reedición de 1916).

(3) Ver cartas de Monseñor Federico Aneiros y V. F. López, en el apéndice del libro «Retratos y Recuerdos», de Lucio V. Mansilla, pág. 279 y sig.

de reforma educacional agitó a los gobiernos coloniales después del extrañamiento de la Compañía: "Estas ideas, que se exponían por las autoridades en muchas de las capitales, después de la expulsión de los jesuítas, para secundar la resolución del rey, de que los bienes llamados de temporalidades se empleasen en crear establecimientos de enseñanza, señalan el comienzo de una verdadera revolución, porque la necesidad de instruirse, la sed de saber, haría inevitable la reforma de los viejos y atrasados sistemas de enseñanza" (1).

II.—Manifestaciones iniciales del espíritu argentino

1.—Gobernación del americano Vértiz.—Carlos III, agente inicial de la emancipación americana, promovió en estas colonias los tres cambios radicales implicados indirectamente por el enciclopedismo: ideas nuevas, economía nueva, política nueva.

Mientras el pensamiento colonial se amodorraba en el claustro de Trejo, sin que el traspaso de jesuítas a franciscanos le hiciera ir a más,

(1) V. C. Quesada: luq. cit., pág. 150.

intentábase en Buenos Aires encender otras luces, más o menos consentidas por el movimiento progresista que se amparaba del partido "liberal". Las ideas, como la civilización, siguen los caminos naturales; el puerto oceánico favorecíase de cierto intercambio del pensamiento, por su contacto con Europa. Y cuando llegó la ocasión de constituir en Buenos Aires institutos de enseñanza, la circunstancia de tener menos pasado intelectual que Córdoba permitió curiosear más libremente, buscando la vía segura del porvenir.

Razones geográficas, históricas y políticas habían determinado una profunda diferencia sociológica entre el litoral rioplatense y la altiplanicie que fué—de hecho—peruana hasta la víspera de la emancipación. La constitución del virreinato como entidad política y administrativa, modificó las apariencias sin alterar la realidad: "regiones apartadas como las del Alto Perú y Norte y Oeste de lo que es hoy la República Argentina, estuvieron muy lejos de verse sometidas a la llamada autoridad absorbente del virrey" (1). Las ideas, la cultura, la

(1) EMILIO RAVIGNANI: «Creación y permanencia del virreinato del Río de la Plata» (notas preliminares), pág. 39.

enseñanza misma, distinguiéronse a fines de la época colonial por el espíritu de las corrientes originarias que influenciaron su desarrollo y sus desenvolvimientos posteriores. Es un hecho bien conocido: "La corriente del Norte tiene su origen en el Perú, cruza los territorios del Norte de la República, establece sus primeros fundamentos en Santiago del Estero y llegando a Córdoba, hace allí el centro de sus operaciones, ramificándose más tarde a Corrientes y al Paraguay, hasta los límites con el Brasil. La corriente del Litoral nace con los movimientos del reinado de Carlos III, al impulso de las autoridades españolas en el Río de la Plata y se radica en Buenos Aires para influir desde aquí en las transformaciones sucesivas. La una es puramente religiosa desde sus primeras manifestaciones, y tomando por base la enseñanza de la Compañía de Jesús, fomenta sus colegios y hace de su enseñanza la enseñanza pública. La otra, aunque religiosa en su fondo, por el espíritu dominante de la época, aparece cuando la Compañía de Jesús ha desaparecido y se sirve de sus despojos para fundar sus primeros establecimientos de importancia relativa. La una se radica por la

acción directa y eficaz del clero con sus primeras autoridades a la cabeza; la otra por los funcionarios civiles de la colonia y de la metrópoli y con un espíritu de instrucción general; y ambas se dividen el predominio y la influencia en las luchas sucesivas, hasta que la reconstrucción definitiva de la nación viene a dar a la enseñanza pública un centro común a cuyo impulso obedecen todos sus movimientos más importantes" (1).

La influencia liberal de las ideas enciclopedistas, que engendró el espíritu argentino, como antítesis del hispano-colonial, penetró por el Río de la Plata. Las provincias que tenían su centro histórico y su avanzada meridional en Córdoba (2), en el linde de las dos civilizaciones, permanecieron adictas al espíritu colonial.

Al anunciarse en Buenos Aires la salida de Bucarelli (1770) aumentó la inquietud en las facciones que durante siete años se habían dis-

---

(1) Amancio Alcorta: «La Instrucción Secundaria», pág. 179. Reedición de 1916).

(2) Y por mucho tiempo la Aduana seca entre el Perú y el Río de la Plata. Ver Vicente G. Quesada: «Historia Colonial Argentina», y Ricardo Levene: «La moneda colonial del Plata» (pág. 22 y sig.), y otros estudios de historia colonial.

putado la preeminencia en la colonia: pues si los "liberales" tenían de su parte al gobernador y a la juventud ilustrada, los "jesuíticos" tenían de la suya a las mujeres y a los viejos monopolistas enriquecidos. No era posible que Carlos III entregara a manos enemigas la gobernación de América más vinculada con el extinguido imperio jesuítico; en medio de tantas dudas a nadie se le ocurría pensar que el nuevo gobernador vivía desde un año antes en la ciudad, en la persona del subinspector de las tropas, don Juan José de Vértiz y Salcedo, que, a la sazón, frisaba los cincuenta, y había venido a conocer el país para prepararse a su gobierno.

Aunque liberal firmísimo, la Corte le había elegido para reemplazar a Bucarelli por sus cualidades de discreción y de tolerancia; era necesario aplacar la hostilidad de los jesuíticos, que tanto habían amargado la gobernación anterior (1). Para ello, además del varón discreto, convenía el hombre informado; parece evidente que Vértiz vino en 1769 a Buenos

(1) Ver los «Documentos relativos a la ejecución del decreto de extrañamiento de los jesuítas, etc.», en la *Revista del Río de la Plata*, vol. VIII, pág. 368 y sig.

Aires, con su puesto subalterno, para observar y conocer el terreno. Era ya gobernador definitivo, por ocho años, sin que lo sospechara ninguno de cuantos se le acercaban a hacerle confidencias.

Esta sencillísima circunstancia de conocer el medio político y social, contribuye a explicarnos la memorable actuación del último de los gobernadores (1770-1777), en cuyo período se afirma la política liberal en la administración del Río de la Plata. "Por excepción poco común en el régimen colonial", hijo de América y natural de Méjico, cúpole en suerte unir su nombre a los dos acontecimientos magnos de la historia cultural de Buenos Aires. Como gobernador inició el Real Colegio de San Carlos (1773); nueve años después—siguiendo al breve interregno militar de Ceballos (1777-1778) —fué nombrado segundo virrey del Río de la Plata (1778-1784), y en tal carácter introdujo la imprenta en Buenos Aires (1781) y dió carácter definitivo a la fundación del Colegio Carolino (1783).

Vértiz fué intérprete feliz de las ideas que animaban al progresista monarca. La gobernación del Río de la Plata sintió su influencia

en todos los órdenes de la vida pública: comenzaba una era nueva. Con Ceballos habían tenido vara alta los funcionarios y los comerciantes españoles, que medían su propia importancia por el monto de los caudales acumulados ejerciendo el contrabando. Otra cosa ocurrió cuando Vértiz tomó el gobierno. "A su lado no eran los enriquecidos los que debían gozar de más influjo político, sino los hombres de iniciativa intelectual a quienes generalmente se llama hombres ilustrados. Labardén y Basavilbaso eran los directores de ese grupo, que, aunque pequeño por el momento, estaba destinado a ir ensanchando sus filas hasta que los sucesos viniesen a darles en la generación subsiguiente el carácter de un verdadero partido político, con jefes más jóvenes y con adeptos mejor preparados para hacer la evolución definitiva de la sociedad colonial, y poner en receso las categorías de la aristocracia municipal, que, aunque extensa ya, pertenecía a los enriquecidos y tenía poco peso en la opinión pública".

"Hombre de nociones abiertas y de principios elevadísimos, tan liberal como bueno y prudente, Vértiz comprendió al momento cuál

era el "programa", como diríamos ahora, con cuya ejecución debía ilustrar la historia del período de su mando" (1).

Su tarea no era cómoda ni sencilla. Vicios y rutinas, de hondo arraigo, perturbaban la buena marcha de la administración. Bucarelli habíase contraído a evitar la tempestad que cada día amenazaban desencadenar los elementos ceballistas y jesuíticos; otra cosa era emprender innovaciones liberales que esos mismos conservadores debían resistir, dada la imposibilidad de remover ciertos vicios de administración sin perjudicar intereses creados, no siempre respetables (2).

En el primer tiempo que le dejaron libre las desavenencias con los portugueses, se contrajo a asuntos de mera administración civil. "Entre otros dió preferencia al arreglo de los pueblos de Misiones, que, a consecuencia de la expulsión de sus tutores, ardían en la anarquía, suscitada a la vez por curas, neófitos y administradores, mal avenidos entre sí. Aque-

(1) V. F. López: «Hist. Argentina», I, 425.

(2) Para justipreciar la obra moral y administrativa del gobernador Vértiz, véase su Bando de 20 Septiembre de 1770. («Documentos para la Historia del Virreynato», I, 1.—Facultad de Filosofía y Letras).

llos pobres indios, tan cándidamente avenidos por los crédulos del "cristianismo feliz" a las misteriosas márgenes del Uruguay, eran víctimas de la inmoralidad de los curas y de la avidez de lucro de sus administradores, menos hábiles que los jesuítas para vendimiar paulatinamente la viña del Señor.

"El ánimo recto y generoso de Vértiz debió quedar bien atormentado, cuando acudieron a su justificación varios de aquellos pueblos sin ventura, acusando a más de setenta curas que, olvidados completamente de la santidad de su ministerio, se armaban de puñales y excitaban a la embriaguez y los tumultos a las ovejas de sus rebaños espirituales". Palabras ilustradas por la siguiente nota: "De los misioneros o curas franciscanos del Alto Perú, decía el naturalista Haenke en 1799: El amor a las riquezas los hace olvidar todas las plausibles reglas de pobreza que prescribe su instituto. Ellos sacan increíbles ventajas de la rusticidad e inmenso trabajo de los neófitos a quienes reatan con tareas que no podrían llenarlas aun cuando fuesen bestias de carga" (1).

---

(1) J. M. Gutiérrez: ob. cit., biografía del Virrey Vértiz.

En su hipotiposis del gobernador, refiere Gutiérrez—copiadísimo biógrafo—cuán poco favorecían los españoles el desenvolvimiento intelectual de los nativos, con excepción de la carrera eclesiástica, que era prácticamente la única permitida. Se ponían trabas de bulto a que los criollos se graduasen de abogados. El gobernador Andonaegui malquería tanto esta profesión que, dando cuenta al Virrey del Perú del repentino derrumbamiento de la catedral antigua, atribuyó la catástrofe a castigo del cielo por los continuos pleitos, odios y rencores que fomentaban los abogados entre los vecinos. En el fondo, el gobierno y el clero temían que los abogados les alborotasen sus respectivos rebaños de súbditos y feligreses. Más tarde, agrega, los obispos "procuraron mantener la superioridad de la sotana sobre la toga y de la teología sobre el derecho civil", apartando a la juventud de esta disciplina. El de Buenos Aires, que lo era en 1769 el doctor Manuel Antonio de la Torre, natural de Palencia, dirigióse al Conde de Aranda oponiéndose a la creación de la Universidad de Buenos Aires, pues bastaba con un seminario para elaborar clérigos y "porque de la cátedra de Leyes no

se sacarían más que mayores enredos, pues habiéndolos hoy con cuatro abogados, qué fuera con muchos más que se crearían faltos de práctica y de aplicación, que en mi tierra dicen abogados de a legua". Tenía razón el Obispo; pero no en lo que decía, sino en lo que callaba; antes de ser pocas docenas, los abogados criollos que se criaron "faltos de práctica y de aplicación", introdujeron las herejías del enciclopedismo y de la democracia, emancipando un continente, tal como lo preveían, sin decirlo, todos los obispos españoles.

Vértiz procuró desde el primer momento resolver el problema que tenía interesadísima a la minoría culta de Buenos Aires: la fundación de un Colegio y Universidad. Su permanencia de incógnito habíale servido para comprender que esa era la única cuestión sobre la que podían estar contestes las camarillas ilustradas de los diversos partidos, con lo que, al mismo tiempo, liquidábase definitivamente la testamentaría espiritual y material de los jesuítas. Le apoyaron los elementos liberales y nativos; Gutiérrez dice que ilustres argentinos lo rodeaban de cerca, colocados en posiciones influyentes: así "lograron cambiar aquel orden

de cosas, aprovechándose de una coyuntura feliz para dotar al país de estudios públicos, independientes de los claustros y de las celdas".

Previniendo la imputación de que el objeto perseguido al expulsar a los jesuítas fuera incautarse de sus bienes, había dispuesto el monarca que ellos se destinaran íntegramente a objetos de beneficencia y utilidad pública, con especial indicación de sostener y mejorar la educación de la juventud. En consonancia con esas miras del ilustre soberano, Vértiz se apresuró a manifestar al Procurador de la ciudad y a los Cabildos secular y eclesiástico el rendimiento de las temporalidades, requiriendo su opinión sobre el mejor destino que pudiera dárseles, en vista de fundar escuelas y establecer estudios generales. Las consultas fueron absueltas con bien prevista solicitud y con criterios liberalísimos para su tiempo, siendo unánime su concordancia con los propósitos del gobernador.

El procedimiento fué simple. El Cabildo secular de Buenos Aires había propuesto se trasladase a esta ciudad la Universidad de Córdoba; en cambio, el Obispo de Buenos Aires se contentaba con que se estableciesen tres Semi-

narios: dos preparatorios y el tercero "para probación de aquellos que tuvieran verdadera vocación de cursar y ascender a los órdenes sagradas„. El Conde de Aranda, el 9 de Enero de 1772, se dirigió a Vértiz encargándole dar ejecución al segundo proyecto, no privando al vecindario de Córdoba del honor de tener su Universidad.

Es seguro que en 1773 funcionaban algunas clases del Real Colegio de San Carlos, aunque su instalación oficial sólo tuvo lugar el 3 de Noviembre de 1783, siendo ya Virrey su iniciador. En cuanto a la Universidad, no pudo crearse, a pesar de las Reales Ordenes de Carlos III que mandaron su instalación.

2.—*Creación del virreinato y empresa militar de Ceballos.*—Esta labor progresista sufrió un paréntesis. En 1776 renació la guerra con los portugueses, viéndose España en la obligación de ensayar un esfuerzo definitivo que liquidara para siempre el pleito. El ex gobernador Ceballos, además de ser un militar estimable, tenía prestigios adquiridos en la anterior campaña contra el mismo enemigo; fué enviado al Río de la Plata con el título de primer Virrey, al frente de una escuadra de ciento diez y seis

naves y con diez mil hombres de desembarco. Para aliviarle de fatigas y de gloria, rindiéronse los portugueses al tener noticia de su arribo. Al poco tiempo el conflicto fué zanjado por el tratado de San Ildefonso (1877).

Durante la breve estancia de Ceballos en el Río de la Plata, recrudeció la lucha entre jesuíticos y liberales. Los primeros, que otrora habían tenido en el flamante Virrey su apoyo más firme, procuraron suplantar a los segundos en la administración y en la influencia política; las entrigas contra Vértiz, bien acogidas por Ceballos, que tenía celos del gobernador americano, obtuvieron que fuera excluído de toda participación en las tareas administrativas y militares. Ceballos monopolizó todos los laureles de su guerra sin batallas (1).

El partido de los monopolistas enriquecidos tuvo ocasión de obtener un sonado éxito por intermedio del triunfador Virrey. Por sí, y a petición del Cabildo, dió Ceballos un auto declarando "libre con España y las demás colonias" el comercio del Río de la Plata. Era, pues, un triunfo para el comercio español de

(1) Véase el exagerado paralelo entre Ceballos y Vértiz, en Funes, «Ensayo, etcétera».

Buenos Aires, aunque la libertad de comerciar se limitaba a las relaciones con la metrópoli y sus dominios, especialmente con el Perú (1). Ese auto fué aprobado y ampliado muy luego por la Corte, que más tarde, por una real cédula de 1795 permitió algún comercio con extranjeros, no sin limitaciones.

Pronto cercaron a Ceballos los elementos reaccionarios, pretendiendo restaurar el régimen anterior a Bucarelli y detener la inquietud reformista de que parecían poseídos Vértiz, Maciel, Basavilbaso, Labardén y sus amigos. Estos escribieron a Bucarelli, alarmados; terminada la expedición y recibida la Colonia del Sacramento, Ceballos fué llamado a España: "la razón que algunos dan de su retiro – dice D. V. F. López—es que se le consideraba demasiado adicto a la Compañía de Jesús para que pudiera ser oportuna su permanencia a la cabeza del Virreinato".

Una Real Cédula de 27 de Octubre de 1777 nombró Virrey de Buenos Aires al ex gobernador Vértiz, quien prestó juramento a mediados del año siguiente y entró al mando "en una

---

(1) Ver Levene, escritos citados.

época en que estaban como a la moda en el gabinete español las reformas y lo que hoy llamaríamos el espíritu de progreso".

3.—*Virreinato de Vértiz.*—Tiene ya el ilustre Virrey sus historiadores; ellos han puesto de relieve su progresista labor administrativa. Aquí sólo diremos que sus iniciativas culturales—teatro, imprenta, colegio, etc.—le confieren el más honroso rango en los orígenes de la historia argentina.

Fué su preocupación más constante el cambio de las costumbres, siguiendo en ello el ejemplo de los liberales de la península. Modificó en lo posible el físico urbano, con obras de adelanto municipal que mejoraban la vialidad, la higiene y la estética; pero más se preocupó de cambiar el espíritu de la ciudad, quitando a las iglesias el monopolio de la vida pública. Bien comprendieron los agraviados que las reformas de Vértiz acabarían por reducirles la clientela; además de trabajar contra él bajo cuerda, agredieron violentamente algunas de sus más sonadas innovaciones.

Un franciscano, natural de Logroño, cometió la imprudencia de intentar contra Vértiz lo que en España había ensayado el clero reac-

cionario contra Carlos III: fomentar desde el púlpito el desacato al poder civil. Desde la cátedra sagrada tronó José Acosta contra el establecimiento de la Casa de Comedias y de los bailes públicos, "declarando, en nombre del Espíritu Santo, que los que asistieran a esas diversiones públicas fomentadas por el Virrey, incurrirían en condenación eterna". Más tardó Vértiz en conocer la insolencia que en ordenar al guardián que expulsase de su convento, para otro del interior, al fraile atrevido que osaba censurarle en cosas que no atañían a la iglesia; y mandó también que desde el mismo púlpito fuesen desautorizadas sus palabras por otro predicador (1). Nuestro primer teatro fué instalado en la Ranchería, así llamada porque era el corral donde tenían sus "ranchos" las numerosas negradas de los jesuítas, cuyo Colegio estaba al frente (2); Vértiz veía en él un medio de cultura social, una escuela de gusto literario y de historia clásica.

El Obispo no se arredró por el percance del franciscano Acosta y continuó oponiéndose al funcionamiento del teatro, que tildaba de inmo-

(1) V. F. López: «H. A.», I, 438, J. M. Gutiérrez, Ob. cit.
(2) V. F. López: «H. A.», I, 605, nota.

ral y contrario al recogimiento nocturno que deseaba imponer a su feligresía; pero, más que eso, le incomodaría, sin duda, como prelado y como español, la ocasión que el teatro daba a que la juventud se reuniese, despertando en ella sentimientos comunes que suelen ser peligrosos para los que viven de la ignorancia o de la opresión.

Con el propósito de allegar rentas a la casa de Expósitos, hizo traer Vértiz a Buenos Aires los restos de una imprenta que se había introducido en Córdoba para imprimir oraciones y catecismos, en el Colegio de Monserrat. Dice la Memoria del Virrey que, además de los dichos ingresos, la imprenta proporcionaría al público "los útiles efectos de la prensa". Las primeras publicaciones conocidas son de 1781, aunque es de 1783 la Real Cédula que aprueba la fundación de la Casa de Expósitos (1); para Vértiz y el partido liberal, las cosas andaban más de prisa que los expedientes. Una tras otra, efectuó mejoras que cambiaron la faz social y moral de la ciudad: alumbrado público,

(1) Ver José Toribio Medina: «La imprenta en el antiguo Virreinato del Río de la Plata», La Plata, 1893; y Mitre, Quesada, Gutiérrez, López, obras citadas.

empedrado de las calles, tribunal del protomedicato, construcción de edificios para el servicio público, paseo de la Alameda, hospicio de mendigos, casa correccional de mujeres, alcaldías de barrio, levantamiento del primer censo, etc.

Había, con todo ello, sobrado motivo para que los conservadores ensayaran aquí una parodia del motín de Esquilache. Les faltó un elemento esencial, el que sobraba en España; el clero secular, criollo en su totalidad, simpatizaba aquí con los amigos de Vértiz y no tenía espíritu de cuerpo con los obispos y dignatarios eclesiásticos inmigrados casi todos de la metrópoli.

Vértiz puso fin a sus útiles iniciativas en 1783, solicitando se le eximiese del cargo, previo juicio de residencia; de este último le exoneró el rey, declarando que le tenía por superior a todo reproche. En 1784 vino a reemplazarle el márqués de Loreto.

III.—Fundación del colegio carolino

1.—*Algunos antecedentes.*—Expulsados los jesuítas, pareció propicia la ocasión para fundar el Seminario, que de tiempo atrás reclama-

ban en Buenos Aires los obispos, y la Universidad, que habían proyectado más de una vez las órdenes rivales de la formidable Compañía. Digamos, de paso, que el propósito habitual de ganar influencia en la sociedad educando al clero, aparece algunas veces complicado por el anhelo de asegurar, con la aparente bondad de su aplicación, algunas herencias visiblemente mal captadas y expuestas a pleitos. No dejan por ello de ser curiosos los antecedentes de una época anterior a la que estudió Gutiérrez en su obra meritísima.

En los documentos del Archivo de Sevilla (1) se encuentran la "información de como biolentamente El Governador de Buenos Aires quebrantó y rompió El Seminario aque havía dado principio El Obispo". Dicho Seminario se instaló el 26 de Febrero de 1647, con alguna irregularidad, pues el obispo dispuso con ese fin de una casa y bienes que el capitán Pedro Sánchez legara en herencia a los padres de la Compañía de Jesús, y que el gobernador entendió corrían

(1) Roberto Levillier, vol. I, pág. 454: «Información lenvantada por el Obispo de las provincias del Río de la Plata, Fr. Cristobal de la Mancha y Velazco, contra el Gobernador, D. Jacinto de Láriz, denunciando cómo éste violó la inmunidad eclesiástica expulsando a los colegiales de un seminario, etc.» (Año 1647-1649).

por cuenta de la justicia real. Tuviera o no razón, el gobernador Láriz, sin preceder autos ni requerimientos, se presentó con una tropa de milicianos del presidio, puso en la calle clérigos, diáconos y seminaristas, con sus camas y baules, y les intimó se alejaran muy luego, "porque botaba por christo que traya determinación de matarlos a puñaladas". En 1649 el consejo, de acuerdo con el fiscal, denegó al obispo lo que reclamaba, por cuanto esas fundaciones no podían hacerse sin preceder licencia, ni era decoroso alegarlas para quedarse con bienes de difuntos.

En 1695 el obispo Antonio de Ascona Imberto representó la suma necesidad que tenía la iglesia catedral de un seminario. "por no tener Acólitos ni Monacillos" que ayudaran los oficios divinos y dieran realce a las ceremonias religiosas. La gestión no tuvo éxito, pero no se desistió del propósito; el obispo fray Gabriel de Arregui, volvió a representar repetidas veces, en 1714, por "la indecencia con que (en la Catedral) se celebran las festividades por falta de Acólitos" (1). El 8 de Di-

(1) Enrique Peña: Colección de «Documentos y Planos... de la Ciudad de Buenos Aires». vol. VI, pág. 142, 145, etc.

ciembre de 1729, el obispo fray Pedro Faxardo, de la orden Trinitaria, legó sus bienes a la iglesia catedral con el mismo fin; ratificó su donación el día 13 del mismo mes y año, falleció el 14, y el 16 el Cabildo Eclesiástico se apresuró a poner el hecho en conocimiento del Rey, para entrar en posesión de la herencia. Pleito, como de costumbre; pleito de muchos años, riña entre civiles y eclesiásticos por incautarse los dineros de Faxardo, y el Seminario no pasa del papel (1). Entre los inventarios merece leerse el de la biblioteca del obispo, que permite apreciar la cultura de la época (2). Diez años más tarde, en 1739, aparece el mismo Cabildo reclamando el caudal y consiguiendo opinión favorable del fiscal para que "si satisfechas las deudas... resultasen líquidas algunas cantidades" le fuesen entregadas a la brevedad posible.

La Orden de Predicadores no permaneció inactiva, por su parte. Su provincial fray Domingo de Neyra representó en un Memorial "suplicando que el referido Combento de Buenos Ayres, pueda conferir grados según lo

(1) IDEM, vol. IV, pág. 5 a 156.
(2) IDEM, vol. IV, pág. 104.

executa el de Chile, y en caso necesario estender la facultad mandándose que los Títulos, Grados, Certificaciones y otros grados de el referido Combento tengan la misma validación que si fueran de cualquiera otra Universidad concediéndose para ello los mismos privilegios que obtienen" (1); del expediente resulta claro el propósito de conseguir una Universidad que no tenían en Buenos Aires los jesuítas, la que, en cierto modo, les permitiría competir con la de Córdoba en la formación del clero criollo. Una donación del padre Juan Bautista Alquilazete para fundar un colegio convictorio, sirvió a los jesuítas para oponerse a la maniobra de los predicadores; la apoyó, en 1762, el gobernador Ceballos, adicto a los de Loyola, aconsejando "que la piedad del Rey se digne condeder licencia para su erección al cuidado de los Padres de la Compañía vajo las mismas constituciones que el de Córdova" (2). Bastan esos antecedentes para afirmar que antes de la expulsión de los jesuítas habíase intentado crear seminarios clericales en Buenos Aires, pretendiendo varias órdenes, sin éxito, dar

(1) IDEM, pág. 157 y sigs.
(2) IDEM, pág. 171.

a los estudios el rango de Universidad.

Después del suceso de 1767 fué grande el fermento de los interesados por atrapar el "Colegio de San Ignacio" y captar los estudios que se decidió organizar.

Ordenando los datos y documentos reunidos dor Gutiérrez es fácil advertir que hubo muchos planes diversos, antes de que Vértiz fundara oficialmente (1783) el Real Colegio de San Carlos.

El obispo José Basurco había iniciado la construcción de un edificio para Seminario, que se continuaba bajo la dirección del maestrescuela Pedro Ignacio de Picazarri; éste pidió (1773) facultades extraordinarias para manejar los fondos, lo que se le negó por entender el fiscal, que "debe despreciarse del todo la instancia del aquel Maestrescuela, como dirigida al fin de quererse subrogar ambiciosamente en lugar del Reverendo Obispo„, que lo era Manuel Antonio de la Torre, quien acababa de acusarle (1772) de malversación de fondos y pedía se le obligase a rendir cuentas de los fondos percibidos y gastados sin contralor.

Prolongóse durante años la rencilla; la fá-

brica se concluyó, pero en 1777 el Seminario no funcionaba (1).

El interés público vióse pronto distraído por más latos proyectos, movidos, como se ha dicho, por el gobernador Vértiz y sus amigos liberales. El obispo (1768) pidió se fundaran seminarios, oponiéndose al proyecto de Universidad; el Cabildo Secular pidió se trasladara a Buenos Aires la de Córdoba (1771); el Cabildo Eclesiástico sugirió se fundara una Universidad propia (1771; el conde de Aranda, antes de recibir estos dos informes, ordenó (Enero 1772) se estableciesen los seminarios solamente, y después de recibirlos, se opuso a la traslación de la de Córdoba (1773); el Procurador General, Manuel Basabilbaso, en vista de ello, se aparta de lo pedido por el Cabildo secular y se aviene a lo reclamado por el eclesiástico (1773); la Junta Superior de Aplicaciones adhiere a las conclusiones del Procurador e insiste en que "todo el pueblo aclama principalmente por la erección de la Universidad" (1773). Carlos III, en 1778, previa consulta del Consejo Extraor-

(1) Idem. Documentos del «Expediente formado en el Consejo de indias relativo al establecimiento en Buenos Aires de un Colegio Seminario», vol. IV, Pág. 175 a 190.

dinario, resolvió "el establecimiento de la Universidad o estudios generales en una de las casas ocupadas en esta ciudad a los Regulares de la extinta compañía" (1).

De todo este dilatado papelismo tuvo efecto la creación de un Seminario, conforme a lo ordenado en 1772 por el de Aranda, aunque su fundación oficial se produje 11 años después.

2.—*Juan Baltasar Maciel.*—El Real Colegio abrió sus aulas bajo la direción del virtuoso canónigo criollo don Juan Baltasar Maciel (1727-1788), de probadas tendencias liberales; como se ha dicho, en su favor, y contra el candidato "ceballista y jesuítico„, había movido Bucarelli una verdadera campaña de influencias, que le valió (1768) la canongía magistral (2). Bucarelli siguió protegiéndole desde Madrid: en 1872 escribía a Basavilbaso que obraban en su poder las cartas de Maciel y que "le he servido y le he de ver mitrado antes que su compañero Riglos„ (3). Es natural, pues, que Vértiz, en ese mismo año, nombrase Can-

(1) Ver documentos en Gutiérrez, ob. cit.
(2) Carta de Basavilbaso a Bucarelli, citada.
(3) Carta de Bucarelli a Basavilbaso, ídem. (En J. M. Gutiérrez: Ob. cit., 431, nota.)

celario y Director de los estudios públicos a su competencia en los trabajos preparatorios de los Cabildos.

Había nacido en Santa Fe, el 8 de Septiembre de 1727; en Córdoba se doctoró en teología, emprendiendo luego un viaje a Chile para graduarse en Derecho Civil, que en la casa de Trejo no se cursaba todavía. Tenía, además, gran afición por los escritos de historia y literatura, sin excluir los profanos. En 1754 regresó a Buenos Aires desempeñando, entre otros cargos, el de "comisario del Santo Oficio de la Inquisición"; dióle ello motivo para leer libros heréticos y es seguro que acabó por tomarles tal afición que, de haber cumplido severamente su ministerio, habría comenzado por condenarse a sí mismo. Su cultura, pareja con su bondad, le tornó tolerante y liberal; no sabemos que persiguiera nunca a lectores de libros prohibidos, magüer comenzaran a pulular en Buenos Aires y los hubiese en su misma biblioteca. Agreguemos, para completar la figura, que Maciel—*invita Minerva*—no resistió a la tentación de menudear versos inocentes.

En la época de Bucarelli fué el caudillo del

clero criollo contra el partido jesuítico, actuando siempre en combinación con el partido liberal.

Poco después, debiendo Vértiz informar a la corte sobre las aplicaciones que pudieran darse en esta parte de América a los bienes de la Compañía, oyó oficialmente a los cabildos eclesiástico y secular. Ambos informes concordaron en que su casa principal y sus rentas se aplicasen a la creación de una Universidad pública y de un Colegio convictorio. El eclesiástico, redactado por Maciel (1771), revela cierta novedad cuando se refiere a la enseñanza que darán los profesores de filosofía: "No tendrán obligación de seguir sistema alguno determinado, especialmente en la física, en que se podrán apartar de Aristóteles y enseñar, o por los principios de Cartesio, o de Gasendo, o de Newton, o alguno de los otros sistemáticos; o arreglando todo sistema para la explicación de los efectos naturales, *seguir sólo a la luz de la experiencia por las observaciones y los experimentos* en que tan utilmente trabajan las academias modernas". Estas palabras se dirían inspiradas por el repetido lema del renacentista Pedro Pomponacio: la

observación y el experimento son la balanza de la Verdad.

"Esta liberalidad para abrir el entendimiento de los jóvenes americanos a la mejor luz de aquella época, es sumamente meritoria si se recuerda cuál era el modo de pensar en España a este respecto y la resistencia que opusieron las universidades a las mejoras que en su doctrina quiso introducir la administración de Carlos III.

"En el mismo año en que el doctor Maciel se emancipaba de Aristóteles, del "maestro" por excelencia, en el estudio de la naturaleza, la Universidad de Salamanca, excitada por el Consejo de Castilla a la reforma de los estudios, en el año 1771, dijo "*que no se podía apartar del sistema del peripato;* que los de Newton, Gasendo y Cartesio no simbolizan tanto con las verdades reveladas, como los de Aristóteles"; y que "ni sus antepasados quisieron ser legisladores literarios introduciendo gustos más exquisitos en las ciencias, ni la Universidad se atrevía a ser autora de nuevos métodos".

"¡Qué contraste entre la fuerza de inercia salamanquesa y el arranque innovador del

discípulo americano del Colegio de Monserrat!" (1).

Conviene advertir que la discreta liberalidad del canónigo Maciel se refiere a Descartes, Gasendo y Locke, sin mencionar a Condillac y los enciclopedistas, en cuyo caso su independencia habría rayado en franca herejía. Con Descartes la filosofía se completaba por las ciencias matemáticas, siempre bien avenidas con los sistemas prudentes; en cambio, por la ruta de Condillac, la filosofía encaminábase hacia las ciencias naturales y tendía a cimentar los problemas del alma, del conocimiento y de la moral sobre una psicología fundada en la experiencia. Siendo, en suma, avanzadas, con relación a la teología de los escolásticos españoles, las ideas de Maciel podrían parecer tímidas si se comparasen indebidamente con las agitadas ya en Europa y particularmente en Francia.

En 1777 promovió ante el Cabildo Eclesiástico la organización definitiva del Seminario Conciliar, para formar el clero, acólitos y cantores, de manera que en el porvenir pudiera

(1) J. M. Gutiérrez: Ob. cit.

darse a las ceremonias de la iglesia aquel decoro y decencia de que hasta entonces carecían por falta de dicho personal (1).

En su biblioteca, una de las más considerables de ese tiempo, figuraban obras francesas del siglo XVIII, y no pocas de los enciclopedistas, que constituían su lectura favorita, no obstante hallarse incluídas en el *Index*. En los anaqueles no eran sospechosas, pues todas estaban rotuladas como libros de teología ortodosa. La influencia de este hombre cultísimo fué grande; su casa era el centro de reunión de la exigua minoría que se interesaba por los problemas sociales y filosóficos, tan febrilmente removidos por los adeptos de Quesnay, de Voltaire y de Rousseau. Sin apartarse de su religión, y manteniendo una vida ejemplarísima, no desdeñó asomarse a las "peligrosas novedades" del pensamiento moderno.

La última página de la vida de Maciel termina con una clamorosa vergüenza del partido jesuítico. El 12 de Abril de 1784 el virrey Vértiz se había embarcado para España, quedando en su reemplazo el Marqués de Loreto. Fuera

(1) «Documentos para la historia del Virreynato», II, 144 (Facultad de Filosofía y letras).

el temor despertado por la insurrección de Tupac-Amarú, o que trayese instrucciones de poner trabas a la influencia adquirida por los criollos durante el gobierno del mejicano Vértiz, cierto es que el sucesor se entregó a la facción reaccionaria, contra el grupo liberal.

Los amigos de Maciel fueron perseguidos; sus adversarios ensalzados, aun los más asnos, como aquel deán Picazarri, a quien nadie excedía en presunción, aunque a todos aventajaba en ignorancia. Lo mismo que en tiempo de Bucarelli, recrudeció la guerra de pasquines y anónimos; pero esta vez los liberales estaban desamparados contra la influencia de los jesuíticos. El virrey Loreto le separó de su puesto y le desterró a Montevideo (1787), con asombro y escándalo de los vecinos ajenos a la intriga. Una tramitación humillante para Loreto, se terminó rehabilitando a Maciel; pero éste había fallecido, de pena y de privaciones, en Montevideo, el 2 de Enero de 1788, mientras estaba en viaje una Real Orden que le reponía en su cargo.

3.—*La enseñanza filosófica en el Real Colegio de San Carlos.*—Antes de su fundación oficial funcionaron en San Carlos varias aulas,

especialmente las de gramática, retórica, teología, filosofía, y cánones. El 24 de Febrero de 1773 inauguró el primer curso de filosofía el doctor Carlos José Montero (1), sin apartarse de la consuetudinaria escolástica. En los conventos de San Francisco y de Santo Domingo enseñábase también filosofía, y eran admitidos, como oyentes, estudiantes seglares; las tendencias eran las mismas, y es oportuno tener presente que los tales cursos de filosofía eran ejercicios de dialéctica palabrista, destinada principalmente a adiestrar para las disputas en defensa del dogmatismo religioso y de la primacía eclesiástica. En 1776, a los dos cursos de filosofía del San Carlos agregáronse dos más de teología escolástico-dogmática y un tercero de teología moral, que a poco fué reemplazado por uno de cánones. Durante los diez años de su existencia extraoficial, los cursos filosóficos estuvieron a cargo de Vicente Juanzaraz, Carlos García Posse, Pantaleón Rivarola y Juan José Paso Estos doctores en teología, casi todos educados en la época menos afortunada del claustro de Córdoba, no pudie-

(1) Ver Belisario J. Montero «*El doctor Carlos Joseph Montero*», Buenos Aires, 1915.

ron sino repetir lo que habían mamujado en la ubre espiritual del Monserrat, con escaso provecho para sus alumnos.

En 1783, fecha de la fundación, ocupó la cátedra de filosofía Luis Chorroarín, sucediéndole Pedro Miguel Aráoz, Juan José Andrade, Melchor Fernández, Francisco Sebastiani, Mariano Medrano, Diego Estanislao Zabaleta, Manuel Gregorio Alvarez, Valentín Gómez, Gregorio Gómez, José Joaquín Ruiz, Juan Manuel Fernández Agüero y Narciso Agote, cada uno por dos años, hasta 1809.

Estos beneméritos teólogos no fueron mejores, como catedráticos, que los de Córdoba. Por una singular coincidencia toda la literatura apologética porteña concuerda en que la enseñanza en Córdoba era detestable, pero todo asegura que la de Buenos Aires era luminosa; y por otra coincidencia, no menos singular, la literatura apologética cordobesa afirma exactamente lo contrario. La verdad está en lo que cada una dice de la otra: en los colegios de Córdoba y de Buenos Aires, hasta 1810, la regla fué enseñar las mismas tonterías filosóficas que es enseñaban en la península. Las excepciones, si las hubo, fueron individuales, y muy

raras; no las conocemos. Es seguro, en cambio, que se estudiaba latín como no ha vuelto a estudiarse en América, siendo evidente que ello daba ocasión para conocer en sus fuentes la literatura clásica, que era el ornato predilecto de los intelectuales de la época.

Ni se pretenda que el de Buenos Aires era muy superior en organización y disciplina; sería burlarse de la historia con el propósito inocente de falsear el pasado para mostrarlo mejor que el porvenir. Refiriéndose al espíritu inquieto y revolucionario de la juventud porteña, narra V. F. López el audacísimo motín de los colegiales del San Carlos, acaecido en 1796. "Después de haber reunido cautelosamente muchas armas de fuego, se proclamaron dueños de la casa y tomaron todas las alturas, resueltos, por pura calaverada, a dar batalla y sostener el sitio a todo trance. Prendieron y castigaron con golpes a los superiores de quienes tenían quejas. Arrojaron todas las bocas inútiles, es decir, a los niños y a los pusilánimes. Contestaron a balazos y pusieron en fuga a la Audiencia que como parlamentaria venía en nombre del Virrey a reducirlos; y agotados todos los medios de conciliación, fué indispen-

sable echar sobre ellos el cuerpo veterano del "Fijo", y dar un salto en toda forma que produjo algunas crueles desgracias; pero en el que los Colegiales hicieron prodigios de valor y de tenacidad" (1).

Este suceso, sin embargo, permite señalar la diferencia absoluta entre las causas y el espíritu de la indisciplina en ambos Colegios. En Córdoba ella revelaba intrigas de administración, en las que se veían complicados por sus profesores los que allí se educaban; en Buenos Aires era un alzamiento de los estudiantes contra el espíritu colonial: los frailes apaleados en la casa y las autoridades recibidas con fusilería en plena calle. Calcúlese lo que haría diez años después, envalentonada en las invasiones inglesas, esta generación que con sus actos parecía adelantarse a la fórmula: ni Dios ni amo...

Los dominicos y los franciscos enseñaban en sus conventos; los jesuítas no estaban. Las cátedras eran "apetecidas por los eclesiásticos, que por lo general son pobres en el país"; los tales pobres eran jóvenes clérigos criollos que

(1) V. F. López: «Hist. Arg.», III, 157 y sig.

no se resignaban a ocupar misérrimos curatos en lejanas rancherías, pues los empleos mejor rentados del gobierno eclesiástico eran distribuídos en España o rudamente disputados aquí: "los pocos clérigos que encuentro en Buenos Aires están tan hallados con la Ciudad que si los obligara a salir a los curatos del campo, o se alterarían, o aunque obedeciesen estarían violentos en ellos" (1).

El clero joven procuró llenar las cátedras que en Buenos Aires no heredaron los franciscanos. Ese clero fué antiespañol y demócrata en política, dió muchos hombres a la Revolución y algunos muy eminentes a la política liberal de Rivadavia; pero no tengamos la pueril ilusión de que podía enseñar lo que nunca había aprendido. Las ciencias no se intuyen, se estudian; nadie sabe por arte de adivinación las materias y las doctrinas que no ha estudiado. En las aulas no se usó de la libertad que Maciel entendía dejar a los que enseñaran las materias filosóficas; no fueron profesores, sino modestísimos empleados que ganaban más o menos bien su módico sueldo.

(1) «Representación del obispo de Buenos Aires», en colección de documentos de PEÑA, IV, 193.

El mismo obispo que pedía se pusiera en su diócesis Universidad, informa al Rey, en 1780, "que por sus reales resoluciones sobre las temporalidades se han fundado seis cátedras en el Colegio de San Ignacio que actualmente existen seis maestros enseñando y percibiendo sus salarios de los fondos de ella"; pero, agrega, "el método de enseñar es raro y diverso del que se practica en España. Escriben los discípulos tanto en Filosofía como la Teología, y V. M. reconoce que en esto se desperdicia mucho tiempo y no se instruye a la juventud tan bien como si estudiasen por determinados libros". Basta ver los que aconseja para inferir que el obispo no era exigente ni revolucionario (1).

Han llegado hasta nosotros las "lecciones" de muchos de ellos, recogidas en el aula por los alumnos; revelan más esmero caligráfico que buen sentido. Las hay en muchas bibliotecas públicas y privadas; rivalizan todas por su amorfa insignificancia: las de Sebastiani, Medrano, Zavaleta, Gómez, Agüero, etc. La Universidad de La Plata ha hecho público un mo-

(1) «Representación», citada.

delo definitivo de esta oquedad y zoncería dominantes en la escolástica del Carolino: "Lógica y Física General", lecciones profesadas por el dignísimo Chorroarín, en 1783, y reeditadas en la "Biblioteca Centenaria" (1). No siendo peor ese concurso que sus congéneres, basta para juzgarlos a todos.

El único testimonio leal de esa época es el de D. Manuel Moreno, que describe el Colegio en párrafos verídicos, anteriores a la época en que nació la literatura apologética, preocupada de orificar las caries de la época colonial.

Los colegiales—dice—llevan "una vida enteramente de comunidad y en un todo monástica, según el gusto del que la preside: *son educados para frailes y clérigos, y no para ciudadanos...* Son alojados de tres en tres, o más en cada cuarto, *faltando a la decencia y decoro, por la errada máxima de humillarlos, o diríase mejor, envilecerlos, antes que salgan al mundo...* Este número de estudiantes (los que siguen los cursos sin estar en el Colegio) es siempre *al menos doble* con respecto al de los colegiales y siempre el más aventajado, por más que la va

(1) Edición de la Universidad de La Plata.

nidad de los padres haya querido acreditar el establecimiento más costoso... Baste decir que aun los (colegios) de España, que sin duda no es el pais en donde más se ha adelantado en la materia, son todavía muy superiores al de Buenos Aires. En cuanto a la utilidad que debía esperarse de promover los conocimientos y las ciencias, estando reducidas sus lecciones a formar de los alumnos *unos teólogos intolerantes,* que gastan su tiempo en agitar y defender cuestiones abstractas sobre la divinidad, los ángeles, etc., y consumen su vida en averiguar las opiniones de autores antiguos que han es, tablecido sistemas extravagantes y arbitrarios sobre puntos que nadie es capaz de conocer-debemos decir que es absolutamente ninguna.

Este principio de extravío de ideas para la juventud estudiosa, podría ser compensado por las ventajas de instruirse en los ramos de lógica, física natural y experimental, ética y metafísica, que se enseñan a los alumnos por el espacio de tres años, antes de pasar a la Teología, que como lo más necesario y lo que deben sacar más fresco en sus cabezas, se deja para lo último. Pero es doloroso añadir que en estos ramos se advierte todavía el escolasticismo en

todo su rigor, y que aun se defienden con calor las tesis que han sido abandonadas en Europa hace cincuenta años, o se ignoran los descubrimientos hechos por los modernos en esta parte tan provechosa de los conocimientos humanos...

"Este vergonzoso estado debe atribuirse en primer lugar al sistema de despotismo y de ignorancia seguido constantemente por la corte de España en todos sus dominios y principalmente en sus colonias, y en segundo a la general posesión en que se han mantenido los eclesiásticos desde el tiempo de los monjes, de presidir a todo establecimiento literario. A pretexto de la pretensión de virtud que debían infundir en sus discípulos, los clérigos y *frailes* se han señoreado de todas las cátedras y han cultivado con destreza este poderoso medio de aumentar su crédito y su poder. Sin embargo, *como sus miras principales son los asuntos de religión, no cuidan instruirse en las ciencias naturales, y así mal pueden comunicar a sus discípulos esos conocimientos que ellos no poseen*". (1).

(1) MANUEL MORENO: «Vida y Memorias del Dr. Mariano Moreno».

Nunca cesaron los proyectos de elevar el Colegio al rango de Universidad. En 1780 pidió el Obispo al Rey que se concediesen esas atribuciones al "Colegio de San Ignacio„ (1); en 1784, por un sendero oblícuo, quiso Maciel que los estudios del San Carlos se reconociesen equivalentes a los de Córdoba y permitiesen obtener sus grados universitarios (2); en 1794 el virrey Arredondo insistió sobre la urgencia de fundar la Universidad, al elevar dos nuevas representaciones de ambos Cabildos, a lo que se alude en una Real Cédula de 1798 (3).

En las postrimerías del coloniaje se inició en Buenos Aires alguna enseñanza del derecho, de las ciencias físicomatemáticas y de la medicina, aunque sin alcanzar mucho desenvolvimiento, ni influir de manera sensible sobre la orientación general del pensamiento porteño.

Si hubo en el Colegio algunos estudiosos que comprendían la necesidad de apartarse del mal aristotelismo escolástico y se inclinaban a seguir las huellas de Newton y Descartes, fuerza es confesar que esa intención anduvo siempre

(1) Peña, ob. cit , IV, 194.
(2) Zenón Bustos, lug. cit.
(3) Gutiérrez, ob. cit., 296.

más adelantada que la práctica docente. Alguna luz, sin embargo, comenzaba a penetrar en el húmedo claustro del San Carlos. Manuel José de Labardén, al regreso de su viaje doctoral a Chuquisaca, ya en 1777, osó decir en la cátedra de filosofía del doctor Carlos García Posse, "que las ciencias, en otro tiempo encarceladas en un rincón del Oriente, viajaban por el mundo en libertad y al llegar a este suelo habían encontrado la acogida que merecían„. Y años después, en una loa en verso que precedió a la representación de su drama *Siripo* (1789), las influencias del enciclopedismo francés eran ya bien acentuadas; el indocto oidor español las advirtió e hizo constar que en esas páginas había "mucho de la impiedad y libertinaje de los filósofos de esta era, entregada a su capricho y corrupción. Se ve derramado, además, el espíritu de Rusó...", que así el buen tradicionalista creía amenguar ortográficamente la importancia de Juan Jacobo.

José INGENIEROS

(Continuará).

EL "HERNÁN CORTÉS" DE VILLAESPESA (1)

I

Es un acontecimiento en París la lectura de un drama, cuando su autor es de los de nombradía; en Madrid no tanto, porque los madrileños, que están saturados de literatura, huyen de los literatos. Admiran al autor en los libros y en los estrenos; pero... no se acercan al autor, y éste, por famoso que sea, siempre, cuando no hace su poco de política, se encuentra aislado. París mima la producción y la obra de sus autores predilectos; Madrid no, y el fenó-

(1) En México, ante el Presidente de la República y otras distinguidas personalidades, ha leído F. Villaespesa su nuevo drama inédito *Hernán Cortés*. Reproducimos una crítica de la obra hecha por el prestigioso escritor Ruy de Lugo-Viña, y a continuación damos a conocer un bellísimo fragmento de la obra.

meno no deja de ser curioso. Así Villaespesa, gran poeta, tiene su cenáculo en Madrid; pero gira no más que dentro de él, como Benavente en el suyo de dramatizantes, como Valle Inclán en el suyo de maldicientes.

En México, a lo que parece, trátase de seguir el amable ejemplo de París.

Aquí se agasaja por igual a la obra y al autor, y buena prueba fué de ello, ya que me es imposible hacer historia local, el "five o clock tea" literario (preferible a otros sin literatura, donde el ingenio se esconde en los pasteles), que el director de *El Universal* ofreció a un grupo de intelectuales, escritores y artistas los más de ellos, en el "hall" del gran diario mexicano (mi predilecto, como lo es igualmente de todos los extranjeros que por esta ciudad deambulamos). Fué una fiesta íntima, de selección, y, por supuesto, que un tanto cenacular. Todos se conocían y todos eran capaces, limpios de frivolidades mundanas, de apreciar en su justo valimiento una bella obra de arte, de esas que no se producen todos los días.

Tratábase de oir leer a Villaespesa su última producción. Y la oyó un auditorio que, sabiendo oir, oyó entusiasmado.

Y bien: he aquí mi impresión de esa lectura, hecha al margen de un "tea".

II

El poeta, recitador fácil y de voz sonora, apréstase a leer su poema. No titubea ni escudriña receloso los rostros de aquellos que ya tienen ansias de escuchar; tiene la seguridad de lo que ha hecho, que no es una baratija al menudeo y, sin preámbulo, seguro del triunfo antes de alcanzarlo, ante la espectación que lo acosa, deja vibrar, claro y suadente, su recitado, que es como el del D'Argento de Daudet... pero con algo que al de D'Argento le faltaba: dentro de la rima ideas y en el desgrane de las rimas música. No se puede decir que Villaespesa estuviera nervioso, porque los meridionales no son lentos ni para concebir ni para decir; y es por eso que, sin tregua, los versos brotan tintineantes de sus labios, como si los troquelara en metales preciosos de dicción, un maestro en fonética. Es fama que de Zorrilla para acá, son pocos los poetas españoles que saben decir sus versos. Villaespesa desmiente el dicho,

porque aunque no sea él un recitador primoroso, dado a la rebusca del detalle y al latiguillo efectista, sabe interpretar el alma y dar vuelo al fuego de que rebosa pródiga su versificación.

La emoción cenacular se acentúa cuando el poeta deja sentir el castellanísimo lenguaje—limpio de esos ripios de que tanto abusan los autores dramáticos para provocar el deslumbramiento ingénuo del público—, de las primeras estrofas de su poema romancesco. Poema puede decirse que sea ésta su última obra de teatro, porque drama no se le puede llamar, puesto que el engranaje de su acción no se ajusta a una intriga o a un conflicto que sea médula de la obra, y porque a tragedia, si bien se le estima, no llega. No porque a Villaespesa falte aliento para tal empeño, sino porque él se ha propuesto, más que nada, llevar al teatro el poema de la conquista, no en drama de enredo ni en tragedia irrepresentable, sino en poema, en poema esta vez épico, y tal como el poema moderno es: vario en el metro de la versificación, de acción emotiva, aunque resulte un tanto desligada y sin apretado nexo, sin hojarascas declamatorias que arranquen fáciles aplau-

sos, pero sí abundantes en estados de alma que hagan un vigoroso retrato de cada personaje romancesco sin romanticismos. Para vistos en la escena y para leídos en el libro son los poemas teatrales de Villaespesa; y es así que su triunfo no será efímero y ocasional, sino perdurable y efectivo. La gloria de Villaespesa no acaba cuando el último aplauso suena, sino cuando el lector, al doblar la última página, de una de sus creaciones, está seguro de haber gustado una ficción escénica que puede ser también un libro.

El primer acto de *Hernán Cortés,* ocurre en el puerto de Carenas, y tiene la decoración como fondo el cuadro épico de las naos que van a zarpar. Aparecen en escena los conquistadores, declamando, en versos fáciles, decires ingeniosos: es altiva y sonora su habla, y la reconstrucción literaria, sin agarbanzamientos amanerados, es castiza y pura, como si don Francisco Villaespesa fuera un Bernal Díaz del Castillo redivivo, cronista a más de soldado.

La fábula se inspira en una intriga que contra el rebelde Hernán Cortés le hicieron los traidores de su tropa, que quieren a su vez

dárselas de rebeldes; revélase el carácter noble de los hidalgos castellanos, junto a las resterías de los villanos, y no son bellacos sin fe y sin honor los que atraen la atención del oyente, sino bravos caballeros que, con Cortés el osado, irán donde haya que ir y harán lo que haya que hacer. La fábula se pierde tras de la ríma, y es el propio Hernán Cortés quien dice, exaltado y gallardo, más visionario que amador y más aventurero que galán, al responder a Bartomé de Olmedo, que su pasión

"es amor del cielo

¡porque esa dama (la de su sueño), es la gloria!"

Por esa su dama, él se lanza a la epopeya de la conquista; por ella va hacia el "bello jardín florido donde espera su llegada"; y ella es quien le hace decir, mientras resuena jubiloso a lo lejos el esquilón de la hermita:

"Su amor temblará a mis pies,
y eternos hará la historia
los amores de la gloria
con don Hernando Cortés."

El momento es de una trágica intensidad, porque junto a Cortés, poeta de un sueño estu-

pendo, la envidia verdea y la traición se arrastra. Sueña él con la gloria, y los otros con el oro; para él es el oro canto triunfal en el tintineo de la espuela y en el deslumbramiento de los uniformes y en la cruz de la espada; para los otros, la gloria es el oro y el oro el ideal de la empresa, sólo por el oro y no por lo que el oro encumbre y magnifique. Altivo, recio, confiado, capitán aguerrido y audaz muéstrase Hernán Cortés junto a los suyos; tiene fe en su espada y en la cruz, y más que en la cruz y la espada en el temple de su carácter y en el arrojo de su espíritu. Es entonces cuando lanza al aire, ante la misma visión que cantara el viejo poeta argonauta en otras edades, su himno de conquista. Culmina en este fragmento el merífico verbo del poeta.

El viento hincha el velamen de las naos, y cuando no se ha apagado aún el fuego que el conquistador supo encender en los corazones intrépidos, el acto finaliza; y se oyen en labios del vil escudero, del santo fray y del capitán que al frente de tal legión emprende, confiado y temerario, la conquista de lo desconocido, misterioso y adverso:

—¡Por el oro!

—¡Por la cruz!

—¡Por la cruz y por la gloria!

Estallan los aplausos, y el poeta es triunfador una vez más por la gallardía de sus rimas y el señorial lirismo de ideaciones.

Una pausa se hace, no más que de minutos. No recurre a la copa de agua el recitador, cuya voz sigue siendo fresca y sonora. Adivino que él se complace en hacer alarde de esta fluidez, como hecho a la práctica de decir versos sin cansancio. En vano Palavicini le muestra el vaso. Continúa el poeta, seguido de una atención que no altera ni una tos importuna.

El segundo acto es dividido en dos cuadros, y el primero, que ocurre en una selva lujuriante de frondosidad, ya en tierras de conquista, completa en el auditorio el convencimiento de que esta obra de Villaespesa, hecha en México en sólo unos cuantos días, es un reflejo fidelísimo de aquella otra edad que nos resulta sorprendente y de aquellos otros hombres que nos parecen irreales. Traído por Pedro de Alvarado ante Cortés se presenta, arrogante como el conquistador y tan fiero como él, Tizooc el indígena. Y la escena, magnífica por teatralidad y por la versificación, termina así—

acaso si no fiel a una verdad que nunca se ha puesto en claro, si hermosísima por la reconstrucción que de ella hace el poeta:

Tizooc:

¡Vuestro cautivo soy! Sacrificadme
a vuestros torpes dioses, hombres blancos,
que sin miedo a las sombras de la muerte
en el suplicio sonreirán mis labios.

Cortés:

¡Devolvedle el carcaj y la macana!
De esas cadenas libertad sus manos,
que si me precio de valor, me precio
mucho más, vive Dios, de ser magnánimo.
¡Regresa a la ciudad y dí a los tuyos
cómo trata al vencido el hombre blanco!

Villaespesa: quien así habla y a tales palabras acompaña tal gesto no parece ser aquel mismo Hernán Cortés de que hablan las crónicas, ya usted sabe... cuando lo de Cuauhtemoc. Pero... la poesía hace olvidar tantas cosas. ¡Y, entre otras, la historia! Después de todo, vale más un bello verso que una patraba histórica. Por eso, dejemos que el poema maravilloso nos deleite. Y he aquí que los del auditorio y yo logramos tal deseo en la lectura

del segundo cuadro, que es, aparte el final del primer acto, desde el momento que Cortés se dirige en himno de gloria a los suyos hasta que cae el telón, lo más hermoso de este poema. En cuanto al criterio histórico conque esté hecho, allá los historiadores.

Pasa la escena de este segundo cuadro en el atrio de un oratorio indígena, y la india Malinche habla de un hombre blanco que vió en sueños y del que habla en apasionado desvarío a Xochiquetzal y a las esclavas:

"¡Hombre blanco, hombre blanco! Quién pudiera
ser en tu cáliz gota de rocío,
para que me bebieses toda entera.
Temblar, en un divino escalofrío,
a tu cuerpo y tus brazos enroscada,
como liana indestructible, y luego
morir, bajo tu boca y tu mirada,
deshaciendo tu nieve con mi fuego.
¡Yo he visto un hombre blanco, y de tal suerte
le adoro, que vivir sin él no puedo!

Condenada a muerte está la india que llora por el que vió en sueños; su amor es de la visión blanca y barbada, y por ella se estremece de placer y se muere de ansias. Sobre la piedra del sacrificio va a pagar con su vida el sacrile-

gio de su descastado anhelo; ya va a morir. Pero el "hombre blanco" del sueño, hecho raelidad como por encantamiento, se presenta y lo liberta. La escena es de una dramaticidad intensísima, y el libro de Villaespesa, sensual y ardoroso, lo aprovecha con peregrino acierto para que el conquistador que libera y la liberta conquistada, unidos los cuerpos "como ofrenda floral de un mismo ramo", se confundan en un beso ardiente sobre la misma piedra del sacrificio donde iba a morir la que entonces vive para adorar en el fiero capitán, ya ensoberbecido por sus triunfos, al hombre blanco de su sueño. En los brazos de la Malinche Hernán Cortés vence, ya que no puede dominar y transformar a toda una raza. No sé si Villaespesa habrá querido interpretar tal símbolo. Pero cierto es que el símbolo existe.

Cuando el poeta dice las últimas estrofas, el auditorio estalla en un frenesí de aplausos cordiales, donde el entusiasmo no se oculta ni la admiración se regatea. Y hubiera sido pleno el triunfo del poeta, de aquellos que los creadores de belleza recuerdan siempre con emoción, si su lectura hubiera alcanzado hasta el final mismo de la obra. Pero un maldito copista no

estuvo a tiempo y faltaron las últimas cuartillas. En la escena las veremos interpretadas, los que no tuvimos la fortuna de oírselas al creador de este poema: poema que es, por partes iguales, español y mexicano; porque una parte de él es española y fué creado por un español, y porque otra parte es mexicana, acaso si la más hermosa, siendo escritas tanto la una como la otra en México, con documentación que sólo aquí se encuentra. Tal epopeya no podía tener su homérida sino en un español que viviera, aunque sólo fuera haciendo un alto en sus andanzas, en la tierra de la Malinche. Ningún poeta mejor que Villaespesa, y ninguna otra ocasión mejor que ésta de su estancia cerca de Coyoacán, el mismo Coyohuacán donde diz que Hernán Cortés...

Nada se debe adelantar hasta que el poeta no nos dé a conocer la segunda parte de su Trilogía de la Conquista.

Se llamará Suauhtémoc. Y en ella vencerá Villaespesa aquellos recelos que abrigaba el argentino Ricardo Rojas, para hacer una obra de teatro donde hablaran en tragedia los indígenas. Todo puede y debe esperarse de su talento.

III

Luego, a la mesa enguirnaldada. En nombre de *El Universal* habla con elocuencia ese Soiza Reilly mexicano que firma sus sugestivas crónicas con el pseudónimo de Hipólito Seijas; la voz de contralto de la señorita María Luisa Ross, que recita tan bien como escribe, dice algo de Nervo; otras voces se oyen; y de nuevo el poeta deja oir los claros metales de su recitación diciendo uno de sus más celebrados poemas. La charla es ingeniosa y alegre, y entre todos los concurrentes establecen el arte y la belleza sus ligaduras cordiales. El poeta encantado entre el agasajo de todos, se siente satisfecho. Y es que los aplausos que oyera, batidos por palmas conscientes, valen más para su orgullo de esteta, que cualquiera ovación delirante en aquellos teatros donde *El Alcázar de las Perlas* le habla al mundo de un poeta español que es una gloria española.

RUY DE LUGO-VIÑA

Fragmento del nuevo drama de Villaespesa.

HERNÁN-CORTÉS

Tierra de encanto y maravilla,
en donde todo fulge y brilla,
y al mismo tiempo aroma y canta;
donde es suave y muelle el suelo,
y se desliza nuestra planta
ingrávida, como en un vuelo,
sobre el ensueno fioreciente
de una alcatifa del Oriente
bordada en verde terciopelo!...
Altas montañas de oro y plata,
donde la aurora se retrata,
en la ilusión de mil espejos,
y en cuyas cimas, los volcanes,
no son cual fraguas de titanes
que en colosales llamaradas
nublan el sol, con los reflejos

de ardientes gemas irisadas,
sino humeantes surtidores,
cuyos penachos deslumbrantes
abren quiméricas huríes,
para esmaltar huertos de flores
con tenues lluvias de diamantes
y aljofaradas de rubíes!
Esbeltas, pródigas colinas
que tienen curvas femeninas
de adolescencia, en cuyas faldas
dormitan selvas de esmeraldas
que dan, al sol, todo un tesoro
de frutos de ámbar y de oro;
y en cuyos fúlgidos ramajes,
profusamente perfumados,
aves de extrañas harmonías,
abren, al viento, sus plumajes,
como abanicos constelados
de fabulosas pedrerías!
Ríos de paz, cuyas corrientes
musicalmente sosegadas,
son de zafiros transparentes,
como las húmedas miradas
de las pupilas de las Hadas,
en las leyendas de las fuentes!
Regando valles sobrehumanos,
saltan arroyos de albas perlas,
sin más trabajo que cogerlas
entre los huecos de las manos!
Entre jardines de áureas rosas

blancas ciudades fabulosas,
que en pesadillas luminosas
apenas fueron entrevistas,
de altivos templos, y palacios
con muros de ópalo y topacios
y minaretes de amatistas!...
Y en medio de este Paraíso,
como en el bíblico, Dios quiso
sintetizar toda grandeza
y fundir todos los placeres,
en los tesoros de belleza
y amor que encierran las mujeres!...
Mujeres pálidas, morenas,
hechas de nardos y azucenas,
carne en lujurias encendida,
en cuyos labios se convierte
el beso en algo que da vida
al mismo tiempo que da muerte!...
El Oro!... El Oro!... En todo arde!...
En los rosales de la aurora,
y en las cenizas de la tarde!...
Oro la lluvia también llora;
oro, en su cauce, arrastra el río;
oro despiden los volvanes,
y hasta oro en polvo es el rocío
que en luz desbórdase, en los vasos
de los dorados tulipanes!...
De oro es la clara polvareda
que se levanta a nuestros pasos;
perfuma el oro la arboleda;

oro respírase en la brisa,
y oro se bebe en la sonrisa
de las doncellas, que batallan
de amor, ceñidas de diamantes,
y, con los senos palpitantes,
en nuestros brazos se desmayan,
mientras el fúlgido tesoro
de los collares, los aretes
y los joyantes brazaletes,
se apaga en músicas de oro!...
¡Nobles y altivas carabelas;
izad, al viento, vuestras velas,
y zarpad, para ese lejano
reino, en mitad del océano,
que ébrio de amor y primavera,
todo de oro y luz vestido,
nuestro soñado arribo espera,
como la esposa al prometido!...
¡Tended, amigos, los pendones
de los simbólicos leones
y de los castillos de oro!...
¡Surcad, el nuevo mar sonoro,
a los augurios de la aurora,
para plantar, en la sonora
tierra de encanto y maravilla
sobre la cumbre que más brilla,
la gloria eterna y triunfadora
del estandarte de Castilla...!

FRANCISCO VILLAESPESA

CRÓNICAS DE LA GUERRA

Con el ejército austriaco en campaña.

La lucha en el Carso.

La meseta del Carso es una serie de alturas formadas por bloques de piedra calcárea. Piedra es el armazón y piedras puntiagudas de todos los tamaños son su corteza. Entre esta puntiagudas, redondas, triangulares como grava, crecen sólo zarzas hoscas y matorrales. Algunas de estas alturas ostentan en sus cimas penachos de pinares que aprovechan la poca tierra para crecer. En ninguno de los teatros de guerra que hemos visitado hasta ahora, los soldados han de luchar contra los obstáculos que amontonó la Naturaleza como aquí.

En Francia, en Rusia, en Servia o en Rumania, la infantería encontraba la tierra protectora en donde cavar sus trincheras y los refugios para descansar en los breves altos del combate. Aquí, los hombres se encontraron con la roca que se niega a protegerlos. Las trincheras han de hacerse con barrenos, con un trabajo terrible, bajo la lluvia de granadas que caen en derredor multiplicando su eficacia mortífera porque a los trozos de metralla se unen los pedazos de roca.

Aquí no queda un proyectil sin estallar como suele ocurrir en las tierras blandas de Polonia o de Champagna: el choque contra las peñas bastaría, aunque no vinieran cargados de explosivos. Y la artillería italiana puede compararse con la francesa y con la alemana, en la precisión del tiro, en abundancia de municiones, en el número de piezas de todos los calibres, desde el famoso 75 de Creusot, hasta el monstruo de marina. Y luego los observadores italianos son gente que ha adquirido en poco tiempo la gran ciencia de descubrir al enemigo por muy disimulado que esté entre las peñas. Pero, la artillería austriaca en el momento actual puede responderle. Al principio, los

austrohúngaros estaban equilibrados con respecto a su adversario en número de cañones; ahora, a medida que el desenlace de operaciones en otros frentes ha permitido acumular aquí medios de combate, los ejércitos de Austria disponen de una artillería formidable en la que figura el terrible mortero de 42 y el cañón de aire comprimido empleado en la lucha de trincheras. Los adversarios han realizado prodigios de actividad, maravillas de fuerza y de trabajo para traer hasta aquí esos monstruos de acero que asoman sus bocazas por debajo de los disfraces de ramas secas que les cubren.

Aquí no había caminos y ha sido preciso tallarlos en las rocas para los cañones que pesan muchas toneladas.

Por senderos de cabras han escalado los montes las piezas artilleras, y luego les siguieron las municiones.

El trabajo que han hecho los combatientes, empequeñece a las obras ciclópeas que nos legaron los pueblos de la antigüedad, tales como las Pirámides de Egipto y los templos faraónicos. Y diríase que la Naturaleza, tras de someterles a tan dura prueba, ahora se entregó a ellos y les concedió un poco de protección.

Ahora los abrigos cavados en la roca para refugio y acuartelamiento de la tropa, desafían a los proyectiles de mayor potencia destructora. En el Carso se encuentran muchas cavernas profundas que los austrohúngaros acondicionaron y convirtieron en seguros cuarteles para sus reservas. Sobre sus bóvedas de roca pueden caer impunemente toneladas de hierro y de dinamita: los hombres que cobijan no han de temer nada. Sólo pueden algo las granadas con gases asfixiantes de efectos terribles y que de cuando en cuando suelen estallar a la entrada de una de esas cavernas refugio de miles de hombres. Entonces el peligro es grande; el gas entra a bocanadas en la caverna, y si los hombres no usaron a tiempo la máscara, perecen. ¡En una de esas cavernas murieron así más de trescientos soldados! El gas produce la gangrena en los pulmones a las pocas horas de haber penetrado.

En otros frentes, los ejércitos encontraron tierras de cultivo que les dieron legumbres, frutas, forraje para el ganado. Aquí en el Carso no hallaron nada, ni agua. Se ven interminables filas de borriquitos cargados con cubas de madera que traen el agua para los soldados.

Cuando llueve no es posible aprovechar la que envía el cielo, porque las piedras la evaporan y no llega a formarse el más pequeño arroyo.

Todo ha sido improvisado, hospitales de sangre, depósitos de municiones, casas para oficiales, porque en el Carso no había pueblos, ni aldeas, ni caseríos. Primero fueron barracas hechas con piedras y ramas de pino, y luego llegaron los materiales para construir barracas de hierro, cemento, con madera. A las primeras trincheras que no eran sino parapetos de piedras amontonadas, han sustituído las zanjas abiertas en la roca a fuerza de dinamita, con perforadoras movidas por electricidad, con buriles y herramientas de picapedrero. Estas trincheras costaron un trabajo tenaz de muchos meses, pero ahora desafían a la artillería más poderosa. De uno y otro lado sigue la actividad, y mientras aquí los bosnianos duros y silenciosos hacen en la roca una galería para la mina que volará la trinchera adversaria, los piamonteses, tan hábiles obreros de cantera perforan otra con el mismo objeto. Y todas las noches las patrullas salen, se buscan y luchan en los pedregales. Las patrullas no encuentran un árbol que las esconda, no pueden cavar un

hoyo para ocultarse, han de desafiar a las balas y a las granadas de mano, pudiendo ser vistos por el enemigo, porque las piedras calcáreas, blanqueadas por la luz de la luna, los delatan.

JAVIER BUENO

Males necesarios.

Si recorremos la historia humana podremos apreciar que todos los grandes acontecimientos, aun aquellos que al principio parecieron irrazonables, irrazonados y dañinos para el bien y el avance social, fueron siempre precursores de alguna evolución progresiva. Por eso, esta guerra moderna, trágica, brutal, incalificable en sí, es, con relación al porvenir humano, lo que esas auroras rojas que preceden al sol de primavera: el amanecer sangriento de un nuevo día radiante en el camino, siempre variado y constantemente renovado, de la eternidad.

Si yo fuese cristiano, o deista por lo menos, me explicaría esta marcha del mundo, siempre

adelante y contra los mismos hombres que le rigen, con la intervención divina en la historia; no creo en el sér supremo, y, sin embargo, me es preciso confesar que la vida de la comunidad social mejora continuamente sin que nos demos cuenta de ello y que, los sucesos que nos parecen más extraños y más ilógicos, tienen tanta razón de ser, están tan bien medidos y tan profundamente meditados que parece que son seres vivientes, sublimes e informes, poseedores de un corazón que late, de una conciencia que siente y de un cerebro propio y director. La humanidad semeja una máquina que se desliza por unos carriles trazados de antemano; inútilmente los hombres la detienen, en vano tratan de empujarla para que vaya más deprisa; ella se para todo el tiempo que la es necesario para tomar fuerzas; luego rompe nuevamente su marcha pasando por encima de los que tratan de impedir su paso: he aquí la guerra. La fuerza del sino es la base de una filosofía increada y conste que, al hablar del sino, me refiero a algo más extenso, más humano, menos ilusorio que el *Dios lo quiere* de los católicos y el *Estaba escrito* de los árabes. Este sino que lleva a Don Alvaro a arrojarse

desde la peña de su desesperación, que conduce a Werther frente la casa de Carlota, que decreta la caída de Napoleón en Waterloo, que suele ser nefacto a las personas, pesa sobre todo el universo y lo dirige, mejorándolo, purificándolo, ante los ojos sorprendidos de los hombres que, por no darse a pensar, por no sufrir las incomodidades de la filosofía, crean religiones más o menos absurdas para que descanse en ellas su inquietud; los que piensan, los que trabajan por llevar claridad a tales misterios, no han logrado definir esta fuerza motriz falta de personalidad material. Hamlet sigue en pie como una gigantesca interrogación.

Hasta ahora han dedicado los hombres su atención a un problema inquietante y torturador: el por qué de la vida en relación con el más allá de la muerte; a solucionarlo han tendido todos los pensadores que han pasado por la tierra, los espíritus analíticos llevándolo a la ciencia filosófica, los soñadores nombrándose profetas y echándose en brazos de la fe. Capital es el problema, pero, al lado de él, y quizás unido a él por un cercano parentesco, existe este otro problema de la imperturbable

marcha de la humanidad a través de la historia, contra los hombres y sobres los hombres, salpicada de acontecimientos que ellos provocan con fines utilitarios y particulares del momento, sin preveer sus consecuencias universales y eternas.

No sé si me he explicado claramente, pero fácil de comprender es este preámbulo ajustándolo al hecho concreto de la guerra moderna.

Deseos de conquista, de ensanchamiento de fronteras o de lógicas ambiciones comerciales provocaron esta catástrofe: sea lo que fuere no puede dudarse de que solo para el bien particular de una nación, con razón o sin ella, estalló el conflicto; al imaginarlo no se pensó para nada en la necesidad de una convulsión que preparase a la humanidad a dar un nuevo paso progresivo; sin embargo, este paso se ha iniciado ya.

Francia, el corazón, el cerebro del mundo moderno, cansada de pensar para todos y trabajar para todos desde su revolución hasta nuestros días, se había echado en brazos de uno frivolidad lamentable que amenazaba acabar con su grandeza; al propio tiempo, toda

una caduca organización social, se sobrevivía en todas partes, tomando las sabias y nuevas imposiciones del progreso poco a poco, temerosa acaso de hacerlo de una vez, como si el espíritu de conservación la dijese que allí estaba el peligro de su vida. Y por una pequeña necesidad particular surge la guerra; gracias a ella despiertan en Francia todos los grandes sentimientos que ya empezaban a dormirse, muere la frivolidad asesina y renacen los grandes ideales; Francia se renueva y vuelve a encontrarse en condiciones de seguir representando su papel de eje universal; ella es la única nación que puede cumplir hoy este cometido; las demás son demasiado viejas o demasiado jóvenes; las unas, por modernizarse extremadamente, no tienen más que sentido práctico y están exentas de estética, como les pasa a Inglaterra y los Estados Unidos; las otras han seguido al progreso, pero sin deshacerse de atavismos imperiales y fanatismos religiosos: he ahí a Austria y Alemania. Al mundo le hacía falta Francia la intelectual y Francia iba enfermando lentamente; los hombres no eran capaces a curarla y, entonces, alguien, creyendo buscar su bienestar individual, incons-

ciente del favor que hacía a la República latina y al universo, deja rugir los cañones: Francia despierta, se enardece y se dispone a la lucha: Francia está curada; la venenosa víbora de su frivolidad ha muerto para siempre. Para el bien humano era de todo punto necesario que sucediese así y ha sucedido irremediablemente.

A la sociedad entera le hacía falta que una potente cuchilla cortase el cáncer donde las ideas viejas, ya podridas, germinaban aún; el cirujano es la guerra y friamente, inevitablemente, comienza a cortar este mal de raíz: el mutilamiento comienza en Rusia. ¿Dónde acabará? En España se han sentido ya estremecimientos alarmantes.

La humanidad sigue caminando por sus carriles progresivamente; los hombres provocan todos los acontecimientos que son necesarios a su marcha sin darse cuenta de que lo hacen. Ahora bien, ¿cual es la mano invisible que dirige todo esto? ¿Un *sér* supremo? No; es necesario pensar más seriamente. ¿Una ley natural desconocida? Acaso. La ciencia filosófica tiene la palabra.

JOAQUÍN DICENTA (hijo).

LOS CANTOS DE LA GUERRA

PARÍS EN EL MARNE

«La decisión del comando alemán demuestra que ignoraba la formación del sexto ejército francés, efectuado sigilosamente al amparo de la fortaleza de París. . Durante las batallas que se sucedieron en los días 7, 8 y 9 de Septiembre, el sexto ejército francés, reforzado por parte de la guarnición de París...»

Revelaciones sobre la batalla del Marne, por el general argentino José Uriburu.

¡Cuando cruzan dos pueblos sus caminos
En el vasto palenque de la tierra,
Como dos encontrados torbellinos,
Son a la vez salvajes y divinos.
Pero más nos sacude y nos aterra,
Ver jugar en el choque los destidos
De un pueblo y de una máquina de guerra!

Músculos de Sajonia y Mecklemburgo
Restirados en muelles de camiones;
Sangre de la que fuera libre Hamburgo

Lubricando resortes y cadenas;
Nervios de Wurtemberg, fibras lorenas,
Corazón de Strasburgo
Hecho fuerte, ¡oh, dolor! contra sí mismo;
Entrañas de Silesia y Pomerania
Reunidas en monstruoso mecanismo,
Toda la carne roja de Alemania
Hecha un solo organismo
Y obediente a la voz y a los conjuros
Que salen de Berlín o del abismo!

Fué un otoño sangriento;
La máquina de muerte dió un silbido
Que en el mundo se oyó como un lamento.
Adelantó un tentáculo
Con toda su armazón en movimiento,
Y al sentir la aspereza de un obstáculo,
Cayó sobre la Bélgica su empuje
Como en un colosal derrumbamiento.
El humo brota y el acero cruje;
Lieja, Verhaeren, Maeterlinck, Bruselas,
Son trigo de oro bajo, rudas muelas!

Después... un salto y al galope, al vuelo.
El tumulto de carros invasores
Se dirige a París. Manchan el cielo
Sombras largas de pájaros raptores.
¡A París! ¡A París! Los reflectores

Ya lo alcanzan con brusca refulgencia.
¿Qué podrá la exquisita decadencia
De un pueblo que arde con la triple llama
Del amor, del trabajo y de la ciencia?
Toman las masas grises apariencias
De animales prehistóricos en brama,
De Saint-Gond y Vitry, de los rescates
Y todo el mecanismo, de repente
Sujeta frenos, comba la coraza,
Extiende un brazo como enorme puente
Por encima del Marne, con la amenaza
De herir a Francia en su divina frente!
.....

Pero la gran ciudad resplandeciente,
Sintiendo la inminencia del castigo,
Se incorporó en silencio, bruscamente.
Y avanzó desafiando a su enemigo!
No; no es juego de ansiosa fantasía
La aparición de una ciudad que avanza;
Era que el sexto ejército salía,
Vibrante de valor y de esperanza
Para tomar su puesto en la porfía,
Y era también, como visión más cierta,
La guarnición de la ciudad, alerta,
Arma al brazo, los ojos avizores
Y enarbolando en los fusiles flores.
Así, adornado, juvenil y fuerte,
Rojo y azul, cubierto de fragancia,

Se enderezó París con elegancia
Contra la obscura máquina de muerte
Y cuando el viejo Mariscal de Francia
Juntó a sus hijos al abrir la aurora,
Y en la Champaña convocó a revista,
Toda la Galia, con su voz sonora
Fué contestando a la suprema lista.
Se oyeron entre sombras matinales
Acentos angevinos y bretones,
Normandos, loreneses, borgoñones,
Flamencos, girondinos, provenzales...
La voz de Alsacia, con el viento alado
Mandó un ¡Quand même! como señal de guerra,
Y respondieron al viril llamado,
Con tres cuerpos de ejército Inglaterra
Y una promesa fraternal Italia.
El simbólico gallo de la Galia
Anuncia que las sombras matutinas
Se pierden bajo el sol, como neblinas.
¡Rojo sol de Septiembre! Toda Francia
Se dispone a luchar con la penumbra
Bajo tu luminosa vigilancia.
Eres el mismo de Austerlitz. ¡Alumbra!

Cuatro veces el sol prendió su lumbre
Y cuatro veces apagó su llama,
Sobre la exasperada muchedumbre
Que mejor muere mientras más se inflama,

Pero al fin, el incendio de sus lampos
Pudo lucir su redondez ustoria,
Y asomarse, en la ruina de los campos,
Como el sol de Austerlitz, a la victoria.
Los poetas futuros y la Historia
Dirán la magnitud de estos combates,
Su inmenso horror y su tremenda gloria.
Hablarán del furor de los embates
Sobre Fére-Campenoise, del rojo espanto
De Mondement, enormes para un canto.
Para Foch y el ejército noveno
Levantarán un pórtico sereno
Como el de Maratón y el de Lepanto.
Tendrá el Marne, como tiene Salamina.
El mismo aspecto desigual de choque
En que pugnan las manos contra el bloque
Y se atreve el rosal contra la encina.
Será como Vercelli: Cayo Mario
Detuvo con la égida latina
El impulso del cimbrio sanguinario,
Y a los teutones que buscaban tierra,
Les dió tierra en un campo funerario...
.....

¡No triunfará la máquina de guerra!

ALFONSO TEJA ZABRE

México.

SOLILOQUIO DE UN NEUTRO

Pequeño ensayo de filosofía cínica.

In interiori hominis habitat servitas.

¿Y a mí quién me manda meterme en eso? ¿Qué me va ni me viene en ello? Dicen que una señora, inglesa o norteamericana, no lo sé bien, pero sí que era teósofa o cosa por el estilo, Annie Besant, solía decir que entre este dicho. "alguien tiene que hacerlo, pero ¿por qué he de ser yo?„ y este otro: "alguien tiene que hacerlo, ¿por qué no yo?„ median siglos enteros de evolución moral. ¡Pataratas! El que se mete en un fregado o barrido es para que se lo digan, por vanagloria, para presumir y dar que hablar. Cuando no para algo peor. ¡Títeres, nada más que títeres!

Ahora están dando en querernos presentar

como una especie de santo civil y un profeta de civilidad a aquel Abraham Lincoln que sostuvo a los Estados Unidos del Norte, a los antiesclavistas, en los días acerbos y duros de su lucha contra los del Sur, los esclavistas. Y fué, sin embargo, ese Lincoln quien, cuando aún no pensaba llegar a ser Presidente de la República de su patria, declarando que la ambición de llegar a serlo no es de hombres de la familia del león o de la casta del águila, y hablando de los que arden por distinción y tienen sed de ella, añadía que han de obtenerla a costa de emancipar esclavos o de esclavizar hombres libres. Y a mí Dios no me ha llamado ni a una cosa ni a otra. ¿A qué me ha llamado, pues, Dios?

Sí, veámoslo, ¿a qué me ha llamado Dios? Y en primer lugar, ¿me ha llamado a algo? Me parece que no. Me trajeron, que yo no vine, a vivir, y vivo. Y no es poco. ¡Se vive!

Esos faroleros dicen que no vivo y hasta que no existo. Añaden que no soy persona, sino cosa; carne de esclavo. ¿Y qué es persona? ¿Y qué es cosa? Persona es careta, máscara; cosa es causa. Es más positivo, sin duda, ser causa que no máscara. La causa obra, la máscara

representa. Y todo eso de la representación y lo representativo y la ciudadanía y la libertad... ¡Bah, bah, pataratas! Teatro, puro teatro. Es mejor ser espectador que cómico, y mejor que ser espectador, estarse en la cama durmiendo la cena. Porque lo que se duerme es lo que se gana.

¿Ciudadano? ¿Ciudadano yo? ¿Y eso con qué se come? ¿Con qué se come la ciudadanía? Porque todo eso acaba en que sube el pan. Eso que llaman libertad es quisicosa muy cara, y si la compro al precio de la vida y luego me muero, ¿quién será libre? No yo. Y bien dijo quien dijo que vale más ser perro vivo que león muerto. Y si la compro al precio de mi salud, ¿para qué quiero quedarme libre y a la par enfermo? Y si a costa de mi fortuna, ¿para qué libre y pobre? Ningún pobre es libre.

Ese fantástico don Miguel me hablaba el otro día de la codorniz que enjaulada empieza a dar saltos en la jaula, golpeándose la cabeza contra el techo de la jaula, que así ensangrienta, hasta que a las veces sucumbe a esos esfuerzos por libertarse. Y sacaba yo no sé qué metafóricas consecuencias de ello. Sí; sí; hay hombres que pegan saltos y se creen, ¡pobreci-

tos! que dan con la cabeza en el cielo azul y que lo ensangrientan con la sangre de sus sesos. Y luego resulta que ni es cielo, ni es azul, ni es techo alguno, ni ellos están enjaulados, ni hay jaula, ni libertad, ni servidumbre, ni cosas que lo valgan. Ganas de pasar el tiempo. Y es mejor pasarlo como yo lo paso. Es decir, me pasa él.

Me llamó luego vil y abyecto, y recordando aquello de Maquiavelo de que para quien desea engañar siempre habrá quien busque ser engañado, me dijo que la servidumbre no procede del instinto de señorío del amo, sino del de servilidad del siervo, y que para quien quiera domeñar a otro y hasta para quien no lo quiera, habrá siempre quien busque y pida y suplique ser domeñado. ¡Puede ser...! Y después de todo, ¿qué mejor se puede apetecer que un buen amo? Porque el buen amo es el que quiere aparecer siéndolo, aunque no lo sea. Y no hay hombre más libre que el esclavo, pues que no tiene que pensar en el pan de mañana.

"¡Ser o no ser!„, exclamó aquel pedante de Hamlet. Y como eso no quiere decir nada, se quedan boquiabiertos todos los papamoscas al oirlo. "¡Pienso, luego soy„, dijo otro pedante.

Y un tercer pedante, acordándose a la vez de ambas sentencias, exclamó: "¡pensar o no pensar!„ Y luego: "¡ser o no ser libre!„ Pero de lo que hay que estar libre es de tener que pensar, y es la única positiva libertad de pensamiento.

¿Existo o no existo? ¿Soy libre o esclavo? ¡Logogrifos! ¡Metafísica! Lo que sé es que como y sigo durando. Y esta es la fija: ¡comer y durar! El que no come no dura. Aunque lo malo es ¡ay! que hasta comiendo se deja de durar. Pero los duelos con pan son menos.

Don Miguel me decía que también los muertos duran, duran como muertos, y que no se debe durar, sino vivir, y que yo no vivo, sino que duro, y qué sé yo que más. ¡Pataratas y juegos de palabras! Pero qué afición tienen, Dios mío, a jugar con las palabras estos... ¿como los llamaré? estos que mi amigo Juan Lanas llama hombres dinámicos. Pues yo me quedo en estático. Estar es lo supremo.

Ante todo, la división del trabajo. Es el gran principio de toda organización y de todo bienestar social. Sin la división del trabajo nada marcha bien. ¡Zapatero, a tus zapatos! El que nació para mandar, a mandar, y los demás, a ser mandados. ¿Para qué quiero yo saber

dónde tengo el brazo y para qué sirve y cómo se cura si enferma? Ahí está el médico. Y todo el que no siéndolo se mete a escudriñar cómo tiene las cosas del bandujo y los entresijos, acaba en enfermo imaginario y en neurastenia segura. Los médicos curan mejor a los enfermos cuanto menos saben éstos de su enfermedad. Y una cosa así sucede con los curas. ¡Cualquier día me pongo yo a devanarme los sesos por eso del pecado original y la redención y la gracia y el libre albedrío! No debe uno meterse en lo que no le atañe.

Sí, sí, ya conozco las doctrinas de los hombres de excepción; pero como los más, la casi totalidad, somos de regla general del montón del vil rebaño, pues...

¿Que todos debemos aspirar a ser excepcionales...? ¡Medrados estaríamos! Sí, ya me acuerdo, cuando hablando de un pobre majadero me dijo que su deber era romperse la crisma y estudiar, violentar su majadería, y al decirle yo que eso equivaldría de su parte a un suicidio, me contestó: "¡Pues que se suicide, que tal es su deber!„

Por más vueltas que le den siempre quedará en fijo que el fin de un pueblo es el bienestar.

El bienestar y no el bien andar. No, no, nada de bienandanzas, sino bienestancias.

¡A otra cosa nos ganarán, pero lo que es a felices!... Para felices, para contentos, para bien hallados nosotros, y todo lo demás son paparruchas y ganas de hablar por no callarse. Porque hay que ser optimista. ¡Pues no faltaba más...!

Sí, voy a apuntarme para optimista. Pero... ¿No sería mejor no apuntarme para nada? ¿A qué comprometerme? No, dejémosle estar. Porque son capaces de constituir el partido optimista, con su reglamento, y su Comité, y su programa, y sus demás zarandajas, y entonces... ¡adiós mi dinero! No, nada de eso. Y el día en que se les ocurra fundar el partido de los neutros, dejo de serlo. Pero, ¿y qué me hago entonces?

Porque aquí está el busilis. Si me hostigan en mi neutralidad, ¿adónde me voy? ¿Me declararé epiceno? ¿O común de dos? ¿O ambiguo? Ambiguo sería lo mejor. ¿Y nihilista? Pero esto de nihilista tiene un sentido desde que esos rusos... Huele a dinamita. Y es menester que no huela a nada. Nihilista... ¡Claro!, de "nihil„, palabra latina... Eso no es castizo. ¡Lo castizo

es nada! ¡NADA! ¡Qué castizo es esto! También la nada es cosa, esto es, causa. Me declararé, pues, nadista.

¿Pero... declararme? ¿Qué es eso de declararme? ¡Pues no se reirán poco de mí! ¡Y de mí no se ríe nadie! Y menos yo mismo. Paso por todo menos por ponerme en evidencia, que es ponerse en ridículo. De modo que lo derecho es no ponerse.

Digan lo que quieran, se vive bien. ¡Vaya si se vive bien! Lo primero, vivir; es decir, durar. Y después... seguir durando.

Se vive bien, sí, se vive bien. Y esos que emigran es porque tienen hormiguillo y mal asiento. ¡Sí, van los pobres a que los exploten y a morirse de hambre! Y de morirse es mejor morirse donde se ha nacido; se muere más descansado. ¡Buena gana dar media vuelta en la cama antes de lanzar la última boqueada!

¿Para qué trabaja el hombre? Para no tener que trabajar. ¿Para qué corre? Para poder pararse.

Y luego que me llamen siervo. Vale más ser siervo de otros que siervo de sí mismo. Y esos que se creen libres son siervos, siervos de sí mismos, siervos del sentimiento fantástico de

su libertad. ¡De cuántas cosas se privan por no renunciar a esa libertad tan decantada! El que quiera mantener incólume su libertad desconocerá las más delicadas dulcedumbres de la existencia. Cómo se ríe del lobo la oveja cuando aquel la está devorando. Y se dice: "¡no volverás a devorarme otra vez!" Porque el lobo volverá a tener hambre de oveja; pero la oveja no será devorada más que una vez. Y quién sabe... acaso le causa al lobo una indigestión que le cueste la vida.

Lo mejor será cultivar la envidia, que es nuestro veneno espiritual, envenenarnos la obediencia y la sumisión y así le amargaremos su señorío al majadero del amo que nos maneje. Lo que al cabo tendrá que sufrir al leer en nuestra sumisión nuestro desprecio! Reventará de indigestión de dominio. Le crucificaremos con nuestras miradas, miradas de clavo emponzoñado.

¿Neutro, eh? ¿Neutro? ¡Vuelve por otra!

***

Y el hombre sintió en la boca el amargor de la bilis.

MIGUEL DE UNAMUNO

España como posibilidad.

"Un viaje por España y Portugal — dice Meier-Graeffe en el prólogo de su nuevo libro *Viaje de España* – proporcionó a los venturosos participantes variadísimas impresiones. Lo que de ello pudo ser anotado en las pocas horas exentas de mejor ocupación va copiado aquí. Si hubiera sido más, habría yo sacado menos. Quien visitó aquel país comprenderá que prefiriera yo vivir a escribir. A quien no estuvo allí, le aumentarán mis someras sugestiones el ansia de ir, mejor que la descripción detallada de cosas que quieren ser vistas. Para conocer la Península pirenáica son menester, mal contados, diez años, dándoles buen empleo. Yo disponía sólo de seis meses, y carecía por completo del impulso a tanta aplicación. Nos hemos encontrado a placer en España. Europa se hace poco a poco tan pequeña,

que merece gratitud la indicación de espacios libres donde agitar el cuerpo y el espíritu. Esto constituye el único orgullo del autor.„

He de hablar largamente de este libro en otro lugar. Ahora solo me interesa comentar esa interpretación general de España como posibilidad para la inmigración de sensibilidades europeas. ¿Cómo, los europeos necesitan de emociones españolas? ¿Será un error consiguientemente nuestro europeísmo?

—Europa se hace angosta—clama Meier-Graeffe desde Alemania—. ¡Y nosotros, que buscábamos en el germanismo una introducción a regiones infinitamente extensas! Perdón; ¿dónde está el horizonte, dónde está realmente la rotunda línea, magnífica, de la amplia visión? ¿Es la tierra quien hace ancho el horizonte? ¿No es más bien el punto de vista?

Meier-Graeffe trae en su retina a Europa; Europa no es una expresión geográfica. Cuando se ha combatido la tendencia de esta revista, se ha cometido la gedeonada de confundir a Europa con el extranjero. ¿Qué nos importa el extranjero, la serie de formas étnicas, históricas, que pueda tomar la cultura en otras partes? Precisamente, cuando postulamos la europeización de España, no queremos otra cosa que la obtención de una nueva forma de

cultura distinta de la francesa, la alemana... Queremos la interpretación española del mundo. Mas, para esto, nos hace falta la substancia, nos hace falta la materia que hemos de adobar, nos hace falta la cultura.

Una secular tradición y ejercicio de lo humano ha ido sedimentando densas secreciones espirituales: Filosofía, Física, Filología. La enorme acumulación se eleva como un monte asiático; desde lo alto se dominan espacios ilimitados. Esa altura ideal es Europa: un punto de vista.

No solicitamos más que esto: clávese sobre España el punto de vista europea. La sórdida realidad ibérica se ensanchará hasta el infinito; nuestras realidades, sin valor, cobrarán un sentido denso de símbolos humanos. Y las palabras europeas que durante tres siglos hemos callado, surgirán de una vez, cristalizadas en un canto. Europa, cansada en Francia, agotada en Alemania, débil en Inglaterra, tendrá una nueva junventud bajo el sol poderoso de nuestra tierra.

España es una posibilidad europea.

Sólo mirada desde Europa, es posible España.

J. ORTEGA Y GASSET

POESÍAS NOVECENTISTAS

Proclama y Manifiesto [1]

(FRAGMENTO)

(A los poetas.)

Oid poetas del presente siglo
y de los siglos venideros...
Un gran renacimiento ya se inicia,
una renovación, tras de esta guerra
que ha sacudido al mundo
agitando sus aguas estancadas,
que una inercia malsana corrompía...
¡Guerra de redención!...
Rompamos trabas...
Rompamos viejos moldes
y cadenas...

---

(1) Del libro de poesías «Rosa de los Vientos» que publicará en breve la «Biblioteca Minerva».

Que nuestras naves abran nuevas rutas
hacia horizontes nuevos...
playas desconocidas...
¡Aún hay tierras de ensueño,
inexploradas,
que reservan al Hombre tesoros de sorpresas!

.....

¡Oid poetas!
Prometeos eternos del fuego de la Idea,
que robasteis al cielo su más bello tesoro
para llenar de luz la tierra ensombrecida
y dar alas al Hombre.
alas de pensamiento...
estáis encadenados
a la terrena roca rutinaria,
por las férreas cadenas de las rimas antiguas,
y torturados siempre
por el pico protervo del consonante alado,
castigo de los dioses...
¡Libertáos!...
Haced como el Océano, poeta de las olas,
sus versos no simétricos,
sin cauce ni medida,
cantan diversamente a la Naturaleza,
ya en las serenas playas,
ya en el mar sin orillas,
o al pie de las ciudades,
o en las abruptas costas,
mirando siempre al cielo, cantor de las estrellas...
¡No hay verso más hermoso que el de las libres olas,
o el vuelo de las aves en caprichosos giros!...

Dejad al pensamiento que vuele libremente,
con alas de belleza.
La idea y la imagen ante todo,
antes que el consonante y la medida...
¡Subid!
no por la escala de guías paralelas
y peldaños iguales,
monótona. cansada, aunque llegue a los cielos.
¡Subid por la elegancia de la espiral aguda,
en el ritmo del círculo flexible y multiforme...
La idea,
que en la mente es una estrella,
es un punto de luz sobre el Espacio Negro,
se ensancha en leves ondas luminosas
hasta el terreno límite
donde se hace palabra el pensamiento.
Así pasa en el agua y en el aire
y en la luz intangible
cuando rompen, la piedra el sonido,
y la chispa,
la gran serenidad donde describen
el poema infinito de los círculos...
El verso en línea recta y uniforme
que el consonante ajusta y tiraniza
es juego de palabras, no de ideas.
La idea musical y luminosa
es onda y no renglón...
.....
Para llevar mi idea
¡adonde sea!
aunque se oponga el consonante al paso,

yo haré saltar, sin freno, a mi pegaso.
¡Si el consonante llega, a mi deseo,
yo lo utilizaré, más como esclavo,
y daré libertad a Prometeo!... (1)

Maestra de maestros.

(Ante la estatua de Emilia, condesa de Pardo Bazán).

A ti, oh Maestra de Maestros,
sapientísima como la «Docta Simpatía» del Islam,
a ti, cuya áurea péñola
es la llave, sin duda,
del «Parterre florido del Ingenio»
y del «Jardín de la Galantería»,
dedico este canto laudatorio,
inspirado, en la hora meridiana,
a la sombra de tu estatua de piedra
que la admiración, justa y devota,
erigió sabiamente entre jardines,
donde cantan los niños,
y frente al mar Atlántico
lleno, en todos momentos,

(1) En el núm. XII de CERVANTES hemos publicado por primera vez algunas de estas poesías originalísimas, de Goy de Silva.

de naves extranjeras
y de velas latinas...
¡Oh tú, musa fecunda
de la inspirada trinidad galaica,
que has merecido en vida la imagen de la gloria!
haz en el seno de tu estatua un nido
que sirva de morada a un ruiseñor...
Un ruiseñor que cante en las noches futuras
todas las alegrías de tu alma,
cuando ya sólo exista sobre la tierra viva
tu imagen inmortal...
Tu imagen inmortal a cuya sombra
los jóvenes poetas
vengan a meditar sobre tus libros
y los de Concepción y Rosalía,
y sueñen
dulcemente arrullados
por el canto del ruiseñor eterno
que anidará en tu corazón...

Agua rítmica.

(A mi primo-hermano. Emiliano Balás de Silva, poeta solitario).

Agua rítmica,
poesía sin cauce, musical y armoniosa,
ve, yo te envío,
desde el manatial puro del alto pensamiento,
a través de la vida
como esos padres ríos que desde una montaña
pasan sobre la tierra en caudal sin medida
ya augostos, como arroyos,
ya extensos, como mares,
ya mansos, como lagos...
o formando aluvión, torrente y catarata,
ya al borde de las selvas,
que sirven de morada
a las fieras
y a las tribus salvajes;
o a la sombra profunda de los acantilados
en cuyas altas rocas las águilas caudales,
condores y milanos,
y los cuervos protervos
construyeron sus nidos,
o a orilla de los campos donde pacen ganados
y donde el labrador trazó surcos fecundos;

o al margen uniforme de las bellas ciudades
bajo puentes de piedra,
y através de canales...
Así, oh agua rítmica,
correrás como un río, por cauce, o desbordante,
según sea el caudal del alto pensamiento,
y en rápida corriente
irás hacia la mar de la común Idea,
llena de navegantes,
en rápida corriente por la vida...
¡pero tendrás también dulces remansos...!

Ultima hoja.

(En la última hoja del album de Caridad Madam, duquesa de Dúrcal, después de su muerte.)

Cuando tu hijo
me contó entre sollozos,
tu último viaje hacia la tumba
en un país lejano de tu tierra natal,
allá en Berlín,
una ráfaga helada hizo temblar mi alma...
¡Yo también acababa de dejar a mi madre
en su pequeña fosa...!
Pero tú fuiste sola,
sola, en la soledad de las horas nocturnas

en que Berlín dormía,
desde la fría cámara mortuoria
de un hospital extraño,
hasta la gran necrópolis, palacio de la Muerte,
al trote acompasado de seis caballos negros,
con gualdrapas de luto,
que arrastraban ligeros tu carroza de gala,
la de la *última fiesta*,
semejante a aquella otra blasonada,
en que ibas al alcázar de los reyes, tus primos,
en las solemnidades palatinas
a recibir, como una reina, el homenaje de la Corte,
¡por que tu fuiste la más bella de las duquesas...!
¡Cuando tu hijo
me contó entre sollozos...!

Un ave alegre.

(*Para Amado Nervo, cantor de la esperanza...*)

Todos los días un ave alegre
canta en mi corazón,
sobre la rama fuerte de la vida...
Canta, al despertar mi alma,
de sus ensueños compensadores...

Todas las mañanas
la alondra de la ilusión
dice su alegre canto de esperanza...
¡Algún día
llegará su dulce compañera
y el corazón,
mi corazón,
les servirá de nido...!

¡Dios quiera que al final de mi existencia
estén todas las ramas
del corazón
llenas de aves canoras
que acojan a la Muerte
con cantos de alegría...!

Corazones solitarios.

(A Gabriela Mistral, hermana en poesía, lejana y cercana, desconocida, pero no ignorada...)

¡Oh, corazones de las soledades infinitas...!
Sois como águilas solitarias,
en medio de los cielos;
o como leones heridos
en medio del desierto...

¡Oh, corazones de las soledades infinitas...
Como alondras viudas,
en medio del invierno;
o como gamos huérfanos,
perdidos en la selva...

¡Oh, corazones de las soledades infinitas...!
golondrinas errantes,
sin pareja y sin nido;
más solos en la vida
que la luna en la noche...

¡Oh, corazones de las soledades infinitas...!
cálices vacíos,
agotados por las pasiones;
lámparas donde tiembla
una llama votiva y melancólica...
¡infinitamente melancólica...!

¡Oh, corazones de las soledades infinitas...
Náufragos sedientos,
en medio de los mares;
albatros de alas rotas...
¡Oh, corazones de las soledades infinitas...

Tus ojos.

(A una mujer que ha muerto... para mí...)

¡Ah, no hay nada...
nada más cruelmente engañador
que tus ojos...!
Parecen contener el cielo...
Parecen contener el mar...
Parecen contener la imagen de la dicha...
¡Y no son, sino espejos vacíos
que sólo reflejan las cosas lejanas...!
El cielo está en el cielo...
El mar está en la mar...
La dicha está solo en mi ilusión...
Y,
sin embargo,
parece que todo está en tus ojos,
¡cofres vacíos,
más fríos y más vanos
que las piedras preciosas.. !

Rosas nuevas.

(A Francisco Villaespesa, jardinero mayor de la Belleza.)

¡Qué hermosa mañana!
El jardín está lleno de rosas nuevas
que danzan en la brisa,
enjoyadas de irisado rocío...
¿Me llamáis, queridas rosas?
¡Ah, teméis que salga el sol
y os lleve vuestros tesoros...!
Voy a cogeros en ramos
y os colocaré en mi mesa
donde leo y escribo, medito y sueño
y estoy, como un pescador paciente, ante el papel,
con la pluma por anzuelo,
para extraer la belleza del fondo de mi tintero...
¡Yo sé que guardáis para mí solo,
amadas rosas,
vuestros besos perfumados...!
Mis dedos acarician vuestras mejillas blancas
y morenas, más tarde, (besadas por el sol)
a depecho de las espinas
que celosas os guardan...
Ya veréis cómo las mariposas
y las abejas
vienen a disputarme vuestros besos;

pero yo las dejaré
porque, en cambio, me prometen
unas la seda y otras la miel,
para vestirme y alimentarme,
¡oh, ilusiones mías...!
¡Mis delirios de rosas...!
¡Oh, delirio de nardos y azucenas...!
¡Yo sé, ay! que a la noche os perderé,
os veré dormir, bajo la luna,
para no despertar... huyendo en vuestro sueño.
¡Pero mañana bajaré a mi jardín
y encontraré más rosas,
nuevas rosas...!

El mar.

(A Luis G. de Urbina, guardafaro en el mar de ideas y armonías.)

Para las gentes de las tierras interiores,
para los habitantes de los pueblos
lejanos de las costas,
el mar,
el mar desde una playa,
o desde la ventana de la casa de un puerto,
les causa una impresión de triste lejanía,
una impresión de soledad, desierto o islamiento,
como si se viviera a un extremo del mundo,

casi fuera del mundo, al margen de la vida
ante el abismo inmenso de lo desconocido,
lo profundo y lejano,
lo insondable,
todo horizonte incierto,
todo gris,
todo como un misterio entre dos soledades,
las del cielo y del agua,
entre las cuales
las estelas fugaces de los barcos,
¡signos de blanca espuma!,
son interrogaciones que se borran
sin obtener respuesta...

.....

Pero a los habitantes de las costas,
a aquellos que nacieron junto al puerto
y jugaron de niños en las playas
y conocen el canto de las olas,
sus risas y sonrisas, sus calmas y furores
el mar,
el mar movible y vario,
les da la sensación del alma misma
de la vida...
El mar lleno de naves que recorren el mundo
desde un puerto a otro puerto...
El mar, patria común,
poblado de navíos de todos los países...
El mar cosmopolita,
imperio universal, lleno de seres:
aves, peces, anfibios,
viajeros...

tesoros...
(donde las perlas son mezquina escoria...)
de selvas y montañas submarinas,
de ciudades ocultas y países de encanto...
El mar de los senderos infinitos...
El mar de las sorpresas incontables...
y de las aventuras...
El mar de los naufragios,
de las tormentas y de los combates...
El mar de los piratas de bajel
y de los sumergiblea...
de los «superdreadnoughs» y las ballenas...
El mar de las sirenas y de las asechanzas...
El mar de los caminos de plata de la luna...
El mar lleno de redes...
El mar lleno de estelas...
El mar lleno de islas y de escollos, y faros avizores...
El mar lleno de adioses y lleno de esperanzas...
El mar, el mar, en fin, que ata todos los ríos
y une todas las tierras...
No da la sensación de soledad,
tristeza, alejamiento,
olvido...
Sino, por el contrario,
¡de vida y corazón de todas las pasiones...!

¡Viaja, corazón...!

(A la memoria de Joaquín Dicenta, viajero evangelizador, aquí y en la Eternidad...)

¡Estancarse, en la vida, es corromperse...!
¡Viajar, viajar, viajar...!
¡Siempre moverse,
como el río y la mar...!

Viaja, oh corazón,
como la nave
como el viento y el ave
y la ilusión...

Audaz corazón mío,
sé prora del navío.
Sé roda de la quilla,
¡tajamar...!
¡Viajar, viajar...! ¡Sin cesar...!
de una orilla a otra orilla...

***

¡Vuela alma viajera,
hacia los claros cielos
con las alas rojas de las rebeldías. .!

Sé el arcangel bermejo
entre los rubios ángeles...
Sé la trompa de bronce
al frente de las trompas argentinas...

Sé el águila ligera entre las blandas nubes,
El rayo entre las sombras
y la estrella fugaz entre los astros fijos...

Apaga el Tenebrario de los cielos
con tu soplo rebelde...

Cuando tú hables,
haz
que calle aquel que apaga
los soles, con las noches;
las lunas, con los días...

Sé el corazón de juventud perenne...
Sé lámpara de llama inextinguible...

Sé la flecha en el arco y la cuerda en la lira...
Entre los eslabones de oro y plata
sé el engarce de hierro
y sé la cuenta negra del rosario
entre las cuentas blancas...

En el reino de astros de luz propia,
prefiere ser satélite...
y sol entre los mundos habitados,
que tu luz necesiten...

Sé enano entre gigantes,
y gigante entre enanos...

Para ser sólo y fuerte,
uno y omnipotente,
¡oh, corazón!
Sé negro entre lo blanco
y blanco entre lo negro...

¡Si Dios fuese visible a los mortales,
ya no sería Dios...!

Mas tú, para ser dios
hazte visible entre los invisibles,
¡te lo mando...!

MOLDES CLÁSICOS

Canto póstumo [1]

(A la memoria de María Josefa, última condesa de Berberana)

Cuando estos versos eran leídos
con voz doliente,
en una tarde de triunfo y de consagración
para el cantor,
tú, oh dulce amiga,
dormida en tu ataúd lleno de rosas,
tenías el oído atento sólo
al canto misterioso de la Muerte
que deshojó tu corazón en plena primavera,
¡cuando aún la esperanza y la ilusión
eran las alas de tu alma!...

En mi jardín, las aves ya no forman su nido.
El viento en los rosales, no ha dejado una flor.
Pesa sobre mi alma la losa del olvido,
en la cual ha grabado su epitafio el amor.

(1) Leído en la solemne sesión inaugural de la Academia de la Poesía, verificada en el Ateneo de Madrid el 5 de Noviembre de 1911, presidida por SS. MM. y AA. RR., y con la asistencia del Gobierno de S. M. y la plana mayor de los poetas castellanos. (N. de la R.)

¡Oh, días venturosos de un estío lejano...!
¡Oh juventud, divina edad de la ilusión...!
Cerrada está la puerta de un corazón hermano
y mendigo ante ella llora mi corazón...

Abandono esta noche mi triste hogar sombrío.
¿Qué nuevos horizontes veré al amanecer...?
La luna ya no sigue su marcha sobre el río
que a las aguas amargas del mar va a perecer.

A través de los negros paisajes del olvido
va mi espíritu errante sin pena ni inquietud.
¡Ya no viven los seres amados...! ¿Dónde han ido...?
¡Ya no tengo ilusiones, ni tengo juventud...!

¡Ni una estrella en la noche, ni una estrella en mi [alma...!
¡Qué frío, qué silencio! ¡No existe ya el dolor...!
En esta paz profunda y esta profunda calma
sólo hay sombras. ¿Palabras?... ¡Ni un nombre, ni un [rumor...!

Pasan las horas, pasa la noche en el misterio...
Nuevas luces de un alba lejana. ¿Anunciación...?
Pregunto: ¿Habré dejado mi antiguo cautiverio
para ser libre o para llegar a otra prisión...?

Oigo música, encanto de un recuerdo lejano.
¿Qué dicen esas notas que alguna vez oí...?
¿Chopin, Beethoven...? ¿Lloran en el jardín cercano...?
¿Fuí vecino de seres que nunca conocí...?

Nadie llora. La aurora se enciende en lontananza.
¿Qué importa un nuevo día generoso en promesas
si en el mar de mi espíritu no reina la bonanza
ni la vida reserva para mí sus sorpresas...?

Estoy solo, cansado de vivir y es la muerte
una luz, en mi ocaso, de esperanza postrera...
¡Oh amante misteriosa, quiero pertenecerte...!
¡Quizás en nuestro lecho nazca la primavera...!

El campo estaba alegre...

(A Remedios Cabezas de Montenegro, ángel tutelar de mi infancia aventurera).

Llamaron al cristal de mi ventana;
serían al pasar las golondrinas.
La primavera ha vuelto.
Esta mañana
cogí un ramo de flores campesinas.

—

El campo estaba alegre
y mi alma era
como una alondra que dejase el nido
para ver despertar la primavera.
¡Todo a la luz del alba era florido!

—

Llegaban blancas nubes del Oriente,
como cisnes cargados de azucenas
o navíos de plata, bajo el puente
de la Aurora,
llevados por sirenas.

—

El campo estaba alegre
y mi alma era
como una mariposa entre las flores.
La tierra parecía una pradera
poblada de rebaños y pastores.

—

Era un paisaje helénico.
Las aves
alegraban la vida con su canto,
y en la flauta de Pan, dulces, suaves,
mil notas tocó Amor, para mi encanto.

—

El campo estaba alegre
y mi alma era
como una oveja libre del redil,
donde pasó el invierno prisionera.
¡Vuelve la vida cuando nace Abril!

—

Hoy cantaron alegres las campanas
y vi llegar por todos los senderos

del mundo a los pacíficos romeros
en extrañas y largas caravanas...

—

El campo estaba alegre
y mi alma era,
entre las plantas del Abril florido,
como una alondra que dejase el nido
para ver despertar la primavera...

Abril y primavera.

(A María y Fernando, hijos de María y Fernando, en sus desposorios,)

Bajo el arco celeste de los siete colores,
pasa Abril en la prora de su nave velera.
Argonáuta del tiempo lleva la primavera
con su corte de Gracias coronadas de flores.

Alza su arco de triunfo la Alborada a su paso,
y en los antiguos nidos cantan las nuevas aves
un himno de alegrías, al paso de las naves
que van hacia las playas de oro del Ocaso.

Riegan los verdes campos las Horas jardineras,
desde las grandes nubes, celestes regaderas
que han cogido en la fuente del Iris su tesoro,

Cada gota de lluvia será una flor de oro...
Abril y primavera se van a desposar
y eligieron la Tierra por tálamo y altar...

Mi barca aventurera.

(A Julio Noé, argonauta del Ideal...)

Mi barca aventurera, con su vela latina
cuya grácil silueta el agua, al reflejar,
convierte en dos, parece como un ave marina
tendida un ala al viento y otra hundida en el mar.

Así en mi pensamiento dos alas, o dos velas,
creadas por mi ensueño, en un raro espejismo,
trazan en mi camino dos sombras paralelas,
una bajo los cielos y otra sobre el abismo.

Mi barca silenciosa navega velozmente
por el ignoto mar del Destino, al acaso,
como un audaz albatros con alas de quimera.

De este viaje incierto sólo sé que un Oriente
fué el punto de partida, y el fin será un Ocaso...
¡No se hundirá en la duda mi barca aventurera!

¡Y pensar que algún día...!

(A Elvira Leyva ¡a pesar de los pesares...!)

¡Y pensar que algún día podremos separarnos,
dejando que este amor naufrague en el olvido...!
¡Y pensar que algún día podremos encontrarnos
como dos que jamás se hubiesen conocido...!

¡Pensar que tantas horas de fiebre y emoción,
tantos anhelos, tantos felices juramentos
que avivan el incendio de esta loca pasion
serán, tal vez mañana, cenizas a los vientos...!

Cenizas a los vientos de implacables hastíos
que nuestra santa hoguera de amor apagarán,
y en nuestros corazones, dos altares vacíos,
otras nuevas hogueras de amor se encenderán...

¡Huir, huir!... ¿Adónde?

(Para Victoria Malinowska, alma viajera...)

Mi alma está ante el mar sedienta de viajes,
mirando a los navíos que despliegan sus velas;
con las proas altivas hendiendo el oleaje,
arados que en las aguas abren surcos de estelas.

¡Huir, huir, huir...! ¿Adónde, en qué navío...?
¿Abandonar un puerto para ir... hacia qué puerto...?
¡Tus alas de quimera, pobre corazón mío,
son demasido frágiles para el viaje incierto...!

¡Huir, huir...! ¡Huir cuando vuelven las aves
marinas a la playa en que estoy solitario...!
¡Cuando todas las olas, heridas por las naves,
vienen a refugiarse al puerto hospitalario...!

Mi sombra está rendida sobre la fulva arena,
mi sombra agigantada por la luz de la luna.
y desde el fondo negro de la noche serena
llegan, llenas de lirios, las olas una a una...

Como amantes celosas, en dolientes delirios,
me dicen: «¡No te vayas, viajero, no te vayas...!»
Y besando mi sombra la cubren con sus lirios...
¡Pero mi alma anhela volar hacia otras playas...!

Flor de añoranza.

(A Elena, condesa de Anceis, dulce amiga de mi juventud, hada benéfica que hizo florecer en el jardín de mi alma mis primeras ilusiones.)

Noche tranquila y vaga de añoranza y ensueño.
El jardín está envuelto en sombras misteriosas...
En medio del estanque la luna es un pequeño
surtidor de reflejos de estrellas silenciosas...

Llega a mi corazón, como un dulce beleño,
el alma del jardín, en ondas olorosas...
La primavera duerme feliz su primer sueño
esta noche de Abril, en su lecho de rosas.

Vela sobre el silencio la flor de la añoranza,
incensario en la noche, de perfumes lejanos
mecido por la brisa de la melancolía.

Albo lirio de ensueño, recuerdo y esperanza.
Cáliz de mi consuelo, te elevarán mis manos
cuando se alce la aurora que anuncie el nuevo día.

Lazarillos mudos.

(Al ciego Lázaro, que tiene un lazarillo mudo.).

¿Visteis nada más triste que las tristes miradas
de esos perros que guían a su dueño al azar?
Las almas de los ciegos parecen asomadas
a esos ojos tan tristes que no pueden llorar.

Los ciegos, encerrados en su mundo interior,
no pueden ver la pena del mudo lazarillo
que los guía arrastrando un ajeno dolor
que hace esclavos sus ojos de otros ojos sin brillo.

¡Oh miradas sumisas, mendigas, ignoradas,
como estrellas caídas entre la indiferencia
del mundo, os ven mis ojos con profunda clemencia!

¿Visteis nada más triste que las tristes miradas
de esos ojos tan tristes que no pueden llorar...?
¡Qué dirían los perros si pudieran hablar...!

Un gran señor.

(Al duque de Tamames, leído en el banquete íntimo con que este prócer obsequió al poeta con motivo de su primer triunfo escénico con el estreno de su drama «El Eco», en el Teatro Español, hace cuatro años.)

Semejante a un retrato del Greco o del Tiziano,
yo os imagino, duque, en época pasada
cubierto con la férrea coraza cincelada
y apoyada en el pomo de una espada la mano.

Tenéis la majestad del gesto, el soberano
porte de gran señor, nobleza en la mirada,
la palabra, galana y sutil, apasionada
cuando evoca grandezas del solar castellano.

Rendís culto a las Artes y a las nobles hazañas,
sois grande por derechos de raza y de talento
y guardáis cien trofeos de gloriosas campañas.

¡Digno sois de aquel «Siglo de oro» maravilla
de la historia del mundo, fénix del pensamiento,
que dió a Italia la Grecia, y América a Castilla!

Almas mudas.

(A una mujer humilde, tal vez una mendiga ..)

Cuando veo esas tristes miradas pensativas
contemplando un paisaje detrás de una ventana,
me pregunto con pena: «¿Qué quimera lejana
esperan vanamente esas almas cautivas..?»

Y esas tristes mujeres que os miran al pasar,
llevándose una mano pálida al corazón.
Pesa sobre sus almas la dura prohibición
de hablaros ¡almas mudas que no pueden cantar!

¡Os dirían tan dulces palabras al oído,
tantos anhelos, tantos secretos pensamientos,
que vuestro corazón jamás ha conocido...!

¡Existen infinitas dulzuras ignoradas
(fuentes de amor ocultas, en tierra de sedientos)
en ese misterioso mundo de las miradas..!

En un baile palatino.

(Al oído de María Leticia, segunda duquesa de Durcal, mientras la orquesta toca un minué de Gluck.)

Tenéis el gesto amable, la gracia y la arrogancia
de aquellas nobles damas que usaron guardainfante
y formaron la corte espléndida y galante
del Rey Sol, el divino Luis Catorce de Francia.

Vuestro lenguaje evoca la suave fragancia
de Versalles y eclipsa vuestro bello semblante
al de aquella marquesa que tuvo por amante
al Rey, y fué en la Corte reina de la elegancia.

Se rendiría al veros la altiva Montespán,
Voltaire, en epigramas de triunfo, os cantaría
y por vos lucharían Cyrano y D'Artagnan.

Y estáis en nuestro siglo como una encantadora
duquesa de aquel siglo de amor y poesía.
Pone el vate su ofrenda a vuestros pies, señora...

Vida subterránea.

(A la memoria de mi madre y de todas las madres que han ido a mejor vida.)

Un día llegará, hombre soberbio y vano,
en que has de ser hermano del topo y del gusano...

Yo desprecié del topo la subterránea vida
hasta el día en que he visto a mi madre querida
ir en un ataud al subterráneo mundo...
Mi corazón, entonces amó al gusano inmundo
y quiso, como el topo, bucear en la tierra
para hallar el tesoro que allí la Muerte encierra...

Viaje celeste.

Un día, oh dulce madre, partiste silenciosa
dejando envuelto en sombras de duelo nuestro hogar.
Por el mar de los llantos, en ruta misteriosa,
fuiste en la «Negra Barca» que no ha de retornar...
¿Adónde van las madres que abandonan la vida?
(La mía no fué sola, otras iban con ella).
¿A qué puerto celeste, a que lejana estrella
las llevará la barca de la eterna partida...?
Si este lugar de tránsito hemos de abandonar,
dejando para siempre la tierra lamentable,
¡oh, madres previsoras, iréis a preparar
el Hogar de la vida feliz y perdurable...!

GOY DE SILVA

ESPAÑA Y AMÈRICA

Reconquista espiritual.

Un gran maestro del periodismo contemporáneo, Francisco Grandmontagne, imploró de la Providencia la resurrección de Faustino Sarmiento, en España, y pidió a los intelectuales españoles que implorasen ellos también. Algunos, los que conocen su obra de pedagogo infatigable y de político estupendo, los que han visto el producto real de su obra en la República Argentina, imploraron, con Grandmontagne, su resurrección en nuestro pueblo, solar de sus ascendientes; pero la mayoría, antes de implorar, debió de hacerse esta pregunta, en lo más hondo del fuero interno: Sarmiento, Sarmiento, ¿quién fué Sarmiento?

El gran hombre público de la Argentina,

para nuestra desgracia, es un extranjero en los reinos de la intelectualidad española. En los centros culturales no hay huella de su espíritu; en las Bibliotecas, al menos en una que se tiene por la más escogida de España, no hay un libro de Sarmiento. En nuestros almacenes intelectuales no falta el último figurín de la literatura francesa, pero que nadie sueñe con hallar en ellos las grandes figuras de la mentalidad americana. América sigue siendo—a excepción de algunos de sus colibrís sin plumas, que nos visitan periódicamente con un libro de versos—un continente desconocido para los españoles. Ignoramos todos sus fuentes de información, desde Sarmiento, educador, político y biógrafo del gaucho Facundo Quiroga, hasta Mitre, gran escritor, gobernante y guerrero, y Lugones, poderoso historiador de las guerras gauchas.

Y esto ha ocurrido siempre. Indudablemente, en la zona de nuestra psicología étnica, debe ocultarse alguna particularidad que explique nuestra refracción al conocimiento. La incomprensión de las cosas nos pierde. Todo el proceso de nuestra decadencia no está representado más que por una serie de incomprensiones.

Comprender los fenómenos de la vida, en su aspecto social, equivale a dominarlos. No comprenderlos, equivale a ser víctimas de ellos. Nosotros no hemos sabido comprenderlos en el transcurso de algunos siglos, y la realidad nos ha arrollado despiadadamente. Por no comprender los anhelos liberales de América, la perdimos. Pero la pérdida, ante todo, fué material; el desgarramiento fué solamente de política y administración. En espíritu seguía siendo nuestra aún. Dentro de poco, la República Argentina celebrará el centenario de su Independencia política. ¡Quiera Dios que no celebre también, conjuntamente con el centenario de su Independencia política, la proclamación de su Independencia espiritual!

No hemos hecho nada por mantener en América la influencia dominante de nuestro espíritu. No hemos ahondado en su historia, en el carácter de sus gestos, en el desarrollo de sus actividades, en el impulso ideal de su engrandecimiento.

Todo lo americano nos ha parecido siempre menospreciable. A sus hombres les hemos visto en un plano de mentalidad mediocre, como fabricantes de falsos valores de la inteligencia.

En las aduanas de nuestro comercio espiritual, hemos analizado las procedencias americanas con desdén ostensible, y las hemos sellado con una marca de vilipendio.

Pero, de pronto, de importadores nos convertimos en exportadores, y nuestras energías van, en caravana, a América. Nuestros productos no se aceptan, en parte, por deficientes, y en parte por un justo sentimiento de hostilidad. A nosotros, que desdeñamos lo americano, se nos desdeña por ley recíproca. Desde España, no ponemos ningún empeño en comprender a América, por pereza mental y viejos prejuicios de ex-colonizadores. Al mismo tiempo, América, que ha heredado los vicios y virtudes de sus ascendientes, es rencorosa—como debe ser—y no se esfuerza en la comprensión de España. De ese alejamiento mutuo y progresivo, si no se remedia a tiempo, sobrevendría para América la absoluta independencia de su espíritu, o, al menos, su subordinación a una influencia espiritual extraña a la nuestra. Se nos cerrarán, poco a poco, todas las entradas. Puesto que aquí apenas se lee nada de América, en América rehusarán leer lo nuestro—como empieza ya a observarse—, porque no

comprenden nuestras inquietudes ni nuestros anhelos, del mismo modo que nosotros no comprendemos los suyos. El castellano de América se irá desviando del castizo tronco español, y si algún día se desmembrara hasta hacérsenos ininteligible, ese sería el desastre más bochornoso de nuestra historia.

Hay que reconquistar el espíritu de América, estudiándola fervientemente, en sus idealismos y sus positivismos. Aquí se habla mucho de la confraternidad hispano-americana, de las carabelas de Colón y de todos los lugares comunes echados a circular a los postres de algunos banquetes diplomáticos. Pero la verdad es que no hay derecho a hablar de eso mientras en los reinos de la intelectualidad española no se nacionalice a una figura tan extraordinaria como Faustino Sarmiento.

LUIS ARAQUISTAIN

COLOMBIA

Don Marco Fidel Suárez.

En uno de los muy raros puntos en que he estado de acuerdo con la mayoría de mis compatriotas, ha sido en la admiración y aprecio por D. Marcos Fidel Suárez.—Desde que lo conocí, cuando el era profesor de Derecho Internacional en El Rosario y yo su discípulo, he conservado ese respetuoso aprecio, que no he olvidado ni aun en momentos en que mi actitud de periodista de oposición me colocaba en desacuerdo con su actuación política.

Y es porque el señor Suárez, que ocupa la más alta categoría intelectual y política en Colombia, ha subido a ella por su propio esfuerzo, por sus virtudes y méritos, y ayudado únicamente de su inteligencia, de su capacidad ilustrativa y de un carácter severamente

tenaz, a la manera de Lloyd George, de Kerenski, de Painlevé, quienes desde la más humilde etapa, padeciendo las inclemencias de la pobreza, y en lucha contra los prejuicios sociales y privilegios, han llegado a la altura, no sin dejar en las alambradas del camino el velión de juveniles ilusiones y de sentir el rostro curtido por el sol de las amargas realidades.

En mi hondo sentimiento demócrata y mi amor a la cultura, admiro sin restricciones el tronco que se convierte en mástil, el esferzo inteligente que transforma el bloque de mármol en estatua, todo lo que se perfecciona elevándose; como miro con desprecio la estatua que se transmuta en escalón y el madero que se convierte en cepo, todo lo que fué y se desgrada.

Por eso mi elogio a D. Marco Fidel Suárez—de quien me separan opiniones y creencias—es consecuente y es sincero.

La candidatura de don Marco Fidel Suárez para la Presidencia de Colombia, proclamada por el Congreso, es un hecho que no ha de sorprender. Hace cuatro años, si el señor Suárez lo hubiera querido, la proclamación hubiera tenido lugar, en la elección habría triunfado y hoy estaría rigiendo el timón de aquella nave.

¿Por qué no aceptó entonces? Entre otras razones que yo me sé y diré a su tiempo, porque el señor Suárez es el único colombiano que no ha ambicionado la primera Magistratura, que no la desea y que ha rehusado encargarse del Poder (1).

La candidatura del señor Suárez es un hecho lógico y consecuente en la vida política de Colombia:

Colombia es un país esencialmente conservador. (Es un palimsesto español); pero dentro de ese régimen, hoy conservador imperante, alimentan fuerzas que tienden al progreso, a la tolerancia y a la educación política. Y don Marco Fidel Suárez, conservador probado y firme, es el jefe de esa tendencia. En su magnífico estudio sobre *El Progreso*, publicado en 1882, campean los siguientes párrafos, que bien pudieran hacer parte de un programa de gobierno:

"Trabajo significa esfuerzo, y en efecto, el trabajo es el viaje hacia la civilización, es la ley de la actividad realizada en el hombre, es el progreso mismo; la ociosidad, al contrario, es la negación de esa ley y la causa de toda ruina; es arroyo que estancado se torna en laguna de aguas impuras.

(1) . . «Numerosa parabat. Exce'sa turris fabulata, unde altior esset Casus...» *Juvenal*-Sat. X.

"La industria ayudada por la ciencia constituye el progreso material, que en nuestro tiempo está alcanzando un grado asombroso, y al cual se dirigen las miradas de todos los pueblos; la industria hace correr sobre la tierra el carro de fuego que la imaginación apenas soñó para los dioses; la industria realiza las fábulas antiguas, derribando los montes y uniendo los mares, arrebata la luz al sol y estampa con ella la más fiel imagen, recorre los hemisferios de la tierra, da la vuelta al orbe, y como si ya el suelo no fuera bastante a contener su poder, ha buscado expansión en los cielos. La industria modifica hasta las condiciones físicas de la tierra, transformando los yermos en lagos de mieses o en colinas cubiertas de frutos: así como la indolencia del otomano ha convertido en "mustios collados" los campos que llevaban en otros tiempos los cedros gigantescos y los arroyos de abundancia, así la actividad sajónica ha tornado en vergeles el suelo de los bretones y los pantanos de Alemania.

"¿Y qué decir de los efectos sociales del progreso industrial, de su influencia sobre la paz de las naciones, de los servicios que presta a la difusión de los conocimientos y del auxilio que ofrece a los adelantos intelectuales? El

tráfico que cambia los productos de remotos pueblos, cambia también los conocimientos y pone frente a frente las opiniones y creencias, de donde resulta la victoria de la verdad; la ayuda que tienen que prestarse todos los hombres, naturalmente los debe unir en vez de hacerlos enemigos, como pretenden ciertos filósofos; y cuanto más se multiplica la riqueza, deben multiplicarse los medios con que la beneficencia cura los males necesarios de la sociedad.

"Acelerar el progreso industrial de los pueblos, es indispensable en una época como la presente en que la civilización no llega o llega tarde a las naciones que se sustraen al comercio universal de las otras. El progreso tiene que ser solidario, y la conquista y el *aislamiento,* reprobados, primero por la moral cristiana, se miran ya también como hostiles a los intereses generales y particulares de la humanidad (1).„

Colombia es un país profundamente religioso, católico, y el elemento sacerdotal domina. (*Ita diis placuit*) en todos los órdenes sin oposición apreciable. Y el señor Suárez, creyente sincero, católico observante, docto expositor

(1) Marco Fidel Suárez. *Escritos*. Primera serie, págs 45 y 46.

de temas religiosos y filosóficos y político tolerante y justiciero, es, entre los candidatos que podría apoyar el clero, el que más garantías de respeto le ofrece, y, al propio tiempo, quien tiene más elevado y republicano concepto de los derechos que al partido liberal asisten a partipar de las funciones gubernativas. (Como lo demostró defendiendo el derecho de la minoría liberal, cuando siendo candidato a la Cámara el autor de estas líneas, los conservadores se apercollaron mayoría minoría).

Colombia es una república en donde el concepto jurídico de la autoridad está más íntimamente arraigado, y vivo siempre está el recuerdo de aquella enérgica y razonada protesta que dejó el señor Suárez en su despacho de Ministro, cuando sus copartidarios los conservadores dieron el golpe de cuartel del 31 de Julio de 1900, para derrocar violentamente y aprisionar al venerable Presidente constitucional doctor Manuel Antonio Sanclemente.

Colombia es una nación que se ha distinguido en Hispano-América por su amor al estudio, su consagración al cultivo de las letras, su cultura social y su inteligente civilismo. Y nadie a negar se atreve que el señcr Suárez es hoy el más alto exponente de esa cultura, el intelectual de mayor vigor, el escritor de más cas-

tiza y elegante manera y el político que, en un país en donde los gobernantes han sido escritores, periodistas o poetas de la categoría de Camilo Torres, Nariño, Santander, Murillo Toro, Santiago Pérez, Núñez, Holguín, Caro, Marroquín y Restrepo, tiene hoy mejores títulos a la primacía literaria.

Entre los departamentos en que está dividida Colombia descuella el de Antioquía por su orientación prácticamente progresista, su energía, su laboriosidad, su riqueza y su organización administrativa. Antoquía no ha dado sino un mandatario a Colombia; pero ese gobernante, el doctor Carlos E. Restrepo, que llegó al solio sin opinión popolar (fué elegido por el Congreso), es el mejor Presidente que hemos tenido en treinta años (1). El prestigio político de Antioquía se impone de manera tal, que dos de los candidatos que figuran en el actual debate electoral son antioqueños o "antioquianos" como dice Unamuno y es lo castizo. Y el señor Suárez, además de ser antioquiano raizal, tiene la cualidad muy apreciable para un mandatario: no tiene sobrinos, ni yernos, ni cuñados a quienes dar, por derecho

(1) Nota del autor.—No debo al ex-Presidente Restrepo ningún favor, no ocupé cargo alguno en su administración, ni milito en su partido.

consuetudinario, los puestos públicos de preferencia, y creo que ni aun paisanos tiene, pues hace más de treinta y cinco años que abandonó la tierruca para establecerse en la capital.

Colombia es un país demócrata por excelencia, en donde el desdén por los títulos, pergaminos y condecoraciones es tan natural, que no se comprende el amor asiático y europeo por esas zarandajas. Por encima de la degenerada aristocracia de estirpe y del arrivismo de los adinerados está el éxito del talento y la ilustración, y la admiración por el esfuerzo personal, por la sencillez y la modestia, es espontánea. ¿Y quién mejor que el señor Suárez encarna ese sentimiento demócrata, esa sencillez filosófica y esa modestia severa fruto del propio valer probado en lucha sin tregua?

En cuanto a que don Marco Fidel Suárez, una vez elegido, sea un gobernante superior o inferior a las aspiraciones de la nación, que sepa rodearse de colaboradores hábiles, diligentes, patriotas y peritos en su labor respectiva, o que por continuar una tradición, sus relevantes méritos propios se ahoguen en el océano de los compromisos y el favoritismo, eso el tiempo lo dirá. Yo creo lo primero, pero podré equivocarme, como se ha equivocado una parte de la opinión pública al juzgar anti-

cipadamente la labor gubernativa de otros candidatos.

Lo que sí puedo afirmar es que si el triunfo electoral en los próximos comicios lo alcanza el señor Suárez, las libertades adquiridas no sufrirán menoscabo durante su administración y los caudales públicos serán manejados con prudencia y honradez.

Y si hubiera ocasión para darle un consejo de amigo desinteresado, le diría que ponga en práctica la oportuna frase de Gustavo Hervé: "Paso a los jóvenes y paso a las aptitudes.„

JUAN IGNACIO GALVEZ

Madrid, 1917

CUENTOS ESPAÑOLES

EL OSO

En pesados carros de ruedas chirriantes, arrastrados perezosamente por mulos y caballos viejos y algún borriquillo delantero, que puesto allí para alegrar al ganado cansino, llegaba a creerse que él solo tiraba del carro, que esto suele traer el colocar borricos en lugar preferente...—iba de lugar en lugar, a donde hubiera feria o romería, la colección de fieras de unos húngaros, que en ella tenían su Arca de Noé; con hombres y animales, si no de todas las especies, los bastantes a ser pasmo de lugareños, y tocante a la especie humana, los bastantes a que no se acabara el mundo, aunque ellos solos se salvaran de un nuevo diluvio, pues con no haber más de cuatro hombres y tres mujeres en la tribu, los chiquillos eran enjambre..., y sus llanteras y sus verraqueos, so-

bresalían sobre el rugido de los leones, el bufar de tigres y panteras, el chirriar de los carros y el jurar de hombres y mujeres...

Las fieras de la colección eran hasta una docena, si se contaba como fieras, a un mulillo enano rayado en blanco, para figurar como zebra... y al hombre más viejo de la tropa, que solía figurar el oso blanco, con unos pellejos de borrego y una cabeza de cartón, revestida de algodón en rama. Pero no podía darse nada más propio.

Los leones eran dos, apolillados y flaquísimos. Daban muy triste idea del Rey de los animales. Como suele decirse, no podían ni con el rabo. Pero si les faltaba fuerza les sobraba pereza. Y esto era milagro del hombre, que los tenía siempre de un humor de perros... de perros hambrientos, que es mucho peor que el de leones hartos. Que si un perro con hambre parece una fiera, una fiera bien alimentada puede parecer un perro. Cosa que no debieran olvidar nunca los que gobiernan pueblos.

La mejor persona de la colección era un oso pardo. No parecía un oso; parecía senador vitalicio con gabán de pieles. A todo el mundo hacía buena cara; en cuanto se paraba la gen-

te ante su jaula, se ponía a bailar y a dar volteretas. Era el payaso de la compañía.

Una vez llegaron a la feria de un pueblecito muy lindo. Instalaron su barraca en un prado cerca de un bosque, al pie de unas montañas.

Las tablas carcomidas que cerraban el jaulón permitían al oso ver desde su encierro la alegría del campo, los árboles del bosque y las montañas culminantes. Veía también la animación de la feria, el ir y venir de la gente alborozada, los niños sobre todo. Al oso le gustaban mucho los niños. No para comérselos, no seais mal pensados. Ya os he dicho que el oso era una buena persona; ahora os diré que era un buen animal, y os parecerá mejor dicho, cuando hayais conocido a muchas personas que pasan por buenas.

Pero lo que más encantaba al oso, era un puesto de confitería, con rosquillas, mazapanes, frutas confitadas, almendras, anises y ¡unos pasteles de crema! ¡Oh, aquella crema que él veía desbordar de hojaldre, al hincar los dientes en algunos de aquellos pasteles un chicuelo goloso! El hocico se le hacía agua. Lamía y relamía las tablas de su jaula como si fueran de palo dulce.

¡Oh! Gruñía el pobre oso. ¡Si yo pudiera salir de esta jaula un ratito, nada más que un ratito, darme un paseo por ese prado verde, revolverme sobre la yerba fresca, hacer cuatro payasadas a los niños con estas manos mías de terciopelo y que me regalaran unas cuantas de esas golosinas ricas que no he de probar nunca! Aquí, pan duro y unas cuantas patatas cocidas. ¡Qué triste es nacer oso! Mucho más triste que hacerlo.

Tanto lamió las tablas de la jaula, que un día una de ellas cedió ablandada al apoyar el oso sus manazas—¡ah! ¡Si él pudiera pasar la cabeza! Aquella cabezota suya. ¡Dichosa cabeza, siempre ha de ser un estorbo en la vida!

De pronto ¡oh, felicidad! sin saber cómo se halló libre, en el campo, en el prado verde, a dos pasos de la confitería, entre la gente que reía y los niños que jugaban.

De contento se puso a bailar, acompañándose con unos berridos que a él le parecían muy dulces.

Pronto fué un grito de espanto a su alrededor. La gente huía despavorida, hombres y mujeres alzaban a los niños en sus brazos, otros, ni de sus hijos se acordaban en la huída.

¿Por qué se asustan?—se decía el oso—. ¡Yo creía que iban a divertirse tanto!

Vió llegar hacia él unos hombres terribles, con armas, sables y escopetas. El oso, de un salto, retrocedió hacia su jaula... Vió avanzar a los hombres terribles. Había que defenderse. Sonó una descarga. El oso cayó acribillado, panza arriba, y al mirar al cielo azul, sobre los árboles y las montañas, pensó al morir—¡Qué brutos son los hombres! Han creído que yo era una fiera y se han asustado al verme. ¡Y yo sólo quería revolcarme en la yerba, comer golosinas y jugar con los niños!

JACINTO BENAVENTE

CUENTOS AMERICANOS

IDILIO BÁRBARO

Mis días pasaban, iguales, lentos, magníficos en su ilustre fasto ecuatorial. El aire sutil de las sierras afinaba el brío del sol fogoso. La delicia continua de ese clima elisio me tenía hundido en un fluído y blanco reposo, y como postrado de bienestar en la hamaca. Era cual si me dejase horas enteras flotar en un remanso leteo, fuera del tiempo. La sedante caricia del viento, que pasaba lleno de aromas y de rumores silvestres, refrescaba mis pensares, adormecía mis recuerdos tanto tiempo desvelados. Una dulce cobardía de convaleciente me impedía urgar en mi mal, para ver si de veras estaba cicatrizado.

Traje toda una biblioteca para engañar a mi único pensamiento: pero los libros me hostigaban antes de hojearlos. Prefería divagar y

como vaciándome insensiblemente del alma antigua, en ese comienzo de tregua y suspensión, hasta tener la fuerza de asentar mi nueva vida sobre un tranquilo sentimiento de posesión de mí mismo. Vagos los ojos y el espíritu en suave estupor, seguía como un incierto devaneo el vuelo de los gallinazos o de las nubes. En bandadas, los pájaros tristes, de irónico aspecto jesuítico, surcaban infatigables por el alto cielo, felices de hender el aire y de alzarse a la frescura del azul desde la soporosa pesantez de los valles bajos, aplastados por el sol. En el silencio y la calma de la hora tórrida, devanaban sin fin la espira de su vuelo soberano, mientras los trabajadores sudaban sobre el surco duro, y los viajeros jadeaban. Yo compadecía a todos los esclavos de una tarea. Dilatábaseme el espíritu aligerado, y parecíame que ese estrecho marco de lomas iba a ser para siempre bastante a contener mis deseos.

Tras tantos años de andar errando entre extraña gente, yo que nací soledoso y fatigado, poco curioso del mundo externo, sentía ya la voluptuosidad de no tener que moverme más, de no tener que hacer amistades nuevas, de no conversar ya más tan inútilmente. Y sin pensar en nada, en una increíble y dulce atonía, me dejaba estar, olvidado en el espectáculo agreste.

El dolor que conmigo vino no era un dolor de esos que consuelan de haber perdido la felicidad. Mi mal enturbiaba la limpidez de esa soledad. Yo hubiera querido ver abrirse, en esa quietud dorada, el árbol de una tristeza frondosa a cuya sombra soñar. En muchas horas miserables procuré alzarme a la consideración del misterio humano para anonadar mi pena despreciable en un sentimiento más vasto del universal destino. Aquí, en este reposo meditativo, habría podido ennoblecerse mi resignación inspirándome una alta y desprendida melancolía; mas la ansiedad que me desazonaba era tal, que sólo me volvía contra mí mismo: la causa estaba únicamente en mí. ¡Por eso me dejaba estar con el alma queda, cuidando sólo de no excitar el avispero de los recuerdos, que de suyo, a ratos, seexasperaban y venían a clavarme, de repente, su aguijón tenaz!

Casi todos los días, después de sestear en la hamaca, iba a charlar con mama Chana. Sentada en un sillón bajo y antiguo que había, al peso del hábito, desposado tan bien sus contornos, que repelía, con su incómoda fidelidad, a toda otra persona—, pasaba el día en la despensa—, una pieza alta y muy clara, impregnada de olor a especias, dirigiendo los cotidianos menesteres de repostería, preparando ella

misma sus golosinas, o haciendo modestas costuras. Yo solía sentarme en un viejo cofre forrado, a oirle historias del tiempo de sus mocedades. La vieja doncella había llenado su memoria, virgen de secretos propios, de cosas de otros. Nacida y criada en casa de mis abuelos, sabía de corrido todos los cuentos de la familia. Contábame de mis padres las abolidas intimidades caseras, haciéndolos revivir a mis ojos en la fácil o enojosa monotonía doméstica. Contábame también de otros antepasados, y a medida que repitiendo lo que sabía de oídas, se perdía en las lejanías del coloniaje; su ingenua y crédula ignorancia magnificaba el pasado. Su relato impreciso, algo fabuloso, conservaba a esos abuelos desconocidos su aspecto de irrealidad que era acaso su único prestigio. Yo le escuchaba esas confusas, inciertas genealogías tan sólo por sentir las raíces de mi sér más honda en el tiempo oscuro, nutridas de viejos jugos en el suelo patrio. De ese pasado subterráneo me venía así más fuerte apego al lugar natal, donde habían ya caído tantos de mi sustancia perecedera, donde me esperaban. No, no había brotado yo ahí al azar, por el capricho de un antepasado errante, en la aventura sin rumbo. Arraigaba en surco cavado, fecundado, mantenido, por generaciones fieles. Mi destino

gravitaba en torno, en la atracción secular, no habían de aventarlo lejos mis vicisitudes.

La buena vieja gustaba de desempolvar sus historias; se remozaba al recuerdo de cosas de juventud. Cuando quise que me contase la de mi madre, un pudor me retenía; parecíame profanar el silencio en que se envolvió su vida. Mas el filial recelo se convirtió pronto en una especie de amistad comprensiva y férvida. Y pregunté, pregunté, hasta dar con las lágrimas y el secreto. ¡Dulce madre, santa mujer, que extenuada de inteligencia y de melancolía, arrastraba con su paso pensativo y lánguido aquella red de fervores muertos!

***

Una tarde fuí a dar mi paseo por el alfalfar. Allí vivían los más viejos árboles del fundo, y yo gustaba de ver sangrar el sol en poniente al través de sus viejas ramas sensibles. Su follaje algo desmayado tamizaba la luz con una melancolía antigua, y la penumbra de la avenida se aclaraba como la de una nave a través de sus vidrieras.

Por allí había una vertiente. Era una gruta sombría, de encanto crepuscular a toda hora, llena de verde misterio y de reflejos temblorosos. La roca, socavada por el gotear milenario

del agua que dimanaba de sus entrañas, formaba una hoya poco profunda, sobre la cual se enarcaba el peñón, negro y rielante. De la ceja de piedra colgaban musgos y péndulos helechos. A la entrada, las raíces en el agua cristalina, velaba un sauce anciano. Ganado por advenedizo *matapalo,* parásito tenaz que le chupaba la medula vistiéndole irrisoriamente los ateridos miembros con la pompa falsa y presta da de sus frondas, se alzaba ascético y doliente.

Me encontré allí con la *servicia,* la indiecita de quince abriles repletos, recién venida, en turno a iniciarse en el servicio de la casa del amo. Asentando los pies desnudos en las piedras a flor de agua había avanzado al interior de la gruta a poner su vasija de barro bajo el chorrillo principal de la vertiente. Cuando me acerqué, esperaba todavía que el cantaro se llenase. Recogido el anaco y apretado contra las rodillas para evitar las salpicaduras, ceñía la redondez de sus muslos, duros, plenos y lisos como troncos de guayabo. Se oía el glugluteo del agua en la hoquedad del recipiente como una risa sofocada.

—¿Qué haces, Mariucha, a esta hora?

De ordinario, las servicias iban por agua para la tinaja en la mañana; pero, novicia aún, la longuita lo había olvidado.

—Llivando agua para mesa, niñu — dijo, como si la hubiese reprendido, coloreando.

Salió, evitando pasar bajo las estalactitas, en cuya punta cuajaba gota a gota el rezumo de la peña, y se irizaba antes de caer. La esperé sentándome en una piedra, a la vera del húmedo sendero.

—Oh, Rebeca de mi tierra, le dije riendo, dame de beber, que tengo sed.

La inocente canéfora no entendió; se prestaba mal a la bíblica reminiscencia. Como yo insistiera, me tendió el rústico jarro a fin de que bebiese tomándolo con mis manos. Pedíle que lo empinase ella misma, como en caridad a un fatigado peregrino. Cohibíala la extrañeza de la escena, y temblaba su hurañería bajo su obediencia. Respondiendo a mi empeño con sonrisa constreñida, su gracia sumisa, primitiva, inhábil, dió a mi sed ficticia el agua de la fuente buena.

Bebí algunos sorbos, y un hilillo se escurrió mojándome la barba. Busqué en mis bolsillos un pañuelo que no hallé; y esta vez sí, casi riendo conmigo, ofrecióme la extremidad del lienzo inmaculado que llevaba a la espalda, anudado en la garganta. Cerca de ella sentí el olor de su piel tostada, su olor agreste, salvaje, esencial. Se enturbió mi risa... La tarde. La

soledad. Y era un murmullo marrullero el de las frondas. El alfalfar ondeó a modo de un teclado recorrido, preludió el viento de súbito. De escuchar aquel silencio que me pareció lúcido, atento y como suspenso, pronto oyera la flauta del Pan indígena.

Mariucha iba a retirarse instintivamente cuando la tomé del brazo para besarla. Se esquivó con presteza de salvaje, y antes que yo la aprehendiese, huyó furtiva, flexible, sin derramar una gota del cántaro. Atalanta no huyó más ligera. Inmemore de su origen, ¿no era aquella instintiva criatura la primogénita de esa tierra casi virgen todavía? Había brotado, vivía, moriría, fuera del tiempo, fuera de la historia, bárbara e incólume. Seguirla hubiera querido, poner mis manos en su cabellera selvática, plegarla como una rama cargada de frescos frutos. Huyó impelida por el movimiento hereditario, por el recuerdo inconsciente del amo violador y brutal, por el obscuro resto de rebeldía, trasmitido de generación en generación como un depósito secreto, por un pudor del alma mal domada. El español de los primeros cien años de la conquista no conoció otra mujer que la india vencida a la orilla del bosque, en el recodo del camino, en la zanja del sembrado, ni tuvo otra manceba que la es-

clava. El hacendado de la colonia propagó en los campos el mestizaje, plegando asimismo a la india con el miedo. La religión impuesta añadió por fin a las barreras naturales de raza, de mente, de destino, el terror del pecado incomprensible. Todo ahondó entre la india y el blanco la desconfianza de los sexos, el abismo de alma a alma.

Cuantas veces la vi vivir, mirándola sin comprenderla, su vida aparte, junto a la nuestra. Mientras mama Chana y yo charlábamos en la despensa, la longuita se ocupaba en los humildes quehaceres manuales. Comprendía la lengua española tan sólo en lo que concernía al uso diario y doméstico. Ni en su lengua habría tal vez entendido de las cosas en que divagábamos. Era como si no oyese, con su aire abstraído. No me miraba de vergüenza, si de vez en cuando le preguntaba alguna cosa. A menudo, mientras Chana chocheaba, yo observaba el misterio de esa criatura arisca de alma y sumisa de actos, que vivía entre nosotros, asidua e impenetrable como un animalito familiar. A veces la interrogaba acerca de sus gustos y sus costumbres—. ¿Te gusta la villa?—No sabía en qué sentido—. ¿Te gusta salir a la villa?—No, niñu, bulla de gente—. ¿Te gusta pastar las ovejas? —Sí, niñu. Pero nunca

la conversación iba lejos; parábase a cada paso en sus monosílabos; todo se resolvía para ella en una u otra de las palabras esenciales, sí o no, suavizadas por aquel *niñu* a que las juntaba con el respeto hereditario.

¿Qué quería? Volver a su choza, allá arriba, en un cuello áspero de la sierra. La abundancia y molicie de la hacienda no la cautivaban. Eran la casa ajena, la casa del amo; tenía que servir aplicando su simplicidad de hábitos y de espíritu a las complicadas exigencias del blanco. Su vida se hace con tan poco, su mundo tan sencillo, que los aparejos de nuestra civilización todavía patriarcal le parecían excesivos, sin duda.

Tal vez un longo la requería ya, para el *amaño*. Era todavía muy jovenzuela y de natural muy blando, para sentir ya en su pecho el rencor al amo, acendrado en tres siglos de obediencia. Pero, a pesar de la convivencia y el buen trato, su alma era ya hermética para los de la raza enemiga.

A Mariucha, hasta Chana la mimaba con esa su brusquedad afectuosa y cordial. Dejaba los servicios más bastos para las demás, y la tenía casi siempre en el repostero, enseñándole a aderezar postres y primores. Molía la canela, clarificaba el almíbar, maceraba las ho-

jas, lustraba la vajilla para los platos de más regalo. Yo la veía hacer, entretenido, estorbando a veces con mi presencia ociosa la faena. Así iba acostumbrándose a mí la huraña, y se dejaba mirar, a ratos, olvidada de sus recelos de sierva esquiva. Y yo sentía fluir hacia ella más dulce mi compasiva simpatía por su raza. Nada sabía de su corazoncillo, de sus aspiraciones, de sus instintos de criatura primitiva, plegados a la vida del blanco. Ella misma discernía mal sin duda, en su alma de salvaje domesticada. ¿Sentía, acaso, subir a mí, desde sus adentros, un cariño obscuro como un agüero, secreto como una traición a los de su sangre?

El día siguiente, al encuentro en la vertiente, fuí a verla en la despensa. Chana no estaba. Mariucha, de rodillas en el suelo, molía maíz morocho. El torso inclinado hacia adelante, se arqueaba sostenido por las dos manos regordetas puestas sobre la piedra moledora. Todo el busto seguía el vaivén de los brazos sobre el mortero, una piedra baja, ancha y lisa, de toscos bordes. Los perlados granos pasaban y repasaban requebrándose bajo la piedra oblonga que iba y venía sobre los añicos hasta pulverizarlos. El impulso imprimía cada vez a sus pechos duros, frescos y lozanos

como frutos, una sacudida que hacía titilar, debajo de la camisa descotada (que henchida por su peso los cubría apenas con una ingenua franja bordada de azul y rojo), su botón primaveral. Adheridos con firmeza al seno puber, abroquelábanlo con su temprana plenitud, promesa de fecundidad, fuente del vigor de la fuerte raza. Aventadas por el balanceo, las tres gualcas de mullos desiguales que colgaban de su cuello, golpeaban sobre la piel desnuda.

Sus pantorrillas, que aparecen desnudas desde la corva cuando está en pie, las ocultaba ahora el anaco, tendido hacia atrás sobre los talones levantados, la punta de los dedos contra el suelo. Veíanse los juanetes encallecidos de los pies, siempre descalzos.

Por debajo del pañizuelo de blanco lienzo echado sobre los hombros y la espalda, asomaba la extremidad de la trenza envuelta desde la nuca por una faja tan ceñida que la tornaba tiesa: el haz de pelo negro y lacio, torcido y apretado como un cable, yacía rígido en su vaina de cinta arrollada a manera de vendaje de momia. Sólo un corto mechón quedaba libre, aumentando la semejanza de *guango* así entesado con la cola de un toro.

Tentado por la extraña rigidez de tal peina-

do y aderezo, me acerqué a tocar la apretura del singular envoltorio, mas la longa esquivó la cabeza con un movimiento de asustada seriedad. Recordé entonces la abusión de los indígenas, entre quienes sólo al marido es dado poner la mano sobre la cabellera de la mujer, porque es signo de dominación, y porque no hay injuria como la de cortársela.

—¿Por qué huiste ayer, Mariucha?—le dije riendo.

Ruborizóse y no me contestó. Mas su silencio no parecía de rencor.

Su rostro, dulce y basto, sólo tenía de fino las cejas, el mento y el arranque del cuello bronceado. Los ojos almendrados revelaban, remotamente, el prehistórico origen de la raza. Entre los párpados sin resalto, de corte exiguo, las pupilas aterciopeladas, nunca movidas por ninguna inquietud espiritual, guardaban su luz en reposo, con mansedumbre ovejuna.

Como toda conversación con ella era difícil o inútil cuando no imposible, me quedo callado, sonriendo, viéndola.

Entre mí pensaba: amar a esta criatura con un amor parecido a ella, elemental, primitivo, inconsciente, ser amado por ella a su modo, ¡cómo me reposaría, cómo me despojaría del

alma antigua, en qué dulce olvido animal obscuramente me sumiría!

Pero pocas veces vi como entonces lo impenetrable de esotra alma, las lejanías de su silencio, lo extraño de su secreto familiar y cotidiano. Desesperé de comprenderla, y más que nunca sentí la imposibilidad de que ella llegase a salir de su penumbra interior para venir a mí. Diferencia de razas, agravada por la dominación secular que todavía nos mantenía en la relación de amo a esclava, costumbres del país, en donde ni la convivencia doméstica del señor y el siervo, ni la igualdad ante la ley escrita, han establecido aún ninguna paridad; desigualdades de nacimiento, de educación, de residencia, que confieren al blanco el libro, la pluma o la espada, y atan al indio a la esteva; fatalidades históricas ya inamovibles del fondo, mientras el diario contacto ha mecanizado el hábito exterior, utilitario de la servidumbre.

Vi, digo, más inalcanzable toda intimidad espíritual que nos igualase en el amor.

Y sin embargo, algo en ella me atraía. Hubiera querido hallar el camino a su corazón, el lenguaje natural, ya olvidado, para hablarle de cosas simples y aclarar con la luz de una mutua simpatía su virgen pensamiento, son-

dear en ella hasta dar con el fondo humano, con la obscura fraternidad esencial. ¿Cómo entrar en su alma hermética?

Ella estaba ahí, sumisa en todos sus actos a mi mandar. Pero el santuario interior, que ella misma ignoraba en ella, reservado estaba para otro, para un igual, de su sangre, por fuerzas antiguas, guardianas de instintos irreductibles. Secreto rencor de raza vencida, desemejanza fundamental que ningún descastamiento, ningún olvido, era bastante a abolir, herencia preservada, informuladas voces que ahogó un silencio de cautela y asechanza, sonrisa constreñida, modelada en siglos, fatalidad...

Pero, a pesar de las distancias y las diferencias, ella estaba ahí con su sexo suave, con el dulce calor de su seno, con su ternura animal, capaz de borrar en el abrazo breve, las diferencias y las distancias.

Y cargando mis manos de toda esa terneza humana que de repente sentimos afluir de no se sabe dónde, de esa bondad un poco triste y lasa de quien ha esperado mucho y luego se abandona casi vergonzante al placer pobre y herido que le ofrecen una sonrisa, una simpatía, un halago cualquiera, fácil y sin mañana, hallando en su opaco encanto la dulzura de un

vulgar consuelo a su renunciación, levanté sin brusquedad el rostro de la india humilde, cogiéndole por el mento con una mano, acariciándole con la otra la mejilla en flote.

... Su raza bronca y sumaria conoce la ciega lujuria, conoce tal vez el amor y sus incidias y sus urgencias. Pero ignora las caricias, adorno inútil, rodeo superflúo, elegancia. El hombre se llega a la hembra, con su deseo taimado o descubierto, tortuoso o súbito; la hembra pronta y sumisa cede, y el amor pasa. Desatado el abrazo avasallador, ignorándose después como antes.

***

Ella sintió, sin duda, el magnetismo de mis pases, la tensión plena y tranquila de mi ser junto al suyo. Entrecerró los ojos dejóse palmear como inhibida por una inercia, cálida, densa, obscura, a modo de un sueño. Pero tras el breve eclipse, reapareció en ella el sentimiento de su servidumbre, y no vió en mí sino al amo que quería abusar de ella.

Sacudió el fugaz aletargamiento, despejó el vaho de voluptuosidad que le empañó la consciencia, esfumó las distancias, abolió por un instante las diferencias. Y Mariucha volvió a su huraño instinto de defensa.

No insistí, por no echar a perder el leve influjo, persuasivo y silencioso, de una mano que acaricia sin premura. Y salí al jardín.

A la noche, conversando con el mayordomo, bromeamos acerca de lo ariscas que eran las longas y lo difíciles de seducir.

—Se hacen no más, patroncito.

Y sentenció luego, experimentado. Conocedor:

—Hay que forzarlas, niño. De buenas, no se dejan nunca. Por darles gusto, hay que hacer la farsa de violentarlas.

***

Fué un domingo de sol.

Era la hora desierta sobre los campos. Saltando de piedra en piedra, sin pensamiento, como un salvaje, fuí por el cauce mismo de la quebrada, hacia el estanque, cuyo muro de represa se levantaba entre las peñas abruptas de las dos orillas. La atención de escoger las piedras donde asentar el pie sin mojarlo, me absorbía el espíritu reposándolo. Cuando quise descansar, busqué una enramada a cuya sombra sentarme. Entonces a cierta distancia, en un recodo por donde pasaba, bajo follajes profusos, la acequia en que se vertía el agua del estanque, vi un torso de mujer, una cabellera

de azabache destrenzada sobre una espalda de piel cobriza. Observé inmóvil un rato. Era la longa servicia que tomaba su baño, al aire libre. Estaba casi desnuda, al amparo del tupido matorral que la resguardaba mejor del lado del sendero solitario. Cauteloso, el corazón ya latiéndome, me acerqué a mirar. De pies en medio del raudal, cogía el agua en un mate grande y, enderezándose, lo volcaba sobre su cabeza. Al inclinarse a llenar la rústica aljofaina, la escotada camisa de lienzo que le servía de traje de baño, dejaba resbalar una hombrera, y aparecían los pechos plenos, estallando de lozanía, de inocente voluptuosidad. El agua rebotaba en pequeñas cascadas de la cabeza a los hombros, por la espalda y los muslos fuertes; y en la piel lisa rielaba el sol. Había acabado de enjuagarse, y apretando en un haz el cabello, lo escurrió, echándolo de nuevo atrás. La camisa mojada adhería al cuerpo: antes de hacerla, con ambas manos, deslizar hacia los pies, se echó sobre los hombros la pañoleta de blanco lienzo que iba a servirle de toalla y salió a secarse en el césped de la orilla. Estaba ahí, desnuda, inocente, feliz como un animal.

El baño en la onda clara, la color de esas breñas, la desnudez de la virgen broncínea,

componían una visión fresca y simple que habría dado a un pintor la imagen de nemorosa soledad sorprendida por el atisbo del eterno fauno. Demasiado ignorante de sus encantos era esa Eva rústica para que sintiera a solas el voluptuoso halago. Prendió en mi sangre la llama, y salvaje, rápido, inflamado, fuí hacia ella. Volvió, azorada, la vista, y al reconocerme, se internó en un rincón, donde las ramas se entreveraban más protectoras. Se ocultaba acaso más por respeto que por pudor. Avancé resueltamente, dando una voz de taimada jovialidad.

—Hola, Mariucha. ¿Por qué te escondes?

Se veía su cuerpo bajo la enramada, taraceado de sol y sombra. Tenía cogido el lienzo sobre sus pechos y entre las piernas. Sus dedos cuajados de sortijas bárbaras se agitaban por asegurar el paño. Así desnuda y enalajada, parecía un ídolo indígena. ¡Era la virgen América!

Me dirigí a su refugio. Miróme asustada entre sus pestañas tenebrosas, con la cabeza agachada, todo el cuerpo encogido ya en defensa. Y no hubo en mí otro hombre que el primitivo, el del rapto y la acre violencia, el del alegre y feroz botín.

Riendo, riendo ardientemente, me llegué a

ella que sintiendo el poder del hombre, retrocedía. La lucha fué breve y ficticia.

Cuando me alejé, persistía en mis labios el temblor del beso rápido como un mordisco, y en el alma, una emoción antiquísima. Fué cual si en mí se hubiese despertado el español ancestral, al choque de aquella escena idéntica sin duda a los encuentros del guerrero blanco con la hembra de la raza mal subyugada, al margen de la selva ignota, en el ardor de la conquista heroica.

GONZALO ZALDUMBIDE

El tesoro de Scheherezada.

Después que la elocuente princesa hubo salvado su vida con sus historias en aquellas famosas mil y una noches de esplendor y de peligro, las cascadas de oro y de pedrería, de sedas y de perfumes, las adolescentes bellas como lunas, los jardines milagrosos, las ciudades extraordinarias, los animales estupendos, los duendes de la tierra, del agua y del aire, las aventuras que trama el destino para hacer un rey de un gañán, y un asno o un gamo silvestre del gallardo caballero hechizado; todo ese poema absolutamente único, porque agotó los prodigios de la imaginación a los pies del sultán magnífico y celoso, constituyó la herencia de la princesa: la herencia con que la princesa Scheherezada dotó a su pueblo, fundiendo todos aquellos tesoros en la maravilla divi-

namente impar de una esmeralda de esperanza.

Los que sólo ven en aquellos cuentos el colorido pintoresco, el ingenuo entusiasmo de imaginar el goce ilimitado de engendrar quimeras que embellezcan y encanten la vida, tal como el sol no acaba nunca de tallar su pedrería en el agua corriente, ignoran el beneficio inapreciable de esas leyendas en el alma popular. Para los pueblos imaginativos y sociales como aquellos de las arabias, tales narraciones son el consuelo de la vida. Bajo su renovada impresión, que acaba por constituir un estado mental, el más ínfimo labrador despiértase creyendo que ese su nuevo día puede ser el día del destino, cuando la reja de su arado encajará el anillo de bronce de tal cuál lápida, conducente al inagotable tesoro inscripto bajo su nombre por las potencias desconocidas; el último mendigo engañará su hambre soñando con el azar nunca imposible del hada que suele venir; la pobre mujer que pare un hijo, en la miseria y en el dolor, puede imaginar sin exceso—vale decir, con satisfacción positiva—un destino de rey para tan triste criatura. Tanto mejor si el prodigio no llega. Los días sucédense hasta el fin, constantemente ilumi-

nados por la esperanza, tan inmediata como la hora que va a venir, como el próximo minuto; y de este modo el pobre humano consume sus días como quien los caminara sobre un magnífico tapiz. ¿Qué importa no llegar? La muerte es la única verdadera llegada. La vida es bella por la ilusión que la encanta, como el paisaje por el cielo de su horizonte. ¿Acaso nos parece menos hermoso aquel cielo porque no hayamos de alcanzarlo jamás?

Para los hombres que viven reunidos, todo mal proviene de la desigualdad. La leyenda iguala. ¿Sabe ese potentado si el destino le reserva la más miserable condición en el sello del anillo que un mísero pescador saca a la hora de éstas del vientre de un pescado, o en la palabra que posee y podría emplear contra él el sabio de un país remoto; o si ese remendón de babuchas será mañana el rey, o si, todavía, en ese perro hambriento que a su puerta se arrima, está encarnado por la magia un hijo de sultán?... ¿Y qué si no la belleza, la gracia, el espíritu, hacen de la esclava una reina en el corazón generoso y en la casa honrada del verdadero emir?

Cuando los hombres creen que la vida es

bella, reina en sus corazones la fe. Cuando saben que su lote de felicidad está llegando, minuto por minuto, anima sus almas la esperanza. Cuando se sienten iguales, la caridad es la norma de su conducta.

La leyenda es fe, esperanza y caridad. Los hombres duros de corazón que desprecian la leyenda, diciendo: *es mentira,* son indignos de la belleza y la gracia. Querrían que las perlas, los diamantes, las esmeraldas, los rubíes, los topacios de la leyenda, existieran realmente. No ven que, así, tendrían ya dueño, y serían motivos de opresión, de orgullo, de rencor, de envidia. Mientras en la leyenda son de todos y a todos los mejoran.

El hombre verdaderamente generoso, dicen los poemas, es aquel que, enriquecido por el trabajo o por la suerte, considérase un mero depositario de Alah, y con ello, el ejecutor de su infinita munificencia.

De este modo es cómo, llenos de caridad, de esperanza y de fe, alcanzamos a ver el rostro de la verdad en la esmeralda de Scheherezada.

LEOPOLDO LUGONES

EL PRIMER BESO

Fué una viejecita blanca, una viejecita de nieve, encorvada y temblona, de esas que en los cuentos del divino Perrault regalan a Cenicienta su chapín de cristal y ofrecen al príncipe enamorado para que, de rodillas, ante el lecho de púrpura, pueda despertar a la hermosa durmiente. Figúrate que al entrar en el templo, junto a la tallada cancela, a la hora de la primera misa, me la encontré con un rosario de cuentas colgado en su vestido de pliegues rectos, y su mantón negro, triangularmente erguido sobre la cabeza como la capucha de un hábito.

Era una mañana fría, color de azucena. Entré con unción, levante la pesada cortina verde cuandó en el mismo instante en que me herían los reflejos de los cirios que desde larga distan-

cia picaban la sombra, sentí la primera caricia dada en la mejilla por una mano de seda oliente a incienso. Jamás en mi niñez solitaria y huraña, en mis ocho años de candidez meditativa se había pasado así una mano con tan blanda finura sobre mi rostro. No recordaba haber sido arrullado con la canción maternal, ni había sentido el aleteo de los ósculos entre los labios que entreabrió el primer suspiro del ensueño.

Conservo esta impresión como una reliquia. Está guardada en la sacristía de la pequeña iglesia, de la iglesia que levanté a la castidad de mis días blancos, para que algún día entren a rezar mis recuerdos y tengan donde esconderse mis maldades.

' No sé con precisión cuánto duró aquella caricia ni lo que me dijo la anciana - algo muy suave y muy alado que se evaporó como una nube - lo que sí sé, es que apareció en la soledad de mi espíritu un ángel hecho de ráfagas azules, y que cuando evoco mis memorias infantiles miro a la viejecita de nieve, encorbada y temblona, junto a la cancela tallada, a la hora de la primera misa.

LUIS G. URBINA.

POESÍAS

Pobre caballejo
derrengado y viejo...

Me impresiona verte
bajo los arreos
sufrir las injurias
del látigo adverso.

Si te caes, un golpe
te levanta presto
y trotas lo mismo
con el frío intenso
que insensibiliza
tus flácidos miembros,
que en verano, cuando
sobre tu pellejo
y en tus mataduras
hierve un sol de fuego.

Reclama tu frágil
armazón de huesos
la aguda cuchilla
de los mataderos.

Pero antes es justo
sacarte provecho,
y aunque en tus heridas
pululan insectos,
derrengado y triste,
mal cuidado y viejo,
no hallarás piedades,
y por mucho tiempo,
tirarás del carro
pobre caballejo...

EN LA NOCHE...

En la noche clara
fragante de Mayo,
el cielo semeja
un límpido lago...

Quién fuera un remero
lírico y romántico
para no mancharse
con el lodo humano

y pasar la vida
remando, remando
en lugar de góndolas
los serenos astros...

ESTRELLA...

Estrella diminuta que allá lejos
vagamente titilas,
y que al lado de todas tus brillantes
y doradas amigas,
con tus medrosos y confusos rayos
pasas inadvertida...

Ruedan los astros milenarios. Vierten
sus destellos de regia pedrería.
Son como mariposas de alas de oro;
torrente de monedas; encendidas
y originales flechas; prodigiosas
agujas de la esfera azul y limpia.

Y tú brumosa estrella
que tan poco iluminas,
¿serás acaso algún fanal lejano
de una aldea sencilla?

En el rostro celeste, eres reflejo
de una triste sonrisa
y como la luciérnaga a intervalos
tu opaca luz nos brindas.

Mi espíritu dialoga con el tuyo
y por la escala de la fantasía
asciende hasta perderse entre las nubes
que tu lumbre cobijan.

Yo sé de tu existencia. Me pareces
la violeta escondida
que no ve el caminante, y sin embargo,
perfuma el torpe pie que la castiga.

En ti no ha de fijarse el peregrino
de miradas altivas,
porque en esta existencia
tus rayos simbolizan,
lo humilde y todo aquello
que apenas brilla...

1917. JULIO J. CASAL

El caballero, la muerte y el diablo.

APUNTE DRAMÁTICO

Dramatis personal:

La Princesa Yolanda.—El Príncipe Ataulfo.

La acción en Hielandia.—Época actual.

Antecámara nupcial de los Príncipes de Hielandia.

El Príncipe.—En estos días he notado en ti un cambio profundo. ¿Qué tienes? Dímelo. ¿No eres feliz?

La Princesa.—Es verdad; no sé lo que tengo. Pero, soy feliz, mejor dicho, quiero ser feliz.

El Príncipe.—¿No lo eres en realidad, como yo lo soy, con tu amor, con nuestro amor?

La Princesa.—Con nuestro amor, sí. Sólo que, ya te lo he dicho: no sé lo que tengo.

EL PRÍNCIPE.—¿Qué puede ser?

LA PRINCESA.—No sé. Miedo, terror, un vago y fatal presentimiento.

EL PRÍNCIPE. Miedo, terror, fatalismo. Me espantas. Habla.

LA PRINCESA.—No puedo explicarte. ¿Tú no lo comprendes? ¿Tú no lo adivinas?

EL PRÍNCIPE.—Imposible; al contrario, creo que todo nos sonríe, todo. Nuestros sueños más gloriosos, aquellos inasequibles y lejanos, como un miraje alucinante, se han cumplido. Casado contra mi voluntad y por razones políticas con una Princesa de regia estirpe, la Muerte libertadora vino a desatar el lazo estrecho y fatal que a ella me ligaba. Entonces libre, completamente libre, pude a la faz de la Corte y del mundo, consagrar la pasión que me ha unido a ti toda la vida. Vencí la resistencia de los Reyes que se oponían a mi enlace con una persona que no era de sangre real; me impuse a la Corte; y ahora tú, la amante adorada de las citas pasionales, eres la Princesa, la Princesa Yolanda de Hielandia. Los mismos labios cortesanos que murmuraban de ti, besan tu mano, respetuosos; las mismas frentes que se erguían altivas ante ti, cuando no eras sino una dama de Palacio, se inclinan cuando pasas ante

ellas; los mismos ojos que inquisidores te miraban, ahora se bajan, ante los tuyos, reverentes. Los Reyes mismos apadrinaron nuestra boda; te llaman hermana, te concedieron tratamiento de *Alteza*, y regalo de ellos fué la diadema de brillantes que, en el día de nuestros deposorios, fulgía sobre tu frente, como un sol.

La Princesa.—Es verdad. ¡Cuánto te debo! ¡Tú me has alzado hasta ti!

El Príncipe.—Tú me alzaste más alto todavía: más excelso que un trono es el cielo de tu amor.

La Princesa *(en voz baja)*.—¿Nadie nos escucha detrás de ese tapiz? *(Señalando un tapiz del foro)*.

El Príncipe *(alzando el tapiz)*.—Nadie, Yolanda.

La Princesa.—Aquí todos nos escuchan, nos avisoran. En este palacio, donde no hay niños, se hielan las sonrisas y se siente frío en el alma. Siéntate a mi lado, muy juntos los dos. *(El Príncipe se sienta)*. Mírame bien. ¿Qué ves en mi rostro?

El Príncipe.—Pero, Yolanda...

La Princesa.—No vaciles. ¿Qué ves?

El Príncipe.—Ya te lo he dicho, un cambio, un no sé qué...

La Princesa.—¿Nada más?

El Príncipe.—Nada más, y así estás más interesante, más adorable.

La Princesa *(las manos en las manos del Príncipe; sus ojos, en los ojos, casi besándose los labios)*.—¿No ves nada más? ¿En mis ojos, en mi rostro, más adentro?...

En Príncipe.—Algo de palidez y un cierto misterio que, como no puedo explicar, ruego, exijo me lo releves.

La Princesa.—Un misterio, sí, un misterio de muerte *(a un gesto inquietante del Príncipe)*. Es lo que yo veo hace días, más que en mi rostro, en mi alma. La muerte, a la que tengo terror, no por ser muerto, sino porque me separará de ti.

El Príncipe *(calmándola)*.—Tienes el espíritu fatigado; los nervios, irritados y en tensión. Tantas emociones de estos últimos días. Pero, ésto debe terminar. Mañana saldremos para la Real posesión de Monte Claro, donde es primavera perpetua y todo está florecido; donde tuvo lugar, hace ya tiempo, aquella fiesta versallesca... ¿La recuerdas? ¡Qué divina estabas tú de damita pompadur, en el cortejo de la Reina Sol! Necesitas descansar.

La Princesa.—Lo que yo necesito es vivir,

¡vivir! Pero contigo siempre, más allá de la vida, más allá de la muerte.

El Príncipe.—Hoy como nunca, nuestra vida es nuestra; hoy más que nunca somos el uno del otro. ¡Tenemos juventud, poder, riquezas, amor!

La Princesa.—¡Amor! Cinco años hace que nos amamos. Si se pudiera volver atrás el tiempo que huye. Volver a adorarnos en secreto. ¿Te acuerdas?

El Príncipe. — ¿Y me lo preguntas...? ¡Oh nuestras citas nocturnas en tu castillo de la Umbría! Caballero en mi caballo negro, en alas de un viento de pasión, llegaba al bosque que rodea tu morada. El bosque estaba negro, negro de fronda y de noche. De ese fondo de tinieblas, surgía la visión tuya, blanca, rubia y resplandeciente, como una diosa de la mitología germana. Nos confundíamos en un abrazo enorme; en un beso nos sorbíamos las almas. Cautelosamente subíamos a tu cámara. Allí todo parecía esperarnos... ¡Oh, tu cuerpo vibrante y escultural extendido sobre un tapiz de Smirna! A la luz velada de una lámpara de bronce tomaba coloraciones ambarinas, nacaradas, del color de las venus del Tiziano. Sobre paños y almohadones de seda, sobrecogida y tremante, eras la maja de Goya;

de pie, enguirnaldada de flores, bañada de una luz rosácea, eras una diosa escapada de un deslumbrador lienzo de Rubens... Yo, de hinojos, trastornado con tu esencia, te cubría de besos y, en el ara de tu escultura palpitante, decía mi misa negra... ¿Y aquel vino espumoso que bebíamos en una misma copa de bohemia cincelada? ¡Cómo nos encendía la sangre, cómo nos embriagaba! Después he bebido absintio, hachich, éter, y nada he sentido. Una noche, tanto habíamos apurado de aquel vino, que perdimos el conocimiento. Un rayo de sol, atravesando una alta ojiva policromada, vino a herirnos, como la lanza de un arcángel exterminador. Nos levantamos sobresaltados. Un cuerno de caza sonaba, cada vez más cerca; un rumor de cabalgata se percibía, cada vez más distinto. Era el Duque tu padre que regresaba de montería con su séquito. Podían sorprendernos. ¡Qué trance! No sé como pude salir del castillo esa mañana; pero por la noche volví. El misterio, el temor, lo prohibido nos enardecía más. Tienes razón. El minuto de pecado debe ser eterno. Los amantes no deben dejar de serlo nunca.

La Princesa.—Ahora, en cambio, todos los instantes, toda la vida es nuestra. Y estoy triste y temo más que nunca.

El Príncipe.—Pero ¿qué puedes temer? Si cuando éramos amantes nada nos sucedió, a pesar de que nuestros amores no eran un secreto para nadie. Los que todo lo sabían eran cortesanos; nosotros, poderosos. Todos callaron: tenían miedo al escándalo y se contentaban con murmurar en silencio. Ahora, esos mismos se curvan, cuando nosotros pasamos enlazados.

La Princesa.—Sólo que hoy que eres más mío es cuando más temo perderte, y siento celos, unos celos diabólicos y terribles, sí, terribles.

El Príncipe.—¿Qué dices? ¿Celos? ¿Pero de quién?

La Princesa.—De ella.

El Príncipe.—¿.....?

La Princesa.—De ella, siempre de ella, de la Princesa Piedad, que acabará por robarte a mi amor.

El Príncipe.—¿Has enloquecido, Yolanda? Tú deliras. No hables de ella: está muerta y fué una santa.

La Princesa. Fué una santa; es verdad. Aunque lo supo todo, siempre calló y murió callando. Esa fué su venganza, callar, porque sabía que, al fin, serías de ella y sólo de ella...

El Príncipe.—Es extraño, es absurdo lo que

dices. Tú no estás bien, Yolanda mía. Vuelve en ti.

La Princesa.—Estoy más lúcida que nunca lo estuve; lo estoy de tal manera, que no quisiera estarlo tanto, para no ver más allá de todo, más allá del tiempo y de la realidad. Veo más allá del presente, veo más allá de la vida, y por esto te he hablado como te he hablado. Me explicaré. Escúchame. Hace tres días que, como tengo por costumbre desde que nos instalamos en este palacio, entré en tu despacho particular, con el objeto de cambiar, por mi propia mano, la vara de nardo del búcaro de plata repujada que está sobre tu mesa-escritorio. Desde el primer día, tú lo sabes, no consiento que ninguna persona de nuestra alta ni baja servidumbre renueve las flores de tu despacho, sino yo misma. Ese día entré con la vara de nardo en la mano. Al irla a colocar en su sitio, mis ojos, involuntariamente, se posaron en tu mesa; y aun cuando lo que ví era una cosa, al parecer, corriente y cuya existencia yo no ignoraba, no pude reprimir mi emoción. Un estremecimiento calofriante me corrió por todo el cuerpo, la sangre se me heló en las venas y sentí que una garra felina me acariciaba la medula. Sobre la mesa estaban extendidos los planos del

mausoleo que tú has mandado construir en el panteón real. Tu arquitecto los había traído la víspera, para que tu aprobaras ciertos detalles últimos de ornamentación. Allí estaba la obra que ha sido ya realizada. Eso era lo que yo ví. Bajo un templete gótico y sobre un sócalo del mismo estilo, se alza, sostenida por cuatro leones, la urna cineraria, en cuyo paramento, coronados por la corona real, se ostentan los escudos de tu casa y de la casa de la Princesa Piedad. A un lado, vuestros nombres enlazados; a otro, una inscripción latina, con la fecha de la muerte de ella; encima de esta inscripción hay un sitio en blanco, en el que se grabará la de tu muerte. Sobre la urna, ancha y profunda como un lecho, las dos tallas de alabastro de vuestras estátuas yacentes reposan juntas. Tú vistes el traje de los caballeros templarios; ella, el de una princesa medioeval. Tus manos descansan sobre la cruz de tu espada; las de ella se trenzan, con un crucifijo, sobre el pecho. En un mismo almohadón de brocado reposan vuestras cabezas diademadas; vuestros cuerpos se tocan. Y allá arriba, en el pináculo del templete, de rinándolo todo, velando vuestro sueño último, consagrando vuestra unión eterna, una cruz abre sus brazos.

El Príncipe.—¿Y eso te extraña, Yolanda? ¿Qué puede extrañarte? Tú sabías que esa obra debía hacerse, que así debía ser, por tradición, por costumbre, por ley. Después de todo, ¿qué puede importarte un sepulcro, aun cuando éste sea el mío, si al fin, sabes que te pertenezco y soy y seré solo tuyo?

La Princesa.—¿Tú? ¿Mío sólo? Es ésta, es ésta, precisamente, mi obsesión torturadora: tú no serás mío. Has puesto el dedo en la llaga de mi corazón. El día de nuestros desposorios sentí la plenitud de la dicha. Mi ideal se realizaba. Eras mío solo. Nadie podría disputarme tu amor. La dicha me embriagaba como un vino añejo. Nuestros amores se habían purificado y estaban consagrados ante la religión y ante la ley; a la faz de la corte y del pueblo. Éramos príncipes y toda la vida era nuestra. ¡Y esa noche de bodas, en la cámara nupcial principesca, floreció con los prestigios de la primera noche! ¡Deliraba, deliraba de amor en tus brazos; erguíase en mi alma el alma crepitante de la Reina loca, loca de amor por el Rey hermoso! Hubo instantes en que viví en un minuto la eternidad de un siglo... Y, mientras resonaba la música triunfal de nuestros besos y nuestras almas se desleían en el perfume de los

pebeteros y de las flores de azahar y nuestros brazos se enlazaban y nuestros labios se juntaban, desde el fondo de nuestro lecho de palosanto yo veía pasar mil visiones de amor, y el alma en un éxtasis supremo exclamaba: ¡divino! ¡divino!

El Príncipe *(con pasión)*.—¡Yolanda!

La Princesa *(en una brusca transición)*.—Hoy no. En mi propia felicidad llevo mi castigo. Es el Destino. Es la fatalidad. ¡Es esta imagen de la muerte que llevo impresa en el alma y en el rostro! ¡Y me cubro la cara con las manos para no ver más allá, y turbada, confusa, avergonzada de mis dudas torturadoras, medio aniquilada como el ángel rebelde, perseguida por el pensamiento martirizador, huyo de algo que no sé lo que es, y tengo miedo, miedo y... celos!

El Príncipe.—Tu alma está enferma, Yolanda. Me espantas y te adoro; y—¿por qué ocultártelo?—me has comunicado algo de ese terror extraño que se ha apoderado de ti. Esto me hace pensar y me ensombrece. Tus palabras han evocado en mi espíritu la emoción paralizadora que sentí hace ya tiempo ante un cuadro que, desde entonces, quedó grabado fuertemente en mi fantasía y cuyo recuerdo me ha perturbado muchas noches de insomnio. Es un famoso fresco que existe en una

de las galerías del camposanto de Pisa. Terriblemente sugeridora es esa creación, obra de un artista innominado. ¿Bernardo Daddi, el discípulo de Giotto? ¿Pedro Lorenzeti, de la escuela de Siena? ¿Orcagna?... A ninguno de estos artistas puede atribuirse ese cuadro, con certeza. Mas, el autor ¿qué importa si allí está la obra? Su sentido simbólico y su factura simplicista nos dicen de una época anterior al siglo xv, cuando el mundo apenas había salido de la pesadilla medioeval y el Renacimiento, si bien presentido, no había abierto aun en la historia la luz de su sonrisa. Se titula *El triunfo de la Muerte*, y es una extraña alegoría, que tiene el raro secreto de hacernos sentir el contraste entre el goce y el dolor y la sorpresa de la muerte, en medio del placer de vida.

La Princesa.—Eso es lo que yo he sentido.

El Príncipe.—A la derecha, hay un bosquecillo, en él se agrupan unas cuantas doncellas que se solazan blandamente: algunas tañen el laúd; otras acarician a perros falderos que sostienen en el halda. Al otro lado, un gallardo tropel de caballeros, con séquito y jauría, aparece atónito ante tres féretros abiertos que muestran tres cadáveres, en plena descomposición, roídos por

reptiles y gusanos. En el centro, primer término, un hacinamiento macabro de muertos y de moribundos que son protegidos por ángeles o arrebatados por espíritus malignos. Ancianos decrépitos, enfermos, míseros guiñapos de humanidad, claman en vano, suplicantes, a la Flaca que esgrime su guadaña en lo alto, segando a los jóvenes, a los fuertes, a los felices. El espacio está constelado de ángeles que recogen y aupan a los bienaventurados, y de diablos de toda ralea y catadura, engendros de una fauna abracadabrante, que, con ímpetu feroz, hacen presa en los condenados. En el fondo y en lo alto de un montículo, ancianos eremitas se muestran en actitud contemplativa, aparecen ajenos a cuantos les rodea. Se trata de una creación fantástica, plena de inquietudes, de transcendental sentido. Es profundamente patética, y fabulosa como una leyenda de los siglos medios... Mas ¿por qué el cuadro poemático de la Muerte viene tenazmente a mi memoria? ¿Qué sutil maleficio, Yolanda mía, se ha infiltrado en nosotros?...

La Princesa.—Es un maleficio de muerte, Ataulfo. ¿No has pensado nunca en que, más tarde o más temprano, tienes que ir a reunirte con ella, con la Princesa Piedad, que te espera

ya, como en un lecho, en la urna de la tumba que has mandado construir? Allí te enterrarán con ella; vuestros huesos se confundirán, vuestro polvo será, al fin, un mismo polvo. Allí dormirás con ella eternamente; ese será, a la postre, tu tálamo último; y tu primera esposa, la única, la eterna.

El Príncipe.—Calla, Yolanda, calla... ¿Qué puede preocuparte eso si tú eres la de mi alma, la de mi corazón?

La Princesa.—Pero, siempre la falsa, la interina... Al panteón real, tú lo sabes, no puede ir mi cuerpo a reposar, porque no vengo de regia estirpe. La desigualdad de nuestra alcurnia será más fuerte que todo, que nuestro amor mismo, puesto que nos separará en la tumba. Yo, después de muerta, seré llevada al panteón del castillo de la Umbría. Allí, en la tenebrosidad hosca y helada de aquel recinto de mis antepasados, te esperaré como te esperaba cuando éramos amantes; pero, tú no vendrás, caballero en la noche; tú no vendrás nunca, nunca. Estarás con la otra, con la rival de siempre, cuyo fantasma blanco me parece ver sonreir en la sombra, satisfecho, porque tiene una aliada invencible: ¡la Muerte!

El Príncipe.—Mi alma estará unida a tu alma eternamente.

La Princesa.—¡El alma! ¿Existe, acaso...? ¿No será tan solo materia que vibra y que palpita? ¿El amor, el odio no serán secretos magnetismos de los átomos que se atraen o se repelen...? Lo ignoro, y lo único que sé es que no puedo resignarme a la idea de que no nos enterrarán juntos. ¿Hay algún medio para no separarnos ni con la muerte?

El Príncipe.—Tal vez.

La Princesa.—Ya lo sé. Incinerar tus despojos y beberme tus cenizas disueltas en esencia de ambar, como la Reina Artemisa... Pero, si como me dice un fatal presentimiento, yo muero antes que tú...?

El Príncipe.—Aún puede haber otro medio, Yolanda.

La Princesa *(anhelante)*.—¿Cual?

El Príncipe.—Escúchame con calma y te lo explicaré. Allá por fines del siglo xv y principios del xvi apareció en Alemania un artista extraño, que era el genuino representante de la escuela germánica, fuerte, dura, triste, taciturna, impregnada de metafísica, llena de audacias y genialidades, entre notas de humorismo cruel, fantasías visionarias e ideologías filosóficas. Su figura dice lo que son sus obras. En mi pinacotea guar-

do una magnífica copia de su auto retrato. Su rostro ojeroso y lívido de Cristo macerado, encuadra una gran melena que en rubios, sedeños y largos bucles cae hasta los hombros. Como el divino Leonardo era enciclopédico: escultor, pintor, poeta, filósofo, grabador, sin rival en el mundo. Era de Nuremberg y apareció con la Reforma, en ese despertar de la conciencia humana.

La Princesa.—¿Alberto Durero? ¡El visionario de *Melancolía!*

El Príncipe.—Has adivinado, sí. ¡Alberto Durero! No sabes el influjo sobrenatural que en mí ejerció siempre este atormentado visionario. Sus cuadros simbólicos y extraños, sus grabados duros, viriles, desolados y dolorosos están impresos fuertemente en mi alma. En este instante estoy viendo un grabado suyo, en acero, aquel que se titula: *El Caballero, la Muerte y el Diablo,* y yo mismo me veo retratado en él, viviendo una vida de ultratumba.

La Princesa.—¡Ataulfo!

El Príncipe.—Por un agrio camino calcinado, todo sembrado de cráneos, huesos y fieras alimañas, como senda de anatema, avanza, ginete en su caballo, un caballero medioeval, vestido de

hierro y armado de todas armas. A su lado, descarnada, crinada de serpientes, con un reloj de arena en la diestra, cabalga la Muerte.

La Princesa. —Y, detrás va el Diablo con un lanzón.

El Príncipe.—Sí, y todos avanzan quebrantando huesos, aplastando cráneos, pisando animales siniestros. En lo alto de una colina rocosa y erizada de maleza, surgen los bastiones de un pétreo castillo almenado; todo bajo un cielo obscuro, fosco e implacable, que se siente pesar como una cúpula de plomo.

La Princesa *(como ante una visión).* —¿A dónde van el Caballero, la Muerte y el Diablo...?

El Príncipe *(con firmeza).*—A tu castillo de la Umbría.

La Princesa *(con espanto).*—¿A mi castillo de la Umbría...?

El Príncipe *(con voz de profundo convencimiento).*—Sí, a tu castillo de la Umbría, porque en ese Caballero pálido y trágico, que es de todos los siglos, me veo retratado yo, yo mismo que, después de muerto, he abandonado la urna cineraria en que dormita mi postrer sueño con mi primera esposa, para acudir a la cita que desde hoy quiero darme contigo para más allá de la

vida, en el tétrico castillo de nuestros amores. La Pálida y el Diablo me acompañarán... He aquí porque te decía que acaso habría un medio para amarnos más allá de todo.

La Princesa *(convulsa y anhelante).* —Y vendrás al fin?

El Príncipe *(con acento trágico y solemne).*— Sí. Te lo juro. Y este beso helado que te doy *(besándola en los labios)* y que sella nuestro pacto, me lo devolverás entonces... Son la pasión y el pecado fuertes como la Muerte... *(El Príncipe extiende su diestra en ademán de juramento: con la otra mano tiene aprisionadas las dos manos tremantes de la Princesa. Quedan ambos inmóviles, cual si estuviesen petrificados. Las miradas del uno se clavan en las del otro, como puñales que fulgen con un brillar acerado, mezcla de terror y de siniestra esperanza... Una emoción de abracadabra parece flotar en el ambiente...)*

TELÓN

César E. ARROYO
(Cónsul del Ecuador en Vigo)

EDITORIAL HISPANO-AMERICANA

CERVANTES

Alberto Aguilera, 35. **MADRID** *Teléf. 39-67*

Esta Editorial se encarga de servir toda clase de libros a los suscriptores de la REVISTA CERVANTES con el **15 por 100 de descuento libre de todo gasto de correo, etc.**

Los pedidos de provincias y Portugal para obtener el descuento han de ser mayores de 7 pesetas, y los de cualquier otro país de 10 pesetas, debiendo venir acompañados de su importe cuando procedan de puntos donde no esté establecido el Giro Postal; los de los puntos donde lo esté, serán servidos contra reembolso, a pagar su importe al retirar el paquete en la oficina de correos.

Los de los señores que no sean suscriptores a esta Revista disfrutarán de un descuento del 10 por 100 en las mismas condiciones que los anteriores.

Para pedidos y toda clase de detalles dirigirse al administrador, Miguel Barea.

NOTA. En los libros de texto y en algunos especiales, el descuento será convencional.

Para administración de obras y presupuestos de ediciones, encuadernación de libros y toda clase de trabajos de imprenta, dirigirse al Gerente de esta Editorial, Juan Rivas Bonilla

AP
60
C4
1917
jul.-set.

Cervantes; revista hispano-americana

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY